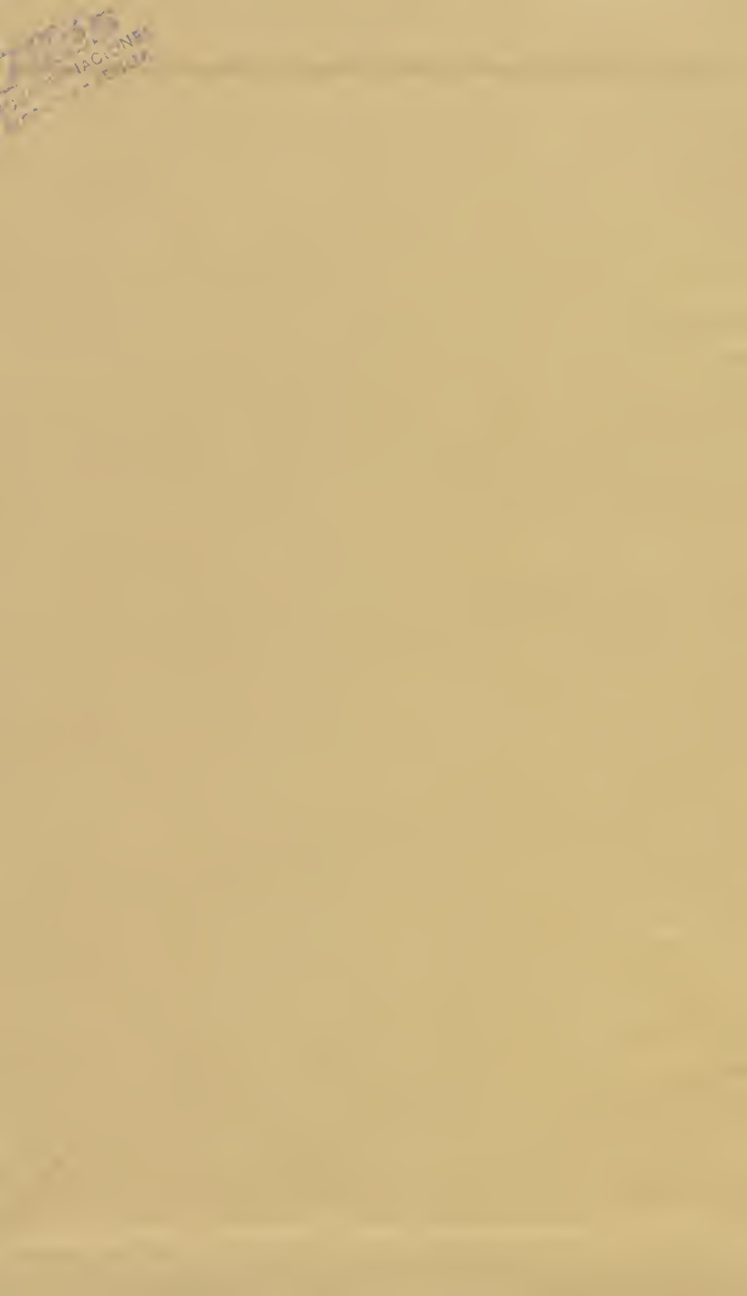




MELITON MARTIN.

PÓNOS

ó

LA COMEDIA HUMANA.

TOMO CUARTO

MADRID
IMPRENTA DE F. MAROTO E HIJOS
34, calle de Pelayo, 34
1883.

PRECIO 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS.

PÓNOS,

ó

LA COMEDIA HUMANA,

POR

MELITON MARTIN.

TOMO CUARTO.

MADRID
IMPRENTA DE F. MAROTO É HIJOS
34, calle de Pelayo, 34
1883

CICLO CUARTO.

HASTA LOS TIEMPOS MODERNOS.

Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice.

DON QUIJOTE.—Parte II, cap. LXIII.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dóblense mis rodillas: humíllese mi frente sobre el polvo: purifíquese mi boca con abluciones.

Voy á nombrar al Ser de Séres: quiero invocar su omnipotencia: tender la vista hácia su luz y su gloria.

¡Oh Tú, Causa de Causas!. ¡Fuente perenne del bien!. ¡No pretendo llegar hasta tu sólio, ni mirarte de hito en hito, ni medir con arrogancia tu poder, tus intenciones!

El ácaro roedor de la epidermis, en vano intentaria conocer por el calor ó la textura de la piel, el alcance de nuestra inteligencia, los éxtasis del hombre microcosmos.

¿Cómo he de comprenderte yo, gusano del macrocosmos, aunque al arrojarme sobre este átomo de polvo me dotara tu bondad con espíritu bastante para leer en el espacio y en el tiempo las leyes de mi vivir, las reglas de mi deber?

Humíllese mi frente sobre el polvo: purifíquese mi lengua con abluciones.

Me basta contemplar tu obra, para admirar tu omnipotencia;

me basta conocer tus leyes, para achicarme y humillarme;

me basta volver los ojos sobre mí, para adorarte por tu justicia y tu bondad.

¡Nécio de aquel que Te discute y Te mide!.

¡Nécio de aquel que Te describe y retrata!.

¡Quiere el pigmeo abarcar el infinito y no acierta á deslindar su pequeñez;

pretende adivinar tus fines y no columbra los hilos que le mueven á su fin;

se ufana con saber tu pensamiento é ignora el móvil del suyo!

¡Y sueña, afirma, niega ó duda, mecido por sus ilusiones!

¡Que corte, y saje, y queme, y pulverice: su escalpelo, sus reactivos, sus hipótesis, no harán mella en el arcano!

Porque le diste manos para medir la cosa, mas no para tocar la causa.

Ojos para ver lo que sucede, pero no cómo sucede.

Nervios para saborear los frutos del árbol del bien y el mal en galardon ó en castigo, mas no para arrancarle de cuajo, ni poner al desnudo la raíz.

¡Sublime y misterioso Ser de Séres!

Permite á tu criatura unir su voz á la música de las esferas, sólo para celebrarte y adorarte.

A Tí, cuya ciencia supo crear la variedad con la unidad, ligando en perfecto Todo la hormiga con el sol, la prímula y la violeta con su calor y su luz;

cuyo soplo anima los verjeles, inocula la vida por do quier, da espíritu á los animales.

A Tí, que suspendiste el sol en el espacio y en su torno lanzaste cien planetas;

y sujetaste los unos á los otros con efluvios etéreos de tu amor;

y como la sangre circula por mis venas, así lo animas todo con la vida;

y conviertes en vapor las olas;

y llevas las nubes por los aires hasta tocar en los montes;

y las transformas en copos ó en rocío;

y en sazon y tiempo, conviertes la nieve en linfas;

y con ella alfombras y engalanas sierra y valle;

¡y todo esto para que brote la flor, y dé su miel á la abeja!

¡y todo esto para que la calándria cante alegre, y el renacuajo tenga en su charco las ovas!

¡Oh cuán grande eres, Señor, y cuán loco quien presume conocerte!

No; yo no presumo mirarte cara á cara, ni mi soberbia se atreve á discutirte y medirte.

Pues Te plugo recatar tu imágen á tus criaturas;

pues Te plugo darte á conocer sólo en tus obras;

yo respetaré tu voluntad, y en tus obras procuré leerla,

porque en las leyes de este mundo veo la mente del Artífice;

y ellas revelan su constante actividad en un eterno presente; ellas pregonan su prevision y su pericia;

y acatándolas, me humillo; y observándolas, te daré culto de amor.

¡Oh cuán grande eres, Señor, para quien sabe estas leyes!

¡Cuánto es patente mi ruindad, cuando contemplo su concierto y armonía!

Eternas é inflexibles me asombran y sobrecogen; sábias y concordantes me animan y me consuelan.

Siempre las veo tendiendo al mejoramiento de tus criaturas, encaminadas al bien;

jamás ocasionadas al mal, ese engendro de nuestro libre albedrío.

Si alguna vez pudieran producir estragos, detienes su accion como Te place, y á favor de sábias excepciones, levantas un poco el velo para dejarnos atisbar la tierna solicitud de tu mano omnipotente.

Yo contemplaba un dia esta morada, y en meditacion seguia la universalidad de una de tus ordenanzas.

Ví al fuego herir á los cuerpos;

ví á las llamas acariciar los metales;

y los cuerpos crecieron y se hincharon, y el oro se dilató, y el hierro, extendiéndose con fuerza, se convirtió en un mar de fuego.

Ví despues los rayos del sol tenderse sobre las aguas;

y las aguas subieron de nivel, y al fin ocuparon mil veces más espacio, convertidas en vapores.

Todo con el sol crecia, todo con el calor se dilataba.

Tras esto, se ocultó el sol;

las nubes encubrieron las estrellas, y nuestro mundo tuvo frío, y los vapores se condensaron, y todos los cuerpos mermaban y se recogian.

Seguí observando, y me sorprendió el invierno con sus nieves y carámbanos.

Entonces, la superficie de los mares perdia todo calor; y las gotitas de arriba, huyendo de los rigores del tiempo, descendían al fondo, y allí estaban,

hasta que otras más yertas, más recogiditas, venian y las empujaban.

Al fin, el hálito invernal, heló en las flores sus lágrimas, en la tierra la humedad y el jugo.

Y yo temblé, porque si la ley era inflexible, el hielo se formaria en el fondo, creceria en el seno de los lagos, y las aguas se convertirian en rocas;

y perecerian sin remedio los pececillos de oro y de carmín con los bosques submarinos, delicia de tanto ser, albergue de tanta maravilla.

Todo pereceria, y cien siglos de calor solar, no volverian á reanimar el cadáver del planeta.

Observé con ansiedad porque sabia que tus leyes eran eternas, uniformes, y

¡Oh prodigio!

¡Tu ley se quebrantó!

¡Su curso tomó la direccion contraria!

Las aguas se ensancharon con el frio, como todo lo demás con el calor, y el hielo flotó liviano, sin saber por qué, sobre la haz de los mares;

y sirvió como de techo á los peces, á las algas, á las conchas y á los caracoles;

y la temperatura del Océano, no descendió más allá;

y yo ví tu sombra cariñosa en esta excepcion, en esta maravilla,

la sombra cariñosa del padre velando por la más ruin de todas sus criaturas (1).

Entonces caí de hinojos y exclamé:

¡Dios omnipotente y misericordioso!

---

(1) Una de las contadas excepciones á la ley de dilatacion de los cuerpos con el calor es el agua, cuya mayor densidad, es á cuatro grados centígrados. Al formarse el hielo se dilata y flota salvándose con ello todos los inviernos, los numerosos habitantes de las aguas.

¡Tú, que así sabes torcer tus propias leyes por conservar la vida á pececillos y conchas y caracoles;

Tú, que imprimes sello de fatalidad áun á tus excepciones paternales;

Tú, que enciendes ó reduces á pavesas (cual seca arista del monte), á mundos, globos, luminares—átomos sacudidos de tu manto—para poblarles de vida y de movimiento, de heroismos y locuras;

Tú, que regulas los misterios del espíritu, y no olvidas de hacer brotar el cañamon para el gilguero, vivifica con un destello de tu sér esta simiente de ternura que germina dentro de mi pecho, y yo cantaré tu gloria cuando el sol aparezca por Oriente, cuando sus rayos vistan de galas los campos, de ilusiones los celajes y de diamantes las flores;

cuando la noche en silencio recoja el manto de luz, y siembre de luz en polvo toda la bóveda celeste;

cuando la espiga se dore ó las rosas se marchiten;

cuando premies mis aciertos con el *bien*, ó castigues mis errores con el *mal*.

¡Dios omnipotente y misericordioso!. Tú, que lees en mi pensamiento, y sabes hasta las pulsaciones de mi alma, yo te repito la plegaria ahora, y al cantar con valor, con entusiasmo, la poesía y hermosura de un ápice de tu creacion, bendeciré tu mano siempre justa, si aplasta al reptil cantor cuando de sus lábios salgan otros acentos que los de amor hácia Tí, de admiracion hácia tus obras.

Dejamos á los principales protagonistas de nuestra interesante historia en situacion apurada despues de la voladura del castillo, y á la isla toda en

alarma con la explosion, y trastornada y revuelta.

Aún se afanaba cariñosamente el consternado Pónos por restituir á sus sentidos al infeliz inventor del polvo negro, cuando Seuda se presentó en lontananza, corriendo hácia el castillo.

Habíala sorprendido la explosion poco antes de darle vista, y la urgía averiguar la causa del temblor y del estrépito. Al pié ya del colosal monton de polvo, distinguió perfectamente á poca altura y no grande distancia, á su obesa servidora en cueros vivos, pugnando por arrancar su disfraz de entre las vigas y los clavos. Iba á preguntarla lo que habia sucedido, cuando el manto se rasgó, se desprendió parte de él, y Anoya, perdiendo el equilíbrio, rodó por la falda del monton, hasta las plantas de su maestra. Púsose en pié sin soltar los harapos de su negro manto, y al encontrarse cara á cara con la bruja, no pudo ménos de exclamar:

—¡Qué es esto, Seuda?, ¿qué significa tan espeluznante cataclismo?

—¿Y me lo preguntas tú?—replicó Seuda algo amostazada—¿pues no estabas aquí?; ¿cómo no lo has visto, ya que no previsto?

—Ni sé si veo, ó si no veo—contestó Anoya.—El polvo y las telarañas me lo impiden.

—Pero ¿no te das cuenta de lo sucedido?

—Ninguna, cara maestra. Acababa de llegar nuestro Señor, y le endilgaba una gentil perorata para cumplir tus instrucciones, cuando oí un trueno debajo de los piés, y me encontré sepultada sin saber dónde ni cómo. Tras esfuerzos inauditos saqué mi cuerpo á la luz; pero como ves he quedado en cueros. Y ahora, ¿cómo me voy á vestir?

—No lo sé, Anoya: no lo sé. Con la invasion de mi

palacio, con esta explosion demoledora he perdido la cabeza. Pediremos nuevo traje; pero..... ¿á quién con esa facha?

—Mira—exclamó Anoya, cuya vista se iba despejando por instantes.—Allí—en el huerto—junto á la cabaña—distingo uno como llovido del cielo.

Era el ropon del nigromante, abandonado segun recordarán nuestros lectores por Ántropos, y colgado de un peral.

—Tienes razon—replicó Seuda.—La mano de Teo se vé siempre en todas partes. Vamos á ver si te viene.

Ama y criada se dirigieron al peral, descolgaron la bata del espantajo, y Anoya se la echó encima, se la abrochó por delante, atusando con coquetería las pieles de comadreja.

—Venga ese cucurucho; vengan tambien las antiparras—añadió la estúpida criada de la bruja, apoderándose de aquellos adminículos, y alzando con gravedad el morro para mirar por los enormes lentes.

Como si toda la vida no hubiese gastado otro disfraz, tomó ademan circunspecto y preguntó á su señora qué le parecia.

—Me parece—contestó la bruja—que con ese nuevo traje, á excepcion del cucurucho que transformaremos en birrete, has de seguir embaucando á los nécios de la isla. De seguro han de tomarte nuevamente por Alecia. Tu facha es autorizada y grave: ¡que vayan á saber lo que hay debajo!

En aquel instante una voz triste, doliente, congojosa, repetida en tono lúgubre por los ecos más lejanos, se dejó escuchar, diciendo:

—¡Ay de mí! ¡ay de mí!. ¡Maldito siervo! ¡malde-

cido Pónos!. ¡Venganza!. ¡Ira de gigante! ¡maldecido Pónos!. ¡Ay de mí!

Ambas echaron á caminar presurosas hácia los quejidos lastimeros. Cada vez más próximos y sostenidos, ellos las guiaron hasta donde se encontraba Dinamion medio sepulto entre piedras y cascotes. Algunos de los próceres y duendes escapados ilesos de las ruinas, se fueron aproximando uno á uno. A ellos se agregaron corros y corrillos de los habitantes de los campos.

Mientras observaban sin saber qué hacer, el gigante hizo un esfuerzo supremo y se sentó sobre las posas. Llevóse las manos ensangrentadas á la cabellera para separarla de su rostro, y Seuda, Anoya y los demás retrocedieron horrorizados.

Su frente vertia sangre, y al parecer habia perdido entrambos ojos.

Veamos ahora qué era entre tanto del pobre Ántropos.

Poco antes de llegar Anoya, habia vuelto á sus sentidos y á la vez á sus lamentaciones.

—¿Qué es esto?—exclamaba Pónos entre severo y cariñoso —Así te abates al primer golpe. ¿Dónde se fué tu fortaleza?. El villano es soberbio en la bonanza: el noble fuerte en la adversidad. En pié, y á poner remedio. Todavía no sabes lo sucedido; aunque fuese lo peor habrias de resignarte. A mar revuelta, corazon de corcho.

¿En qué situacion, por triste que ella sea, faltará jamás al hombre un débil rayo de esperanza?. Ántropos sacó fuerzas de flaqueza y se avino á recorrer las ruinas en busca de su mujer.

Largo tiempo examinaron aquel teatro de muerte sin saber siquiera por dónde iban. Andaban á la

ventura, revolvian aquí y allá el polvo del castillo, asomábanse á las cuevas formadas por los escombros, escuchaban con ansiedad si por acaso crugian las maderas, y de cuando en cuando presenciaban la brega, la salida y la escapada de los trasgos lisiados ó no lisiados en la inaudita catástrofe. Todo fué inútil. Hubiera sido necesario remover aquella montaña para sacar de entre los materiales el cadáver de la pobre Gina.

Cansados de escarvar sin fruto, el hombre y su protector se sentaron en silencio, y el llanto humedeció sus ojos.

Sumidos estaban en tristes cavilaciones, cuando creyeron oir una voz dolorida y subterránea.

—¿Oyes?—preguntó el buen génio.

—Calla—contestó con ansiedad el hombre.

Y el infeliz escuchaba y escuchaba.

—¡Ella es!—gritó despues de breve rato.—Me nombra á mí, se despide de sus hijos. ¡Ah, Pónos, Pónos!. Esta es la ocasion de coronar tus beneficios. Aquí de la virtud de tu varita mágica. Salva á Gina, y seré tu esclavo por siempre y para siempre.

El génio, apenas oyó las palabras de su protegido: antes de sonar las últimas, estaba ya separando vestigios y despojos, haciendo rodar las piedras, al toque de su maravilloso báculo. Ántropos le imitó en cuanto pudo. Las ruinas desaparecian al empuje de la vara mágica, y ambos ni oian, ni veian, ni pensaban. Absorbidos en su tarea, ni se apercibieron de un nuevo y temeroso peligro.

Porque tan luego como Seuda, su criada y el gentio, comprendieron la horrible calamidad sobrevenida á su Señor, procuraron dominar su horror y

condujeron á Dinamion cerca del mar, para lavar en las amargas ondas sus heridas, y restañar por aquel medio la sangre. Su aspecto era terrible, su catadura espantosa.

—¡Ciego!—exclamaba el guerrero.—¡Ciego y á pié y sin caballo!. ¡Pobre Hipodonte!. ¿Qué puedo ya sin Hipodonte?

La consejera entre tanto, al ofrecerle consuelo, mezcló embozadas recriminaciones á sus frases de esperanza; gimió, suspiró é insinuó, con su astuta habilidad, si aquello no seria castigo y consecuencia de la tolerancia para con los trovadores, de la aficion á los villanos. Gina tenia la culpa, toda la culpa Pónos era un mónstruo, Ántropos y Andros autómatas, y para vivir en paz y restablecer el órden, era indispensable creerla, escucharla, obedecerla como antaño, mucho más que antaño.

En los primeros instantes, despues de una gran catástrofe, no está el espíritu para discutir, y el sentimiento es fácil de dominar. Dinamion escuchaba como un párvulo y en todo parecia dar á Seuda la razon.

Entonces fueron llegando los trasgos, duendes y servidores escapados de las ruinas, y aquella gente cuentera, asustadiza y chismosa, refirieron cómo Pónos y Ántropos revolvian los escombros del alcázar. Al escuchar aquellos nombres el ciego rugió como un leon, y pidió que le guiaran sin demora donde estuviera el hombre con el génio. Queria tomar venganza, y la bruja, recomendándole cautela y mansedumbre, para irritarle algo más, se le montó sobre el hombro, y desde allí le sirvió de lazarillo.

En esta forma cayeron sobre los escavadores, los

cuales, por el estado de sus ánimos, de su llegada no se apercibieron.

—¡No os movais, villanos, malandrines!—vociferó Dinamion al ponerse de rodillas, y agitando las manos sobre los escombros, como quien se afana por cojer dos pajarillos á oscuras.—No os movais, ó será terrible mi venganza.

Ántropos y su protector, ignorantes de que su tirano no veia, se quedaron estáticos é inmóviles.

—¿Dónde está Pónos?—continuó el ciego.

—A la izquierda, hácia la izquierda—chillaba la bruja desde el hombro.—Un poco más, un poquito más.

Dinamion corrió las manos palpando, y Pónos, viendo lo inminente del peligro, se embozó en el manto azul y desapareció.

—¡Señor!—exclamó Ántropos cuando se vió solo —suspende un tanto tus iras. Siempre te serví con fidelidad; hice prodigios en tu obsequio; si te compuse el polvo negro fué porque tú me pediste la más terrible de las armas. Nunca te engañé, con tiempo te hice ver la fuerza y las propiedades del tremendo polvo. ¡Ah! mucho padecerás viendo tu alcázar por tierra, pero yo he perdido á mi mujer, y la infeliz yace aquí mismo sepultada en vida.

—¿Dónde?—preguntó el ciego con interés y ansiedad.

—¡Adios mis ilusiones!—murmuró Seuda por lo bajo.

—Aquí—contestó el hombre.—Debajo de donde estoy. Acabo de oir su voz.

—¿Luego está viva?

—Así lo creo.

—Apártate—continuó Dinamion.—Guia mis esfuerzos y removeré la isla.

Efectivamente, á pesar de los gritos y amonestaciones de la bruja (en tierra ya, y visiblemente contrariada), el gigante comenzó á remover los escombros con hercúleos esfuerzos y no tardó en poner á Gina al descubierto debajo de una no arruinada bóveda.

—¡Gracias!—dijo la mujer cuando su marido la tendió una mano para ayudarla á salir.—¡Gracias, Dinamion! Tus fuerzas solas podian salvarme en semejante trance.

—¿Dónde estás?—interrumpió Dinamion.—¿Estás ilesa?

—Casi, casi—contestó Gina.—Grande fué el susto y la zozobra, mas ya todo se me olvida con el cariño de mi Ántropos.

—¡Eso no!—rugió como una pantera el ciego.—A tí te salvaré, ¡pero á tu marido!....

Y así diciendo buscó á tientas, dió con el hombre, le cogió por la cintura, y rechinando los dientes le levantó en ademán de estrellarle.

—¡Piedad! ¡piedad!—gritó la mujer acongojada, cayendo sobre las rodillas y levantando por el aire la presea, cuya virtud recordarán nuestros lectores.

Los brazos de Dinamion quedaron cual los de una estátua, enclavados y sin movimiento.

—Sea como quieras—suspiró el coloso despues de una pausa breve.—Caros me cuestan tus cantos; pero estoy sin vista, y ahora más que nunca tu voz me solazará.

—¡Justos cielos!—exclamó la bruja.—¿Y volverás á las andadas? ¿Te fiarás de quien te puso cual te ves?. Vuelve en tí, Dinamion. Vuelve en tí. Los in-

tereses sacrosantos confiados á nosotros, no pueden ser juguete de esos miserables. Perdónales la vida por la cuenta que nos tiene, pero pongámosles á buen recaudo para salvar el órden y concluir con la anarquía.

—No te falta razon—murmuró el gigante irresoluto y perplejo.—Pero..... ¿qué hacer?

—Encerrar á ese par donde convenga míentras arreglamos entre los dos la disciplina de tu imperio. La situacion es apurada. Óyeme y te salvaré.

—Sea como dices—concluyó diciendo Dinamion. —Conferenciemos y entendámonos. ¿A dónde nos dirigiremos?

—A cualquiera de los castillos más próximos. Nadie nos negará hospitalidad, porque próceres, caballeros, castellanos, tienen tanto que temer como nosotros de esa maldita invencion.

Y en seguida, dirigiéndose en voz baja y con sigilo á Anoya, la dijo apresuradamente:

—Toma una docena de amigos de confianza, busca á Télia y tráemela. La ocasion es única, y cuando ménos me apoderaré de las mujeres.

CAPÍTULO II.

No es cosa de cansar al prójimo refiriendo aquí punto por punto la conversacion tirada de Seuda con Dinamion, ni todos los argumentos empleados por cada cual para conservar su personal exclusiva dominacion y reducir al otro á la obediencia. Es imposible, sin embargo, callar algunos puntos tratados en aquella larga conferencia, porque ellos nos darán la clave de sucesos posteriores.

Los dos ínclitos rivales habian buscado albergue en el castillo más próximo; habian encerrado al siervo en el patio de armas (porque allí no habia bóvedas ni techos que pudiese volar con el polvo negro), á Gina en una capilla hasta que llegase Telia, y discutian á puerta cerrada en un salon espacioso, cuyos muebles principales eran espadas y lanzas y armaduras.

—La situacion es gravísima—insistia una y otra vez la consejera.—¿De qué sirven todas estas armas junto á ese maldito polvo negro?. Nuestra situacion es crítica, y nadie la ha traido sino tú.

—¡Yo! ¡Cómo!—interrumpia Dinamion.

—Pidiendo á los trabajadores inventos y maravillas.

—¿Y tú, Seuda? ¿No has emulado, y áun sobrepujado mis esplendores de antaño allá en las Siete Colinas? ¿No has reunido allí las estátuas y los biblos de la Península de Luz, el oro y gemas de la isla? ¿No obligaste á los discípulos de Pónos á labrar templos y palacios, á inventar el dorado, los espejos, la pintura, para hacer de tu morada un áscua de oro, una série de museos?

—Eso es cosa muy distinta: lo hice en honra y gloria de Teo, y para dar lustre y prestigio á su legítimo Vicario.

—Pero acortabas así el manto negro de Alecia.

—Puede ser; mas estando ella en mi poder y obedeciéndome tú, no habria en ello peligro.

—¡Qué locura!—exclamaba Dinamion.—El mismo que hay en mis caprichos y exigencias.

—Sea en buen hora, Dinamion—continuaba la bruja—pero ¿cómo te pudiste rebajar hasta familiarizarte con los siervos, tratándoles como á hermanos para grangearte su amistad?

—¿Pues no dices tú que todos somos hermanos?

—Sí, pero hasta cierto punto. Hermanos en el trabajo, conforme disponga yo; mas en cuanto á gobernar y discurrir..... ¿por dónde pueden aspirar esos imbéciles, nacidos para sudar, á saber tanto como yo, la amiga y la confidente de los Dioses?

—¡Alto ahí! Seuda, no prosigas. Sabes que estoy en el secreto.

—Pero, en fin, Dinamion, ¿te declaras el igual de Ántropos?

—No quisiera, Seuda; pero voy viendo que necesito de él y de los suyos, y de todos, como tú, por

lo cual tarde ó temprano se nos subirá á las barbas. Aquí estamos discutiendo, y..... ¿quién te dice que si se le antoja no nos hace volar por esos aires, á mí con todo mi valor, y á tí con toda tu inteligencia?

—¡Ni lo digas!—exclamó la bruja, poniéndose de pié y mirando en torno á las paredes visiblemente amedrentada—es decir, que ya no hay sosiego para ninguno de los dos.

—Quiero decir—añadió el guerrero, tranquilo y con cierta sorna—que ya nos vemos obligados á respetar á nuestras víctimas. Los necesitamos, Seuda, los necesitamos.

—Para esquilmarlos—vociferó la de las cien caretas.

—No lo niego; pero van sabiendo y van pudiendo cada dia más.

—Porque tú les favoreces; ¿por qué les diste cada vez más importancia con tu apoyo?

—Yo me lo sé y me lo callo—replicaba el ciego.—¿No me has querido tratar como instrumento tuyo? ¿No pretendiste pisotearme al pisotear á los siervos? ¿Podré olvidar jamás mis humillaciones? ¿No desconociste por completo mi indiscutible autoridad?

—Y lo hice por tu salvacion y la de todos. No hay salvacion si no se me obedece. Sembraste vientos y recogiste tempestades. Hoy te ves ciego, impotente. ¿Quién te devolverá la vista?

—¡Quién sabe!—contestó el gigante como meditando.—No serás tú de seguro, y eso que te precias de hacer de cuando en cuando algun milagro. Mi esperanza es otra.

—¿Cuál?

—Pónos y sus protegidos.

—¡Cielos, qué demencia!—exclamó la bruja.—¡Confiar en ellos todavía, en vez de confiar en mí!

—Mira, Seuda—replicó el gigante en tono de ironía amarga.—Los milagros que tú hagas, que me los claven en la frente. Si alguien hace milagros en la isla, es Ántropos auxiliado por su génio.

—¿Y vas á someterte á él? ¿Vas á humillarte hasta ser aliado suyo?

—Pues dí tú cómo se puede evitar.

—Allá voy. Escucha y reflexiona. En el estado de las cosas, no hay sino un medio de continuar mandando. Apoderarnos de Pónos.

—¡Cómo?—interrumpió Dinamion.—Eso se dice fácilmente pero del dicho al hecho..... ¿olvidas cómo desaparece, cuál se esconde?

—Oye—interrumpió Seuda.—El génio de la vara mágica es el verdadero autor de toda maravilla terrenal, ¿para qué negarlo?, pero tiene cariño entrañable á la familia del obrero. Amenacemos con exterminarla, y por salvar á sus protegidos, él mismo se entregará.

—¿Y qué ganaremos con todo eso?

—¡Ahí es nada! seguir mandando y disponiendo, apoderarnos de las fuentes de riqueza y bienestar; vivir en el regalo y la abundancia.

—Explícate, pues no te entiendo.

—Óyeme y me entenderás. Despues de las conquistas de Ántropos y los suyos sobre el mundo y sobre sí; despues de la invencion del polvo negro, no podemos echarles encima las antiguas cadenas del esclavo, ni siquiera tratarles como á siervos: lo reconozco, saben y pueden más que tú, y casi tanto como yo. Se encuentran en camino de libertad. Los

tiempos son otros, y otros han de ser los procedimientos. Si logramos disponer de Pónos, si nuestras órdenes aparecen dictadas por su interés hácia el obrero, si se promulgan refrendadas por su amor, seguirán todos trabajando y nos cederán con entusiasmo lo más pingüe de su hacienda. Un sentimiento, una preocupacion cualquiera, les moverá á nuestro antojo; porque tengo observado que el hombre es una máquina movida por su exquisita y complejísima sensibilidad. En el curso de su existencia, adquirió veneracion por Pónos. Explotemos este culto, y la esencia de la situacion no habrá cambiado.

—Casi, casi, me convences—dijo Dinamion despues de escuchar atento.—Pero ¿y yo?, ¿qué será de mí?

—Pediremos al obrero unos ojos de vidrio de imitacion primorosa, para ocultar tu ceguera, y si te dejas guiar por mi sabiduría, con tu sola catadura te harás respetar y obedecer.

—¡Obedecer!—gruñó el gigante volviendo á sus cavilaciones.—¡Obedecerte á tí!, ¡y yo quiero ser, si no el único, el primero!

—Pues considera por qué medio, privado de la vista como estás.

—Eso lo veremos, Seuda. No pierdo las esperanzas, porque todavía me parece percibir algunos rayos de luz, y como bultos de las cosas grandes. La vara mágica de Pónos, puede mucho; pero en fin, aunque tus ojos de vidrio no me seduzcan por ahora, intentemos apoderarnos del génio, y ello dirá.

Mientras Dinamion y Seuda se entretenian en arreglar el porvenir á su modo, Ántropos se aburria

en la ansiedad paseándose por el patio de armas. Para entretener el tiempo paróse á contemplar una hormiga cargada con un grano de centeno, la cual, con esfuerzos increibles, unas veces empujando y otras á la reculada, ascendia trabajosamente por un montecillo de menuda arena para llevar su carga al hormiguero. Varias veces tocó el afanoso animal el término de la subida, y otras tantas, desprendiéndose algunos granos al empuje de sus piés, rodó la hormiga con su carga á lo más hondo, para volver á comenzar la ruda é ímproba tarea con descomunal teson.

—¿En qué piensas?—le preguntó Pónos al desembozarse, en su inquietud por acorrerle.

—Pienso—contestó el observador—que los afanes de esta hormiga son una fiel representacion de mi existencia. Como ella, pugno desde tiempo inmemorial con una carga superior á mi menguado aliento; como á ella, me sostuvo á las veces la esperanza de un cercano triunfo; y como ella, cuando creia alcanzarle me precipitó el destino en desdichas no experimentadas hasta allí. Lo único en lo cual progreso y adelanto es en esta mi exquisita sensibilidad para padecer cada vez más hondamente. ¡Caso cruel y casi impío! ¿Dónde está esa ventura por tí tan á menudo prometida? ¿Dónde esa felicidad siempre cercana pero que nunca llega? Me voy creyendo sentenciado á girar dentro de un círculo, siendo mi vivir en esta isla una série de evoluciones fatales en todo y por todo idénticas.

—¡Válame mi vara mágica!—contestó el génio con viveza—y válgate á tí por desconfiado y falto de memoria. ¿En qué, dime, te pareces tú al salvaje desnudo é impotente, esclavo del temor y la igno-

rancia, temblando con el rugido del leon, el viento, la luz, la sombra y los fenómenos más simples?. ¿Qué comparacion puede existir entre aquella isla cubierta de bosques y pantanos, abrigo de fieras y semillero de males, poblada por unos cuantos hombres, desunidos, siempre en guerra, y este taller activo donde los grupos se diferencian, ligándose, y cuyas condiciones van siendo las adecuadas y propicias á la formacion, no ya de imperios monstruosos, sino de naciones prepotentes con inteligencias ámplias, conciencia de su mision y tendencia racional? Porque así como tu lucha con la Naturaleza te dotó de facultades para pensar y precaver, así como tu egoismo, guiado por la experiencia, se impuso una disciplina personal y otorgó los favores de su simpatía á los tuyos, á tus servidores, á las plantas, y con los hilos ténues del afecto te fué uniendo indisolublemente á los demás, desenvolviendo así tu sér en el espacio y en el tiempo, así, amigo Ántropos, con la série interminable de tanta prueba de amargura padecida por tus semejantes desde la noche infausta de tu esclavitud, contamos hoy con su apoyo para sacudir el yugo y para crear la atmósfera indispensable al armónico trabajo, padre de la libertad. Tu caudal de datos positivos es innumerable; los instrumentos para expresarlos, relacionarlos y generalizarlos son valiosísimos; desde la lengua, ya formada con su eufonía y su lógica, hasta la imprenta modernísima en donde vivificas á los biblos; desde el arado y la carreta y la nave y el telar, hasta el molino de viento y el polvo negro y la brújula, las máquinas á tu servicio os redimen del trabajo de la béstia, y ya si trabajais con el cerebro apenas si cansais el músculo. Y no

es esto todo: si tu corazon individualmente fué sintiendo cada vez más y mejor hasta vibrar libérrimo y altivo con la idea de justicia y de derecho, durante el último gran ciclo desde la venida de los bárbaros hubo como epidemia afectiva, la voluntad se determinó con los ardores del fanatismo y la fé, las costumbres se vigorizaron bajo un régimen de hierro, y los caractéres adquirieron temple en las hogueras de Seuda. Erais pigmeos, ahora sois gigantes, y armados de todas armas, juntos daremos comienzo al gran ciclo de armonía. Dinamion y Seuda pierden terreno por instantes. Con el polvo negro podremos allanar las injustas desigualdades de la fuerza; con la brújula buscaremos aliados en todos los rincones de la isla; con los biblos vivificados, surcando los cuatro vientos, lloverán sobre el espíritu los raudales de verdad de una sensata experimentacion, y la pintura con la música y las emociones de las bellas artes, harán vibrar al uníson los corazones para unirles en el trabajo y en la paz. Prepárate, Ántropos, prepárate: hasta ahora las tres regiones de tu sér se desenvolvieron sucesivamente: desde hoy, y con el capital atesorado, se desenvolverán simultáneamente en admirable equilibrio.

—Lo confieso—dijo Ántropos, cuando hubo terminado Pónos.—Es imposible resistir. Tu elocuencia me seduce y me enamora; pero en fin, parece como si hubiera de empezar de nuevo, y contra mi propia voluntad pregunto: ¿seré yo con todo eso más feliz?. ¿Qué es la felicidad? ¿En qué consiste? ¿Dónde hallar eso que busco?

—Me preguntas por la felicidad tras de la cual desde un principio suspiras. Es natural—contestó

Pónos gravemente.—Hay en tí una eterna aspiracion á un ideal infinito. Mucho podria decirte sobre ese afan insaciable; empero nunca digo sino lo necesario en cada caso. Escucha para tu bien. Una de las maravillas más extraordinarias de esta encantada isla de Gé, es la de llevar cada uno de vosotros dentro de sí mismo los elementos adecuados á una dicha relativa y apacible. Y sin embargo, amigo Ántropos, debo decirlo sin ambajes, la dicha estriba casi siempre en la propia voluntad, y áun despues del triunfo de mi Alecia, infeliz será quien se empeñe en serlo, pues sólo los amantes sinceros de la felicidad merecerán sus favores. Porque has de saber, amigo, que es la felicidad una doncella dulce, tiernísima, hermosa, pero en extremo recatada y tímida. Por instinto, por intuicion soberana, todos la amamos desde que nacemos, y no obstante, contados son los mortales que se informan de sus gustos, inquieren dónde mora, aprenden su lenguaje, la buscan para conocerla, la conocen para amarla, y hacen, en fin, los gratos sacrificios, mediante los cuales se prende y se cautiva la voluntad del objeto amado. Todos se la pintan á medida de su capricho, se la retratan como no es, y cuando tocan acerbos desengaños por haber corrido ciegos tras el engendro de su fantasía, ponen el grito en el cielo echando la culpa á lo sagrado y lo humano de su debilidad é insensatez. Éste se empeña en perseguirla por regiones que jamás pisó; aquél la llama con voces para ella aborrecibles, hay quienes en su lugar adoran un maniquí de oro ó de viento, y tras luengos años de ímprobos afanes, blasfeman desesperados cuando estrechan el frio del metal, el aire vano ó la sombra en lugar de algo amoroso, que le

refocile ó satisfaga dulce y apaciblemente; hay quienes cuelgan de esqueletos timbres de autoridad, la púrpura ó la corona, y despues de atropellarlo todo, acusan á su destino, porque al final de la jornada tocan con manos ateridas, no las gracias de una vírgen pura, sino la fealdad de los remordimientos teñidos en color de sangre. Y sin embargo, mi buen Ántropos, no es tan difícil como crees alcanzar los favores de la ninfa. El secreto está en amarla por lo que es, en buscarla por lo que vale; la dificultad consiste en persuadirse firmemente de no haber nada en esta tierra comparable con sus caricias y favores. Esto sólo casi basta para obtener unas y otros. Ama pronto á quien amarla sabe; pero si sus perseguidores se encaprichan con cualquier objeto vil; si prefieren el oro ó el aplauso á ella, se ofende, se desvia y tarda mucho en volver. No creas que importe al caso ornarla de simples flores ó autorizarla con preseas. Nada de esto tiene valor á sus ojos. Ni repara si la vistes con paño burdo ó con finísimo cendal, si la pones el humilde zueco ó la calzas el clásico coturno. Amante fiel de quien la ama, con todos los trajes será tuya si no confundes sus hechizos y sus prendas con accesorios atavios. Rinde tributo á sus gracias, aparta los ojos cuidadoso de lo efímero, muéstrate digno y varonil y austero, déjalo todo por ella, y en todo tiempo te tenderá los brazos, ya en medio de la escasez, ya hollando con menosprecio montones de vil tesoro. En otra ocasion lo dije, y ahora de nuevo lo repito: quien lo quiera puede ser feliz con sólo cerrar los ojos para no ver de la vida sino lo bueno, lo admirable, armarse de tolerancia, de generosa benevolencia y rodearse de amor, virtudes todas que aman-

san la esquivez y rinden la voluntad de esa diosa, tras la cual suspiras.

Tanta impresion hicieron sobre el ánimo del hombre las palabras de su protector, que al oirlas, y despues, sintió indecible consuelo. Propúsose, por lo tanto, volver á sus tareas con la mano diligente, con el pecho ménos oprimido para seguir cubriendo la haz de la encantada isla de Gé de utilidades y primores, pensando y sintiendo cada vez mejor al regar campos, rios y ciudades con el sudor de su frente.

CAPÍTULO III.

Todavía platicaba el hombre con su amigo y protector, cuando aparecieron Dinamion y Seuda en el balcon principal sobre la plaza de armas del castillo, y al parecer seguian su coloquio.

—Oye, rebelde— vociferó el gigante cuando la bruja le hubo indicado la direccion del punto en donde se encontraban Ántropos y Pónos.—En castigo de tu crímen y por haber atentado contra mi Real autoridad, os condeno á tí, á tu mujer y á tus hijos, á morir de hambre, emparedados en un templo, para daros ocasion de arrepentiros y poneros bien con Teo. Tú mismo habrás de tapiar las puertas y las ventanas del calabozo y sepulcro.

Y como reminiscencia de una cruel ironía, añadió despues en tono indiferente y socarron:

—Mira, os doy permiso para comeros los unos á los otros.

Pónos se quedó aterrado al oir aquella brutal sentencia.

—¡Señor!—exclamó el obrero.—¿No hay medio de ablandar tu cólera?

—Uno sólo—contestó el gigante.—Si tu protec-

tor se despoja de su manto azul y se entrega á nuestra disposicion, os perdonaré la vida. De otro modo, lo dicho dicho: os comereis.

Ántropos miró al buen génio, y éste leyó en aquella mirada una série de súplicas y de lamentaciones.

—Tranquilízate—le dijo por lo bajo.—Te daré la prueba más ínequívoca de mi entrañable cariño; pero es menester que mi vara con mi manto azul, no caigan en poder de tus esquilmadores. Déjame hablar y prepárate á auxiliarme.

Entonces, levantando la voz y la mirada al balcon, el génio de la vara mágica se expresó en los términos siguientes:

—Dura es la condicion que me imponeis ¡oh ínclitos Señores de esta isla! Ignoro vuestros propósitos, temo por los demás, no por mí mismo, mas tanto ha sido, es y será mi amor hácia mis inocentes protegidos, que por salvarles la existencia, me entrego desde luego en vuestras manos.

Las caretas del manto de la consejera se agitaron de placer, y sobre su rostro apareció la más regocijada de todas.

—Acepta sin vacilar—exclamó por lo bajo, tirando de la púrpura de su Señor.—Todo se podrá salvar siendo Pónos nuestro prisionero.

—Convenido — concluyó diciendo Dinamion. — Sube y entrégate, confia en nuestra Real palabra. Tú nos aconsejarás, y la familia de Ántropos gozará con ello de vida y de libertad.

Seuda volvió á tirar más fuerte de la púrpura, como quien quiere hacer callar.

El génio y el obrero se abrazaron, y aquél entregó á éste su manto azul y su vara.

—Mucha prudencia—le dijo al entregarle aquellas inestimables prendas.—De tí depende todo ahora. Yo quedo reducido á un nombre. Mira el uso que haces de mis atributos, pues sospecho la intencion de nuestros amos.

Dicho lo cual, Pónos se dirigió á la estancia del gigante y de la bruja, dejando al hombre con lágrimas en los ojos, no se sabe si de afliccion ó de alegría.

Desde el instante en que Seuda pudo llevarse consigo prisionero al génio omnipotente del trabajo, comenzó á tomar disposiciones para enfrenar los conatos de licencia que en todas partes se manifestaban. Ante todo, y sin disminuir poco ni mucho el número de sus acólitos, multiplicó el de los servidores zánganos, y puso un verdadero ejército á las órdenes de Anoya, pues con su perspicacia de costumbre, venia notando en su criada conatos de independencia, y quiso apaciguar su disgusto, creándose al propio tiempo buenos y leales partidarios. Anoya con esto se amansó, y distribuyó su gente en escuadrones con toda clase de trajes, pero manifestando sin querer, una aficion predilecta hácia la ropa talar, el colór negro y el birrete.

Satisfecha aquella primera necesidad de poner á sus secuaces en situacion de manducar holgando, pensó la bruja en reglamentar á su manera los esfuerzos útiles, y á este fin dividió en oficios á la masa de trabajadores; cada oficio en maestros y aprendices, y con los aprendices y maestros formó gremios con sus veedurías. ¡Qué reglamentos y cuántas ceremonias! Los tejidos, desde entonces, habian de tener su ancho, su largo y un número determinado de hebras. Dentro del horno de los

panaderos, era crímen meter un pastelillo. Los candiles y velones no podian alterarse, y una mejora en la produccion de luz ó en cualquier otro ramo de la industria, exponia al inventor á la miseria y al castigo, además de ver la obra de su ingénio destruida por mano de verdugo.

A poco de perfeccionarse el sistema de los gremios y de las hermandades, todo era pleitos y disputas y discordia. Los ahorros se gastaban en mantener á los curiales de Anoya; y quien mejor observaba los artículos innumerables de sus enmarañados reglamentos, era el mejor artífice, el maestro.

Y, sin embargo, aquella red tan sábiamente organizada por la bruja para engordar á sus secuaces, dió con el tiempo resultados contraproducentes. Porque muy lejos de destruir el efecto de las máximas de Pónos, el trabajo se diferenciaba, su division hizo diestros y peritos á oficiales y aprendices, y hasta las disputas y los pleitos dieron una importancia al trabajar, nunca en los tiempos anteriores conseguida. Verdad es que expidiendo Seuda sus decretos en nombre y con la vénia de Pónos, el génio siempre halló modo de introducir en cada uno una idea ó una frase por donde sus amigos y discípulos pudieran defenderse contra los esquilmadores, y conocerles y burlarles.

Esto en cuanto al trabajo de transformacion de la materia, ó sea á la industria: en cuanto al trabajo de acarreo y cambio, es decir, en cuanto al comercio, las lucubraciones de Seuda y de los suyos, si bien la produjeron pingües rentas durante algunos años, concluyeron por minar y echar por tierra el prestigio de su autoridad, al fin. Ya indicamos en

un capítulo anterior cómo Andros y los habitantes de climas desapacibles se proponian alcanzar naranjas y aceite y vino mediante el cambio de los metales y artefactos elaborados por ellos. Estos cambios (activos desde el principio de la familia ó la tríbu) crecian pasmosamente con el creciente desarrollo de necesidades nuevas y en la medida de los demás adelantos, y Seuda vió en aquella actividad febril por cambiar y comerciar un venero inagotable para aumentar sus adehalas. El procedimiento de que se valió fué muy sencillo, y como suyo. Reducíase á explotar la pasion ó el sentimiento. Bajo la palabra de *independencia* fomentó el ódio entre Andros y su padre; á favor de la de *proteccion*, y con la ayuda de Petonosa, instituyó registros de entradas y de salidas para husmear y sisar; bastardeando el concepto del *honor*, le hizo consistir en vivir cada cual aislado en su pobreza, cuando no podian despojarse unos á otros con violencia ó astúcia; y en fin, de tal manera explotó los falsos sentimientos de padres, hijos y hermanos, que para evitar toda inundacion de bienes por ellos no poseidos, se rodearon de murallas, de fosos, de barreras, dejando en ellos unos cuantos estrechos pasadizos, á manera de poternas, en cuyas paredes se colocaron sendos manojos de anzuelos. Aquellos pasadizos, así armados, eran las aduanas únicas para entrar y salir de pueblos, villas y aldeas; y la bruja logró así, á favor de los anzuelos, si no todo, una gran parte de cuanto se proponia. Quienes entraban en cualesquiera comarcas, se hallaban presos sin saber cómo ni por qué, para ser registrados por los emisarios de la astuta; y dicho se está que los tales emisarios eran duendes escogidos entre los

más curiosos y voraces. Ni una oveja, ni una carga atravesó los pasadizos sin dejar en los anzuelos la mejor bedija y la tajada más gorda.

¿Quiérese ahora una prueba de cómo disfrazaba la muy ladina sus excesos con palabras? Héla aquí: para todo el mundo no habrá cosa más torcida que un anzuelo; pues bien, Seuda llamó á cada uno de los innumerables de sus aduanas un *derecho*.

Intervenidos los cambios de frutos y de productos, con mengua del pró comun, era indispensable justificar los perjuicios que de otro modo pronto se hubiesen advertido, y Seuda, conociendo, como nadie, la solidez y el alcance de la razon pura de sus víctimas, inventó una ideal balanza de comercio, é hizo creer á los babiecas que la única riqueza eran el oro con la plata, y que en teniendo oro y plata, con plata y oro engordarian. Si nuestros amabilísimos lectores se resisten á dar crédito á semejante despropósito, recuerden por un momento que esto sucedia en Gé, isla encantada y fantástica, y que la razon pura de sus habitantes no tenia el egregio soberano orígen de nuestra por tantos títulos semidivina razon.

Despues de la produccion y de los cambios de las cosas, tocó el turno á los productos impalpables. La consejera, en su soberbia, presumia de divinidad y habia de estar en todas partes como Dios. Por eso, además de considerarse siempre árbitro infalible del sentir, se proclamó única dispensadora de la ciencia. Tendia á amortizarlo todo entre sus manos y se imaginó tambien poder repartir las aptitudes y el talento á medida de su interés ó capricho, mediante determinadas ceremonias. Quienes vestidos de manteos é inscritos en sus registros asistieran á

las aulas instituidas de su órden por Anoya tantos millares de veces, como su criada peroraran, y de ella tomasen doctrina y conocimiento, haciendo abdicacion absoluta de su experiencia y su razon, recibian el título de doctores en ámplio é historiado pergamino, y cesaban, *ipso facto*, de ser cerrados de mollera, ciegos y sordos de juicio ó zopos de entendimiento.

Dicho se está que con semejantes convencionales requisitos, la bruja, su criada y sus adeptos, se dedicaron á acuñar la moneda falsa más dañina y de peor ley: las falsas aptitudes y la falsa ciencia. Y sin embargo, sucedió respecto de los productos intelectuales lo mismo que respecto á los materiales: la intervencion de Seuda para reglamentar toda actividad con el propósito de reducirla á la rutina, á la uniformidad ó la quietud, produjo á la larga resultados fatalísimos para su poder, porque con aquella disciplina—absurda y pretenciosa y todo—las pocas máximas de Pónos introducidas en las aulas como de matute, se fueron generalizando y los espíritus fueron adquiriendo órden, regularidad y método.

Una ventaja inapreciable tenia el nuevo despotismo de la consejera: áun el error se instituia en nombre del buen Pónos; al desatinar, al oprimir, la autoridad de Pónos se invocaba, y ya lejos de abominarle y calumniarle, se le nombraba con aplauso y se labraba despaciosamente su prestigio.

Otra ventaja, y no pequeña, de aquellas innovaciones fué una costumbre introducida por la fuerza misma de las cosas, pues á consecuencia de las gerarquías de maestros, aprendices y braceros, se hubo de retribuir á los últimos diariamente su tra-

bajo, y al instituir el jornal y el salariado, los que vivian de sus esfuerzos musculares conquistaron insensiblemente comienzos de independencia. Las númas seguian provocando maravillas. Así como en los principios desterraron los difíciles trueques en especie, ahora en el cambio de servicios iban comprando los manuales con un asomo de equidad.

Ocioso parécenos indicar siquiera que la sancion indispensable para el cumplimiento de tan múltiples disposiciones fueron el palo, la mordaza, la mutilacion, la hoguera, cuyos castigos y otros ciento contuvieron á los levantiscos, temerosos del gigante Dinamion á quien creian con vista todavía. ¡Ah, si hubiesen sabido á ciencia cierta cuánto era su zozobra y su temor á causa del polvo negro, de seguro que hubieran rechazado en muchos casos las pretensiones de la bruja!

Esta, con su osadía de costumbre, luchaba por contener la marea ascendente del progreso por todos los medios á su alcance. Quemó, persiguió, maldijo á las personas y las cosas, consagrando las primicias de su rábia y su rencor á los biblos voladores y á la encantada maquinilla de Andros. Pintándolos como engendro del demonio, anatematizándolos como obras endemoniadas, decidió al gigante á promulgar un famosísimo decreto, por el cual se suprimian de golpe aquellas abominaciones en el mundo (1).

La preponderancia y el poder de Seuda parecían inexpugnables, eternos, y motivo habia para deses-

(1) Francisco I de Francia, por ejemplo, decretó la abolicion de la imprenta.

perar de la emancipacion de los débiles de espíritu ó de cuerpo.

Por fortuna si Pónos estaba prisionero, Ántropos poseia su manto azul y su varita mágica; por fortuna, Dinamion, Seuda y los próceres temian el poder del inventor del polvo negro, é insaciables en sus apetitos le pedian goces y más goces para entretenerle, sin acordarse ni un instante del manto negro de Alecia. A peticion de próceres ó enriquecidos, se edificaron palacios; el cultivo de la tierra se estendió y perfeccionó; los pensiles y salones se exornaron como nunca; multiplicáronse los templos, y para realizar tamañas obras, Ántropos y sus discípulos, con los prodigios de la vara mágica, reprodujeron las estátuas de otros tiempos, perfeccionaron la pintura al óleo, vulgarizaron sus cuadros con el grabado, y en el metal, la piedra ó la madera dieron forma bella y acabada á sus emociones íntimas, á su modo de sentir y á su manera de pensar.

Aquello fué un renacimiento.

Hubo en verdad algun hipocondriaco austero que levantó su voz contra el progreso sacrílego y protestó predicando. Seguido de una turba de fanáticos entró en las Siete Colinas y amontonó cuantas novedades pudo y las redujo á cenizas, como si hubiese querido detener el movimiento de la vida é invertir el curso de su corriente; mas el pigmeo se estrelló contra el poder de la necesidad, y Seuda, su correligionaria sin saberlo, le condenó á la hoguera y en ella le hizo perecer (1).

Con las exigencias de unos y otros, con tan vertiginoso pedir y tan contínuo trabajar, Ántropos

(1) Savonarola.

llegó á perder la cabeza y se acordó de su buen génio.

—Me es necesario verle á todo trance—se dijo por fin un dia al sentirse rendido y descorazonado.—Todo se me pide en nombre suyo; le rogaré que tenga compasion de mí.

Y buscando la manera de tener una entrevista con el génio, se acordó del manto azul. Haciéndose invisible en él, burló la vigilancia de los carceleros, y á media noche, y en el silencio y las tinieblas, se presentó á su protector.

—Ya era tiempo de que de mí te acordaras—le dijo Pónos en tono de reproche.—¿Serás ingrato como todos cuando te miras libre de congoja?

—Perdóname, Pónos—exclamó el hombre con voz ahogada por el llanto.—Confieso mi debilidad: creí vencer sin tu ayuda.

—Pues en el pecado llevarás la penitencia, siempre que tal hagas—contestó el génio abriéndole los brazos.—¿Qué te ha traido por aquí?

—Oir tu voz, consultarte.

—¿Dónde está Gina? ¿Qué hace Télia?

—Seuda ha encerrado á mi mujer en una verdadera jaula, en un caseron con rejas y más rejas. Allí, gracias á sus filtros debe haberla trastornado el seso, porque reniega de mí, se ha cortado sus enormes rizos, oculta sus encantos bajo tocas y se propone vivir toda la vida entregada á prácticas pueriles. En cuanto á Télia, burló á Anoya y sus acólitos, y debe estar con su hermano.

—Muy grave es eso, muy triste y peligroso para toda tu familia—contestó el génio suspirando.—Ya veremos con el tiempo el modo de curar esa manía. ¿Cómo vá Andros? ¿Trabaja? ¿Te ayuda? ¿Os enriqueceis?

—Con el sistema establecido por Seuda, cuanto más trabajamos, ménos disfrutamos. Todo se queda en sus anzuelos. ¿No hay otra manera de cambiar?

—Esos que tú llamas cambios—prosiguió el génio en su tono de costumbre—son una parte y nada más de los cambios de la vida, porque adviértote que tu existencia pudiera decirse que es una sucesion de cambios. Cambias con otros cuanto te es indispensable para comer y beber, para albergarte y vestir; cambias con ellos ideas y presunciones; cambias por fin tus emociones, tus afectos. Y siendo tan diferentes estas tres materias del cambiar, si las combinas dos á dos resultarán seis clases de transacciones cuando ménos. A veces das producto por producto; un pensamiento, por otro pensamiento; simpatía é interés, por interés y simpatía; otras, pagas algo inmaterial como una idea, una nocion, el cariño ó el amor, con algo material tangible, fruto de tus afanes ó tu industria. Seuda, atenta siempre á su negocio, empeñada en mermar vuestro poder, ó en cegaros, os acostumbra á dar valor únicamente á los cambios materiales. Hablando siempre del espíritu, menospreciando la materia vil, se contradice en sus obras, porque su condicion es sensualista. Ni ve, ni quiere ver los demás cambios, y desconoce sus misterios. Déjala que empobrezca á mis discípulos: ellos abrirán los ojos y cuando cambie conscientemente los productos del trabajo de sus cerebros y sus corazones, no habrá anzuelos para sisar los cambios superiores del sentimiento ó la idea.

—Entonces ¿crees que habremos de destruir sus anzuelos y sus aduanas?

—Ellos se destruirán por sí.

—¿Cuándo?

—Cuando los trabajadores entiendan lo que son cambios, cuando hasta el más egoista sepa dar, por egoismo, valor á los esfuerzos de la inteligencia, valor á los esfuerzos de la sensibilidad.

—¿Pero cómo podrá suceder eso, mientras Anoya forme á su capricho las inteligencias?

—Para conseguirlo pugna, pero no lo logrará.

—¿En qué fundas esa confianza?

—En la impotencia de sus contradicciones. En teoría, sostiene que el espíritu tiene orígen inmortal, posee virtualidad propia, supera al mundo y la materia; en la práctica, obra como si estuviese persuadida de que la razon se forma con aquello de que se nutre, ó como si la tuviese por producto de todo cuanto la rodea. Por eso son sus distingos deliciosos, sus sistemas peregrinos. Afortunadamente la naturaleza toda concurre á la educacion de vuestros semejantes, y Seuda podrá detener el desenvolvimiento del espíritu un momento, pero el espíritu la vencerá.

—Luego ¿qué hago? ¿que me aconsejas?

—Seguir, como siempre, trabajando. Seguir ampliando más y más los mecánicos esfuerzos de todos tus servidores, los esfuerzos de tu inteligencia en la paciente observacion recomendada por mi hija, los movimientos afectivos de tu ser, para robustecer y confortar tu individual pequeñez con la simpatía y el cariño de todo cuanto te circunda.

—Ya procuramos trabajar como tú dices, pero segun los arreglos de la bruja, tocamos una dificultad muy grande.

—¿Cuál?—preguntó Pónos.

—La escasez de númas para pagar á los obreros siquiera sus esfuerzos musculares.

—Y lo comprendo—observó el génio recapacitando.—La sociedad va siendo una complicada máquina; su prosperidad depende de los cambios, segun te acabo de decir, y las númas son como el aceite para suavizar sus movimientos: cuando escasean, todas las piezas de la máquina andan tardas y premiosas.

—Entonces será preciso pensar en hacer oro y más oro.

—No caigas otra vez, te lo suplico, en tus antiguos devaneos. Ríete de quien pretenda fabricarle. ¿No te basta la experiencia habida?. Ya no se trata de hacer oro, sino de encontrarle hecho.

—¿Y en dónde?—exclamó Ántropos.

—Donde le haya—dijo Pónos.—¿No le has visto, por ventura, en algunas de tus correrías?

—¡Vaya si le he visto! ¡y en monton!; pero lejos, sumamente lejos.

—Pues aunque se halle en los últimos confines de la isla, allí hay que ir á buscarle.

—Pereceria en la jornada.

—Pues acorta la distancia por la mar. ¿No tienes á tu disposicion la brújula?

—¡Qué idea!—exclamó el hombre.—Tienes razon. La isla es redonda, y ya te entiendo. El alba apunta, vuelvo á mi trabajo. Le propondré la empresa á Dinamion.

Ántropos volvió á su casa preocupado con ideas nuevas. Sus conceptos acerca de lo posible y lo imposible por instantes se aclaraban. Al salir para entregarse á sus faenas, se encontró con uno de sus imitadores que aún presumia de alquimista, el cual

venia á decirle en confianza que habia dado con la manera de hacer oro.

—Está bien, compañero—le contestó sonriendo. —Te felicito por el triunfo. En premio de tu descubrimiento, te regalo esta bolsa magnífica de cuero para que la llenes de oro á tu talante y buen sabor (1).

No habian pasado muchos dias, cuando Dinamion llamó al vasallo y le dijo:

—Vamos á ver, amigo Ántropos. No te puedes quejar de mí, y sin embargo, no me correspondes. Gozas de relativa libertad, te doy libertad civil; en vez de choza habitas una casa con asomos de palacio; te admiro como pintor, como arquitecto te honro, como escultor te respeto; ¿por qué no acabas de sacar oro y más oro de tus retortas y crisoles?

—Porque, Señor, me he convencido que es más fácil y barato buscar y encontrar metales preciosos hechos, que empeñarme en hacerlos, áun suponiéndolo posible.

—Pues busca y encuéntralos. Esto no puede continuar así: todo el mundo pide númas; sin ellas es imposible cambiar cómodamente, ni producir, ni entenderse. No me obligues á ser otra vez cruel. Mira el medio de tener oro en abundancia, ó hago una barrabasada.

—Para ello—contestó Ántropos—seria indispensable recorrer la isla toda, visitar sus vírgenes comarcas, atravesar los mares y arribar á costas desconocidas. Recuerda los antiguos viajes, los relatos increibles de alguno que otro viajero. Paises hay, sin duda alguna, en donde la tierra es oro y las

(1) Leon X y el alquimista.

arenas diamantes. El toque está en ir por ellos.

—Pues ¿quién te lo estorba? Hazlo pronto y hazlo bien. Mi voluntad es mi voluntad, y basta.

—Pero, Señor—balbució Ántropos aprovechando la ocasion—¿lo permitirá tu consejera?

—¡Ira de gigante!—exclamó Dinamion, entonces más que nunca irritable ante la menor contradiccion.—¿Necesito, por véntura, su permiso?

—Es que para hacer cuanto me dices me seria indispensable la compañía de Pónos.

—Pues áun así—continuó el gigante—¿osaria Seuda oponerse á mi voluntad si yo lo quiero y yo lo mando?

Y despues de reflexionar un rato, añadió con amargura:

—Pero estoy ciego. ¡Ay de mí!. Estoy á la merced de Seuda. ¡Si viese un poco, aunque poco!

—Pues si tú quieres verás—exclamó el artífice y artista con acento de entusiasmo.

—¿Qué dices?—preguntó el gigante alborozado.—¿Volver á ver la luz?. Dí, díme cómo.

—Prometiéndome ser el amigo de los mios, ampararnos contra todos, dejarnos en libertad para colmarte de riquezas.

—Lo júro—gritó el gigante.—Te lo juro por mi honor. Dáme la vista como en otro tiempo me diste la salud, y seré vuestro amigo y vuestro padre.

—Pues acerca tu grandeza á mi humildad y déjame llegar hasta tu frente soberana.

Dinamion se arrodilló, bajó la cabeza cuanto pudo, y Ántropos, sacando la vara mágica, le tocó entrambos ojos con ella.

Un grito frenético de alegría despertó todos los ecos del castillo, y al oirle Seuda y sus acólitos,

Anoya y sus doctores, acudieron despavoridos para saber la causa.

Dinamion estaba ya de pié y bailaba de contento.

—¡Albricias!—gritó en medio de su júbilo dirigiéndose á su consejera.—Ya empiezo á ver, ya distingo los bultos y los objetos. Habrá oro y númas y todo cuanto deseamos. Venga Pónos; que vuelva al lado de su protegido para acompañarle hasta los últimos límites de la isla.

—Pero ¡Señor, fuerte y sábio y delicioso!—exclamó Seuda recordando las lisonjas con las cuales le aplacaba en otros tiempos.—Poner en libertad á Pónos es comprometer mi obra.

—¿Y qué me importa tu obra?—interrumpió Dinamion enfurecido.—La mia sólo me interesa. Ántropos necesita á Pónos para cumplir mi voluntad, y nadie me contradiga ni rechiste.

—Sin embargo, Señor sábio y delicioso—insistió Seuda con una mansedumbre de mucho atrás olvidada—el caso es árduo. Merece examinarse detenidamente; oigamos lo que te propones.

—No soy yo quien lo propone—contestó el gigante—es nuestro súbdito leal.

—Razon más para examinarlo muy despacio—insistió la consejera.—La prudencia nunca estorba; tengamos un consejo magno, y despues hágase tu voluntad.

—Siempre ceremonias y pamplinas—refunfuñó el gigante.—Al fin se hará lo que yo quiero. Cita en buen hora á consejo.

Ántropos, al presenciar aquella escena, sintió gozo y esperanza y ansiedad.

Al dia siguiente se reunió la flor y nata de la ciencia del imperio en el salon de ceremonias, y

Ántropos compareció ante la augusta asamblea para dar cuenta de sus planes. Allí estaba Anoya rodeada de sus flamantes doctores; allí los acólitos innumerables de Seuda; allí todos cuantos se creian doctos ó anhelaban hacer alarde de su gallardía en el decir, ó su desenvoltura en perorar. Además, y como la bruja se proponia que la derrota del hombre fuese decisiva, habia convocado para formar el auditorio á cuantos curiosos cupieran en la estancia, y hasta Gina, reclusa detrás de triples rejas, presenciaba el célebre certámen.

Apenas hubo Ántropos espuesto la insensatez de pretender fabricar oro, y cuánto más sencillo y más barato era buscarle donde le hubiese; apenas dijo la necesidad de navegar libremente acompañado de Pónos en busca de otras comarcas hasta encontrarle ya hecho; apenas insinuó que la isla era una bola, y sostuvo su plan de darla la vuelta, cuando cierto doctorzuelo, quien gracias á una cédula especial tenia el privilegio privativo de saber cuanto los mares habian y contenian, se rió como un bendito. Oyéronle reir sus demás colegas, oyóle Anoya, oyóle el público, y como la risa suele ser entre los nécios enfermedad de contagio, cuando el marino propuso el atrevido viaje, todos los apergaminados, con muy pocas excepciones, reian y más reian.

Ántropos insistió con calor en su propósito, irritáronse los doctorcillos, picóse gradualmente su amor propio, y sabido es que cuando el amor propio se desborda, hasta los sábios niegan la luz, si de negarla se trata. Desde el principio del consejo, y por pura vanidad, los doctores de cédula y saber ingénito se declararon contra todo viaje de esploracion ó descubierta.

Así empezó la discusion. El gigante mismo se callaba, temeroso de ser objeto de rechifla.

Mal hubiera acabado aquel proyecto sin el teson del hombre y sin su fé. En ninguna ocasion como en aquella se vió más palpablemente la transformacion de su conciencia y de su voluntad, mediante la accion del tiempo y de las cosas. Enumeró las razones para considerar esférica á la isla; expuso sus observaciones, la redondez del sol y de la luna; recordó la desaparicion gradual del casco de la nave al llegar al horizonte, la aparicion en alta mar de los más altos picos de los montes; enumeró sus viajes y los viajes de otros hácia Oriente; calculó el espacio recorrido; sostuvo la existencia de tierras desconocidas, y afirmó que poniendo la proa hácia Poniente y siguiendo siempre el mismo rumbo, llegaria navegando á comarcas vírgenes y ricas, y traeria oro en abundancia.

Gracias á la insistencia del marino, la asamblea se dignó discutir punto por punto.

La primera objecion fué suscitada por Seuda, y se llamó de los antípodas. En otros tiempos habia sostenido la imposibilidad de su existencia, de acuerdo con divinos textos, y todo el oro del mundo no podia consolarla si ahora sufriera una derrota.

—Siendo la isla redonda—decia—¿cómo habian de sostenerse sobre ella los hombres debajo de nuestros piés? Además—añadia despues de negar rotundamente la posibilidad de los antípodas y condenar la sola idea como herética—si nuestra isla ės redonda, el mar es un despeñadero. Si dejamos separarse de la costa á nuestro esclavo y á su génio, navegarán cuesta abajo bien; pero ¿cómo navegarian cuesta arriba cuando tratasen de volver?

En seguida otro doctor enteco y atrabiliario anunció una teoría sacada de su razon pura. Allá, en medio de los comedios de la tierra habia, segun el doctor enteco, líneas de fuego, zonas abrasadas que no era dable atravesar. Si el vasallo se aventuraba á los mares, bajaria la nave despeñada, segun la opinion infalible de la consejera, con lo cual, y siendo aquélla de madera, se meteria dentro de la zona tórrida y arderia como arista (1).

A todo contestaba Ántropos con razones irrebatibles y los datos de su saber esperimental; pero su voz era ahogada por una ruidosa algarabía, y contra cada hecho de experiencia suyo se pronunciaban mil frases de filigrana racional, engarzadas primorosamente segun el artificio de la lógica. Sus verdades se ahogaban una á una en aquel mar de palabras.

Por fin perdió la paciencia, y exclamó:

—¿Y cuales son vuestros títulos para contradecirme á mí?. Hablo porque he visto y observado; vosotros hablais porque teneis lengua.

—¡Empírico!—gritaron como energúmenos los acólitos y los doctores.—¿Te atreves á pedirnos nuestros títulos?. ¿Y los tuyos? practicón. Ahí tienes los nuestros, mentecato.

Así diciendo, comenzaron á llover sobre el pobre hombre pergaminos cuyo peso (y sólo quien lo ha experimentado sabe si pesan como plomo), le habria á la postre ahogado, si Gina en presencia del peligro de su esposo allá detrás de la reja, no se hubiese acordado de la presea amuleto, dádiva de Dinamion al sacarla de la jáula en la Península de

(1) Argumentos contra el proyecto de Cristóbal Colon.

Luz. Asióla trémula, la levantó por alto, la arrojó generosa y dijo:

—¡Socorro, Dinamion! Aunque sea falso cuanto dice mi marido ¿no te entusiasma la hazaña? (1)

—¡Vasallos!--gritó el gigante—guárdese cada cual su titulejo: es cosa buena y que le haga buen provecho. Yo veo las cosas de otro modo. Con permiso de vuestros diplomas se hará la voluntad de Gina. La nave volverá á la mar; Pónos acompañará á su protegido bajo la guardia de dos docenas de soldados fieles. ¡Silencio ya! Salga Pónos de su calabozo, apareja tú la nave, y á la mar antes y con antes.

Los doctores al oir el tono de su señor, amainaron en sus iras, y uno tras otro y muy humildes, recogieron sus títulos del monton, bajo cuya pesadumbre apenas si el marino aventurero acertaba á respirar.

Algunos dias despues, ya estaban prontas tres naves; cuatro más necesitaron los preparativos, y el quinto, fué el señalado para acometer aquella inolvidable empresa.

---

(1) Isabel I de Castilla.

CAPÍTULO IV.

Clara, serena, bonancible, amaneció la mañana en que la nave volvió á surcar las líquidas llanuras, y Ántropos respiró de nuevo con delectacion las frescas y libres áuras del majestuoso Océano. Con fé entusiasta, con valor sin límites, ejecutó nuestro hombre todo cuanto su buen génio le mandára, y apenas estuvieron á bordo los duendes y marineros destinados á vigilarle, largó el trapo á Mediodia cual levanta las alas la gaviota, y el ánima del loco acudió como en otro tiempo, y se dejó gobernar por el timon, y la quilla tomó su rumbo á Occidente.

Los primeros dias de la navegacion nada les aconteció digno de memoria ó de contarse. El leño seguia leve deslizándose sobre las rodantes olas, y cada vez parecia dilatarse más y más aquella inmensidad azul, interminable, simétrica, en la cual, ni un ave, ni un objeto, ni los últimos nevados picos de los montes, aparecian para quebrantar su redonda y monótona tersura.

Pónos, contento y satisfecho al verse de nuevo libre, se proponia no perder ocasion tan excelente

para fomentar con sus amenas pláticas las aspiraciones hácia lo grande y lo digno en la conciencia del hombre.

Una noche, cuando dormian los guardas y vió á su protejido absorto ante el sublime espectáculo de los cielos sobre el mar, se le acercó y le dijo cariñoso:

—¿Piensas, Ántropos, ó recreas los sentidos con el alma adormecida?

—Pienso y muy de veras—contestó Ántropos.—Mis ojos y mis oidos son como espejos que reflejan estas maravillas, empero todos mis sentidos están vueltos hácia mi interior y mi espíritu contempla allí otro mundo mucho más hondo y más ámplio.

—¿Y se puede saber alguna de tus meditaciones?—volvió á preguntar Pónos sonriendo.

—¿Qué significa ese cielo?—exclamó el hombre.—¿Qué parte de él es nuestra isla y qué papel hago yo en el Universo?

—Es decir—prosiguió Pónos preguntando—que te preocupa la manía antigua de Dinamion: saber de dónde vienes, qué eres y á donde vas.

—Así es—replicó Ántropos—pero no se lo pregunto á Anoya, como él. No quiero que me lo cuente Fanta. Te lo pregunto á tí porque deseo robustecer mi fé, del propio modo que he robustecido mi confianza en las leyes de la isla.

—Pues para eso, amigo mio, te falta mucho camino por andar. Sigue observando y estudiando esta soberbia máquina maravillosa. Sigue navegando con valor, pues aunque te imagines ir en busca de oro, otros serán los triunfos y las riquezas de este viaje. Por de pronto, ya vas viendo lo que vale la razon para juzgar áun las cosas que por los ojos se-

meten. La razon no concebia los antípodas y pronto te verás antípoda. La razon sentia la tierra inmóvil y por inmóvil la tuvo; creyó que se movia el Sol y proclamó su inconcebible movimiento Abre los ojos y mira; aguza el oido y oye; porque si ignoras hasta la posicion de cuanto te rodea, mal podrás adivinar movimientos invisibles cien veces más complicados.

Al llegar aquí el piloto y su buen génio, notaron que Ánemos el loco habia metido la nave en una como red de verdes algas ó sargazos espesos y entretejidos, cuya fuerza, extension y cantidad, por todo estilo pasmosas, estrechaban el casco por proa y popa, por estribor y babor, y le paraban y le detenian.

Acudieron al peligro, y no sin grandes esfuerzos, y gracias á la vara mágica, lograron atravesar el dilatado Mar de los Sargazos y continuar el rumbo.

Aquel pequeño incidente sembró la consternacion entre los marineros y los guardas, y comenzaron á bordo los murmullos, los espantos y las recriminaciones. No viendo el fin de aquella inmensidad, temblaron todos ménos Ántropos, porque en los grandes peligros es donde se pone á prueba el temple de los corazones, y los de aquellos tiranuelos, insolentes cuando navegaban viento en popa, ante lo desconocido y las primeras adversidades se acobardaban y temian.

Desde entonces, á medida que se internaban por el inmenso Océano, todo les sobresaltaba. Si los vientos soplaban constantes del mismo rumbo, era una amenaza y un peligro: ¿cómo volverian á sus casas?. Si el sol lucia á mayor altura, recordaban los vaticinios de Anoya y de sus doctores: ¿estarian

destinados á perecer en el fuego? Las variaciones de la brújula eran signos agoreros y fatídicos; hasta el color de las aguas anunciaba para aquellos miserables algo descomunal, pero terrible ¡Válame y cuánto no hubo de argüir y suplicar el marino, cuánto no se humilló ante aquella gentezuela! Gracias á sus argumentos y sus súplicas, se avino la tripulacion á continuar el mismo rumbo tres dias más, al cabo de los cuales, si no tocaba la quilla en el país prometido, virarian en redondo abandonando la empresa de una vez y definitivamente.

¡Con cuánta ansiedad no pasó Ántropos las horas devorando el horizonte con los ojos desde el castillo de popa ó desde proa y por encima del bauprés! Una voz interior le decia á cada instante que del éxito de aquella empresa atrevida dependia la libertad de su génio protector y la redencion de su familia.

Pasaron dos dias con sus noches y nada se veia al rededor de la nave sino cielo y agua. A la caida de la tarde y entrado ya el tercer dia, notáronse sobre el mar algunas ramas y pedazos de madera, á cuya vista, lı esperanza agitó violentamente el pecho del marinero. ¡En qué ansiedad indefinible no pasó la noche en vela, fijos los ojos á Occidente y casi sin pestañear!

Por fortuna, al aparecer la aurora, vieron la costa deseada. ¡Qué espectáculo tan maravilloso se ofreció entonces al asombro del aventurero! Todo era nuevo allí, todo admirable. Acercáronse cuanto pudieron á tierra, y tan cerca se pusieron, que distinguian las frutas en los árboles. Las plantas, las aves, los reptiles, en nada se parecian á los por ellos conocidos. Allí era la vejetacion exuberante;

el verde de las hojas, más oscuro; los contrastes de luz y sombra, más intensos; más rápidas sus variaciones; los pájaros, vestian plumajes multicolores, y hasta las piedras de los riscos y las puntas de las rocas, al rasgar la alfombra verde y matizada, lucian toques jaldes como el oro cuyo brillo sin igual embelesaba y seducia.

—¡Oro! ¡Oro! ¡A tierra! ¡A tierra!—gritaron los codiciosos guardas, los duendes y marineros.— ¡Atraca! ¡Atraca! A llenar la bodega del metal precioso. ¡A tierra! ¡A tierra! ¡Oro! ¡Oro!

Tocó, en efecto, la proa á tierra firme, y á ella saltaron todos los navegantes, ménos Ántropos, porque Pónos le detuvo en el instante mismo en que se disponia á seguirles para imitarles.

—Escucha—le dijo poniéndosele delante.—Mucho cuidado y en guardia. Esta tierra está más encantada que las demás de la isla, porque es encantadora como vírgen. No te dejes fascinar por esos áureos reflejos. Hay en su contemplacion un peligro temeroso: pudieras convertirte en vil metal y perder tus más exquisitas facultades. Recuerda cuanto te dije á bordo: el oro es el pretexto de este viaje. Aparta los ojos de él, y fíjate en lo demás.

Y á fé, á fé, que la amonestacion de Pónos no pudo ser más oportuna: mientras soltaban el áncla, despues de saltar á tierra, en tanto que el génio daba á su amigo aquel paternal consejo, la chusma duendil y marinera no apartó los ojos del oro codiciado, y por singular transfiguracion, su color se fué trocando en amarillo de tal modo y á tal punto, que al reunirse Ántropos con ellos, apenas si individualmente los reconoció. Cuando volvieron por la tarde á bordo, parecian mazacotes de metal, está-

tuas sin calor ni vida, porque las facciones de sus rostros habian adquirido dureza é inmovilidad, y al contemplarlas repelian.

Ántropos, prevenido, como hemos visto, por su génio, evitó aquella singular fascinacion, mirando las hermosas plantas, las brillantes tintas del plumaje de las aves, gustando las delicadas frutas y extasiándose embobado ante los encantos infinitos de aquella naturaleza rica y majestuosa.

A la caida de la tarde, la tripulacion volvió cargada de plata y oro: Ántropos, por el contrario, metió en la nave bananeros con sus plátanos, cañas dulces y ananás, colibrís y guacamayos.

Por la mañana Pónos, propuso sagazmente continuar la navegacion en busca de oro y de gemas, y los guardas y los marineros, cada vez más codiciosos, aplaudieron la proposicion y juraron no retroceder ni ante la muerte.

Aprovechando aquella especie de demencia, leváronse las ánclas, la nave siguió la costa, y tocando aquí, desembarcando más allá, se fué explorando aquella tierra, y vieron que era una isla.

No contentos con la riqueza adquirida, hicieron otra vez rumbo hácia Poniente, y viviendo entre peligros, sin reparar siquiera en ellos, dieron vista á costas más extensas en donde les sucedieron las aventuras más extraordinarias. Siguieron, sin embargo, su navegacion impávidos y descendieron hácia Mediodia.

Así visitaron comarcas ya apacibles, ya salvajes; se enteraron de las costumbres de otros hombres parecidos á ellos sólo en la figura; observaron fenómenos singulares en la atmósfera, en el mar, en la tierra y en los cielos; doblaron un cabo árido y som-

brío; atravesaron un estrecho tormentoso; sufrieron los rigores del hielo y de un sol abrasador; enfermedades y sustos, hambre y sed, fatigas y desengaños; pero nadie á bordo desmayó y hasta el último de aquellos séres tan cobardes, tan asustadizos al principio de la empresa, con la esperanza de ser rico se habia transformado en héroe (1).

Cuando vieron por el sol que habian dado la vuelta á un inmenso continente—que bautizaron con el nombre de Dorado—siguieron sin cejar su ruta, descubrieron islas y más islas, trocaron ó lidiaron con sus pobladores, hicieron varios prisioneros, y en todas partes adquirieron algo, descubrieron algo, aprendieron algo.

Por fin una noche ¡noche triste y espantosa! creyeron que perecian. El dia habia cerrado bajo un manto de negros nubarrones algunas horas antes de lo regular; el viento era huracanado, la mar gruesa, las rachas violentas y frecuentes. Por estas razones iba la nave con el velámen plegado, clavadas las escotillas, calados los masteleros. Ántropos, como de costumbre, amarrado á la caña del timon, no quitaba ojo de la brújula, cuyas indicaciones en tan crítica situacion no tenian precio. Sin embargo, hasta la culebrilla maravillosa, tan tenaz, tan fiel y tan constante, temblaba y vacilaba descompuesta ante lo horrísono del trueno y el fulgor vívido del rayo. Eran estos tan fuertes que iluminaban las olas y la cubierta cual el sol del Mediodía, para volver á sepultar aquella inmensidad en tinieblas cada vez

---

(1) El lector comprenderá que segun nuestro sistema, sintetizamos aquí várias navegaciones, además de las de Colon, para el descubrimiento de América.

más densas. ¡Qué noche tan cruel y tan interminable! El contínuo silbar del viento entre las járcias, el incesante bramido de la mar, el fragor de uno y otro trueno, ensordecian el oido tanto cuanto cegaba la vista aquella desenfrenada alternancia entre la luz y las tinieblas, y nuestros marinos sin oir, ni ver, azotados por la lluvia, embazados por el huracan, sentian entrar de popa á proa la mar llevándose todo por delante.

Para colmo de desventuras, notóse que el agua entraba por la amurada de babor, porque el enjunque, en tan contínuo rodar, habia deshecho los pañoles, y el oro con su pesadez batia los costados como poderoso ariete. ¡Oh! ¡Cuán angustiosos fueron los momentos desde que poco antes de amanecer tocaron en el viril de un banco, hasta que ya amanecido echaron un ancla de espía, y á fuerza de toar atracaron á la costa ansiada en un estado deplorable!

Tendidos se hallaban todos sobre la playa sin aliento, cuando llamóles la atencion ruido de voces, de disputas y tumultos. Levantáronse para ver dónde se hallaban, y vieron grupos y corrillos de labriegos caminando en direccion al interior. Entonces se aproximaron á los más cercanos y Ántropos reconoció fácilmente á sus antiguos amigos. Estaban en el imperio de Seuda y de Dinamion, y habian dado vuelta en redondo á la isla.

—¿A dónde vais tan de mañana?—preguntó el navegante á unas aldeanas que acertaron á pasar con niños en los brazos y rosarios pendientes de la cintura.

—¿A dónde hemos de ir?—le contestaron.—¡Vaya con el hombre! A ver la santa fiesta.

—¿Y qué fiesta es esa?—tornó á preguntar el marino picado de curiosidad.

—¿Pues dónde ha vivido? ¿Dónde ha estado? ¿No sabe que hoy se quemarán en presencia de Dinamion siete herejotes contumaces y relapsos?

—Cinco—añadió otra aldeana—por haber creido en los antípodas, y dos por decir á voces que la isla se movia y el sol no.

—Tambien los hay—interrumpió un mozalvete de mirada viva y penetrante—que arderán hoy en la hoguera, antes de arder en los infiernos, porque fueron compañeros de Andros en el robo de Alecia, es decir, de la hija de Pónos.

—¿Qué robo es ese?—continuó preguntando Ántropos con ansiedad.

—¡Vaya con el hombre!—exclamaron las mujeres. —¿Está en el Limbo ó dónde está?

Un anciano con la mochila á la espalda y con estoque desenvainado por báculo, llegó en aquel instante al corro, y parándose al oir la pregunta del marino, le dijo reposado y triste:

—No es extraño que ignores cuanto pasa. Mucho has tardado en tu viaje y te creíamos perdido. ¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo—contestó Ántropos.—Despues de correr las más peligrosas y más extraordinarias aventuras; despues de visitar un mundo nuevo, islas y continentes; despues de ver plantas y animales no soñados, de tratar gentes desconocidas; de llenar la bodega de mi nave con plata y oro á granel, hemos estado á pique de naufragar, y allí tienes el casco medio deshecho, pero afortunadamente á salvo nuestros tesoros.

Al oir las aldeanas el relato del marino, salieron

disparadas en direccion á la ciudad que se veia á lo lejos, diciéndose unas á otras:

—Ese es Ántropos. Ya está de vuelta. Trae la bodega llega de diamantes, asnos con álas, y hombres con cuatro piés y dos cabezas. Vamos á contarlo todo antes de que otros lo cuenten.

El navegante, sin reparar en la charla de aquella gentezuela soñadora, volvió á dirigirse al anciano de la mochila y el estoque, y le preguntó:

—¿Quién eres? Paréceme reconocerte.

—Soy poeta y soy soldado, y he recorrido muchas tierras. Como poeta soy tan libre como el aire, y ni desmayo ni codicio; como soldado he corrido tras fantasmas, pero veo claro y desespero.

—Entonces, amigo mio, ¿podrás contarme lo sucedido aquí?

—Durante tu ausencia—contestó el anciano—han sucedido cosas tan extraordinarias, como las más extraordinarias de tus aventuras. Ya sabes el motivo de tu viaje: esa maldita avaricia, fuente de daños sempiternos. Todos querian ser ricos á poca costa, y para serlo, aguzaban el ingénio; pero no habia númas para todos, ó al ménos no las habia á medida del deseo de cada cual. Seuda y Dinamion, andaban á la greña, y sucedió lo del adagio vulgar de «riñen los ladrones y se descubren los hurtos.» Varios de los acólitos de Seuda murmuraban ya cuando te fuiste; pero despues de tu partida, se alzaron abiertamente contra la manera de repartir el botin. El pretesto, el motivo ocasional, fueron los productos de las indulgencias. Aprovechóse tu hijo del descontento, y atizó la discordia bajo cuerda, en ódio á nuestros esquilmadores, y como desde muy atrás (segun se dice), sabia el paradero de Ale-

cia, pensó en dar fuerza á los suyos robándola atrevidamente. A este fin, reunió tropa escogida en los talleres, ligas y concejos, protestaron atrevidos contra Seuda, y una noche sacaron del pozo á la hija de tu protector y se la llevaron consigo á despecho de la bruja. No te quiero decir lo que sucedió despues. Alarmado Dinamion con los vaticinios de su consejera, volvió á salir á campaña para castigar á los rebeldes protestantes. Desde entonces, todo es confusion y llanto y luto. Tu maldecido polvo negro hace milagros para destruir. De nada sirven como antaño un corazon de diamante y unos músculos de acero; el más ruin se barbea con el más gigante; la muerte nos iguala á todos sobre los campos de batalla, y los castillos y las fortalezas detienen un momento nada más la ira de los pecheros. Unos y otros se ódian y se persiguen mútuamente; por un sí ó un nó, por esta palabra ó por la otra, por la interpretacion de una série de sonidos huecos se degüellan, se queman, se martirizan. ¡A buena hora llegas tú con tus tesoros!

—Pero en fin—interrumpió Ántropos.—¿Alecia está con mi hijo?

—Sí—continuó el anciano—pero para mí es como si no estuviese, porque desde que Andros y los suyos la tienen en su poder y se creen fuertes é invencibles, obran poco más ó ménos como Seuda. Si tu presencia y tu autoridad, ó mejor dicho la vara mágica de Pónos, no hace unos cuantos milagros, antójaseme que las cosas de la isla han de seguir como siempre.

El marino y el anciano no pudieron continuar su coloquio. Un gentío inmenso les rodeó como las olas de la mar, se estendió hasta la playa, y ya se

disponian hombres y mujeres á penetrar en la nave y repartirse el cargamento, cuando vieron acercarse al gigante y á la bruja, y el órden se restableció.

—¡Bien venido seas, ínclito y valeroso navegante! —exclamó Seuda en tono zalamero, tendiendo á Ántropos los brazos amojamados. — Bien venido seas, hijo mio; hemos sabido tu arribada y no hemos podido contenernos. ¿Dónde está la nave? Dicen que traes oro, ¿es verdad?

—¡Vengan esos cinco! — interrumpió Dinamion alargando al navegante la mano.—Dicen que te han sucedido extraordinarias aventuras. Eres un valiente; quiero conocer tus triunfos; no he podido resistir mi curiosidad y te contemplo como á un héroe.

—Señores—balbució Ántropos recelando una celada tras tanto y tan insólito agasajo.

—Lo primero es lo primero—volvió á decir Seuda en tono de autoridad.—Que se descargue la nave. Cuando el oro se encuentre en tierra y á salvo, recibiremos al marinero con la pompa y majestad á sus hazañas debidas. Entonces nos dará cuenta de su viaje y nosotros le otorgaremos honores en recompensa.

—Sea como dices—concluyó diciendo Dinamion refunfuñando.

Mientras se descargaba la nave, Seuda y Dinamion volvieron á sus palacios, y de su órden se dispuso todo para recibir sin la menor tardanza al atrevido navegante.

Al otro dia, y á toque de campana, penetraron Ántropos y sus compañeros por las puertas de la ciudad y se dirigieron en procesion á la plaza principal, en donde les esperaban sus señores debajo de espléndidos doseles y sobre tronos riquísimos. Las

calles estaban empavesadas, y los aires alborozados con gritos de admiracion y de alegría.

Rompian la marcha varias carretas cargadas de plata y oro, y escoltadas por los próceres. A seguida, en una doble hilera de mulas enjaezadas, venian, casi sin escolta, la patata y el maiz, las frutas y los arbustos, quina, gomas y tabaco. Cuatro parejas de indios, desnudos de busto y pierna, con abigarrados toneletes y vistosas plumas por tocado, traian un par de llamas, medrosas y asustadizas, con algunos pavos, bastantes papagayos, cotorras y colibrís, y por fin, Ántropos, harto curtido el noble rostro, á la cabeza de sus compañeros, con aire de nunca desmentida dignidad, devolvia los saludos de la muchedumbre. Un escuadron de guerreros, armados con espadas y arcabuces, cerraba la procesion al compás de una música marcial.

Era aquel el primer grande triunfo del obrero.

El gigante y su consejera le hicieron subir algunas gradas de su trono, sentarse por primera vez delante de ellos, y escucharon de sus lábios el relato sublimemente sencillo de sus principales aventuras. Al enterarse de las deducciones del navegante, Dinamion no pudo ménos de exclamar:

—Luego si la isla es una bola y tú la has dado la vuelta, hay hombres debajo de nuestros piés, hay eso que llamais *antípodas.* Luego aquello del despeñadero y lo de arriba y lo de abajo era todo ello patraña.

Las caretas del manto de la bruja se agitaron en confuso remolino, y la que tenia sobre el rostro hizo mueca de disgusto.

—Es evidente—interrumpió Seuda con aplomo imperturbable.—Los que están cabeza abajo en-

frente de nuestros piés se sostienen cabeza arriba porque sí.

—¿Y aquellos divinos textos?—preguntó asombrado Dinamion.

—Todo es cuestion de exegesis. Atendamos á lo principal.

Y volviéndose al marino, le dijo:

—Aceptamos con efusion esas cuantas carretadas de vil metal para que no lo tomes á desaire, y te cedemos generosamente las plantas, las drogas y los bichos. Tú lo has ganado y tuyo es. Respetemos el derecho. Ahora, díme: ¿por qué echan esos indios humo por la boca?

—Es una mala costumbre; *fuman* las hojas de una planta—contestó el marino.

—No lo entiendo—insistió la bruja;—y pues no lo entiendo, debe ser cosa del demonio. Así, pues, esos condenados dejan de *fumar* ó *fumarán* en la hoguera.

—¡Señora!—se atrevió á decir Ántropos.—Para esos infelices esa costumbre es una necesidad tirana. Todo lo sacrifican á ese vicio, como lo sacrificaríamos nosotros si á él nos acostumbrásemos.

—¿Cómo? ¿como?, mi querido Ántropos—añadió Seuda, cambiando de tono muy marcadamente.—¿Con que una necesidad nueva y tiránica? ¡Ahí es nada lo que eso pudiera producir! La inocencia de esos pobrecitos indios me enternece: que fumen enhorabuena y que enseñen á fumar. La bobería tiene cierta gracia.

—Ahora—añadió volviéndose hácia el gigante—vamos al reparto de las tierras.

Y adelantándose dos pasos para dominar á los espectadores, quiso hacer ostentacion y alarde de

una supremacía y una infalibilidad que por instantes sentia escaparse de sus garras, y con actitud y acento soberanos, trazó pausadamente líneas en el aire con el retorcido báculo, exclamando al describirlas:

—¡Presentes y futuros habitantes de esta isla, desde hoy esférica y redonda! Esta línea indeleble sempiterna, trazada por mi voluntad de Norte á Sur, será límite y demarcacion de dos derechos. Cuantos continentes, islas, ó archipiélagos caigan allende de esta línea, serán propiedad de mi Señor, con cuantas cosas, hombres y animales los pueblen y los ocupen; cuantas islas, archipiélagos y continentes caigan aquende de esta línea me los reservo yo por juro de heredad, para donarlas á quien bien me plazca con cuantos animales, cosas y hombres los ocupen y los pueblen. Y no sea obstáculo para que esta disposicion de mi poder único y universal se cumpla y se respete, ni la inmemorable posesion de aquellas tierras por otras gentes y pueblos, ni su bondad ó su cultura, sus leyes, su religion, su ciencia: superiores ó inferiores á nosotros, yo lo mando, y *en justicia* se someterán. ¡Hermanos! Siga la procesion.

Y volviéndose al gigante y advirtiendo cuál la contemplaba con la boca abierta, le preguntó melosamente:

—¿Qué te parece mi modo de arreglar las cosas?

—Admirable por el desparpajo—contestó Dinamion poniéndose de pié de mal talante.—¡Si arreglaras con igual facilidad tus disputas con los protestantes! Pero, en fin, paciencia y barajar..... Me llevo ese poco de oro y plata á mi palacio, porque lo necesito para defenderte contra ellos.

—Todo no—exclamó sobresaltada Seuda.

—¡Todo! ¡Ira de gigante!—rugió Dinamion mostrándola entrambos puños.

La bruja inclinó la cabeza, y mientras el guerrero se dirigia á su palacio, ella se encaminó al suyo murmurando:

—Llévatelo todo. Enhorabuena. Ya lo sabremos recoger. Calma, mucha calma. Sólo se pierde el rodeo.

Por su parte Ántropos, conversando con su génio protector cuando terminó la ceremonia, le decia:

—¿Qué te ha parecido el recibimiento?

—Me ha parecido muy bien—contestaba Pónos.—Tus Señores comienzan á respetarte.

—Ya lo veo—prosiguió el hombre, no sin marcada ironía.—Pero se guardan mis tesoros y me ceden lo demás.

—¿Y pierdes algo en el cambio?—preguntó el génio, severo.—¡Cuántos, cuántos desengaños y cuán amargos sinsabores habrás de devorar á pesar mio, antes de persuadirte cabalmente de la composicion de la riqueza!

—Será como tú dices—replicó el hombre en tono desabrido.—Ya me lo irás enseñando; pero no perdamos tiempo. Me desvivo por tener noticias de mi hijo y por saber su propósito. ¿Si habré traido á nuestros amos recursos para vencerle? Averigüemos sin tardanza lo sucedido y el estado de las cosas.

Ántropos y su protector echaron por calles y por plazas para recoger noticias. Enteráronse muy minuciosamente de la protesta de Andros y los suyos, y no en todo le dieron la razon; oyeron con beneplácito cuán bravamente se habia defendido el mozo

y cómo seguia defendiéndose, y en fin, se propusieron hacerle una visita, aprovechando la primera coyuntura, para contemplar á Alecia y saber el estado de su manto.

La situacion era difícil, y nunca como entonces necesitaba toda la familia los consejos del buen génio. Porque á seguida del triunfo del obrero, comenzó una época de agitacion sin igual en los anales de Gé. Seuda, pugnando por apoderarse nuevamente del génio y de su vara mágica; Dinamion, corto de vista y herido en su amor propio con la resistencia de Andros; éste engreido con sus triunfos y procurando sacar en provecho propio los mayores beneficios de la posesion de Alecia; los artesanos marineros de los concejos y ligas haciendo espediciones piráticas al Continente Dorado, sin respetar la division hecha por la bruja; la mujer dentro de un cláustro sin atender á su mision doméstica; cada cuál dejándose llevar por su interés, y en medio de todos Ántropos en compañía de Pónos, viniendo acá, yendo acullá, acudiendo á unos, auxiliando á otros, simpatizando con los suyos, buscando la manera de avistarse con Alecia y saber los tres portentos anunciados por su boca, formaban en actividad febril un como hervidero de vida y de movimiento, cuya pintura y relato son para nosotros imposibles.

En aquel bullicio, sin embargo, latia ya la armonía, porque los grupos se formaban á ojos vistas y á ojos vistas se diferenciaban. Y dentro de los grupos mismos deslindábanse dos campos de accion y de reaccion, de luz y sombra, de síntesis y de antítesis. Unos querian correr hácia adelante; otros se esforzaban por caminar hácia atrás. Era evidente

que en la encantada isla de Gé se preparaba algo muy nuevo.

Lo que hizo entonces Ántropos con la vara mágica del génio fué á la verdad prodigioso, por más que permanezca oculto. Como muestra y nada más de sus menudas invenciones, citaremos una sola.

En vista del lastimoso estado de las veredas y caminos, á consecuencia del incesante movimiento, y á pesar de los esfuerzos de la bruja, multiplicando los anzuelos en las villas y ciudades, en los municipios y señoríos, Dinamion exigió del hombre nuevos medios de comunicacion, y el protegido de Pónos áun obligado á ser pintor, poeta, músico, escultor y matemático, hizo oficio de ingeniero y construyó canales, áun en terrenos montuosos, y para construirlos, inventó la esclusa (1).

Al ver subir y bajar por aquellos escalones de agua las barcas cargadas con enormes pesos y llevadas á la sirga hasta la cima de los montes, el obrero cobró buena opinion de sí mismo y se aumentó su curiosidad por saber cuánto habria mermado con aquella magnífica invencion el velo negro de Alecia.

A poco de aquel nuevo triunfo, hubo de acompañar á su Señor en una de sus acometidas contra los rebeldes protestantes, y estando los campamentos enemigos á la vista, pidió á Pónos que le confiara su manto azul, durante una sola noche, para ir en busca de su hija. El génio accedió gustoso, pues conocia ya por experiencia cuán digno era su protegido del favor. Al amparo del manto maravilloso, Ántropos penetró en el campamento de su hijo.

---

(1) Leonardo de Vinci.

Vióle á la cabeza de lucidas y animosas huestes, pero sorprendióle mucho oirle confiar en la victoria sin espada y sin rodela. Sus armas eran un biblo de buen tamaño que llevaba debajo del brazo izquierdo de contínuo, y del cual sacaba máximas y textos, como proyectiles, para apedrear á sus contrarios; pero lo más extraordinario, lo más inexplicable para él, fué descubrir que aquel biblo era, si no el mismo, otro casi en todo idéntico al biblo arsenal de Seuda.

Largo tiempo estuvo el padre observando los gestos y las acciones del hijo, sin acertar á comprender aquella su manía bíblica. Oíale animar á sus guerreros con entusiasmo y con fé, invocar las sentencias mismas, en otro tiempo por Anoya repetidas, pero notó grandes diferencias en su interpretacion, y sintió cierto singular placer al reparar que para entenderlas y hallar su genuino y verdadero sentido, proclamaba la indiscutible autoridad de la razon, y en todo caso el libre exámen.

Mientras se enteraba así del estado de Andros y los suyos, llegó al centro del campamento, y vió, dentro de una tienda, luz. Acercóse con precaucion, levantó la lona por un lado y miró hácia el interior. Allí estaba Alecia sin mordaza, y el manto negro no la llegaba á los codos. Viendo que nadie habia cerca, se desembozó y entró.

—¡Tú aquí, Ántropos!—exclamó la hija de Pónos con su acento de bondad.

—Señora—contestó Ántropos—por verte, por escucharte, penetraria en los infiernos.

—Sé á lo que vienes, y no hay tiempo que perder. ¡Ántropos! el dia de tu liberacion se acerca. Prepárate, hijo mio, prepárate á ser digno de la libertad.

Para ello no hay sino un camino: trabajar con tu cuerpo dignamente, trabajar con tu espíritu hasta producir la luz, trabajar con tu corazon, cuyos efluvios van siendo más puros y más nobles. Ni te descuides ni te pares, pues en todo terreno, áun el más fértil, hay gérmenes de cardos y cizaña, y, con la negligencia ó el abandono, retoñan. Y así como ninguno cosechará buen grano en la heredad abandonada á los abrojos, así nadie comerá el pan de la libertad, mientras las tres regiones de su sér no se mantengan limpias y feraces á fuerza de trabajar.

—Así lo voy entendiendo—contestó Ántropos—y así lo veo más claro, despues de dar la vuelta al mundo. Como si mi corazon y mi cerebro se hubieran ensanchado en todas direcciones, siento necesidades ignotas, indefinibles, y por eso vengo en busca tuya para preguntarte: ¿qué hago?

—Mucho me place ver cómo progresas—contestó la hija de Pónos.—Vas adivinando por qué modo el pensamiento se forma con la obra. Para acabar de descorrer este mi ominoso velo, para contemplar mi luz y regenerarte en ella, es necesario realizar por de pronto tres hazañas: *la primera es contar una por una las estrellas de los cielos; la segunda, penetrar en las entrañas de un granito finísimo de arena y descifrar los enigmas de aquel pequeño mundo; la tercera, aprender el lenguaje misterioso de plantas, brutos, peces y reptiles.* Si llevas á buen fin y cabal consumacion las tres hazañas que te impongo, tu espíritu se hará ámplio, claro, comprensivo, conquistarás nuevos y nunca vistos servidores para disponer de sus hercúleas fuerzas, y las fibras de toda tu sensibilidad vibrarán con notas hoy perdidas para tí en la inmensidad del infinito ó en las profundidades

de la nada. Con inteligencia superior, con sensibilidad más exquisita y con cantidades de fuerza inacabables á tu disposicion, serás gigante redimido de la fatiga de la béstia, trabajarás transfigurado en espíritu, y ni lo pequeño, ni lo grande, te resistirá. Paciencia, constancia, fé, nada se logra por salto, nada de golpe, todo por evolucion. Renuncia á toda violencia. Si el alcacer se corta en verde, ¿cuántos dias no habrás forzosamente de esperar para que se doren las espigas?

Ántropos doblaba ya la rodilla y se preparaba á responder agradecido, cuando un tremendo latigazo, desde el colodrillo á los talones, le arrancó un ¡ay! de lo más hondo del alma y le obligó á embozarse presuroso para evitar el segundo.

Apénia, la carcelera, habia entreoido las últimas palabras del coloquio, y llegándose de puntillas por detrás, acababa de despolvorear las espaldas del intruso, sin sombra de ceremonia.

Ántropos se refugió en su manto azul y desapareció á la vista, sin comprender cómo su hijo, el hijo predilecto de su corazon, podia tener á la hija de Pónos bajo la guarda de Apénia, ni por qué diciéndose su defensor, toleraba en sus dominios la cruel carcelera de la bruja.

CAPÍTULO V.

Por todos los juramentos quebrantados, sentimos vértigo y temor al comenzar estos capítulos. Los espacios infinitos en donde nos vamos á engolfar, asustan; y al intentar un microscópico esbozo de sus innumerables maravillas, el pulso tiembla, el pincel vacila y hasta la vista se perturba. ¿Cómo describir con órden y claridad los tres trabajos impuestos por Alecia al hombre? En parangon de ellos, los del Alcides Tebano, fueron juegos de la infancia, y así podrian compararse unos con otros, como el guijo del arroyo con el Himalaya, ó la hormiga con el Chimborazo.

Y cuenta, con que los ínclitos cronistas del hijo de Júpiter y Alcmena, estaban en completa libertad de imaginar hazañas sin traba alguna; podian aumentar ó disminuir la prosápia numerosa de dioses, héroes y ninfas; citar nombres, sucesos y fechas; engalanar su estilo con alusiones y episodios, y en fin, dividir su historia en una série de aventuras inconexas, invertirlas ó inventarlas, para traerle á este mundo con ardides como el célebre de

Galantis, ó despedirle de él á su comodidad, poniendo fuego á la pira desde la cual se levantó al empíreo. Pero nosotros relatamos las aventuras de un hombre y una mujer encontrados desnudos sobre el planeta, á quienes hubimos de mantener y vestir, y poco á poco educar; dos séres impotentes é ignorantes, cercados de enemigos, sujetos á leyes inflexibles, y habremos de demostrar cómo y por qué y de qué modo se pudieron ir transfigurando hasta trocar su desnudez en abundancia; su desamparo, en poder; su instinto, en razon; sus pasiones, en sentimientos delicados; su miserable servidumbre, en gloria. Y esto, analizando pacientemente los menudos eslabones de una bien trabada malla, á fin de no sacrificar el enlace y solidez del conjunto, á la delicada filigrana de cada pieza de por sí.

¡Presuncion inconcebible! Quisimos tallar la estátua del ignorado artífice autor de cuanto bueno, y noble, y sábio, y útil, existe y existirá en la tierra, y al esbozar su imágen desdeñada, vemos cuán débiles son nuestras fuerzas para poner de relieve una figura cuyas proporciones son á la vez complejas y graciosas, poéticas y colosales. Estamos en el punto crítico, con la estátua desbastada y comprendemos ahora cuán grande fué nuestra osadía al comenzar la árdua empresa, cuando ni tiempo ni áun libertad teníamos.

En la Ceca peregrina de la en un tiempo celebrada Córdoba, en aquella bellísima mezquita, morada del saber en otros siglos, enséñase sobre una de las columnas romanas un conato de crucifijo grabado por mísero cautivo en la dureza del mármol con la blandura de la uña. Grosero es aquel oculto alarde de un corazon creyente y una voluntad de hierro, y

sin embargo, si hubiérais quitado las esposas al esclavo, si en aquellos momentos de inspiracion y de fé le hubiérais dado mármol y buriles, tal vez la concepcion embrionaria se hubiese transformado en Cristo de Benvenuto Cellini.

¡Cuántas veces en el transcurso de este libro, hemos pensado con tristeza en el cristiano de Córdoba!

Fuerza es empero concluir. Desbastaremos los principales perfiles de la grandiosa figura. ¡Quién sabe si alguna mano más hábil, ó más dueña de sí misma, dará á la obra algun dia el pulimento necesario, el calor y la expresion del original magnífico!

Pónos, tan luego como supo la aventura con Alecia de lábios de su protegido, consideró indispensable acometer el primero de los tres trabajos, inventando alguna máquina para contar las estrellas. Hizo, pues, al hombre fabricar, tras infinitos tanteos, un espejo de metal, admirablemente buido, y tocado por la vara mágica una y otra vez. En este espejo, se reflejaban los cielos con pasmosa exactitud.

—Conviene—dijo al obediente artífice—ocultar el prodigio á los duendes y la bruja. Podrian destruirle si se enteran, porque en su opinion lo nuevo, lo incomprensible para ellos, es desacato, casi un sacrilegio. Y como mi propósito es satisfacer esa nueva necesidad tuya de ver lejos y ver claro, figúrate su furor, cuando supieran que no necesitabas de nadie para leer en lo de arriba. Hagamos un tubo de metal á fin de ocultar á los profanos el espejo. Habrá de ser del tamaño de una encina, y así, metido dentro de él, verás los astros con nimia fidelidad al pasar por delante de su boca, y podrás ob-

servarlos y contarlos (1). Si preguntasen por tí ya sabré yo disculparte; pero como la ocupacion ha de ser nocturna, pasará probablemente desapercibida.

Hízose todo segun fué indicando el génio, y nuestro hombre se encerró dentro del tubo de metal al espirar una tarde de verano de las más estrelladas, más apacibles y más tibias.

Apenas se puso el sol, ya estaba con los codos sobre sus espejos. En toda la noche dió la menor señal de vida, y su protector hubo de penetrar en la máquina para ver lo que hacia, ya muy entrada la mañana.

Hallóle á su gran sorpresa dormido profundamente, hasta el punto de tener que sacudirle de los brazos para lograr que se pusiera en pié.

—¿Qué es esto? — le preguntó el génio. — ¿Así cumples con los preceptos de mi hija? ¿Crees, por ventura, que las grandes cosas se logran roncando á más y mejor? ¿Así piensas tomar cuenta de los innumerables astros de los cielos? ¿Así presumes que se descorra nunca el negro velo de quien te ha de hacer feliz?

—Cállate, Pónos, cállate — exclamó el hombre sonriendo.—No imagines que dormí toda la noche. La aproveché mejor de lo que tú crees. Si me he dormido cuando salió el sol, fué por estar con gran fatiga, pues no es para ménos el viaje increible que te contaré. Vámonos ahora de aquí, busquemos bajo la sombra de los árboles abrigo contra los rayos del sol, que ya agobian y molestan, y aunque tu sabiduría sea mucha, estoy seguro de maravillarte..

---

(1) El telescópio.

Haciéndolo sin tardanza, como decia el astrónomo, y sentados sobre la verde yerba á la sombra de pinos y de robles, Ántropos remondó el pecho suavemente y principió á contar de esta manera:

—Apenas me dejaste dentro del tubo encantado, cuando fijé la vista en sus espejos, y durante un largo rato no supe lo que pasaba por mí. ¡Qué magnificencia, Pónos! ¡Una playa sin límites, infinita, en la cual cada grano de arena era un mundo, era un sol de pura luz! Me sentia desvanecido ante aquel cúmulo de estrellas, cuya mayor parte nunca sospeché. Las veia cerca, brillantes, rápidas, redondas; mi cabeza zozobraba al contemplar la inmensidad, y aunque recelaba que mis fuerzas no bastasen para abarcar su conjunto, todavía me sentia engrandecido y elevado.

Estando, pues, en este inefable arrobamiento, principiada una y otra vez, y una y otra vez perdida la cuenta de los puntitos de luz que pasaban como meteoros por el campo del espejo, escuché dentro del tubo una vocecita suave, suave, suave, y me ví frente á frente con la sutil y vaporosa Fanta.

—¿Qué haces?—me dijo en su tono de costumbre. —¿Qué miras?—¡Vaya una locura! Si te quieres enterar de los misterios de esa bóveda, habrás de confiarte á mí.—Ven si gustas, aprieta muy bien mi mano, y lancémonos por el infinito para que veas de cerca esas gemas que tachonan el manto de la noche, y que son muy otra cosa de lo que parecen.

Maquinalmente y sin sentir, alargué á Fanta la mano, y en el instante salimos disparados por el tubo con una velocidad que yo no te sabria describir.

¡Ay Pónos! ¡Ignoro cómo lo resistieron mis ojos y mi cabeza! Aquella loca me arrastraba mil veces más veloz que el águila, sin miramiento, sin tino.

De un solo bote atravesamos la atmósfera, que es el aire sutil que respiramos; amaneció rápidamente; volvimos á ver el sol en plena noche, y yo eché una mirada furtiva sobre esta tierra rebelde que dejaba con pesar.

Como sabes, mi querido Pónos, ya sospechábamos hace tiempo que nuestra isla era un globo ó mundo redondo: por esta razon no me sorprendió mucho ni nada, cuando ví el mundo rodar como una inmensa bola en el espacio. Pasaban ríos, tierras, mares á mis piés, en silencio, suavemente, con grandiosa majestad, y entonces ví que giraba en el vacío sobre dos ejes de plata, y que la extension del Océano era doble cuando ménos que el tamaño de las tierras firmes.

Desprendíanse de los remates del eje dos racimos de montes, llanuras é islas para caer con simetría á un lado y otro del globo, como dos manchas oscuras en la mar, como dos algas secas flotando sobre sus olas, cortadas aquí y allí por hilos de agua, horadados en charcos y lagunas, confusos, caprichosos, desiguales.

Con gusto me habria entretenido en reparar nuestra vivienda de haber volado con ménos rapidez, pero sólo tuve tiempo para ver una cosa que me aterró. A lo largo del racimo de montes más estrecho, exparcidas sobre las crestas del otro continente, habia cientos de bocas ígneas vomitando humo, vapores y llamas.

Nuestro globo parecia arder por varias partes.

¡Cuántos temores no cruzaron entonces por mi

monte! Mas seguimos volando, y pronto contemple á la tierra flotar liviana en el espacio como esas burbujas de jabon que giran y suben con el viento. Sorprendióme entonces la mudanza sobrevenida en su apariencia, pues advertí que era en todo y por todo una burbuja. Su corteza, este suelo que nos parece tan firme cuando nuestra planta le hiere con ridícula altivez, era, á mis ojos, frágil, insegura. Las montañas, los valles, las llanuras, los dilatados riscos, las aguas, los volcanes, todo, con la distancia se igualaba, allanaba y confundia, para formar una película tersa, deleznable, azul, la cual, armonizando con los blancos filetes de las empinadas cumbres, reflejaba la luz y daba al pequeño globo un aspecto delicado y cristalino. La vista más lince, la atencion más sostenida, no podria percibir en él la menor rugosidad, y en comparacion de las microscópicas desigualdades que se percibian, la piel de nuestras naranjas es mil veces más rugosa. Y ahora se me ocurre que nuestro globo, visto desde lejos, tiene además otra semejanza con esa deliciosa fruta. En dos opuestos lados, arriba y abajo, como si dijéramos, sobre sus ejes de plata, la tierra pierde su redondez sensiblemente y está así como achatada, mientras que en medio de estos dos achatamientos se advierte, á guisa de compensacion, una panza venerable.

¿Qué es esto?—me atreví á preguntar á Fanta para dar principio á la conversacion, sin la cual no hay, como sabes, fructíferas ideas.—¿Es posible que ese solidísimo terreno que pisamos sea una capa elástica, perecedera, ténue y henchida tal vez con algun vaho sutil y delgadísimo?

—¡Vaya si lo es!—me contestó.—Por eso rehila á

veces y te sobrecoje de terror con lo que tú llamas pomposamente un terremoto.

Y Fanta soltó una carcajada que te confieso no me dió maldito el gusto. Por disimular mi enojo seguí diciendo y preguntando.

—¿Temblará así la corteza cuando la hiera ó sacuda alguna mano poderosa para demostrar su ira?

—No tal—me replicó mi acompañante.—¡Qué amigos sois vosotros de soñar causas ocultas! ¿Creeis que en las cosas de por aquí arriba hay tramoya como en las farsas de los histriones?. El Universo que ahora ves tiene sus leyes; el encantador que hizo su máquina la dió cuerda para los tiempos perdurables; cada resorte obra en sazon, cada pieza obedece al movimiento; nada ni nadie torcerá su marcha, y no se necesitan cambios imprevistos, mudanzas y cataclismos, que sólo cuadran bien en las miserables y transitorias obras de microscópicos pigmeos. Tu tierra tiembla porque es un cascaron roto en cien partes, formado con ceniza tíbia, y porque está henchida de fuego.

—¡Justos cielos!—exclamé.—No es posible lo que me dices. ¿Cómo habíamos de existir sobre un poco de ceniza, apenas apagada sobre un abismo de fuego?—Pues ello es así—me contestó—y si no, cuando volvamos á ese globo procura tú averiguarlo. Mas no te entretengas tanto con ese átomo de polvo—continuó Fanta.—Mira las maravillas que tenemos en derredor.

Calló y miré. ¡Ah, Pónos, Pónos! ¡Cómo te he de describir la admiracion que inundó toda mi alma cuando aparté la vista de nuestra pequeña tierra, y atónito la paseé por el magnífico Universo! El sol estaba en medio con su luz y su hermosura; su

grandeza era tanta, que más de un millon ó dos de globos como este nuestro, amontonados y confundidos, no llegarian de seguro ni á igualarle. ¿Cómo te daria yo una idea del tamaño relativo del sol y de este su satélite? Toma en una mano un granito de pimienta y en la otra una de esas piedras redondas de los rios, grande como nuestras dos cabezas juntas: comparando estas dos cosas, vislumbrarás su respectiva magnitud. Y cuenta con que nuestro sol está muy lejos de ser el mayor de los que pueblan el espacio. Tal cómo es, giraban en su torno hasta ocho ó nueve planetas que yo viera, muy varios en sus grandores y á muy distintas distancias. Dos habia entre la tierra y el sol. Los demás estaban más distantes, y sin embargo, todos se movian en rítmicos movimientos guiados por una mano misteriosa, retenidos por cadenas invisibles.

A peticion mia enderezamos nuestro vuelo al sol para ver desde su centro lo que ya llamaba yo nuestro sistema planetario. Imposible nos fué acercarnos hasta donde yo queria, por temor de perecer como un par de mariposas. Fanta tambien receló que sus alas se chamuscasen allí, y por esta razon hicimos alto sobre el primero y más cercano á él de los planetas (1).

De todos modos observé que aquel inmenso foco, áun con tendencia á estar inmoble, rodaba sobre sus ejes de fuego, y que al contener como Señor á sus satélites, y al obligarles á girar por una pista constante, cambiaba de posicion, como hago yo con los tirones de la cuerda cuando doy picadero á un bravo potro.

---

(1) Mercurio.

Sentí sed, y pedí, sin saber lo que me decia, un poco de agua. Entonces mi compañera me dijo que en aquel globo no la habia, como tampoco otras muchas cosas que gastamos por acá.

—El licor con el cual se riega aquí—añadió despues—trasportado á nuestra pátria, se convertiria en un verdadero metal.

Quedéme absorto.

Deslumbrados por la brillantez de aquella luz, y medio muertos de calor, nos dispusimos á abandonar el inferior planeta donde estábamos, el cual, por cierto, me pareció diez y siete ó diez y ocho veces menor que nuestra tierra, y al verificarlo advertí que por todas partes bullian, en sus valles profundísimos, numerosos séres, aunque los contrastes entre la luz vivísima y las sombras caliginosas no me dejaron al pronto cumplidamente distinguirlos.

—¿Quiénes son esos que se mueven en este globo? —pregunté á Fanta al levantar nuestro vuelo.

—Esos—me dijo—son los hombrecillos que la habitan; su tamaño está en proporcion con el de su morada, y es lástima que aquí haga tanto calor, porque ellos y sus animales gustosamente te divertirian. Su cuerpo es duro como el hierro; la tierra densa como el oro, y á pesar de su fibra prodigiosa viven buscando el fresco en las profundas cortaduras, al abrigo de montañas cinco veces más erguidas que las más altas de nuestra tierra.

—¡Qué cosas me cuentas!—exclamé.—¡Hombres de hierro y rios de metal, y terrenos como el oro! Todo eso es absurdo. ¿Qué materia habia de contener el líquido de aquéllos ó penetrar éstos?

—Otra más dura y refractaria—contestó el hada impasible.

—Eso no puede ser—repliqué.—¿Puede haber nada más duro que el diamante?

—¡Siempre orgulloso y soberbio!—me contestó Fanta.—¿Imaginas, por ventura, que la imposibilidad ó posibilidad se tasa y mide en el Universo por lo que sucede en aquel globito, imperceptible desde aquí?

Volví la cabeza hácia la tierra, y cuando ví claramente su miserable papel entre los demás astros de los cielos, me quedé mudo y corrido de vergüenza.

Fanta, sin duda, lo advirtió, y como es tan amiga de prodigar sus consuelos, volvió á usar de la palabra, y dijo:

—La copia de fenómenos de tu pequeña morada no es sino un retazo muy mezquino de la del Universo. ¡Medrados estaríamos si no se extendiesen estos más allá! Tú, por ejemplo, no puedes concebir hielo en la lumbre, y en ese planeta hiela en los puntos más ardientes. En prueba de ello díle á Pónos en llegando, que te enseñe á sacar hielo del fuego, y estoy segura que lo hará. Otro ejemplo todavía. Siempre dices blanco como la nieve, y cuando ves caer copos los atribuyes al frio. Pues en ese planeta, tan vecino al sol nieva en verano y nieva nieve negra.

—¿Y para qué?—pregunté.

—Porque la Naturaleza, siempre sábia—me contestó mi acompañante—con una sola ley hace cincuenta prodigios. En tu tierra es blanca la nieve porque se trata de abrigarla contra el frio: aquí es negra, por ser el objeto suyo proteger contra los ardores este suelo y hacer fácil el enfriamiento. Pero no filosofemos. Mira hácia adelante, que vamos de

vuelta á casa y pasaremos junto al segundo planeta.

—Considera bien lo que me dices—contesté á mi guía.—Esta burbuja es segun veo nuestra tierra.

—No tal—me contestó Fanta:—se parece mucho, mucho; pero aquí se siente más calor, y sobre todo, repara que no la acompaña como á la nuestra una luna. En cambio rueda embozada en las gasas y tules de su atmósfera para dar sombra á sus habitantes, razon por la cual son los más visionarios, melancólicos y contemplativos (1).

Ví, en efecto, que allí todas las cosas se parecian á la de nuestro globo, y como al pasar advertí que los hombres y animales eran de lejos semejantes á los nuestros, no hice empeño por detenerme, y á poco volábamos entre la luna y la tierra. Entonces reparé en una multitud de circunstancias que antes habian pasado desapercibidas. La luna era una bola muy pequeña, cubierta casi de nieve, ménos en algunos valles muy profundos, en los cuales cultivaban todavía algunas plantas sendos hombrecitos albinos, vaporosos, con ojos como granates, con barbas blancas hasta la cintura. Nada he visto jamás tan venerable. Segun me dijo Fanta, aquellos prójimos estaban hechos á prueba de resfriados, pues vivian la friolera de mil años.

—¡Aquí no hay nubes?—exclamé.

—Es claro,—replicó el hada.—Están helados los vapores, y apenas hay atmósfera lunar, porque sólo existe en torno un resíduo de aire imperceptible. Por eso, ni hay ruido para tí, ni por mucho que te esfuerces oirás una voz sobre ese globo.

(1) Vénus.

—Luego ¿cómo pueden vivir esos hombrecillos? ¿Cómo hablan? ¿Cómo se entienden?

—Viviendo y entendiéndose. Tú necesitas la voz, y á ellos les basta la mirada. ¿Vas otra vez á empezar con tus axiomas é imposibles? Discute de lo que conoces allá en tu vivienda, pero no te jactes de comprender jamás el contenido total del Universo. La Naturaleza tiene más de un molde y sabe proporcionar los medios á las necesidades y los fines.

Con esta exclamacion de Fanta me callé para recordar con pesadumbre mis sueños de por acá.

Muy grato me fué, no obstante, presenciar la cortesía de la luna, cuyo respeto hácia nuestra morada es tal, que no sólo la acompaña á todas partes, girando en torno suyo lo ménos trece veces en un año, sino que la dá muy urbanamente el rostro. Nuestro planeta, ufano con tener quien le atienda y quien le alumbre, gira en derredor del sol en ese espacio de tiempo, y ya porque dure en él el impulso de una mano creadora, ya porque su obesidad le obligue á bambolearse como se bambolean los gordos y panzudos, ya porque una simpatía oculta le mueva á saludar á sus demás compañeros, ello es lo cierto que su eje, inclinado en un sentido, se mueve con suma gracia y lentitud en redondo, como se mecia el peon cuando le bailaba mi hijo (1).

—Parece que vacila nuestro globo,—dije en alta voz.—¿No ves?

—Es posible—contestó el hada—aunque dudo que lo veas.

—¿Por qué?—torné á preguntar.

---

(1) Nutacion de los ejes.

—Porque tu vista apenas alcanzará los solemnes movimientos de estos astros. Ese cuneo de la tierra tarda veintiseis mil años en cada vuelta.

—¿Es posible?—dije.—¡Tanta duracion!.....

—¿Qué quieres?—prosiguió Fanta.—Todo se hace grave y sosegadamente á semejantes alturas.

—¿Luego—insistí—todos esos globos están empezando su movimiento primero?

—¡Qué fatuidad!—exclamó Fanta jocosa.—Eres de ayer, y quieres que el Universo lo sea. ¡Siempre creyéndote único! ¡El primero y el último de los séres! ¡Y todo esto en presencia de esta inmensidad!

Te confieso, Pónos, que aquellas exclamaciones me humillaron sobre todo encarecimiento.

Por dicha mia nos hallábamos á la altura del cuarto de los planetas, algo semejante á un rubí. Era pequeñuelo como el que vimos junto al sol, pero más rojo, de más frescura y más poblado (1). Quise poner en él la planta, y mi sorpresa fué mucha cuando al hacerlo me sentí tan ágil que saltaba doble de mi altura, lo cual era bastante para brincar por encima de sus más copudos árboles, porque éstos y los animales eran allí diminutos. La sacudida que produje al caer sobre el planeta puso en conmocion un ejército de séres nunca vistos. Hablando y gesticulando me cercaron con valentía, atacándome con armas y proyectiles. Afortunadamente los tales proyectiles, bastante duros para atravesar su cuerpo, no produjeron sobre el mio sino ligeras contusiones. Era yo tanto más denso para ellos, cuanto más densos eran para mí los habitantes del primer planeta. Enemigo, no obstante,

(1) Marte.

de turbar la paz de nadie, dí la mano á mi compañera, y proseguimos por los espacios etéreos.

—Cuidado ahora con nuevas imprudencias—me dijo Fanta cuando estuvimos fuera del cuarto planeta—sobre todo mientras estemos dentro del espacio que vamos á atravesar.

Con efecto, fuimos poco á poco por una region sembrada de peñascos ó moles más ó ménos grandes que, segun la expresion de Fanta, constituian el polvo de los cielos. Y polvo era, en verdad, junto á las masas de tanto y tanto mundo, aunque algunos granitos ví con tierras suficientes para fundar más de un reino (1).

De buena gana hubiérame entretenido con algunos. ¡Eran una monería! ¡Qué hombrecillos, ó más bien, homunculillos! ¡Qué casitas caladas y torreones! ¡Qué carrozas y caballos! ¡Qué trajes y ceremonias! Para mi hijo, allá de edad de tres años, apenas si hubieran sido juguetes.

Entre aquella lluvia de pelotas que pasaban como flechas, temí terminar mis dias, hasta que, despues de mil sustos y peligros, nos hallamos en las inmediaciones del planeta grande. ¡Aquél sí que es planeta, Pónos! Ya sabes que entiendo algo de medidas y que tengo un ojo como un compás. Pues apostaria que se necesitaban mil y quinientas Tierras, por lo poco, para formar su volúmen. ¡Oh, y todo lo demás en él es, en proporcion, magnífico! Cuatro satélites le atienden como cuatro lunas, y su rodar es tan garboso, que ni las nubes le siguen. Y como se quedan atrás dispersas y rezagadas, ador-

---

(1) Region de los planetas telescópicos.

nan su faz inmensa con penachos anulares, á guisa de cinturones (1).

La grandeza de aquella morada, su estabilidad y rectitud al flotar en el espacio, la armónica disposicion y concordado movimiento de sus cuatro lunas, me incitaron á visitarle con el permiso de Fanta, y casi contra su voluntad, sentamos en él los piés. Frio tuve cuando su suelo oprimí, pero tales cosas contemplé, que muy luego me olvidé del frio. ¡Válganme los cielos, qué terror se apoderó de mi alma, cuando ví caminar hácia nosotros unos cuantos de sus habitantes! No sabré decirte su estatura, porque confieso que perdí mi poca serenidad. Sí te diré que eran inmensamente mayores que el colosal Dinamion. Su voz, en mis oidos, sonaba como un ruido sordo, un tronar lejano, sin que pudiese percibir las diferencias de sus acentos, ni la inflexion de sus palabras. Hablaban poco, y comprendian al vuelo. Su plática debia versar sobre el sol y las estrellas, porque señalaban á menudo hácia la bóveda celeste.

—¿Qué dicen?—la pregunté á Fanta.

—Hablan de vosotros los habitantes de los demás planetas, y el más alto, que parece ser para sus amiguitos lo que Pónos en nuestro globo es para tí, les dice cosas que no entiendo, entre otras claras y evidentes.

—Díme siquiera algunas—volví á insistir.

—Eso haré yo de buena gana—me dijo la novel intérprete.—Estos séres no necesitan tubos encantados como tú. Con sólo abrir bien los ojos, alcanzan hasta los límites del mundo, y como su altura es

(1) Júpiter.

tanta, todo lo abarcan y lo dominan. Ven á los demás planetas de muy regular tamaño: ninguno de sus movimientos ó cursos se les oculta, y en proporcion á su vista, es la claridad y comprension de su rara inteligencia. Repara si no en la forma, tersura y extraordinario desarrollo de sus frentes. Ese que perora, explica á su compañero las ventajas de su mundo y de sus gentiles personas sobre los y las demás. A lo que parece las grandes diferencias, los rigores de los climas, proceden de la mayor ó menor inclinacion de los ejes con respecto al sol, por cuya circunstancia, este en el cual nos hallamos, y que es el más enhiesto y erguido de cuantos obedecen á aquel astro, goza sempiternamente de una contínua primavera. Lo grande, lo maravilloso, es que aquí como en tu tierra, y lo mismo que en esa infinidad de mundos, todo es perfectamente armónico, y el menor cambio y mudanza en un cualquier accidente, da distinta disposicion, forma, grandeza y contestura al conjunto. De aquí, que por no torcerse este gran globo, ni inclinarse oblícuamente, reciba del sol los rayos calurosos con igualdad en todo tiempo, y sobre todos y cada uno de los puntos de su superficie; goce de un clima, sin mudanzas; se vean sus habitantes no agobiados como tú por la ley dura del trabajo material, vivan felices y contentos sin edificar viviendas, tejer vestidos ó cultivar mieses ni jardines, y se dediquen al cultivo de sus ricas facultades, buscando con amor la verdad, única fuente de todas las cosas buenas, es decir: su trabajo es principalmente intelectual. Como rueda su planeta con celeridad pasmosa, y da una vuelta iluminado por sus cuatro lunas en la tercera parte del tiempo empleado por tu globo en girar sobre su

eje, apenas si la noche existe, y la vista perspicaz de estos grandes y privilegiados séres, se conserva y afina maravillosamente, durante toda su existencia. A esto contribuye no poco la duracion de su vida, igual á ciento veinte de las tuyas, porque cada uno de sus años contiene doce de los nuestros y el número total que viven, es tambien mayor en la misma proporcion. Considera tú ahora el grado de sabiduría que alcanzarán estos amiguitos con más sentidos y más perfectos que tú, con ménos necesidades, de esas necesidades crueles que alejan las mejores almas de la contemplacion sublime; con una inteligencia que percibe lo que tú jamás vislumbrarás; con una vida tan larga para acabar sus estudios, y con todos los medios proporcionados al privilegio admirable de su admirable planeta. Ahora comprenderás—concluyó diciendo Fanta—la razon por qué no entiendo la mejor parte de sus coloquios. ¡Su espíritu es tan distinto de tu espíritu! ¡Hablan de séres, y relaciones, y modos de ser, y consecuencias, y atributos no inteligibles para mí!

No tuve valor para escuchar más, querido Pónos. Me sentia débil, raquítico, humilde al lado de los soberbios planetícolas, y dije á mi compañera:

—Vámonos de aquí, esta atmósfera me ahoga, me siento empequeñecido; vámonos de aquí.

Así diciendo, hice por mover las piernas para alejarme cuanto antes, pero á mi grande aturdimiento halléme con que cada una pesaba catorce tantos. Me sentí como petrificado, no podia mover brazo ni dedo: veia, sentia, pensaba, y con todo era una verdadera estátua. Entonces comprendí cómo desde que pisé aquel gran planeta sentia fatiga, cual si estuviese oprimido por un peso enorme.

Hasta para mover la lengua habia tenido que hacer extraordinarios esfuerzos.

—Y bien—exclamó Fanta maliciosamente.—¿Dónde se fueron aquellos axiomas tuyos, inconcusos, universales? Tan sólo por ser esta pelota algo mayor, pesan aquí más los cuerpos y te ves convertido en una estátua que, sin embargo, siente y piensa. ¿Creerás despues de esta leccion que hay nada imposible para quien todo lo puede? Pero vamos—añadió con bondadosa amabilidad.—Dame la mano, que para mí no hay ni pesos ni atracciones.

Tocóme al hablar así y salimos por los aires.

—¿Dónde vamos?—la pregunté cuando me ví fuera del planeta colosal.

—A ver otros tres por tres estilos maravillosos—me contestó.—El primero, casi tan grande como el visitado, tiene mayores maravillas, y entre ellas una muy particular que desde aquí se distingue. Es un anillo impalpable, circuyéndole como pantalla redonda, ó más bien, como esas golas almidonadas, dentro de las cuales sepultan los trasgos, nuestros amigos, sus graves y reverendas cabezas (1).

—Bastante he visto—interrumpí de mal humor.—Nos alejamos del sol; hace cada vez más frio, y tengo gana de concluir.

—Considera lo que te pierdes—insistió ella.—Este globo del anillo tiene ocho lunas por ahora. Y digo por ahora, pues no satisfecho con las ocho, fabrica en estos momentos otra. Bien es que para mí ese planeta, como todos, está en vías de formacion.

—¿Qué dices?—la grité inconscientemente.—¡Pues apenas hace tiempo que fué creado el Universo!

---

(1) Saturno.

Seuda, allá en Gé, hasta sabe el dia, la hora y el minuto.

—Pues yo me atrevo á sospechar—replicó Fanta con indiferencia—que estamos y estaremos siempre en plena creacion, y la prueba la tienes á la vista: algunos de estos planetas están para tí más atrasados en su hechura, mientras otros, sin poder decirse concluidos, están en plena decadencia con síntomas cadavéricos. Prosigamos la visita y de seguro te convencerás. Ves reparando de paso en este planeta de la gola y en sus ocho y pico de lunas. Ocho tiene tambien el que le sigue (1), y el más lejano y último, tan sólo una (2). Solamente por ver los delicados albinos en algunos de ellos, se pueden sobrellevar unos cuantos estornudos.

—A pesar de todo—insistí—vámonos á contar pronto las estrellas.

—¡Qué locura!—exclamó Fanta parándose en el espacio.—¡Tú sabes lo que pretendes! Bien dice Pónos: nada hay más atrevido que la ignorancia. ¿Te imaginas, por ventura, cuál es su número sin fin? No tiene voces tu lengua para expresarle. ¿Concibes siquiera las distancias entre los astros á la vista? ¿Quieres que de ellas procure darte una idea sumamente vaga? Contempla cómo giran en rededor del sol estos ocho ó nueve mundos: fija tu mente en la tierra. ¿No te pasma su velocidad? ¿No se confunde tu comprension si quieres hacerte cargo de la distancia que recorre en una sola vuelta? Una sola vuelta que tú, á marchas forzadas, no darias en cuarenta y cinco mil años. ¿Concibes bien esa velocidad? ¿Cuarenta y cinco mil veces mayor

(1) Urano.
(2) Neptuno.

que la tuya? Pues para llegar á aquella estrella brillante, quizá la más cercana—tendria nuestro globo que mantener su pasmosísimo andar en línea recta por espacio de doscientos mil años.

—Es que nosotros iremos más de prisa, volví á insistir. Si quieres, estoy seguro que habremos de caminar como dos rayos de luz, y la luz camina más que la tierra.

—¡Dos rayos de luz! exclamó mi guia. Mucho camina la luz, pero no basta. Las distancias aquí pueden cansar á la luz. Por lo visto, no comprendes el infinito en el espacio. Tentaré de demostrártele. ¿Te hiciste cargo de la distancia entre la tierra y el sol? ¿Ese camino que tus mejores caballos no andarian en dos millones de jornadas? La luz la recorre *ocho veces* en una hora. ¿Abarcas esa velocidad de la luz? ¡Andar ocho veces en una hora el espacio para recorrer el cual necesitarian cien años sin descansar el águila ó la golondrina! Pues bien: montado en la punta de un rayo de luz tan infinitamente rápido, todavía no llegarias en tres años á esas estrellas más próximas, y á las demás ni en ciento, ni en mil, ni en cien mil.

—Esas son invenciones tuyas—la dije—descabelladas imaginaciones.

—No lo son, por mi vida—repuso la soñadora con una formalidad que me pasmó.—Eso no es sino el primer paso en la senda del infinito. Para llegar la luz (cuya traslacion te parece á tí instantánea) á la nebulosa aglomeracion de estrellas que distingues detrás de todas, há menester, cuando ménos, de un millon de años.

Confiésote, buen Pónos, que aquella aseveracion concluyó de anonadarme.

A poco la dije:

—Entonces renunciemos á ese viaje.

—Segun parece—dijo Fanta—empiezas á comprender que cuanto digo no es cuento. Entre esos puntos tan brillantes los hay bastante grandes para sacar de su lumbre un millon de nuestros soles. Todos tienen en derredor sus planetas, y éstos sus lunas ó satélites; todos son centros de mayores ó menores aglomeraciones, y así como cien mundos poblados de séres, cubiertos de maravillas, giran sin cesar en torno suyo, así estos millares de millares de variadas aglomeraciones giran en torno de un punto misterioso con leyes que desconocemos (1).

—Lo que me dices—contesté—es casi demasiado para mi inteligencia. Renuncio por ahora á su investigacion y exámen; pero contemos las estrellas.

—¿Estás loco?—tornó á preguntar.—Tú no comprendes el infinito en el tiempo. Estás viendo que tu vivir no alcanzaria para llegar á las primeras, que despues de estas hay otras mil á más distancia, y despues miles de millares, y tras estas, millares de millones, y en seguida un número inefable, el infinito, ¡y te empeñas todavía en averiguar su copia!. Figúrate los millones de granos de arena que se necesitan para formar el sol; pues imagínate que un millon de soles así formados cae acompasadamente á cada pulsacion que dé tu sangre por espacio de un millon de años. ¿Abarcas el número de granos de arena que así llegarian á juntarse? Pues semejante número de aquellos átomos seria al de las estrellas lo que la gota de rocío es al agua de

(1) El movimiento general del Universo no puede ya ponerse en duda.

todos los mares juntos. ¿Te empeñarás todavía en la empresa de contarlas? ¿Te alcanzarian cien vidas?

No habia medio de contradecir, y así me contenté con exclamar asaz mohino:

—Pero ¿qué digo yo á la hija de Pónos? ¿Cómo la digo el número de las estrellas?

—Muy fácilmente—repuso el hada—la dices que su número es el *infinito*. Además de que la intencion de Alecia no fué hacértelas contar, sino que te enterases de estas maravillas. Fué una manera simbólica y abreviada de imponerte el estudio de los cielos para abrir tu inteligencia á la idea de lo infinito en el espacio y en el tiempo.

—Está bien—dije por salir del paso.—Volvámonos á la tierra.

Francamente, me sentia anonadado. ¡Yo que no sabia siquiera los axiomas de la ciencia universal; yo que ni áun tenia voces para expresar lo que estaba tan lejos de ser el infinito, presumia á cada paso dominar el infinito, analizar lo absoluto!!!

¡Ay! ¡Pónos, Pónos! he vivido hasta aquí como un salvaje. Figúrate que muchas veces me decia Seuda: «tu familia es la única en el Universo; para tí »se ha creado expresamente la tierra con sus auras »y sus flores; para recrear tu vista alumbran esas »estrellas; el sol sirve únicamente para traerte el »dia con la aurora; la luna para embellecer tus »noches». Y yo lo creia, y con ello me ensoberbecí. Mas ahora me encuentro á dos por tres y apenas salí de casa, con ese inmenso luminar, una bolita pequeña cubierta toda de imposibles; otra que se equivoca con nuestro globo y le aventaja en belleza; ancianos de barbas blancas en la luna; hielo en el fuego; nieve negra; planetícolas gigantes que

me tendrian por un bicho en embrion; globos con ocho lunas; millares de sistemas planetarios, y despues el infinito, y todo poblado, todo lleno de séres pensadores, creyéndose cada cual el único.

Me preguntaba á mí mismo qué era aquello, y ni áun sabia dónde estaba, cuando en aquel mismo momento un cuerpo singular por lo sutil, con una cola desmesuradamente grande, pasó tan cerca de nosotros, que á la verdad me alarmó.

—¿Qué es eso?—exclamé sin poderme contener.

—Ese—me dijo Fanta—es un cometa cuya cabellera, segun ves, se mide por millones de jornadas. Suelen tardar esos huéspedes mil ó dos mil años en hacer visita al sol; pero se la hacen con suma puntualidad, dando en su torno una vuelta reverentemente. Calcula ahora por su prisa y por el tiempo que tarda á dónde irá á parar espeluznado, y cuáles fuerzas contrarias le pueden acercar al sol para alejarle en seguida, pues en lo que toca á mí, cuanto más pienso ménos lo imagino. Despues de venir atraido de tan lejos, parecia inevitable, y hasta de buen tono, que se dieran un abrazo.

—La verdad es—contesté—que para venir de tan lejanas regiones, se necesita la atraccion de un gran cariño; y si tanto fuera el del sol por los cometas, no sé cómo ni de qué manera se separan. Podian reunirse de una vez, y con esto evitarian el peligro de topar con nuestros globos algun dia y hacernos pasar mal rato.

—Nada temas—replicó mi amiga.—Además de lo perfectamente ordenado que está todo, y de ser tan corteses estos séres que jamás se estorban, los cometas con todo ese fulgor y esa apariencia, son los cuerpos brillantes más sutiles. Toda su sustancia

podria meterse dentro de una nuez de coco, y de seguro no pesaria más que ella. Parecen algo, y ¿sabes lo que son? Nadas visibles.

—¡Nadas visibles!—dije para mí—y ¡yo comienzo á sospechar por lo que veo que soy un algo invisible!. ¡Prodigios, siempre prodigios!

—Esos al ménos—añadí—no estarán poblados.

—No me atreveré yo á decir tal cosa—contestó Fanta muy séria.—Aquí nada hay muerto ó sin vida.

—¿Pero cómo podrian existir séres sobre eso que llamas una nada?

—El *cómo*, no lo sabemos ni tú ni yo—replicó mi compañera—pues si lo supiéramos seríamos lo que no podemos ser. Pero mira bien en torno, y díme si no es posible que los cometas encierren maravillas fuera de la concepcion y alcance de la fantasía.

Volví entonces la cabeza y todo se desvaneció ante la grandiosidad de aquel espectáculo que empezaba á comprender. Un globo inmenso en el centro, radiante, luminoso; una série de planetas grandes, medianos y pequeños, con sus lunas ó sin ellas, aislados ó en aglomeraciones; unos tersos y brillantes con el fuego de la juventud, otros cubiertos de arrugas, que parecian montañas, por efecto de la edad; todos girando majestuosamente; todos presentando al sol sus diversas fases; soles mil y mil veces mayores á distancias infinitas, con su séquito de otros planetas sin número; complicados movimientos, resplandores vívidos, y todo esto en un espacio sin término, en un mar de luz y vida, en un verdadero cielo. ¿Recuerdas cuando en los tiempos del guerrero Dinamion se celebraban en su honor las fiestas, y delante de su triunfal carroza, y en torno, y detrás, y en todas partes, iban danzas ó

coreas, bailando graciosamente cada una en torno de un duende, que llevaba de noche el alegre fogaril ó el flamígero blandon? ¿Recuerdas tú cuál bullian, siguiendo el carro sin parar, y marchaban hácia el templo? Pues es pálida comparacion para dar á comprender los giros y el movimiento que en el incomprensible, pero armonioso conjunto, sucede en rededor de los soles.

Mas no era esto, en verdad, lo que más me confundia. Reflexionando muchas veces sobre la extension del mar y el número de gotas en su seno, ó los granitos de arena de sus playas, habia ya vislumbrado la inmensidad en el número, perdia la cuenta, sí, pero al fin la vislumbraba. Lo que nunca hubiera sospechado si no lo hubiera visto anoche, es un espacio infinito en el cual habria de tardar la luz (¡la luz, Pónos, la luz!) un millon de siglos nada ménos para dar el primer paso. De tal suerte me empequeñece esta idea, que siento que me evaporo. ¡Y el tiempo! Allí donde hay movimientos de nuestro pequeño globo, movimientos que son como sus pulsaciones, pero que tarda cada una veinte y seis mil años, ¿qué significan estas mias, unas cuantas de las cuales constituyen mi vivir?

Mira, Pónos: he descansado, he dormido, y todavía no sé lo que me pasa.

Pesaroso y taciturno volví á deshacer el camino hácia la tierra sin escuchar apenas los mil propósitos de mi locuaz acompañante. Cuando íbamos á posar la planta sobre nuestro pequeño globo, se nos ocultó la luz del sol que inunda gloriosamente el espacio. De súbito nos sumimos en la noche y en la sombra. Estábamos en nuestra atmósfera y la opacidad del globo servia como de pantalla. Las tinie-

blas aumentaron mi abatimiento. Deseaba, sin embargo, volver á pisar la tierra, y ya lo iba á conseguir, cuando varias ráfagas de luz, cuyo fulgor deslumbraba, silbaron á nuestros piés y por encima de nosotros.

De nuevo volví á sobrecogerme, y como Fanta lo notase, me dijo con afabilidad:

—No te asustes por tan poca cosa; son átomos imperceptibles de polvillo de los cielos, cayendo sobre nuestra tierra. Su misma velocidad y el roce con el aire los enciende, para hacerte creer á tí cuando los ves desde el suelo, que son estrellas errantes.

Este pequeño incidente, insignificante al parecer, acabó de confundirme. ¿Qué era aquel polvo en movimiento en todas partes?

Volví entonces á mi tubo; fijé la vista en los espejos encantados, otra vez torné á contemplar la imágen de los mundos recorridos, y mareado en un piélago de ideas y de imaginaciones, me rendí al sueño, cuando el disco del sol asomaba por el horizonte. Tu cuidado, amigo Pónos, ha vuelto á sus sentidos y á la realidad á un hombre muy diferente del que se metió en el tubo ayer.

—¡Brava historia es en verdad, la que me cuentas!—dijo Pónos cuando vió que Ántropos habia concluido.—¿Estás seguro de que toda ella no es un sueño? Sospeché, segun roncabas, que habias pasado bien la noche.

—Por quien soy—exclamó el hombre con la mayor formalidad—que cuanto te he referido, es tan cierto como lo que tú puedas contarme. ¿Si quieres que te crea á tí, por qué tú no has de creerme?

—No te impacientes, mi buen Ántropos—añadió

el génio con insólita dulzura.—Te tengo ya por veraz, y sé que tu buen juicio va empezando á distinguir lo falso de lo verdadero. Quédese eso de ver la mente una cosa y decir otra los lábios, para Seuda. Lo único que me infunde alguna desconfianza, es que hayas ido á ese viaje en compañía de la hada parlanchina. Ya te dije, sin embargo, que tiene grandes recursos cuando quiere, y puede ser que esta vez haya estado séria, formal y sesuda. Ahora, dime la impresion que han hecho sobre tí las novedades contempladas, y qué fruto has sacado de tu excursion por el cielo.

—La impresion ha sido desconsoladora; el fruto sumamente amargo. En primer lugar, de nada me sirve mi razon y no puedo confiar en ella. En tantos y tantos años no ha sabido adivinar la sencillez de movimiento de los astros. Incapaz de comprender disposiciones sencillas y ordenadas, inventó esferas de cristal, excéntricos y epicíclos para ufanarse con lo absurdo. ¿Cuál es la virtualidad y la eficacia de mi divina razon, cuando no sabe explicarme áun las cosas que se meten por los ojos? He estado año tras año viendo movimientos tan elementales, sin acertar ni por acaso, y ¡pretendo desentrañar de golpe los movimientos invisibles, de cuya complejidad resultan el mal y el bien! En segundo lugar, contándose los mundos habitados por millones, y por millones tambien sus maravillas y sus habitantes, ¿qué significa en el conjunto mi morada y qué significo yo?. Mi alma se inunda de admiracion ante la omnipotencia creadora del Universo infinito; pero aquel sér creador, ¿se acordará alguna vez de esta mísera criatura?. A medida que crece él me reduzco yo á la nada. Y ante esta idea, de todo dudo, me

siento abatido, y todo para mí es indiferente. ¿Qué significan aquí todas esas cosas que me enseñas? ¿Para qué el amor? ¿De qué sirve el deber? ¿Qué importancia tiene la virtud? ¿Tendrá influencia por ventura que yo obre mal ó que yo obre bien, para descorrer el velo de tu hija? Y despues de descorrido, ¿qué? ¿Para qué me habia de sacrificar? ¿Será quizá por la gloria? Y ¿qué gloria es esa, cuando aunque llene con mi fama esta isla, nunca llegará mi nombre á oidos de los millones de séres viviendo por el espacio, ni á las generaciones innumerables que durante siglos y más siglos en el vivir me precedieron?

—¡Ay, Ántropos!—le interrumpió el génio, cogiéndole una mano entre las suyas.—Si esa impresion no fuese pasajera, si no tuviera yo medios de borrarla, maldeciria aquí mismo el tubo y los espejos encantados, y hasta el trabajo impuesto por mi hija. Aún te quedan otros dos, y fio en ellos el éxito. Estás en un error, amigo mio; lejos de anularte ó de envilecerte, las grandezas de los cielos ensancharán y sublimarán tu espíritu. Hoy ya cabe en tu cerebro la idea de inmensidad: pronto en él penetrará el concepto de lo infinito. Del conocimiento de esas maravillas cuya magnitud te abate, debes sacar una conviccion y una virtud: la conviccion es que forzosamente *alguien* vive ese infinito en el tiempo, recorre ese infinito en el espacio, concuerda esos portentos infinitos y funde esas infinitas leyes en una ley suprema de armonía; la virtud es una noble humildad tan lejos del anonadamiento como de la estúpida soberbia. Al contemplar el Universo á cierta altura, te sobrecojes, porque tu morada es un átomo de polvo, un poco de ceniza tibia. De-

bíate consolar, no obstante, la sola presuncion de haber sido destinado para contribuir en algo al esplendor y concierto de obra tan maravillosa. Aunque tu razon se esté formando con los datos múltiples de la experiencia; aunque teja tu cerebro con los fenómenos ambientes la luz impalpable del espíritu, ¿no te debiera satisfacer la honra de ser el molde destinado á elaborar tan sublime creacion? Has comparado los cielos con tu pequeñez;—espera:—media comparacion está hecha; aguarda á la otra mitad. Malo seria, á la verdad, creerte mucho; pero no es ménos pernicioso confundirte con la nada. Bueno será, por lo tanto, que tengas hoy por hoy en la memoria el sentimiento de tu insignificancia, y cuando el orgullo, á fuerza de otras comparaciones más menudas, te ciegue para perderte, recuerda la inmensidad de los cielos.

CAPÍTULO VI.

Ó Ántropos no comprendió la trascendencia de su excursion por las regiones de los astros, ó su amor propio no le permitió guardar sobre tan altas cuestiones el conveniente sigilo. Los detalles de su viaje se llegaron á traslucir entre los duendes y acólitos, discutióse mucho y fuerte sobre la verosimilitud del caso, y como era fácil prever, llegaron las noticias del suceso corregidas y aumentadas á oidos de la consejera; porque las noticias son como las bolas de nieve: cuanto más ruedan, más abultan; á medida que se alejan de su orígen, crecen.

En presencia del alboroto y del escándalo, Seuda obligó al astrónomo á comparecer, le interrogó, oyó asustada de sus lábios la sencilla y candorosa relacion de sus celestes aventuras, y se quedó aterrorizada ante lo grave de aquellas revelaciones. Eran á la vez un atentado contra la ciencia de su fiel Anoya y un desacato á su saber infalible, fruto y resúmen de su comercio con los dioses. Si despues del chasco de los antípodas, resultaba ahora que no sabia donde estaba el sol, ni la importancia

de la isla, ¿quién habia de dar la menor fé á sus palabras y revelaciones?

El ama y todos sus confidentes, á excepcion de Anoya, á cada una de las afirmaciones del astrónomo se hacian cruces, se echaban las manos á la cabeza en señal de santo horror y tapábanse de cuando en cuando los oidos, exclamando en compuncion: ¡Sacrilegio! ¡Impiedad! ¡Escándalo! ¡Herejía!

No dejaban los muy taimados de sospechar allá en su fuero interno, si aquellas revelaciones celestes hechas al hombre por Fanta y el telescopio, no tendrian tanto y áun algo más de verdaderas que las otras suyas con las cuales supieron dominar la isla; pero no era para ellos cuestion de mentira ó de verdad, sino de dominacion autoritaria, y por lo mismo, al juzgar los grandes descubrimientos astronómicos por el prisma de sus intereses, creian inconscientemente y casi de buena fé, hacer obra meritoria condenándolos. Eran una perturbacion profunda, la subversion del órden establecido, y ya sabemos cómo miraba la bruja toda innovacion, toda mudanza.

Por pronta y preventiva providencia, rodearon al astrónomo y le metieron en un calabozo. Allí se hubiera podrido como otras tantas víctimas del santo celo de aquellos sapientísimos varones, sin la intervencion de Dinamion á quien las novedades agradaban. El gigante exigió el juicio en toda regla del culpable, y la consejera, despues de tomar el pulso á la opinion, fingió lavarse las manos en tan delicado asunto y dejó á su fiel criada el cuidado de juzgar y sentenciar. En vista de aquella resolucion, Anoya preparó el juicio con el ceremonial grandioso, simbólico, solemne, reservado para las grandes

ocasiones; pero entre tanto Seuda hizo entender al prisionero la necesidad imprescindible de elegir entre retractarse en público y la hoguera.

No es posible describir la lucha sostenida por Ántropos consigo mismo. Pónos le habia acostumbrado á apreciar la verdad sobre todos los bienes mundanales; y sin embargo, ¡renunciar á la vida! ¡renunciar á los otros dos descubrimientos prodigiosos anunciados por Alecia! ¡matar el porvenir de su familia por puntillos de amor propio! ¡era tan nécio! ¡era tan estéril!

—Lo veo claro—se decia.—¿Qué significan estos escrúpulos de amor propio al lado de la libertad de Alecia? Porque mis lábios digan *no es* lo que *es* ¿dejará de *ser* lo que *es?* Segun me dice mi buen génio, sólo mediante sacrificio se llega á conseguir lo grande. Cedamos por esta vez, y sacrifiquemos mi personalidad á la grande obra. Estoy pronto á retractarme.

Cuando llegó aquella resolucion del obrero á noticia de Anoya y de su Señora, pensaron en dar al acto de la retractacion solemnidad memorable, á fin de escarmentar por siempre y para siempre al discípulo de Pónos. Hiciéronle aparecer en el pórtico de un templo con los piés desnudos, la cabeza rapada, una soga al cuello, una vela verde entre las manos; obligáronle á ponerse de rodillas, á inclinar la frente, á besar humilde el disfraz de sus verdugos, á hacer penitencia delante de la canalla, y allí, á la luz del sol, cuya supremacía defendiera, declaró el pobre penitente que era perversidad y error asignarle otro lugar sino el de candileja de la isla, morada única y privilegiada de espíritus tan infalibles como Seuda.

¡Oh! ¡Cuán amargas, cuán desapacibles fueron en sus lábios aquellas hipócritas palabras! Al decirlas le quemaron como fuego, y olvidándose del peligro, y sin ser dueño á contener un movimiento de dignidad, se puso de pié, levantó las manos á los cielos y con acento indescriptible de ironía dijo:

—¡Y sin embargo, se mueve! (1).

—¿Has oido?—preguntó Anoya á su maestra.

—Cállate, estúpida—la contestó aquella por lo bajo.—Esa protesta se pierde entre los murmullos de las gentes, mientras la retractacion quedará viva en su memoria.

—Luego tú crees haber conseguido un triunfo.

—Cállate, digo, ó á tí tambien te anatematizo.

—Me callaré por ahora—replicó Anoya con visible mal humor y un atrevimiento insólito—pero comienzo á dudar, pues ni con estas ceremonias, ni con tus votos, ex-votos, presentallas y exorcismos, destruirás las propiedades mágicas de esos espejos, mediante cuya virtud Ántropos comienza á ver en los cielos mucho más claro que tú.

Comprendiendo el peligro de aquella discusion, Seuda despidió de mal modo á su criada y dejó salir al hombre.

Apenas se vió libre nuestro obrero volvió á entregarse con ardor febril al estudio de la Naturaleza. Las palabras de Alecia se habian grabado en su memoria, las de Fanta allá en los cielos, confirmaban su sentido, y su afan por realizar los dos portentos restantes, fué contínuo é indomable. Siempre en observacion, siempre en acecho de todos y cualesquiera fenómenos, los devoraba con sus cinco

(1) Galileo.

sentidos, analizándolos pacientemente á la luz de su razon en el santuario de su conciencia. Con sólo ver oscilar la lámpara colgada de la cúpula, ideó el péndulo, desentrañó sus leyes, le aplicó al reloj para perfeccionarle, y con él quiso medir, no sólo el tiempo exactamente, sino el tamaño del planeta y como en balanza delicadísima pesarle. Si un rayo de luz tiñó por acaso el canto ó las esquinas de cristal, transformó el cristal en prisma, separó los siete matices y colores mezclados en la luz blanca, y comenzó á sospechar la existencia de fluidos y de emisiones, de vibracion y movimiento. Estudió las dilataciones y contracciones de los cuerpos, pesó el aire, midió fuerzas, perfeccionó los conceptos de intensidad, de direccion, de equilibrio, y se ejercitó en combinarlas y descomponerlas para regirlas ó emplearlas. Estos y otros empeños semejantes obligáronle á perfeccionar el cálculo, inventando nuevos métodos, pues asociando la idea de cantidad á las de figura y movimiento (1), y siendo ya para él axioma la formacion de todo por ápices imperceptibles á fuerza de oírselo repetir á Pónos, pudo vislumbrar la ley del crecimiento y decrecimiento de las cantidades por creces ó mermas infinitesimales, felicísima ocurrencia con cuyo auxilio estudió curvas y trayectorias, relaciones y misterios (2). Aplicó la suma de sus conocimientos á las artes, á las construcciones, á la industria, con ello se triplicó el bienestar, y, por fin, su misma hidrópica sed por sorprender los secretos de la Naturaleza, juntamente con su ingénita tendencia á sintetizar varias

(1) Aplicacion del Álgebra á la Geometría.
(2) Cálculo diferencial.

ideas en una, religaron las cosas materiales con las inmateriales, tejiéronse conceptos más armónicos y se echaron los cimientos positivos de nueva y sólida ciencia.

Estas distracciones y otras muchas más fueron borrando poco á poco é insensiblemente la impresion de abatimiento producida en el espíritu del hombre por su viaje allá en los cielos, y poco á poco tambien el pobrecillo perdia sin querer la pista á la complejísima formacion de sus ideas, y se engreia y ufanaba como dueño de facultades creadoras cuanto irreductibles.

Casi tenemos por innecesario hacer constar que Andros tuvo alguna parte en muchos de estos triunfos y adelantos. El primer cuidado de su padre, apenas descubria algo nuevo ó algo útil, era comunicárselo á su hijo; y el hijo—que como es de suponer no estaba ocioso ni un instante—lo almacenaba todo en biblos, los vivificaba dentro de la maquinilla mágica, poblaba los ámbitos con enjambres de ellos y solia sugerir de vez en cuando inducciones y deducciones muy valiosas. A pesar de los anzuelos de la bruja, uno y otro se comunicaban, porque varios de los trasgos y los duendes, como gente lista y ruin, se prestaban á servir de intermediarios al ver cómo los hijos del trabajo se enriquecian y preponderaban.

¡Qué más! Anoya, la fiel Anoya, se mostraba cada dia más solícita, y al pretender favores de Dinamion, se los hacia al obrero, y le oia y le adulaba. ¡Lo que ella procuró aprender y retener! ¡Lo que ella atrapó al vuelo y atesoró en la memoria! Ninguna de sus peroratas por entonces dejó de resentirse del contagio, y en más de una ocasion hubo su

maestra de corregirla y amonestarla duramente, pero la dócil criada de otros tiempos iba estando cada vez más y más desconocida, porque sus discursos eran una muy graciosa mezcla de ideales antiguallas, y reciente prosaismo. En las disputas entre Seuda y Dinamion, poníase con sus doctores decididamente al lado de este, y cuando se trataba de predicar alguna ortodoxa doctrina, hacia gala de un decir nuevo y extraño, al través de cuya enmarañada urdimbre se traslucian de contínuo los sueños y conceptos de Ántropos.

No tardó el gigante en apercibirse de las veleidades ambiciosas de la en otro tiempo falsa Alecia, y con el propósito de debilitar á su intransigente consejera ó de sumar fuerzas y partidarios en su sempiterna lucha, buscó la ocasion de hablarla, y aprovechándola la dijo:

—Me felicito por tu actitud y tus triunfos. Tienes un piquito de oro, y si hay justicia en la isla, tuyo será el primer puesto. Quien así discurre, quien así perora, debe tener asegurada la pitanza.

—Señor—contestó la rumiadora tragando el anzuelo sin malicia.—Siempre que se presenta la ocasion procuro defender tus regalías, tus preeminencias, pues para mí nada hay sobre el derecho. Dame un hipomóclio firme, y con la palanca del derecho removeré cielo y tierra.

—Si lo permite la maestra—sugirió Dinamion intencionada y maliciosamente.

—Aunque fulmine contra mí sus anatemas horrísonos. Yo y mi razon contra todos.

—¡Bravo! ¡bravísimo!—exclamó el guerrero.—No en balde sirves con fidelidad á Seuda. ¿Qué hubiera sido sin tí? ¿Qué seria su doctrina?

—Un fárrago cacosintetónico—contestó Anoya henchida de vanidad.—Es una ingrata, una egoista.

—¡Cómo!—dijo Dinamion aparentando sorpresa. —¿No cuenta contigo para todo?

—Eso no basta. Ni me atiende ni me escucha. Nos está poniendo en evidencia. Recuerda su terquedad respecto de aquello de los antípodas; figúrate cómo vamos á quedar en esto del movimiento del Sol. ¡Empeñarse en que no sea lo que es! ¡Luchar con Ántropos, con Pónos! ¡Rechazar en absoluto unas noticias tan curiosas, tan entretenidas! Dígote que no tiene cacúmen, ni sindéresis. Vulnera mi dignidad; abusa del sentimiento.

—Pues yo creí que nadie como ella sabia manejar el sentimiento, hacerlo todo con él.

—Ese es su error cabalmente. El sentimiento nada explica. ¿Qué puede contra la razon? ¡¡Ah! Si yo contase con tu apoyo como Seuda, ni Ántropos habria de retractarse ignominiosamente de lo cierto, ni tú te verias en el caso de defender palmo á palmo tus incuestionables regalías.

—Cuenta conmigo, amiga Anoya; pero me temo que te haces ilusiones. Seuda es muy ducha; sabe mucho.

—Allá lo veremos. Cuando yo haya encontrado el hipomóclio que busco, he de trastornar la isla.

—Y ¿qué es eso? ¿Lo puedo yo saber?

—Un principio, una frase eufónica, de donde sacar por modo dialéctico la razon de ser de todo, la explicacion del Universo y del *yo*, la suma sabiduría.

—Pues mira—chilló Seuda, apareciendo despues de haber escuchado las últimas palabras del curioso diálogo—explícanos lo que acaban de presenciar

los habitantes de Gé. Uno de mis campaneros se cayó desde una torre, y al verle descender como una piedra, otro de mis creyentes más devotos tuvo compasion del infeliz y le detuvo en el aire. Queria salvarle, pero no sin mi permiso. Por eso vino á pedírmele. Aprende á ser obediente; aprende en ello humildad. El campanero permaneció entre cielo y tierra, y cuando otorgué mi vénia, mi devoto le hizo descender poquito á poco, y ahí le tienes como si tal cosa.

Anoya no supo qué responder. Miró á Dinamion, le vió confuso y perplejo, y abrió unos ojos tamaños.

Seuda comprendió que aún imponia á los dos, y añadió despues de un rato:

—Parece que tu razon no basta para explicar el milagro. ¡Ea! á creer y á callar. Tú, Anoya, á lucir tu elocuencia proclamando los milagros de la fé; y tú, Señor, creyente y delicioso, préstame una vez más—te lo suplico—el auxilio de tu brazo. Nuestros antiguos esclavos se muestran cada vez más insolentes con sus biblos. Sus invenciones y consejas sobre los cielos y el sol, traen levantiscos á tus súbditos, conturbados y escandalizados á mis beatos y devotos. Para restablecer el órden, conviene someter á nuestra autoridad los Tremedales Brumosos, destruir la maquinilla de Andros, poner á su padre una mordaza, y disponer de una vez que nadie piense sin nuestro permiso.

—Todo eso será muy bueno—contestó Dinamion —pero no es práctico. Lo primero es poder.

—Querer es poder—interrumpió la consejera.

—Hasta cierto punto—replicó el guerrero.—El polvo negro hace de mi armadura un trasto inútil; la maquinilla de los biblos se esconderá en cual-

quiera parte; y en cuanto á la mordaza de Ántropos, aviados estaríamos si él no obrase y discurriese para mantener á todos en el lujo y la abundancia.

—Pues ello hay que hacer alguna cosa. ¿Te vas á someter sin más ni más á esos villanos miserables?

—No tal; mas antójaseme que pudiéramos vivir en paz con ellos y merecer su cariño.

—Eso mismo quise yo, y en agradecimiento á mi solicitud, ya has visto cómo atentaron á mis dogmas.

—Pero si tus dogmas eran falsos—siguió diciendo Dinamion con sorna.

—¡Heregía!—exclamó Seuda.—Si dudas, ¿no han de dudar?

—Acabemos—concluyó el gigante en tono formal y decidido.—Dudo porque toco y veo. El órden no se restablece como dices. Déjame ver algo más claro, déjame recobrar la vista con los cuidados de Pónos, y yo proveeré. Cuídate tú de tus milagros.

Estas palabras y esta escena no pasaron desapercibidas para Ántropos y su buen génio. Anoya las publicó, las comentó, las exornó, y el hombre, casi seguro de la simpatía del gigante, abrió su pecho á la ambicion y se aventuró á decir á Pónos:

—Antójaseme que la sociedad necesita grandes y profundísimas reformas. Mis semejantes son unos pobres mentecatos; segun se les gobierna, así son. Si yo pudiera disponer sin trabas y sin estorbos, ya verias cómo reinaba la paz, la libertad y la abundancia, hasta en los últimos rincones.

—¿Y para qué habrias de gobernar tú antes de tiempo y sin estorbos?—preguntó el génio con marcadísima ironía.

—Para obrar como soberano, como padre — contestó Ántropos un tanto herido.—¿No me has dicho repetidas veces que soy el autor de todo cuanto bueno hay en la isla, de su bienestar, de su cultura?

—Y lo repito—añadió Pónos con voz firme.

—Entonces ¿por qué no he de mandar á los demás?

—Porque si mandases como dices, sin antes merecer el mando, todo quedaria reducido á sustituir á Dinamion ¡quién sabe si para retroceder!

—No te entiendo—exclamó Ántropos.—¿No ha sido soberano Dinamion? ¿No lo ha sido tambien Seuda? ¿Por qué no lo habia yo de ser?

—Porque no tienes todas y cada una de las condiciones necesarias. El ejercicio de la soberanía exige en el que la ejerce, condiciones adecuadas segun el lugar y el tiempo. Seuda fué soberana cuando los hombres eran fieras, y nada podia contenerles sino el temor á poderes sobrenaturales. El mismo Dinamion se hallaba en este caso, y para dicha de todos obedeció en un tiempo á supersticiones falsas, aunque entonces saludables. Cuando los hombres, á fuerza de ser esclavos, tuvieron la virtud de la obediencia, pudo mandar el déspota guerrero y todavia hubo de ceder parte de su soberanía á su astuta consejera. Apenas se rompieron los lazos de autoridad y disciplina con la invasion de los bárbaros, recuperó Seuda la soberanía, y las luchas entre ella y su Señor, y sus varias peripecias, son pruebas inequívocas de la necesidad de determinadas condiciones para regir á los pueblos. Mucho cuidado, amigo mio; no empecemos á soñar. Todo, hasta la soberanía, cambia de forma, si ha de ser viable para producir el bien. Es un producto

complejo como todos y tanto más complejo, cuanto que en su desarrollo intervienen dos órdenes de leyes muy diversas. En primer lugar están las leyes de la vida, eternas é incontrastables, á cuyo impulso todo organismo vive y por ápices se perfecciona mediante la accion contínua de ese Océano de fuerza todo poblado de fenómenos en que te bañas; de ese aire pesado ya por tí; de esa luz vivífica del sol, descompuesta con el prisma en precioso ramillete de colores. Sin tomar en cuenta estos y mil millones de fenómenos cuya causa ó relacion te quedan aún por aprender; sin descifrar de antemano, no el enigma de la vida, sino las innumerables circuntancias de su energía creadora, jamás poseerás las nociones necesarias para ejercer la soberanía con acierto. En segundo lugar están las leyes del hombre, de su voluntad, de su albedrío. Ellas nos dan á entender cómo y por qué puede elegir entre el mal y el bien, entorpeciendo ó retardando un instante la marcha majestuosa del progreso, la marcha normal y sosegada de una eterna creacion. Alguien lo dijo antes de ahora, y yo solo lo repito: tu familia es la molécula destinada á constituir el *más complejo de los organismos, receptáculo y espejo de la conciencia universal* (1), un organismo conjunto de esos pueblos y naciones esbozados rudimentariamente ya por la mano de incognoscible artífice, en cada uno de los cuales el soberano equivale á su cerebro. Cuando hayas estudiado los cerebros en los infinitos tipos de los demás organismos, columbrarás las relaciones necesarias entre el soberano ó el cerebro, y todo cuerpo activo productor, consciente.

---

(1) Prólogo en los cielos.

—Pues cada vez te entiendo ménos—interrumpió el hombre.—¿Qué tienen que ver plantas y brutos, aire y luz, mis órganos, mi cuerpo, mi cerebro, con el mando y la autoridad?

—Ya lo irás aprendiendo poco á poco. Esa tu ignorancia da nueva fuerza á mis temores. Y sino, ve contestando: cuando tus hijos eran pequeñuelos, ¿quién era soberano en la familia?

—Yo—contestó Ántropos como sorprendido.

—¿Y por qué?

—Porque era el más fuerte, el más inteligente, el que sentia por todos, y mis hijos no se sabian gobernar.

—Y ahora—continuó el génio—¿por qué no mandas como mandabas sobre Andros?

—Porque se ha hecho tan fuerte y tan inteligente como yo.

—¿Y qué medios te quedan de hacerle obedecer tu voluntad?

—Ninguno si no consiente.

—Y si te autoriza para ello, ¿podrás obrar en nombre suyo?

—Claro está.

—Y si os poneis de acuerdo, ¿podreis obrar de consuno en beneficio comun?

—Es evidente.

—Pues ahí tienes un brevísimo resúmen de la evolucion en la soberanía. Puede ejercerse por uno, por dos, por corto número, impuesta por las circunstancias; puede ejercerse delegada si la mayoría de los ciudadanos gozan ya de libertad, y sólo podrá ejercerse directamente por todos cuando los asociados tengan luz en la inteligencia, rectitud en sus corazones, y dispongan, gracias á su trabajo

armónico, de los servidores, artificios y medios materiales para sentir y pensar simultáneamente al unísón. ¿Estás en estas condiciones todavía? ¿Cómo habias de dar paz y libertad á los demás? La libertad es el fin de todos nuestros afanes, y la paz no consiste en la inaccion, como pretende Seuda, sino en el movimiento activo y ordenado, el equilibrio en las funciones, la unidad en los afectos, el respeto á todo derecho, y esto no es tan fácil de alcanzar como presumes. Sigue trabajando para abreviar la evolucion; resígnate á obedecerme. Una mano te arrastra prepotente. Cuando el fruto esté maduro, cuando respires una atmósfera más pura y seas rico de veras, eso que ansías, *será*.

Ántropos calló, pero no se conformó. Su impaciencia comenzaba á ser grandísima. En su cabeza bullian cien ideas encontradas, y estuvo bastantes dias pensativo y caviloso, hasta que el fuego de su ambicion fundió en uno sus cien deseos, y se decidió á seguir trabajando y aprendiendo, sin perjuicio de aprovechar la primera distraccion de sus Señores, entenderse con su hijo, á quien deseaba ya abrazar, y discurrir la manera de sobreponerse unidos al gigante y á la bruja.

Tomada esta resolucion, propúsose realizar el segundo trabajo que la hija de Pónos le impusiera, pero no acertaba cómo. Despues de haber estado varios dias dirigiendo el tallado y la pintura de un sinnúmero de imágenes encargadas por la bruja, vistiéndolas de colorines, de un gusto un tanto cuestionable, y satisfaciendo como de costumbre las exigencias de los duendes y los mandatos de Pónos, manifestó al buen génio sus deseos y le apremió para que le auxiliase.

—No pienses que lo olvidé ni un instante—contestó el génio al oirle.—He procurado prevenir lo necesario. ¿No viste cómo te fuí pidiendo lentes de cristal de todas formas y tamaños? ¿No recuerdas de qué modo seguiste mis indicaciones? Pues aquí tienes el producto de ellas, el talisman para ver hondo áun dentro de un grano de arena diminuta.

—¿Qué es eso?—exclamó Ántropos.

—Pues un ojo de cristal—contestó Pónos (1).

—¿Soy yo tuerto por ventura?

—Y ciego tambien en muchas cosas. Para adquirir la talla de soberano, conforme á tu ambicion novísima, debes atender á la ampliacion de tus sentidos, y pues ya penetras con la vista en la region de los cielos, necesitas ver otros fenómenos menudos en los confines del reino de la nada. Con lo grande y lo pequeño se han de teger tus conceptos. Has columbrado algo de lo grande con el auxilio del tubo telescópico; con este ojo suplementario de cristal verás lo casi invisible.

—Pero ¿cómo? ¿cómo?—interrumpió Ántropos con impaciencia.

—Colocándole en tu mano, pues por virtud misteriosa, tan luego como le empuñes has de mermar de tamaño hasta el punto de desaparecer. Entonces podrás introducirte dentro del grano de arena y sorprender sus misterios. No te amedrente semejante anulacion: con sólo soltar el ojo de cristal, volverás á tu natural tamaño.

Ántropos, movido por un deseo irresistible, arrebató el ojo maravilloso de manos de su protector. Al momento, por uno de aquellos extraordinarios

(1) El microscopio.

fenómenos de la isla encantada de Gé, se sintió empequeñecido y que por grados se achicaba, se achicaba. Valiente ya por costumbre, apretó entonces el puño para no soltar el mágico instrumento, y miró con empeño á través de él. Poco á poco se redujo á la mitad de su tamaño, y luego á la cuarta parte, y en seguida al tamaño de un granizo; y sin saber cómo ni de qué manera Pónos le vió desaparecer bonitamente, como se deshacen los granizos (1).

El hombre se perdió de vista.

—Es bueno, es valiente, es entusiasta—exclamó entonces el génio.—Vencerá, porque se apasiona ya de lo bueno y de lo bello; vencerá, porque su sentimiento es robusto y su voluntad está templada en el trabajo. Dejémosle examinar los prodigios contenidos dentro de un grano de arena. Entre tanto visitemos á su hijo y veamos de matar esa simiente de ódio sembrada por las instituciones de la bruja. La reconciliacion de la familia es necesaria. Sin estar todos acordes, será imposible su triunfo, vana ilusion la libertad de Alecia.

---

(1) Los que no se hayan abstraido alguna vez, viendo con el microscopio, no comprenderán esta desaparicion, como otras tantas maravillas de la encantada isla de Gé.

CAPÍTULO VII.

Pónos, deseoso de poner por obra el propósito anunciado al terminar el capítulo anterior, se embozó en el manto azul y se trasladó instantáneamente al lado de Andros, el rebelde, el protestante.

Hallóle con su enorme biblo bajo el brazo, y no pudo ménos de decirle:

—Pésame ver partido por la mitad á un mozo tan entero como tú.

—¿Por qué me dices eso?—preguntó Andros.

—Te veo manco de propia voluntad, y no atino tu propósito—le contestó el génio.

—De aquí—replicó el mozo señalando al biblo—saco yo fé, consuelos y sabiduría. Vale para mí tanto como cien espadas.

—No lo dudo ni un instante—siguió diciéndole Pónos—porque conozco vuestra índole, y cuando *creeis*, sois héroes. Además, quien no se consuela es porque no quiere. Pero la sabiduría, hoy necesaria para vivir y medrar, no es la ideal y contemplativa de esa incoherente enciclopedia, sino la activa y positiva recomendada por mi hija, para contener á Seuda y vencer á Dinamion.

—¿Y la ley de amor de este tesoro?—preguntó Andros.

—Entendámonos, amigo—volvió á decir el génio con cachaza.—Ese biblo encierra cosas que braman de verse juntas. Las palabras de mi hija son bálsamo y esperanza, pero todas las demás—sin ser malas—son por añejas, inútiles. Y áun el ideal proclamado por Alecia, es un ideal cuya realizacion depende de nuestras obras. ¿Por qué, sino, te encierras en estos Tremedales y luchas por la libertad? ¿Por qué te obstinas en cerrar la entrada á los productos de otras tierras?

—Porque de no hacerlo así, nos veríamos inundados de trigo y frutas y caldos, y reducidos á la miseria.

—¡A la miseria en la abundancia!—exclamó irónicamente Pónos.—¿Y la ley de amor por tí, hace poco, invocada?

Andros hizo gesto de enojo, y Pónos para aplacarle, continuó:

—Afortunadamente para todos, ni los anzuelos de Seuda, ni tus propias preocupaciones, logran evitar los cambios de la riqueza verdadera. Niégate á cambiar las mercancías y sigue cambiando ideas. Tras de las ideas cambiarás afectos, y cuando los cambios inmateriales sean contínuos y libérrimos, los de la materia vil se harán forzosamente sin estorbos. Tu padre prepara maravillas, y de seguro las recibirás sin temor á inundaciones fantásticas, como él recibe y acoge los triunfos de tu inteligencia, sin el menor remordimiento.

—Ese es cosa muy distinta. Cuéntame, cuéntame los descubrimientos de mi padre—dijo Andros para cambiar de conversacion.—Su viaje á la region del

oro nos abrió un mundo nuevo, y mis amigos traen diariamente tesoros y más tesoros del Continente Dorado; pero su viaje por el cielo ha perturbado mis creencias, y deseo saber á qué atenerme.

—¿Y por qué no acudes á tu biblo?—concluyó diciendo el génio.—¿No sacas de él toda tu sabiduría? Y á propósito: ¿has aprendido en él tambien á tener á mi hija secuestrada bajo la guardia de Apenia?

El mozo, sin saber qué contestar, pretextó urgentes ocupaciones, y despidió á su buen génio. En su conciencia, sin embargo, quedaba sembrada la semilla de la duda, y comprendiéndolo así Pónos, confió al tiempo su germinacion y fruto, se fué á visitar á Alecia, platicó con ella largamente, y cuando calculó que su discípulo habria examinado bien el grano de arena y sus enigmas, dió la vuelta en busca de Ántropos para saber sus impresiones.

En una estancia modesta, pero cómoda, aunque sencillamente alhajada, platicaban algunos dias despues de la aventura del ojo de cristal, Ántropos y su protector. La sala tenia un ancho corredor que daba al campo, y entre los claros de las enredaderas abrazadas á sus esbeltas columnitas, veíanse frondosos valles, colinas pobladas de viñedo, bosques de olivos y naranjos, arroyos corriendo hácia la mar como quien huye del trabajo de los molinos y fábricas, y busca paz y descanso en el seno de la inmensidad.

—Cuéntame—decia el génio á su amigo—lo mucho que habrás de decirme. Ya me tenias con cuidado; pero en fin, supongo que lo habrás pasado bien cuando para salir tan poca prisa te diste.

Ántropos se repantigó en un cómodo sillon, y sin hacerse de rogar satisfizo á la pregunta de la siguiente manera:

—Cuando hube asido con valor el ojo maravilloso, ese talisman sin precio ofrecido por tu solicitud á mi curiosidad, comencé, segun sabes, á mermar, sin que yo mismo supiese á dónde tamaña merma pararia. Esto, francamente, por de pronto me sobresaltó. Dominé aquel primer y natural asombro, y me encontré, sin saber cómo ni de qué manera, al pié de un inmenso monte. Los objetos al alcance de mis novísimos sentidos jamás los habia visto; dejé de ver los objetos ordinarios, de oir los sones á mis oidos familiares, y en cambio, distinguia cosas y séres muy raros, oia voces nuevas y agudísimas que hasta entonces fueron imperceptibles para mí.

Por fortuna, segun iba reduciéndome en grandeza, no separé la vista de tu cuerpo; y gracias á esta precaucion, casi involuntaria á la verdad, comprendí que aquel empinado monte era ni más ni ménos un grano pequeñísimo de arena.

Mi vista se habia ido enturbiando para los objetos grandes, pero afinando en un grado no creible para los diminutos ó pequeños. Así tus facciones se trocaron en manchas indeterminadas, como las sombras en los valles sobre lejana cordillera; tus piés perdieron sus contornos, y no pudiendo abarcarlos en conjunto, los veia cual montañas altísimas llenas de rugosidades. Desde mi invisible pequeñez, para mis ojos microscópicos, tu bulto y tus formas entraban en las regiones de lo incomprensible, de lo maravilloso. Tu cabeza, por alta, por lejana, se perdia en el misterio. En rededor mio, por el con-

trario, advertí millares de objetos y vivientes, cuya existencia jamás pude sospechar. Plantas delicadas, nunca hasta entonces percibidas; praderas de hongos y de musgos multicolores y aterciopelados; insectos efímeros é innumerables naciendo, amando y desapareciendo á mi vista con rapidez mareadora; mónstruos horrendos; bichos, al parecer enormes, cuyo aspecto, tamaño, formas y costumbres daban pavor, me producian espanto; y las gotas de agua, convertidas en mares, ó cuando ménos en lagos y lagunas; y en su aparente inmensidad ballenatos y delfines haciéndose cruda guerra; focas de cuerpo transparente; tiburones devorando y devorándose, hé aquí, amigo Pónos, lo primero que se ofreció á mi vista.

Y así como la extraordinaria concentracion de aquella me hacia percibir lo invisible, así la reduccion de mi oido, con exacta proporcionalidad, me revelaba los sonidos del silencio, voces ya dulces, ya pavorosas, para deleitarme ó para sobrecojerme. Algunos rugidos de aquellas fieras me aterraban; algunos cantos de los insectillos voladores me placian; y mientras semejante exquisita sensibilidad acústica analizaba con perfecta distincion los variados elementos del silencio, tu voz zumbaba en mis orejas como distante vendabal ó trueno confuso por lejano. Sus inflexiones, su timbre, sus modulaciones, en mis oidos totalmente se borraban y se confundian.

Comprenderás sin esfuerzo cómo los otros sentidos por modo insensible y natural se equipararon con la vista y el oido para constituir una nueva personalidad dentro de un mundo microscópico. Olí fragancias y aromas cuyos vuelos estoy seguro no

se elevan el espesor de un cabello sobre la haz de los átomos; toqué y medí con el tacto la dureza ó la blandura de vegetales monísimos; hasta se me figura haber gustado alguna de aquellas yerbas ó simientes, para cerciorarme de la existencia de una escala tambien desvaneciente de sabores. ¿Cuáles son los límites de mi personalidad?—me preguntaba.—¿Cómo se forma con ellos mi conciencia?

¿Es extraño si me detuve largo tiempo por los alrededores del granito diminuto sin acordarme de penetrar en su interior? (1). Lo confieso; allí estuve no sé cuánto, y allí estaria todavía, porque, amigo mio, las maravillas de la nada no se pueden descubrir en un dos por tres, y me prometo investigarlas á fondo, confundiéndome con ella mil y mil veces y otras mil. Allí he visto asombrosas metamórfosis, gusanos, ninfas ó crisálidas, convertidas en moscas y mariposas; allí insectos de cuatro, seis y hasta catorce piés bullendo entre otros ápodos y torpes; alli ví surgir al mundo vivo del huevo, y allí pude establecer diferencias entre séres y vislumbrar la evolucion en la vida. Todos los animales tienen desenvolvimiento análogo dentro de una ley de transfiguraciones, sólo que los unos se presentan en el escenario del planeta partiendo de puntos más elevados de la escala, despues de haber recorrido su primera parte del vivir modestamente metidos en las entrañas de sus madres, mientras los otros recorren aquella primera etapa á descubierto y á la luz del dia (2).

Lo que yo observé, lo que yo ví exige horas, mu-

(1) El microscópio se aplicó primero al estudio del mundo orgánico.
(2) Swammerdam.

chas horas para contarse. En presencia de la formacion de aquellos séres, pudiendo observar la vida desde su iniciacion en el huevo hasta la muerte y la descomposicion, cien veces en un minuto, ha surgido en mi espíritu una idea de parentesco, de continuidad, de filiacion, y ya nada la podrá desarraigar.

Y no es esto todo. Bullen tambien por mi mente conceptos informes y confusos sobre la sensibilidad. Figúrate sino: sobre las rugosidades más menudas, sobre la arcilla endurecida, muy semejante á la teja, observé unos animalillos panzudos trasparentes, y ví latir en su interior uno como corazon, péndulo y regulador de su existencia intermitente. A seco y sin humedad parecian haber muerto; eran cadáveres amontonados como caspa menudísima, y así permanecian inertes sin dar la menor señal de vida; pero por casualidad estornudé, y apenas la menuda lluvia hubo humedecido algunos de los cadáveres, cuando los ví revivir, volver á su figura primitiva, oscilar su corazon, mover dos ruedecillas dentadas (ornamento de su cabeza de embudo), y valerse del tridente de sus colas (1). Y entonces me pregunté de nuevo: ¿qué es la vida? ¿Podrá suspenderse ilimitadamente? ¿Cómo renace con un poco de humedad? ¿Habrá medio de suspenderla tambien en los animales superiores? Empiezo á penetrar el enigma: todo es relativo aquí; la vida es una série interminable y ascendente de manifestaciones y de formas.

Por fin, y deduzca yo de esto lo que pueda en un más ó ménos lejano porvenir, concluiré refiriéndote

---

(1) Rotíferos de Leuwenhoeck.

una de mis observaciones, pues la creo de importancia. En aquellos animálculos—no te asombre Pónos, no te asombre—he visto circular la sangre y confirmados todos mis experimentos anteriores (1). Ya no me cabe duda alguna: repetiré mis observaciones sobre las ranas y otros animales, y estoy seguro de ver pasar la sangre, glóbulo por glóbulo, de las arterias á las venas. Mis teorías se confirman (2).

Hechas estas y otras muchas reflexiones, de las cuales nos iremos ocupando más despacio, pensé en llevar á cabo el tercer trabajo de tu hija, y me dispuse á penetrar dentro del grano de arena.

En frente, sobre la falda del grano trasformado en monte, habia infinidad de bocas, verdaderas espeluncas. Me parecian espantables; mas á trueque de huir de tanto mónstruo, metíme sin vacilar por una de las más cercanas.

Juzga ahora de mi asombro cuando á los pocos pasos ví dirigirse á mi encuentro, á mi antiguo herrero y cocinero Pir (3). Holguéme del hallazgo, porque tal vez podria serme útil; mas hallábame muy lejos de sospechar toda mi buena fortuna.

Ya sabes que los servidores extraordinarios puestos por tu vara á mi mandar, siempre fueron obedientes, pero mudos. Ni Báros, ni Pir, ni Ánemos hablaron jamás palabra. Pues bien, ¿cuál no fué mi admiracion cuando acercándoseme el cocinero con la mayor urbanidad me dió en corteses frases la más cordial bienvenida?

---

(1) Experimentos de Leuwenhoeck.
(2) Las de Harvey.
(3) El fuego, el calor, fué, en los comienzos, el agente revelador de los fenómenos.

—¿Cómo tú por aquí?—le pregunté.

—Entro y salgo en todas partes—me contestó muy atento.—Todo cuerpo suele ser mi casa. En las piedras ó en los rios me hallo bien. Lo mismo me cuelo por los metales más duros, que duermo á pierna tendida en el consabido trozo de madera.

—¿Y conoces bien estas regiones?—le pregunté.

—Tanto—dijo—que si quieres dejarte guiar por mí, has de ver cosas que te maravillen.

—Ya te sigo—le repliqué sin vacilar.

—Sea enhorabuena—añadió.—Vamos primero poco á poco, para que tu vista se acostumbre á estas tinieblas.

Así diciendo, comenzamos á divagar juntos por aquel enmarañado laberinto.

Muy luego pude observar que aquella mole estaba toda atravesada arriba y abajo, de atrás hácia adelante, y de derecha á izquierda, por un número sin fin de espaciosas galerías, á las cuales llamaba mi guia *poros*, y lo que más me sorprendió fué notar á cada paso movimientos en aquella masa, como si alguien la removiera sin cesar para cambiar la materia ó fabricar sus diferentes cuerpos.

Manos invisibles mezclaban y combinaban sólidos, líquidos, gases, y se entretenian en cambiar el estado de la materia, pues tan pronto se evaporaba y desaparecia lo duro, lo impenetrable, lo tangible, como condensándose lo invisible, lo impalpable, lo sutil, aparecian vapores, fluidos, cristales, y los torpes sentidos engañosos estaban prontos á creer que la materia se creaba de la nada.

—¿Quién hace y manipula aquí?—preguntó mi curiosidad al cocinero.

—Yo te lo diré—contestó una voz tres veces suave y armoniosa, harto conocida para mí.

Miré, y me hallé con Fanta, tan vivaracha como siempre, con sus alas de tornasol y con su luz, yendo y viniendo por las galerías. Quedéme, por de pronto, mudo. ¡Fanta allí! ¿Cómo podia mover las libres alas en tan reducido espacio, aquellas alas inquietas que devoraban leguas y jornadas cuando me acompañaba por el cielo? Aquello sobrepujaba todas cuantas maravillas pude soñar ó imaginar. ¡Lo libre, lo ilimitado dentro de un grano de arena!

—Yo te lo diré—repitió el hada sin cesar un punto de moverse.—No puede haber producto ú obra sin obrero; para todo en este mundo hay una personita, cuando no una personaza, y los artífices de este taller son invisibles por modestos. ¿Te acuerdas de los gnomos y los elfos? ¿Aquellos geniecillos incansables que conmovian la tierra? Pues aquí están, aquí los tienes; ellos son quienes construyen y destruyen. Cada uno de por sí se confunde con la nada: reunidos por miriadas de millones, nada los puede resistir.

—Quisiera verlos—me atreví á decir en son de burla.

—¿Pues y tu ojo de cristal?—pregunto Fanta soltando una alegre carcajada.—¿No es obra tuya y del insigne Pónos? ¿No ibas á verlo todo, todito con él? Pues anda, descubre esos obreros.

—Mira—la contesté un tanto herido con sus burlas.—Ya no soy el crédulo de antaño; ni creo en tus elfos ni en tus gnomos. Aquí no distingo obreros, porque no los hay. Ya sé que todo es producto de las fuerzas naturales.

—Ó de la fuerza natural tomando diferentes formas—exclamó Fanta.—Yo á cada forma la doy personalidad, y es más entretenido, más poético. ¿Qué eres tú, sino una forma de fuerza entre otras muchas? Mi mundo es bello y dramático. El tuyo es triste y monótono.

—No se trata de poetizar—la dije con impaciencia.—Vengo á saber los misterios de este granito de arena, y si puedes auxiliarme, hazlo, pero hazlo sesudamente.

—Enhorabuena—exclamó Fanta—mas dime: ¿sabes por ventura tú, cuándo poetizas y cuándo dejas de poetizar? Pero en fin, reconoces la importancia de mi ayuda, y gustosa te la prestaré. Déjame pasar la mano por tus ojos, y á su contacto verás la diferencia entre los mios y el tuyo de cristal.

Fanta lo hizo, segun dijo, y desde aquel momento empezé á ver las cosas más extraordinarias. Allí, á mi vista, se hacian rocas y cristales, nubes y vapores, flores y montañas; abajo, líquidos, aromas, perlas; arriba, soles, planetas, satélites; todo el mundo material visible y aún, aún. Para darte idea pálida de aquellas misteriosas elaboraciones me valdré de una comparacion, de un símil. Figúrate amontonados y revueltos todos los materiales necesarios para construir un edificio. Imagina que de pronto todos aquellos materiales adquieren voluntad, conciencia, conocimiento, que se animan, se mueven sin estorbarse, y rápida, pero ordenadamente, se dirigen cada cual á colocarse en su sitio; que las piedras, los sillares, los ladrillos se colocan por hileras de por sí; las vigas se tienden en posiciones de equilibrio, y los clavos la sujetan á su tiempo y su sazon; y que los muros se levantan con pilas-

tras, capiteles y molduras, y la cúpula ó las bóvedas se cierran, y crecen como retoños las torres de filigrana, hasta transformar el monton primitivo de materia en una construccion bellísima de líneas puras y simétricas, de patron determinado en cada caso, siendo infinito los patrones. Pues así, ni más ni ménos, surgian los cristales á mi vista, y así y tan misteriosamente, sospeché que se formaban otra multitud de cuerpos.

—Paséate—me decia Fanta—paséate por este laberinto y procura sorprender las reglas elementales de esas misteriosas elaboraciones.

Dí unas cuantas vueltas, con efecto, y me sentí mareado, desvanecido, y empezaron á pasar ante mi vista formas mentidas, ilusorias, entes imaginarios imposibles, y creí contemplar por todas partes elfos, y gnomos, y obreros, pues mi razon, acostumbrada á suponer un artífice detrás de cada obra, no acertaba á darse cuenta de aquellas sin los suyos. Estaba seguro de ver sombras y visiones, y sin embargo, mediante aquella fantasmagoría, me dí cuenta de acciones y de fenómenos.

Algunos de los gnomos median los vapores ó los vahos. Las medidas usadas por cada gnomo, no eran siempre iguales en cabida, antes cada cual podia emplear la suya. Lo único que noté, es que se usaba la misma para cada operacion, que se llenaba hasta el borde y que jamás se admitian resíduos, sobras, ni fracciones. Con una medida llena de un vaho ó de un gas, mezclaban dos, tres ó más, idénticas y completas de otro. Hacíase la mezcla por ensalmo, y resultaba un número exacto—igual ó menor—de la mismísima medida empleada en la operacion, sin quebrados ni resíduos.

Pero el compuesto résultante de este número exacto de medidas era en todo diferente á cualquiera de los ingredientes primitivos.

Así elaboraban toda clase de vapores ó de espíritus, y áun de líquidos y sólidos. Alguna vez mermaba mucho la mezcla, como te puedes figurar, pero si hacian gases ó vapores, siempre resultaba un número exacto de las medidas en uso.

Otros gnomos se valian de balanzas muy precisas y con ellas pesaban los líquidos y los sólidos. Para componer los diferentes cuerpos hacian un número de pesadas—completas siempre—de tal ó cual ingrediente; despues le añadian dos, tres, cuatro ó más pesadas, *iguales*, y sin añadiduras de otro, y en un periquete salia de sus manos una materia nueva con color, peso y contextura original y propia. Estos gnomos eran no ménos hábiles que los fabricadores de espíritus, y aunque variasen la magnitud de las pesadas y usaran gran número de cuerpos, el peso resultaba ni más ni ménos igual al de los simples empleados. Nada se ganaba, nada se perdia. En cuanto al tamaño de las pesadas, podia ser arbitrario con tal que fuesen siempre iguales entre sí, é igual su número en cada operacion (1).

Largo rato permanecí con embeleso contemplando la habilidad de aquellos entes y la fijeza y sencillez de la ley ó regla en cada caso, sin advertir en ella nunca algo contingente, convencional, variable. Todo era fatal allí. Víles fabricar, lo mismo la sal de nuestra mesa, que los ácidos más corrosivos ó los venenos más enérgicos, así los filones de los montes, como las tierras de los valles. Todo allí mar-

(1) Ley de los múltiples.

chaba con tal órden y concierto, que era una máquina movida sin cesar por una fuerza invisible, un taller perfectamente organizado, en donde se trabajaba con amor, así de dia como de noche. Los materiales parecian venirse á la mano de los elfos y los gnomos; cada sustancia se abrazaba con aquella hácia la cual sentia afinidad, confundiéndose en el abrazo con tal ahinco y abandono, que en el menor fragmento del compuesto se encontraban siempre idénticas proporciones de ambas.

En fin, ¿qué más he de decirte? Hasta tal punto obedecia la materia á la voluntad de aquellos entezuelos, que á veces con sólo presentar como patron un cristal á ciertos líquidos, ellos solos formaban, sin manipulacion extraña, mil y mil otros enteramente semejantes. Cambiábase de patron, y cambiábase de forma. Allí ví hacer topacios y rubíes, y perlas, y cristal de roca, y mármoles, y malaquita, y el ébano, y el marfil, y todo, en fin, cuanto conozco y admiro.

Despues de esto, amigo Pónos, no te burlarás de mí cuando te diga que me creo en camino para sorprender el secreto de la Naturaleza, y de crear de ahora en adelante todo cuanto se me antoje.

—Poco á poco—interrumpió el sesudo génio.—Sigue llanamente tu relato, y no te metas en honduras. Cuando concluyas la historia hablaremos de esa y de otras esperanzas. Por ahora, cuidado no vayas á desgraciar con nécios pujos de soberbia los buenos frutos de tu viaje. Acuérdate de los cielos.

—Eso procuraré de buena gana — prosiguió el hombre—y con tanto más motivo, cuanto que los descubrimientos de mi viaje no han parado aquí, y son para envanecerme. Escucha sério hasta el fin.

Aquella primera etapa de mi escursion por el granito de arena, me entretuvo largo rato, y parecíame imposible sorprender nuevas maravillas despues de lo visto y observado. Se me figuró que todo el secreto de aquel inmenso taller se fundaba en las dos reglas de composicion que he dicho, y creí saberlo todo; pero ¡quiá! ¡Es mucha isla esta! ¡En todas partes movimiento! ¡En todas partes agitacion y vida! Ayer habitantes en las estrellas; hoy prodigios en los átomos. ¡Y yo creia inerte la materia!

Me disponia ya á salir, y quise hacer á Fanta algunas últimas preguntas. La busqué con la vista, pero habia desaparecido, me habia abandonado á lo mejor, y en cambio, contemplé detrás de mí al ínclito cocinero, como esperando mis órdenes.

—¿Y Fanta?—le pregunté.

—Se habrá ido á marear á otro con sus visiones y fantasmas — me contestó Pir en tono despreciativo.

—¡Cómo fantasmas y visiones! ¿Negarás por ventura la evidencia? ¿Olvidas cuanto acabo yo de ver?

—Lo has visto despues de pasar ella su mano por tus ojos. Abusa de su prestigio, y te hace ver sueños y mentiras. Vas determinando el *cuánto*, pero te falta muchísimo para averiguar el *cómo*.

—¿Esas tenemos?—exclamé.—¡Imposible! ¿Pues y los gnomos? ¿y sus fuerzas?

—¡Fantasmas de tu razon!

—¡Cómo! ¿Pues y este bullir de la materia? ¿Y esta afinidad?

—Palabras, siempre palabras.

—Pero ¿quién hace? ¿quién impulsa?

—Ese es mi secreto. No todo se puede decir de golpe. ¿Quieres que te guie yo para que observes y conozcas la obra antes de hablarte del obrero?

—¡Pues no he de querer!—respondí.—Guíame pues. Ya te sigo.

Entonces emprendí una segunda etapa bajo la direccion del cocinero, y no acierto á enumerar cuánto observé y aprendí.

Para poderme entender, dividí los cuerpos en simples y compuestos; los primeros eran aquellos con los cuales se hacian los segundos, y me empeñé en conocer su número; advertí que este era de varias docenas, y que en vez de disminuir como parecia lógico, por el contrario, aumentaba. Aquí hay algo que no entiendo: ya lo iremos descifrando. He dado nombre á cada simple y he creado un lenguaje convencional á fin de conocer los compuestos, sus proporciones y su procedencia por el nombre; (1) pero mi curiosidad no se satisfacia con palabras, y sospecho que tengo tarea para rato.

Por fin, cansado de cavilar y divagar, me dirigí de nuevo á Pir, y le dije en tono imperativo.

—Entendámonos: tengo el cerebro lleno de hechos y detalles. ¿Quién dirije aquí? ¿Quién manda, dispone y hace?

—Yo y mis hermanos—me contestó Pir con aplomo singular.

—¡Cómo!—le interrumpí—¡Tienes hermanos! Vamos, cuéntame esa historia.

—Nosotros—me dijo entonces Pir—somos varios hermanos de muy distintos gustos y aficiones, pero de idéntica naturaleza. A mí me dió por trabajar y

(1) Nomenclatura química.

hacer y deshacer, y como sabes, me dediqué á manejar las llamas y los tizones á mi antojo. Quise deber mi posicion al trabajo, y lo erré de medio á medio. En las islas donde hay Seudas y Dinamiones y duendes, el trabajo da pan, pero no dá mando. Mi hermano mayor, más listo y de más brillantes cualidades, aspiró desde el primer dia á ocupar una alta posicion, y sin renunciar al dominio de la tierra, determinó establecerse por de pronto allá en las nubes. Con él se fué el tercer hermano, mozo tambien como ninguno imponderable, y á quien ama con tan entrañable cariño que apenas si se separan. No te cansaré con la prolija enumeracion de toda mi parentela, ni mucho ménos con una circunstancia, hoy por hoy incomprensible.

—¿Y qué es ello?—le interrumpí muerto de curiosidad.—Indícamela siquiera.

—Es—prosiguió mi cocinero—el que somos todos uno aunque parezcamos varios, ó si prefieres la expresion, que somos varios hermanos y una sola madre verdadera.

—No entiendo un ápice de esa jerigonza—le volví á decir.—Parece cosa de Seuda.

—Consiste—añadió con prosopopeya Pir—en que no entiendes los misterios fundamentales del Universo-mundo. Sin embargo, este tal vez lo entenderás algun dia si llegas á tratar con grande intimidad á mi familia.

—Sigue, te lo suplico, con tu historia—le dije entonces.—Me va interesando mucho.

—Pues bien—prosiguió Pir—has de saber, segun iba diciendo, que el principal de nosotros es mi hermanito el mayor, el cual debe indudablemente su supremacía al dón de la palabra. ¡Es mucha cosa

tener la lengua espedita! ¡Cuántos hacen su fortuna por tenerla sin moderador, ó como si dijéramos, porque tienen por lengua una tarabilla! De aquí que él nos dominase siempre con su sonora voz de trueno. Los demás muy al revés, somos silenciosos, taciturnos. Yo, sobre todo, nunca hablo fuera de aquí; soy como debe ser el buen obrero; mudo mientras se trabaja.

—¿Y cómo se llaman esos hermanos tuyos?—le pregunté.

—Al mayor—siguió diciendo Pir—le decimos todos *Glós* (1), contraccion familiar de su verdadero nombre, que no es otro sino Ángelos. El segundo se llama *Fós* (2), cuyo apelativo, como ves, no admitia contraccion alguna. ¡Oh, y estos nombres breves, rápidos, eufónicos, les cuadran á las mil maravillas, porque uno y otro son vivos como el mismo rayo! ¡Cuántos y cuán diversos caractéres hay en la misma familia! ¡Qué diferencia entre mis hermanos y mi hijo?

—¿Tambien tienes un hijo? A ver, á ver—le repliqué.—Díme tambien algo de tu hijo.

—Mi hijo—continuó cada vez más animado el cocinero—lleva por nombre el de *Pirón* (3), y al dársele quisimos significar, no sólo su cuna y ascendencia, sino tambien las altas dotes que le adornan. Porque hágote saber que él no será tan sutil como nosotros, pero es forzudo como nadie, y cuando se divierte por allá abajo en las entrañas del planeta—su morada principal y favorita—sacude con sus robustos hombros la pesadumbre de la tierra. Esos

(1) La electricidad.
(2) La luz.
(3) La fuerza del calor utilizada en las máquinas.

terribles terremotos, motivo de tanta angustia para tí y los tuyos, no tienen otro orígen.

—Pero ¿cómo vive así enterrado? ¿qué come? ¿cómo se mantiene?—pregunté.

—¡Ah!—exclamó.—No le faltan ni espacio ni alimento. En las entrañas del globo se encierran cien mundos por fortuna suya, pues mi hijo devora más que yo y bebe tanto como Báros.

—¿Pero qué bebe?

—Agua, por lo general, aunque no desprecia cualquier líquido.

—¿Y qué come?

—Come lo que yo: de todo, pero principalmente unos árboles y unas plantas que hay debajo de la tierra, negros como la misma pez.

En otro tiempo, te aseguro que al oir hablar de árboles y plantas negras, me hubiera reido del absurdo; hoy sin embargo, despues de saber por Fanta que hay nieve de aquel color, y que tú no lo tienes por imposible, soy más prudente y me callé. Despues de un rato, le dije:

—¿Y podría yo llegar hasta esos mundos?

—¿Por qué no?—me contestó.—No veo por qué no habrias de llegar y de mandar allí con la famosa vara mágica, como en todas partes vas mandando, si perforases pozos hondos. Sospecho que ya no descansarás hasta imitar cuanto aquí has visto, y para ello necesitas combustible, mucho combustible. Además, para hacer algunas clases de cuerpos, has menester del auxilio de toda, toda mi familia.

—Bien quisiera intimar mis relaciones con tan *imponderable* estirpe. Con los Señores de..... y á propósito ¿cuál es tu apellido?

—No hemos pensado en semejante cosa. ¡Somos tan retraidos! ¡tan modestos! Llámanos, por ahora, y con el fin de entendernos, la familia de *los imponderables* (1).

—Sea—contesté yo—Y ¿no querrían entrar á mi servicio tus hermanos con Pirón?

—Holgárame yo de ello—exclamó Pir.—Toda vez que debo obedecerte, no quisiera ver á los demás burlándose de mí por libres. Pero ¡ah! mi amo y Señor: tú no sabes lo que pides y deseas. Mucha es la virtud de la vara mágica de Pónos, pero nada puede, á mi entender, contra los demás miembros sutiles de mi singular familia.

—Allá lo veremos—exclamó á la sazon el génio.

—Pues eso mismo dije yo. Y dichas esas mismísimas palabras, salí del grano de arena, solté en tierra el ojo admirable de cristal, y tornando en breve espacio á mi natural ser y grandor, aquí me tienes, si cabe todavía más atónito que cuando volví del cielo.

—Y sea enhorabuena—le dijo Pónos con afabilidad—pero quisiera yo saber ahora qué impresion traes de tu viaje, y qué frutos piensas sacar de él.

—En primer lugar—exclamó Ántropos con entusiasmo—vengo contentísimo. Sé las leyes para formar y constituir los cuerpos. Con ir tomando nota de las mezclas, los simples y sus proporciones, estoy seguro que todo lo he de fabricar, pues la dificultad se reduce á conocer los ingredientes. ¿Y quién sabe lo que *crearé?* La materia es, á mi entender, la cuna eterna de la vida. Mi mision es

---

(1) Nombre de los supuestos flúidos, considerados hoy como modos de movimiento.

desentrañar su orígen, y de aquí el sentirme ufano, orgulloso y arrogante. Soy su natural Señor, y en todo lo tocante á ella debo ser omnipotente. Esos imperceptibles séres, cuya existencia apenas puedo imaginar desde que he vuelto á mi estatura, me entregarán su secreto. ¿Qué son en comparacion mia? Y si me obedecen, ¿no he de averiguar á mi sabor las leyes todas de la vida? He nacido para dominar al mundo, para darle perfeccion, para enmendar lo que ande de través, y hasta para crear cuanto aquí falta.

—¡Válgame—exclamó Pónos—y qué desvanecido te veo! Por lo visto has olvidado las estrellas. Has comparado tu pequeñez con la nada y te figuras gigante. Siempre te sucederá lo mismo. Serás mucho cuando te compares: muy poco si te consideras. ¿Qué has de crear, infeliz, si en tu mano no está crear la menor cosa? Ayudado por los nunca vistos servidores puestos en la isla á nuestra disposicion, obedeciendo mis órdenes, podrás aplicar, transformar, descomponer, reconstruir, pero eres impotente para crear un átomo, ni tampoco para destruirle. Tu nécio orgullo nunca será creador; su mérito único es el de imitar, y esa que llamas *tu ciencia*, se reducirá á copiar lo que tengas ante los ojos, si acaso aciertas á explicártelo. De todo y de todos necesitas. Ya los animales de esta isla te dieron magníficas lecciones; casi toda tu habilidad y tu saber, verdaderamente útil, se la debes al pez y al bruto, al ave y al insecto. El castor, el mono, la cigüeña, la abeja, la hormiga, el caballo, el perro, todos te han enseñado algo, y aunque tu razon despues lo haya ennoblecido, no es ménos cierto que el gérmen de las mejoras se debe á los maestros y

ejemplos que la naturaleza te proporcionó. Sin ellos, ¿qué seria tu razon, esa razon sublime y creadora? ¿Cómo procederás si pretendes fabricar los cuerpos? Primero habrás de inquirir á fuerza de observacion lo que sucede en los granitos de arena, y harto has de hacer para remedar imperfecta y torpemente lo que allí se hace de suyo por manera tan cumplida.

—Por quien soy—exclamó Ántropos al oir la reprimenda—que me dejas grandemente maravillado. En verdad que ese no fué tu lenguaje cuando me viste abatido ante la inmensidad del Universo.

—El mismo—replicó Pónos.—Entonces procuré alentarte infundiendo en tu corazon la dignidad, la confianza, la fé, si bien recomendándote que te mostraras humilde. Ahora combato tu soberbia, y te recomiendo nuevamente la templanza, sin querer decir con ello que te hayas de arrancar del pecho el sentimiento de tu dignidad. Quiero que te repitas sin descanso: «Soy poco si me considero; mucho cuando me comparo.» Estás entre el infinito grande y el infinito pequeño. A un lado la inmensidad, que te se escapa por inmensurable; al otro la inmensidad, que se desvanece por diminuta. Eres como el eslabon que une y religa el infinito con la nada. Ni tan poco que puedas abatirte, ni tan mucho que debas ensalzarte. Pero esta misma medianía de tu puesto, indica que tu mision es principal, que tus deberes son ineludibles. Verdad es que, áun obedeciendo, cual las demás criaturas, á leyes de fatalidad, por un acto bondadoso de quien te creó, gozas excepcionalmente de un asomo de libérrimo albedrío; verdad que puedes elegir entre el bien y el mal desconociendo las ordenanzas de la isla, ó re-

belándote insensato contra ellas; mas como no sería justo que impunemente te opusieras al concierto universal, cada rebelion te ha costado, cuesta y costará una pena, pues el Creador de todo no podia conceder á uno de los elementos de su obra, omnímoda libertad para perturbar su curso, su trabazon y su armonía. Y á parte de estas consideraciones, ¿cuán negra ingratitud seria pagar el dón de la inteligencia, el beneficio de la libertad moral, con la rebeldía y la locura? ¿Seria justo corresponder á la bondad de quien armonizó sus fines y tu buen vivir, haciendo alarde ufanoso de inútil desobediencia? ¿Seria cuerdo devolver, á quien más puede, retos nécios por halagos? ¿Seria leal faltar á la confianza que en tí se depositó? Todo esto, amigo Ántropos, quiere decir y significa lo ya en tantas ocasiones manifestado y dicho: *Toda ciencia se encierra en el conocimiento de las leyes de la isla; toda virtud en acatarlas, y todo culto en cumplirlas.* ¡Sencilla y sábia doctrina y única que te hará feliz! Cifra tu orgullo y tu dignidad en esto, porque tal es tu mision. La mia es allanarte el camino. De todos modos, celebro que tu aventura te haya proporcionado tanta preciosa enseñanza, pues ellas nos dan los medios para acometer empresas grandes y nobles.

—¿Qué intentas?—preguntó Ántropos á su protector.

—Grandes novedades—contestó éste.—Ya las sabrás á su sazon y su tiempo. Ahora prepárate para el tercer trabajo de mi hija.

CAPÍTULO VIII.

—¡Rayos y centellas! Esto no debe, no puede continuar así. Estoy harto de sermones y duplicidades, de fingimientos y palabrería, de componendas y milagrillos mongiles. Semejante raquítico vivir podrá satisfacer á Seuda, porque es vieja, débil, ambiciosa. No es para mí, no es para mí esa mortal inaccion, tan nécio sentimentalismo. Gina prisionera y muda; Télia fugitiva con su hermano; yo haciendo de mojigato; la tristeza por do quier..... ¡Ira de gigante! No puede ser y no será. No ha de seguir mi brazo y mi valor al servicio de la humildad más soberbia; no me conviene contener la actividad de mis vasallos dentro de caprichosos límites. ¡Habría perdido el seso! ¡Poner coto al obrar y discurrir de Ántropos y de Pónos; de los autores de todo lo útil y lo bueno; de los verdaderos fautores de milagros! Es necesario acabar. Quiero volver á ser quien fuí.

Así exclamaba Dinamion cierta mañana, paseándose á grandes trancos por uno de los salones más espaciosos y suntuosos de su monumental palacio.

Y grande debia ser su cólera, porque crispaba los dedos al hablar, ó cerraba los puños en actitud amenazante, y con nerviosos movimientos se escarmenaba barba y cabellera convulsivamente.

—¡Bonito papel el mio!—exclamaba, parándose á lo mejor.—¡Ira de gigante! Andros se atreve con mi consejera, y ¿no he de atreverme yo? ¡Antes la muerte que la humillacion! Es menester concluir.

—¡Señor!—se oyó decir á Anoya desde la puerta del salon.—¿Me das tu vénia?

—Pasa adelante—contestó el guerrero.—A buen tiempo vienes. ¿Puedo contar con tus servicios?

—Intrínseca y extrínsecamente—contestó Anoya con su prosopopeya de costumbre.—¿Se puede saber para qué fin?

—Para reasumir mi autoridad. O mando solo, ó perezco.

—Pues manda, ¿qué te detiene?—exclamó Anoya impertérrita.—Tu derecho es inconcuso. ¿No eres fuerte? ¿No me tienes á tu lado con la razon y el derecho? Todo debe ceder ante el derecho. ¿No dispones de Ántropos y Pónos? ¿Qué te detiene, Señor?

—Yo me lo sé, yo me lo sé—murmuraba Dinamion.

—No lo adivino. ¿Qué es ello?

—Dos veces quise y no pude. Dos veces me he visto solo, abandonado, sin saber cómo ni por qué, y, sin embargo, mi derecho era cabal.

—Tranquilízate, Señor—continuó diciendo Anoya.—Los tiempos cambian, y los filtros pierden su virtud. Si mi maestra lanzase ogaño como antaño uno de sus anatemas, ni los cielos se conmoverian, ni las gentes se cuidarian de él. Los descubrimientos de Ántropos nos van dando confianza. ¡Es mu-

cho mozo el tal Ántropos! Acaba de inventar un ojo, y con él columbra hasta lo invisible.

—¡Qué me dices?—interrumpió Dinamion—¿Un ojo para ver mejor? Pues es lo que necesito.

—Como lo oyes, Señor—siguió diciendo la antigua criada de la bruja.—Un ojo de cristal, con cuyo auxilio, así como penetró en los cielos con el tubo y el espejo mágico, así penetra en las cosas de la isla, hasta en las más rudimentarias, y pone de manifiesto los arcanos de la tierra.

—Necesito hablar con Ántropos—exclamó Dinamion fuera de sí.—¡Ahí es nada! ¡Volver á ver lo grande y lo pequeño! Búscamele y tráemele. Si me restituye la vista y veo como en otro tiempo, me atrevo á todo, y vuelvo á ser Dinamion.

Anoya salió con paso presuroso y no tardó en volver acompañada del hombre.

—Vamos á ver—dijo el gigante á su vasallo apenas le vió venir.—¿Qué es eso que me cuentan de un ojo de cristal maravilloso para ver lo diminuto ó lo invisible? ¿Tendremos por ventura otro escándalo mayúsculo como el del tubo encantado? ¿Qué es ello? Explícamelo.

—Señor—contestó Ántropos—es cosa sin importancia. Es un ojo de cristal, regalo de mi nunca bastantemente idolatrado Pónos; un juguete para solazarme en medio de mi contínuo trabajar. Con él penetro hasta en los granos de arena, y me entretengo en observar las maravillas de mundos desconocidos.

—Pues quiero ver con él y saber tanto como tú. ¡Recobrar la vista! Acabemos y entendámonos. ¿Quereis ser mis aliados, mis amigos?

—¡Señor!—contestó el hombre sin saber qué pen-

sar de aquella pregunta y aquel tono.—No deseamos otra cosa.

—Pues vengan esos medios para ver, y soy vuestro amigo, vuestro padre.

—Señor—volvió á decir el vasallo.—Si Vuestra Majestad se digna descender al observatorio y al laboratorio, pondré á su disposicion todos mis descubrimientos, y le aseguro que verá.

—En marcha—exclamó Dinamion dirigiéndose hácia la escalera.

El hombre guió al gigante, y este penetró en la morada del trabajo. Miró por el telescopio y su embeleso fué inefable; empuñó el ojo de cristal y se quedó maravillado; vió cosas nunca imaginadas. Por un prodigio como tantos otros de aquella isla encantada, Dinamion recuperaba la vista.

—Me siento otro—exclamó por fin alborozado.—No hay más que hablar: estoy decidido y seré vuestro. ¡Ya lo creo! Veo mejor que en mis mejores dias. Desde hoy será mi palacio vuestro albergue; cuando Seuda intente perseguiros, en él tendreis un refugio, y si os amenaza con el palo ó con la hoguera, venid y acudid á mí.

El hombre no volvia de su asombro.

Dinamion se despidió de él asaz contento y con el firme propósito de emanciparse de su consejera.

Al subir de vuelta por la magnífica escalera del palacio se encontró con Seuda que bajaba.

—Iba en tu busca, Señor—exclamó la bruja con aparente mansedumbre.—He sabido tu visita á los talleres, y siempre vigilante por tu bien, corria para precaver tu perdicion.

—No he menester por ahora de tu ayuda—contestó Dinamion con gesto desabrido.—Voy viendo

más que en otros tiempos, y ya me basto á mí mismo. Entra y hablaremos si te place.

La astuta bruja tomó ademan de humildad, sugetó la agitacion de sus cien caretas, y siguió con cautela á su Señor, como sigue el can al jabalí.

En el salon principal del Real Palacio el gigante se detuvo.

—Lo primero—dijo dirigiéndose á sus servidores—es traerme mis antiquísimas insignias: la púrpura, el cetro, la corona. Ya no hay más voluntad sino la mia. Vengan portentos de lujo y maravillas del arte, fiestas, danzas y banquetes, alardes de ostentacion, satisfacciones sin medida, todo cuanto imaginar se pueda para saciar la sed del alma. Pónos será desde hoy mi fiel ministro; Ántropos mi secretario. Quien limite sus esfuerzos ese será mi enemigo.

—¡Oh grande y soberano Dinamion!—exclamó la bruja atónita al escuchar al gigante.—¿Y el manto de la hija de Pónos?

—Y qué te importa á tí ese manto—replicó Dinamion con ironía.—Con un milagrito de los tuyos le alargarás como antaño. A buena hora intentas asustarme con el manto de la esclava, cuando está lejos y libre. ¿Pretenderás todavía hacer pasar á Anoya por Alecia? Lo que ha de ser, ha de ser. Tu esclava ilumina ya una parte de la isla con su luz.

—Razon más para procurar apoderarnos de ella—insistió la bruja.—Nuestra salvacion está en volverla á su pozo. Batalla, vence, extermina; yo pondré un freno á los que queden, y el órden se restablecerá.

—¡Bonito órden será el tuyo!—interrumpió Di-

namion.—Ni regalado le deseo. Soy fuerte y quiero gozar.

—Goza en buen hora, pero sin escándalo. ¡Qué no te permitiré yo! ¡Qué desafuero tuyo no acertaré á bendecir!

—Es que me repugna tanta hipocresía. Y en suma: quiero mandar.

—Pues mándanos. ¿Quién te lo impide?

—¿De veras?

—De veras.

—Perdona á Andros.

—No podemos.

—Deja libre al padre.

—No podemos.

—Suelta á Gina.

—No podemos.

—Pues juro por mi barba roja que has de poder.

—¿Y osarás atropellar el derecho?

—¿Cuál?

—El mio, que es divino.

—El mio es tan divino como el tuyo, y desde hoy soy absoluto. ¿Lo entiendes bien? Absoluto.

—¿Y el interés del Estado?

—El Estado soy yo (1)—vociferó Dinamion irguiéndose henchido de soberbia.

—Sea como dices—replicó Seuda impasible.—Mas aunque sea divino tu poder, habrás de dar cuenta á alguien.

—¿A quién?

—A Teo.

—¿A Teo?—preguntó el déspota como dudando y vacilando.

---

(1) Luis XIV.

—A Teo y por mi conducto—insistió Seuda notando la vacilacion.

—¡Por tu conducto!.... Si me place.

—Y ¿por qué no? Ven acá, Señor. Escucha. ¿Qué harás con tu absolutismo el dia en que Ántropos y el pueblo se nieguen á trabajar para tí? Tu propósito es gozar, satisfacer las necesidades de tu cuerpo y de tu alma. ¿Cómo lo has de lograr si los discípulos de Pónos, siendo tantos y cada vez más inteligentes, á nadie tienen para ponerles saludable freno, para inculcar en su espíritu la única, la divina máxima?

—¿Cuál?

—Cuando los gobernantes son como lobos, toca á los gobernados ser como ovejitas (1).

Dinamion se quedó mudo. Despues de un momento de silencio, dijo:

—Me encargo de que lo sean.

—¿Y su salvacion? ¡Su salvacion! ¿entiendes?

—En mi reino cada uno se salva á su manera (2).

—Todos ménos tú, que de ninguna te salvarás, por lo que veo.

—Explícate.

—Voy á ello. Desde el dia en que Ántropos y su familia cayeron en poder nuestro, has debido comprender que estamos predestinados á mandar en beneficio del hombre. ¿Qué hubiera sido sin nosotros? Tú le has dado disciplina, gloria; yo he formado su sentimiento, su razon. Le hemos hecho trabajar, le hemos esquilmado alguna cosa; pero ¿quién ganó más que él? Esas mismas maravillas

(1) Bossuet.
(2) Federico el Grande.

que hoy te enamoran y seducen, ¿no son el resultado de nuestra manera de tratarle? Déjale libre, entregado á sus pasiones: antes de mucho es salvaje. Fíate en la fuerza sólo, y no tardará en ser más fuerte que tú. ¿Quién sabe si ya no lo es? ¿Qué puedes contra el polvo negro? Ya nadie le refrenará como no sea él á sí mismo, y yo poseo el secreto de conseguir este milagro. Así, pues, me necesitas, porque nos completamos mútuamente. Respetándome me das autoridad para auxiliarte, y al apoyarte con mi autoridad, te doy en cambio más fuerza, y esa fuerza y esta autoridad son de todo punto necesarias para contener al pueblo, dirigirle y hacerle vivir feliz.

—Todo eso está muy bien y muy en órden—replicó el gigante, receloso y sin saber qué contestar—pero ¿qué delito ha cometido Gina para tenerla encerrada?

—El pecado de inspirar á su marido una energía satánica—contestó la bruja.—¿Has olvidado lo que puede hacer el hombre movido por la mujer? Mientras la tengamos en rehenes, obedecerá sumiso; el dia en que se unieren para siempre, ni tú ni yo les impondremos. Sé tú absoluto sobre el hombre; déjame disponer de la mujer.

—No lo veo claro, no lo veo—murmuró Dinamion cada vez más receloso.—Tú quieres dominar y dominarme.

—¿Y por qué no?—insinuó la bruja, haciendo una tentativa última.

—¡Porque no!—rugió el guerrero con gestos de paroxismo.

Seuda comprendió la temeridad y la inutilidad por entonces de insistir, y sugirió con mansedumbre:

—No es cuestion de dominar el uno al otro, sino de vivir en paz y de auxiliarnos. Establezcamos un modo de vivir.

—Establezcámosle en buen hora—exclamó Dinamion más sosegado.

—Yo me encargo de pensar y de encontrar ese modo—concluyó diciendo la perspicaz y astuta Seuda.—Entre tanto contén tus generosos ímpetus, y reflexiona y medita: el peligro nunca ha de venir de mí, flaca é inerte criatura; el peligro está en dejar el campo abierto á los que asaltan el cielo, se meten á explicar la tierra, indagan lo que no importa, se atreven á pensar por sí, y con uno y otro diabólico artificio, y uno y otro atrevimiento, aspiran á descorrer de todo á todo el manto negro de Alecia para hacernos sus esclavos. ¡Desconfia! ¡desconfia!

Desde aquella célebre conversacion, las cosas en la isla de Gé tomaron una fase nueva y singular. Dinamion, sin duda para cumplir su promesa, se llamaba padre de todos á sí propio; mas en realidad mostrábase cada vez más altanero y despótico. Al ensalzar á cada paso su paternal solicitud, hacíase disimulado, y obligaba á trabajar á sus vasallos sin medida, á fin de satisfacer sus cada vez mayores necesidades, y hasta sus extravagancias y caprichos. Tenia, además, el ojo sobre su consejera, y de ella desconfiaba.

La bruja, por su parte, ni amainaba en su ambicion, ni desanimaba ni cedia. A la sola idea de perder su autoridad, de no mandar sin contradiccion, sentíase atacada de furor extraño y agotaba los recursos de su ingénio, y echaba mano de las múltiples é inagotables armas del arsenal de su expe-

riencia, y procuraba sembrar la zozobra y el temor, y cuando nada de esto bastaba á su propósito, se cebaba en las mujeres, y destemplaba con sus maleficios las fibras más delicadas de su exquisito sentimiento, á fin de enflaquecer á la familia con terrores imaginarios y escrúpulos de conciencia.

En su nueva campaña, sin embargo, tramada y conducida á la sordina, hubo de advertir la bruja cuánto habian variado ya los tiempos. Ninguno de sus grandes espectáculos impresionaban á los discípulos de Pónos, acostumbrados á contemplar otros más imponentes y magníficos en las regiones celestes, y sus antiguos misterios, ocultos para la razon, cedian el puesto en las inteligencias, á otros sublimes y poéticos en cada cosa á su alcance. No se atrevia á lanzar sus antiguos anatemas; amenazaba y nada más, porque no la era lícito quemar; no disponia de mordazas, y se veia en el para ella duro trance de habérselas con todo el mundo sin más recursos que su ingenio y los restos—en verdad no despreciables todavía—de su menguado prestigio.

Convencida de su situacion, se decidió por de pronto á limitar el campo de la lucha á dos principales fines: rivalizar con Ántropos en lo de hacer maravillas, y bastardear la sensibilidad delicadísima de la mujer para crearse un reino aparte.

Puso, pues, manos á la obra.

Requiriendo y empleando los más eficaces de sus antiguos afamados filtros, no tardó en contagiar la parte femenina de los habitantes—y áun bastantes cándidos ó bobos entre la parte masculina—con una como dolencia del espíritu, deletérea en sumo grado para la energía del cuerpo y toda viril actividad. Los atacados de aquella epidemia singular padecian

exaltaciones místicas, arrebatos platónico-sensuales de dulcedumbre empalagosa. Con los ojos clavados en los cielos, exhalando suspirillos y ternezas, pasábanse los dias en la holganza, pugnando por confundirse con el infinito, ó más bien, por anonadarse en voluptuoso embobamiento, y despues de enflaquecer el cuerpo—dado que le enflaquecieran—convertian el pensar en histéricos deliquios y se transfiguraban en autómatas con resabios pecaminosos y eróticos.

Dicho se está que Gina, en su estrecha clausura, fué el prototipo perfecto de la doliente ó contagiada mística.

En cuanto á lo de hacer milagros como Ántropos, sus invenciones fueron increibles. A pesar de los auxilios de Fanta, se vió más de una vez en grave apuro, porque Anoya, por torpeza ó de propósito, llevó las cosas tan allá, que hasta los torpes y miopes vieron en algun caso la maraña. ¡Qué historias ó qué consejas! Ya era un santo varon resucitado; ya una cosecha de rosas en lo más crudo del invierno; ya travesuras del diablo, para explicar lo imposible; ya la intervencion de una imágen ó una estampa á fin de ahorrar á una devota, con el cumplimiento del deber, una pequeña suma de trabajo. Si dijésemos todo cuanto hizo creer se tendria por inverosímil, y sólo pueden explicarse sus muchos y contínuos triunfos por la virtud maravillosa del hada de las leyendas. Nunca fué tan evidente su poder, ni jamás en ocasion alguna patentizó más claramente cómo sabia arrojar sus cambiantes y colores para velar la creacion, ó combinar las apariencias y fenómenos de la comedia de la vida conforme á sus arquetipos propios.

—¿Qué es esto?—preguntaba Ántropos á su protector.—¿Pierden las gentes el juicio ó pueden más Seuda y Fanta que esas leyes de la isla, de las cuales me hablas sin cesar?

—Ni lo uno, ni lo otro—contestaba Pónos.—Todo movimiento tiene su ritmo, y esto no es sino una oscilacion insignificante en la evolucion del sentimiento. No sé cómo te sorprenden los efectos de la credulidad. Con recordar lo que fuiste, te darias cuenta de la audacia de la bruja y de la fé de sus víctimas. El ignorante sencillo piensa con el corazon, y quien sabe herir su sentimiento, como Fanta, le infunde de golpe convicciones que la razon no le podria inspirar sino en años y más años. No todos saben apreciar las delicadas maravillas de la creacion, para con ellas deleitarse. El buen gusto, la cultura estética, indispensable para saborear la sublime poesía de lo real, sólo se forma y completan mediante la observacion y el estudio: es decir, con el trabajo; los entendimientos flacos, los vírgenes corazones, ni ven, ni sienten el cúmulo de milagros armónicos y poéticos que constituyen la vida, y en sus ánsias por algo grande y sublime—cuando no por algo extraordinario—se dejan seducir ó extraviar fácilmente, y una vez extraviados, gozan con lo extravagante.

—Pero, ¿no ves en esa manía milagrera un no sé qué de audaz, de irreverente?

—Ya lo creo—exclamó Pónos.—Repara que todas esas invenciones de Seuda, proclamadas por el hada y creidas por los simples, se dirigen á suspender algunas de las leyes de la isla. ¡Como si necesitasen correctivo! ¿Puede haber algo más irreverente? Y cuando la leccion al Creador se da en nombre de la

más santa humildad, ¿puede haber nada más hipócrita?

—Luego vamos por el buen camino—sugirió el hombre con cierto tono de duda.

—Por el único á nuestra disposicion para ser santos y humildes: estudiar la obra en detalle hasta comprender sus leyes en conjunto é inferir la voluntad del Artífice para acatarla y observarla. Nosotros utilizamos las leyes naturales de la isla y hacemos maravillas con que acrecer el bienestar de las criaturas, ennoblecer su inteligencia y ponerlas en condiciones del bien; Seuda pretende hacer milagros quebrantándolas para sus fines mundanos. Nosotros respetamos la armonía y perfeccion de la obra; ella, con su milagrería, parece significar que hay en su autor imprevision ó veleidades, y da á entender con su conducta como si el gobierno de este mundo necesitase de cuando en cuando una enmienda ó un retoque.

—Siendo eso así—exclamó Ántropos—no puedo dejar á mi mujer en brazos de la mentira ó el error. Es necesario curarla.

—De eso se trata, amigo mio—repuso Pónos gravemente.

—¿Y cómo?—preguntó Ántropos.

—Con el tercer trabajo de mi hija. Estudia el lenguaje de todo ser animado: lo demás vendrá de suyo.

—Pues te prevengo—concluyó diciendo el hombre—que no descanso hasta hablarla. Mientras estemos separados y la vea yo doliente, este vivir no es vivir.

CAPÍTULO IX.

Ántropos, firme en su propósito, hizo más de una tentativa para penetrar dentro de la prision de la mujer, y hacerla oir la voz del cariño y la verdad, con esperanza de curarla; pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra las puertas ferradas, las rejas y celosías del enorme caseron, ó resultaron baldíos en vista de la contínua vigilancia de los acólitos de Seudà.

Comenzaba ya á desesperar y estaba á punto de ceder á las súplicas de Pónos, y á engolfarse en el tercero de los famosos trabajos que la prisionera de Andros le impusiera, cuando un acontecimiento inesperado le proporcionó del modo más singular la deseada entrevista.

Este acontecimiento tuvo además consecuencias ruidosísimas, y bueno será dar á nuestros lectores, por lo tanto, somera cuenta de sus circunstancias.

De cuando en cuando, padecia Seuda grandes mortificaciones por el mal éxito de alguno de sus espectáculos, y atribuia su descrédito á la creciente

mala voluntad de la sentenciosa Anoya. Desde muy atrás, venia procurando contenerla y contentarla; pero su crítica crecia, crecian sus imprudencias y ya formábanse corrillos á hurtadillas y como de tapujo, en los cuales se oian y comentaban muy regocijadamente sus atrevidas peroratas. El escándalo cundia, y reclamaba un correctivo. Comprendiéndolo así la consejera hizo comparecer á su criada, y con ella se encerró.

—Vamos á ver, imprudente—la dijo en tono imperativo y airado, apenas se cercioró que estaban solas.—Tu proceder pasa de raya. Te veo remisa y torpe, y no se me oculta tu ambicion. Si no te enmiendas te excomulgo.

—Excomulga cuanto quieras—contestó Anoya rumiando con impertubable impasibilidad.

—¡Cómo! ¡descreida! ¡hereje! ¿Te atreverás á desafiar mi cólera? ¿No temes las consecuencias? ¿Dónde vas á comer si te abandono?

—Donde os hartais los demás—replicó Anoya.—Como tú te ingenias, lo mismo me ingeniaré. Si tú tienes imaginacion, yo tengo mi razon. Los discípulos de Pónos producen en definitiva, para todos.

Seuda, atónita ante aquel atrevimiento, comprendió que era necesario transigir.

—Vamos á ver, mi querida Anoya—dijo cambiando de tono.—No lo niego; hay dos esferas: la de la fé, y la de la razon. Pero ¿no ves, no comprendes que una verdad puede serlo en la segunda y ser mentira en la primera? (1)

—Pues yo te digo—replicó Anoya con nunca vis-

---

(1) Una proposicion puede ser cierta en filosofía y falsa en religion (Lutero).

to desenfado—que muchas de tus proposiciones son á mi ver, falsedades.

—¿Y las tuyas? ¿qué serán?

—En absoluto, no lo sé. Para las gentes, la verdad, como yo sepa engalanarla.

—Es decir, que ya no crees.

—Creo en mí misma, como tú crees en tí.

—Pero ¿qué ha sucedido aquí? Ábreme tu corazon.

—Maestra—contestó la obesa Anoya cesando un instante de rumiar.—Es menester hablar claro. Yo no sirvo para hacer papeles místicos; mi elocuencia no se presta á ensalzar esos éxtasis ascéticos, esos alambicados discreteos en ayunas, con los cuales recomiendas la abstinencia para aumentar tu racion. Tengo otros gustos y otras opiniones. Los triunfos de Ántropos me seducen y entusiasman. Con ellos pienso formar mi particular filosofía en bien suyo y en el mio.

Seuda, no obstante sus caretas y su serenidad, se quedó muda de asombro.

—Pero, ven acá—la dijo.—¿En qué te fias para tanto?

—En mi razon. Ántropos se muere por saber, y con mi razon me basta para explicárselo todo.

—¡En tu razon!—exclamó Seuda.—¡Valiente cosa para gobernar á los demás! ¿Pretendes transformar la isla en una casa de locos? Y si no, contéstame, ¿no ves, como en cada cual se va formando una razon con diferentes impresiones?

—Lo mismo que se ha formado la tuya. ¿Por qué ha de ser mejor que la de los demás?

—No blasfemes: la mia recibió y recibe sus inspiraciones de quien todo lo sabe y nada ignora.

—¿Y á quién se lo cuentas tú?—preguntó Anoya con una risa procaz.—¿Olvidas que fuí tu confidente? Lo que Fanta nos contaba, eso, en suma, repetimos. Si algo aprendiste, si algo sé, se lo debemos á Ántropos. Tú esquilmas su sentimiento: déjame ver si alcanzo sus favores modelando su razon.

—Te lo prohibo.

—Es inútil. Dinamion nos favorece.

—Por eso te atreves á contradecirme.

—Por eso quiero luchar y vivir independiente. ¿No te crees inspirada? Pues sigue con tu misticismo. Estoy resuelta á combatir cada uno de tus dogmas con una especial filosofía. Tendré adeptos, como tú, y lucharemos á muerte.

—¡Está loca!—exclamó la bruja con tristeza y rabia.

—No estoy sino muy cuerda, y si no al tiempo. Desde ahora mismo, rancho aparte. Veremos cuál medra más: si tú ofreciendo la bienaventuranza á larga fecha, ó yo sintetizando en una y otra perorata los trabajos del obrero para embobarle con mi ciencia.

Todos los esfuerzos de la bruja por convencer á su criada fueron perdidos y en balde. La disputa y la ruptura entre las dos se hizo pública, y Dinamion se regocijó y la celebró en su fuero interno, y Ántropos cobró esperanzas de visitar á su mujer, y tal vez de rescatarla.

Efectivamente, apenas se acercó á Anoya y la indicó sus deseos, la filósofa tomó el empeño con calor, y como conocia las entradas y salidas, y conservaba todavía excelentes relaciones con algunos de los carceleros, le condujo al caseron, y despues de varias tentativas le hizo penetrar en él.

Penetró en sus cláustros, es verdad; pero se vió tan separado, tan lejos del objeto de sus ánsias como cuando rondaba por el exterior.

Hierros inquebrantables sellados en la pared, y todos ellos fabricados por su mano, le separaban de Gina. Imposible seria describir el dolor y la ansiedad con los cuales el infeliz se asió de aquellas rejas y pugnó, en loco frenesí, por arrancarlas. Golpeó los hierros con los puños hasta hacer brotar la sangre; dió voces, vertió llanto de rabia; pero en vano fueron su angustia y su desesperacion. Ya se disponia á volver en busca de su buen génio, cuando Gina se dejó ver allende las rejas en un estado tan mísero, que el pobre se quedó mudo y estático. Venia cubierta con un áspero sayal, arrastrándose sobre las rodillas, y traia colgante al cuello una mordaza, desprendida á la sazon para mascar manojitos de legumbres.

Largo tiempo se miraron bajo el imperio de muy distintos afectos; Ántropos era todo tristeza, pero tambien todo simpatía; Gina indiferencia estólida, olvido, casi aversion.

—Habla por nuestro amor—exclamó el hombre.—¿Quién te ha traido á ese estado?

La mujer alzó los ojos trabajosamente, y contestó con débil voz:

—Yo.

—¡Tú! Eso es imposible—gritó Ántropos volviendo á sacudir como un leon las rejas.—¡Tú! ¡La inspirada cantora! ¡La tierna madre de mis hijos! ¡La pura fuente de frescura que tantas veces nos reanimó! No: eso es imposible. Seuda, la infame Seuda, nuestra enemiga sempiterna, te habrá dado alguno de sus filtros. De propia voluntad no era po-

sible que así te rebajases á tí misma. ¿Qué sucede aquí? Habla por nuestro amor.

—Sucede—contestó la mujer—que deseo salvarme, y ya me falta muy poco. Soy un sér pecaminoso, una máquina de perdicion codiciada por el diablo. Es preciso enflaquecer la carne con dietas y con mortificaciones, tratarla sin compasion como á maligno enemigo. Hasta mi voz, orígen de tantos males, merece en castigo esta mordaza. Y áun así, no he de borrar todo el daño que ha causado.

—¿Cuándo? ¿En dónde? ¿De qué modo?—gritó el hombre, retorciéndose las manos frenético de indignacion.—Te habrás vuelto otra vez loca. Tu voz amansó al guerrero, supo inspirarle entusiasmo, dotarle de generosidad y de heroismo; ella movió al poeta y al artista, cantó la virtud y la belleza, mitigó mis sinsabores, me infundió valor y aliento, y siempre y en todo instante fué escudo y arma á la vez contra las malas artes de la bruja. Por eso procura envilecerte, por eso perturba tu claro entendimiento con el error y el delirio.

—No digas eso, no lo digas—interrumpió la mujer llevándose las manos á las orejas.—Quiero salvarme con la penitencia, matar mis torpes deseos, contribuir á poner órden en el desconcierto de este mundo.

—¿Y quién eres tú para enmendar la creacion? ¿Quién eres tú para destruir sus leyes? ¿Con qué derecho te niegas á ser tal cual te crearon? ¿Dónde están aquellos himnos dulcísimos cuyos acentos arrancaron al anacoreta del desierto? Recuerda nuestro amor, recuerda cuánto sacrifiqué por tí; apiádate de tus hijos. Andros ausente, sublevado, necesita tu cariño; Telia, huérfana, olvidada, suspira por

abrazarte. Aunque reniegues de mí, ¿renegarás de tus hijos?

—Cesa, cesa—exclamó la mujer entre abatida y doliente.—Esos recuerdos por tanto tiempo olvidados—el fuego de tus palabras—una emocion inefable, me trastornan. Esa es la voz del demonio. ¡Y yo creia haber vencido! ¡Ah! Estos mortales despojos conservan restos de maldad. Quisiera no haberte oido, y *muero porque no muero* (1).

—¡Válganme los cielos! pedazo de mi corazon—exclamó el hombre á su vez.—¿Por qué no arranco estas prisiones y á tí de esos fatídicos engaños? Ven aquí, compañera de gustos y dolores. ¿Pretendes por ventura suicidarte? ¿Qué te propones, dí, qué te propones? El gran pecado, el pecado aborrecible, es faltar á las leyes más dulces de este mundo. ¿Quién amará á tus hijos como tú? ¿Quién los sostendrá contra las asechanzas del demonio? ¿Quién ha de guiarme á mí? Renuncias á tus deberes, quieres matar tus nobles emociones, hacer callar los más sublimes afectos, y ofendes á quien te los dió para un fin providencial. ¿Son quizás Seuda y sus hechuras más dignas de ser amadas que el hombre que siempre te adoró y los hijos que llevaste en tu seno?

—No, por quien soy—exclamó la prisionera alzando la frente con orgullo—Seuda no puede compararse á tí. Ella nunca supo amar. *Si Seuda fuese capaz de amar, dejaria de ser Seuda* (2).

—Pues no digas una palabra más—se apresuró á decir el hombre.—Tus mismos lábios condenan esa

(1) Santa Teresa de Jesús.
(2) Santa Teresa de Jesús.

tu locura. Vaso frágil y quebradizo del perfume de la vida; flor cuyo aroma eleva y dignifica, ¿cómo habias de destruirte con tus propias manos, cómo sueñas con pisotear esa fragancia para vegetar cual planta hedionda en esta triste morada de la muerte? No, Gina, no. Es imposible que eso sea. *Esta cárcel y estos hierros en que tu alma está metida*, serán por mis esfuerzos arrasados, y al toque de la vara mágica de Pónos, tornarás á ser quien fuiste. Adios, adios. Cuando Seuda venga de nuevo á fanatizarte, repítela esas palabras: *si fueras capaz de amar, dejarias de ser quien eres.*

Ántropos envió á su esposa un ósculo de amor con ambas manos, y ella clavó convulsivamente las yemas de los dedos en el muro, se levantó como una sombra, y con sonrisa inefable de placer y de ternura, le devolvió con la diestra otro beso apasionado, en el cual iba encarnada toda su alma.

Muy breve rato despues Ántropos estaba al lado de su protector.

—No perdamos tiempo, Pónos—le decia.—Es indispensable obrar: si Gina continúa así, la isla vuelve á caer en la barbárie. Con mi mujer seguiré haciendo prodigios; sin ella tu hija permanecerá encantada por los siglos sempiternos.

—Sosiégate—le contestaba el génio.—Obraremos, pero con prudencia. Los grandes males no se curan de improviso. Cada fruto tiene su sazon, y por desgracia el espíritu de tu mujer no estará en mucho tiempo todavía para brindarte con los naturales y ópimos. Antes de sacar á la enferma al aire libre conviene robustecerla, prepararla. No pretendas forzar el curso de las cosas; quien se arroja de una torre para bajar antes, sólo consigue estrellar-

se. Para fijar de una vez el papel de tu mujer en la comedia de la vida, bueno será decirte breves palabras. Hasta aquí, amigo Ántropos, desdeñaste tratar á Gina como á tu igual y tu pareja: ahora tocas el premio de tu error y de tu orgullo. Hubiérasla fortalecido, y no la verias delirante. La inflexibilidad de todas y cualesquiera leyes naturales, alcanzan á tu voluntad y á tí, como viste que alcanzaban á los soles y á los mundos. ¿Cómo quieres que ahora se perturben para evitarte á tí un instante de amargura?

—¿Y qué hice yo—interrumpió el obrero con mal reprimida cólera—para sufrir la pena de la ausencia de mi hijo, la tristeza de la soledad, la vergüenza de ver á mi esposa en camino de confundirse con los séres sin razon?. Tú me prometias el bienestar y la dicha si te obedecia y trabajaba. ¿Qué me importan las riquezas, el poder, hasta la soberanía con que sueño, sin los goces del corazon y esas dulcísimas satisfacciones en cuya comparacion todo es vanidad, y sombra, y humo? ¿Dónde está la armonía de que me hablas? ¿Por qué he de lastar yo los errores de los otros? ¿Por qué han de recaer sobre mi pobre corazon culpas ajenas?

—Comprendo—contestó Pónos un tanto meditabundo.—Veré si puedo contestarte. Cuando la bondad de las leyes inexorables de esta isla cae dentro de las fronteras y aledaños de tu pequeña inteligencia, la ves, la tocas, y reconoces su sabiduría; pero cuando se desenvuelve en regiones más altas ó más complejas, dejas de abarcar su utilidad, y si te causan dolor clamas contra su injusticia. Por eso, amigo Ántropos, no percibes ahora cómo ni por qué te alcanza el castigo de ajenas culpas. Examinemos la

causa. Respóndeme. Cuando sientes una pena en el alma, un dolor en tu corazon, ¿no procuras con afan hacerle desaparecer?. ¿No buscas algun alivio?. ¿No deseas un remedio?

—Claro está que sí—contestó Ántropos.

—Y si por ejemplo—continuó el génio—tuvieras una fuente favorita con pura y rica agua de pié, y andando el tiempo creciesen en sus bordes plantas ponzoñosas, y al beber el agua te amargara, ¿qué harias?

—Pues es muy sencillo—tornó á contestar el hombre.—Arrancaria las plantas de raíz, limpiaria los bordes de la fuente todo en torno, y procuraria volver el manantial á su pristina pureza.

—¿Y no te pareceria—volvió á preguntar el génio—como si el agua cobrara aquel ámago desagradable para obligarte á mirar por la limpieza y perfecto estado de la fuente?

—Sí tal—replicó Ántropos.—Sin este y otros semejantes sinsabores ningun progreso habria hecho; ni siquiera hubiera podido salir del estado de salvaje.

—Pues ven acá, ciego con ojos y sordo con oidos, ¿no comprendes que los tuyos son fuentes de las cuales manan tus grandes placeres, tus satisfacciones más legítimas?. ¿No ves cuánto debes cuidar, y con cuánta mayor razon, de que en sus almas no arraiguen plantas de frutos ponzoñosos? Al ver cuál sus errores te alcanzan y cómo te hieren de rechazo, ¿no adivinas la existencia de una voluntad muy superior á la tuya, ni cómo y por qué manera quiere aquella voluntad que todos seais unos, que veleis por vuestra mútua perfeccion, y lo manda, lo impone, te lo exije?

—¡Ah!—exclamó Ántropos.—Con esa especie de parábola has abierto á mi razon desconocidos y hermosos horizontes. Lo confieso una vez más: esta isla está encantada. Bendito tú que así me descubres sus arcanos. Has reanimado mi fé. Quiero arrancar la mala yerba del alma de mi Gina y de mis hijos. Pero, ¿cómo? ¿Por dónde debo empezar?

—No tienes que empezar—contestó Pónos sonriendo.—Te basta seguir la empresa comenzada muchos, muchos años há. Has cumplido y vas cumpliendo dos de los tres trabajos impuestos por mi hija. Acometamos el tercero, y las rejas de ese caseron caerán de suyo. Porque te advierto, una vez más, que Seuda hizo esclava voluntaria á tu mujer abusando de su exquisito sentimiento para anonadarla en una contemplacion inerte. Si hemos de destruir la obra de la bruja, si hemos de curar á las enfermas de esa mística erofobia, fuerza será emplear los mismos medios, hablar á su sensibilidad, poner ante sus ojos el idilio inacabable del eterno amor—móvil y trama de la comedia de la vida en el seno de la Naturaleza—haciendo vibrar las fibras más delidadas de su corazon en armonía con las notas dulces y tiernísimas del concierto universal.

—¿Pero cómo hacer todo eso y cómo hacerlo sin tardanza, pronto?—interrumpió el astrónomo y el físico.

—Por los medios de costumbre: poniendo á la luz del sol las misteriosas armonías que religan tu felicidad, con la marcha no turbada del Universo sublime. Afortunadamente puedes lo que no podias. Despues de la lenta compenetracion de tus sentidos, los agrandaste con el telescopio y con el ojo de cristal. Ves, oyes y tocas, cerca y lejos, fenó-

menos en otro tiempo vedados para tí; observa plantas y reptiles, aves, insectos y peces, todo viviente, todo sér; estudiemos las formas de la vida, los actos y las costumbres, y cuando á fuerza de observar hayamos adivinado el lenguaje mudo de cuanto vive y se agita, podremos hacer oir á tu mujer sus palabras inefables, y será, como deseas, el ángel de tu hogar y el custodio de tu dicha.

—Lento, muy lento es el medio—exclamó Ántropos desfallecido y triste;—pero en fin, nada se hace de golpe, segun dices, y forzoso es resignarme. Emprendamos el tercer trabajo.

CAPÍTULO X.

Desde que en cumplimiento de nuestro papel de nímios y puntuales historiadores hubimos en conciencia de escribir las últimas reflexiones de Pónos á su protegido, nos está retozando en la mente su significacion, como ardilla dentro de jáula giratoria.

¿Será posible que el mal tenga, segun decia el génio, fin y objeto definido? ¿Será un medio de establecer la solidaridad entre los hombres y las generaciones?. Las cuitas inexplicables, los horrores de la peste, las enfermedades de los niños, todos los padecimientos de la criatura, al parecer inocente, ¿existirán para hacernos cumplir ciertos deberes, y cederán ó cesarán sólo cuando los cumplimos?

Cuestion es esta muy digna de examinarse. Discurramos.

Es cosa ya averiguada: el hombre primitivo, el inexperto salvaje, tal cual le podemos estudiar en islas y continentes, en los últimos siglos descubiertos, recibe sus primeras enseñanzas del dolor ó del placer y se guia por la sensacion. Movido alter-

nativamente por los dolores ó los gustos del momento, va formando vaga idea de las leyes á las cuales se halla sometido: la privacion le castiga, le premian las satisfacciones, y así avalora la pró de obedecerlas y acatarlas. El mundo externo se le revela y se le impone mediante la sensacion, afinando de contínuo su sensibilidad hasta hacerle sentir el mal y el bien pasados ó futuros *en idea*, y estas angustias en idea obran con fuerza creciente para constituir sus sentimientos y moverle y decidirle á rendir culto al sacrificio. Hoy el frio, el hambre, la fiebre le obligan á buscar vestido ó labrar la choza, á cazar y pescar, y ser pastor ó dar corriente á un remanso, quemar ó descuajar un monte; mañana otros sinsabores, ú otros gustos, le harán previsor, cariñoso, comedido, pues la abundancia despues de las cosechas, el auxilio de los brutos, el descanso ó el holgar consiguientes á su posesion, el socorro ó el préstamo del prójimo recompensarán ya su conocimiento de climas y estaciones, ya su esmero y su cariño para con crias, cachorros y recentales, ya su respeto al prójimo ó á sus bienes, cuya despensa le acorre en momentos de escasez.

Concretando la cuestion al indivíduo, parece como si el dolor sirviese para fines siempre justos y á nosotros mismos más que á nadie provechosos. Es la manifestacion de una voluntad amiga, velando por nuestro bien, y obligándonos, hasta con cruel azote, á cumplir nuestros deberes con nosotros mismos.

Llegamos, sin embargo, en el trascurso de los tiempos, á presenciar terribles males—males, al parecer, extraños á nuestra conducta—cuya aparente

injusticia nos indigna ó nos sorprende. Entonces, y sin ser dueños de un arrebato generoso, alzamos amargas quejas contra un poder incognoscible, contra la suerte ó la fatalidad, y á grito herido blasfemamos, en lugar de inquirir cuáles deberes hemos descuidado ó cuáles están todavía por cumplir. Entonces, con arrogante confianza en nuestra flaca razon y en sus deducciones temerarias, repetimos por ventura el célebre argumento de Epicuro: «O quiso evitar el mal, decimos, y no pudo, ó pudo y no quiso, ó ni quiso ni pudo,» porque es evidente que si quiso y pudo el mal no existiria. «Luego—seguimos diciendo—ó hubo impotencia, ó perversidad, ó ambas cosas á la vez.» ¡Oh prodigios de nuestra razon! ¡Oh milagros de nuestra vanidad! ¡Cuántos siglos necesitamos para comprender las cosas que nos tocan más de cerca! ¿Se concibe que en esta máquina del Universo, tan admirablemente regulada, cupieran lógicamente piezas con libertad moral sin freno ó sin contrapeso? ¿Habian de ser las leyes del dolor las únicas sin un fin, ó ferozmente arbitrarias?

No y mil veces no. Cuando el hambre empedernida pasea su torva faz por algunas regiones de la tierra, la oigo decir en desapiadadas voces: «Vuestros ódios, vuestra ignorancia, vuestras supersticiones, me engendraron para leccion y para ejemplo. Pues preferís la guerra á la paz, la vil pereza al trabajo, ya que os obstinais en ver un enemigo en cada prógimo, y en aislar á las naciones con círculos artificiosos, aspirando á reformar climas, frutos y aptitudes, aquí estoy con mi lúgubre secuela para enmendaros y esclareceros.» Cada vez que las negras álas de la peste sacuden letal pon-

zoña sobre el gentío moribundo, llegan á guisa de advertencia á los oidos de mi razon estos ó parecidos acentos confundidos con tristes ayes de muerte: «Vosotros quienes dejais en la superstición ó la »ignorancia á pueblos remotos pero hermanos, ex»piad con sustos y con lágrimas vuestra culpable »indiferencia. Sois, mal que os pese, solidarios, y »mientras no acudaïs con antorcha de verdad á di»sipar las tinieblas de aquellos espíritus y á puri»ficar su sentimiento, el sol destilará del Ganges »por entre los preciados frutos de sus márgenes in»fectas, mortíferos miasmas que el viento tomará »en su seno para castigar el egoismo, la incuria y »la apatía.» Si escucho los quejidos del infante (esos quejidos de dolor que *daban grandes angustias á San Agustin y sobre los cuales no sabia qué responder)*, la muda voz de la experiencia me dice: «Todas las ge»neraciones van unidas por vínculos de solidaridad. »La indómita concupiscencia del padre, le hiere al »fin en la prenda de su mayor cariño: la ignorancia »ó el vicio de la madre, es castigada irremisible»mente en el pedazo más sensible de sus entrañas »mismísimas.»

En todos estos casos, porque las culpas son grandes, los castigos no son pequeños, aunque si bien se examina en los más y en cada uno, una divina bondad rodea á las víctimas expiatorias de una multitud de circunstancias que—¡cosa singular!—al aumentar nuestro terror, aminoran sus padecimientos. Tales son la rapidez aterradora de los extragos en las pestes, y la inocencia inconsciente de los niños.

La víctima del rayo, cuyo aspecto hiela nuestra sangre, ni oye siquiera el estampido del trueno.

¿Por qué achacar á crueldad ó imprevision ese mal sin cuya existencia el bien no tendria significacion alguna?. ¿Por qué desconocer la tolerancia elástica y solícita con que se impone y se aplica?. Si hemos podido emanciparnos ya de males continuos y sin cuento, con sólo sentirles en idea como recuerdo ó por anticipado, con sólo obedecer al sentimiento, ¿de cuántos no podrán redimirse nuestros nietos si desentrañan los orígenes del mal y el bien y procuran estirpar sus más hondas y más ocultas raíces?

En la evolucion de lo sensorio, desde el bestial egoismo hasta el altruismo angelical, está la solucion del enigma, porque en las ordenanzas providenciales de este mundo, además de los mandamientos hoy reconocidos, (aunque no siempre acatados), que nos imponen pena de dolor, la *conservacion* del indivíduo y la *sociabilidad* de la especie, hay otros que mandan la *solidaridad* de pueblos y generaciones, para constituir la unidad en la variedad y el amor por egoismo. Y en vano es rebelarse y blasfemar: las leyes inflexibles, eternas, sencillas, generales, se han de cumplir, pese á quien pese, á todo trance. Cuando la humanidad haya entrado en la edad de la razon, pensará más en no incurrir en castigos y ménos en motejar de crueles, necesarias y oportunas penitencias.

¡Oh, dolor! todos te increpan y aborrecen, y sin embargo, desde niños nos enseñas á no abusar de nuestras facultades, á moderarlas y á economizarlas!. Tú, y nadie más que tú, nos transformas de temerarios en prudentes, de impróvidos en previsores, de voraces en frugales; dominas nuestras pasiones, pones tasa á nuestros apetitos, y grabando en

la memoria las consecuencias del exceso de ayer, precaves los excesos de mañana. Eres nuestro mejor, aunque más rijido maestro; cuanto valemos física, social y moralmente te lo debemos á tí; quien tuviere razon limpia y voluntad bien encaminada, te escuchará para perfeccionarse. Yo, que he sufrido cual pocos tus rigores, pero que he meditado profundamente sobre tu funcion providencial, casi me atrevo á bendecirte.

Tales fueron, sin duda, en cifra y en resúmen, las advertencias encerradas en las palabras de Pónos á su protegido, y si nosotros, explayándolas, hemos abusado, por ventura, de la paciencia del lector, perdónenos una vez más, y sigamos con el cuento.

El tercer trabajo impuesto por la hija del excelente génio al hombre, era, si no recordamos mal, aprender el lenguaje de las flores y los brutos, de peces, aves y reptiles, y dado ya el paseo por los cielos, emprendida una y otra vez la cuenta de las estrellas, realizado con éxito maravilloso el viaje dentro del grano de polvo, y sorprendidos en las regiones de la nada secretos y promesas para el porvenir, bastantes á excitar extraordinariamente la nunca satisfecha curiosidad del hombre, Ántropos emprendió aquel tercer trabajo y último, alentado y auxiliado, como siempre, por el leal é incomparable Pónos.

¡Ah! ¡Cómo quisiéramos relatar á la menuda los tanteos, ensayos, observaciones, hipótesis, luchas, dudas, desengaños, de aquella sin igual empresa magna!. Ahora, como en tantas otras ocasiones, nos está vedado este placer, y muy mal grado, y cediendo á una necesidad imperiosa, habremos de renunciar á referir en esta nuestra pobre fábula mil

aventuras y mil triunfos, algo más dignos de ser contados en grandilocuente estilo y en forma atildada ó épica, que los desafueros, vicios y pasiones de los mentidos héroes de la historia.

Diremos, pues, muy á vuela pluma, que el hombre y su protector recorrieron la escala de las plantas, y allí encontraron los primeros albores de la vida. Allá en los hielos perpétuos, en el fondo de las aguas, sobre las rocas escuetas, en los picos y los valles, vieron la faz de la tierra cubierta de un sinnúmero de séres organizados, desde el musgo al cedro, viviendo y desarrollándose con funciones y atributos tan curiosos como necesarios, pero todos unidos, todos enlazados, formando una cadena indisoluble cuanto misteriosa. Sensibles únicamente á las diferencias de los climas ó los cambios de tiempos y de estaciones, los más se vestian de galas para celebrar la primavera, y se desnudaban de ellas con admirable tino y precision á la llegada del otoño; los ménos ocultaban análogas alternativas bajo verdura perenne. Desde las plantas más embrionarias que se confundian con el polvo, hasta aquellas que por su sensibilidad y movimientos se acercaban á los animales, la escala era una, sin solucion, infinita.

Se necesitaba la sabiduría de Pónos, la pericia consumada de Ántropos para vislumbrar una naciente organizacion en los conatos de planta que hasta salian incólumes del fuego (1), mientras otras, gozando de vida exuberante, se extasiaban en la contemplacion del sol con lento y acompasado giro, cerraban sus corolas por la noche, aprisionaban

(1) Asbesto ó Amianto.

como en cepo los insectos (1), retiraban y replegaban sus hojas al primer contacto (2), y protestaban contra todo ataque con movimientos reflejos, y revelaban innatas aspiraciones á la autonomía y á la libertad.

En todas aquellas plantas sujetas por las raices existian los dos sexos, y estos, confundidos al principio en un indivíduo mismo en estrechísimo abrazo, se distinguian y diferenciaban en sus sucesores y parientes cada vez más, siendo esta separacion misteriosa y admirable, pues las relaciones entre machos y hembras parecian robustecerse con la distancia. No de otro modo podíanse explicar las innumerables pruebas de verdadero afecto, para cuya manifestacion valíanse de medios ingeniosísimos. Al cambiar ellos y ellas las prendas de su cariño, sus tributos ó regalos, valíanse de tiernos artificios, se los enviaban mútuamente aprovechando las aguas y los vientos, ó los confiaban á los insectos y los pájaros, cual á discretos y leales servidores. Allí donde el destino colocaba en completo estado de aislamiento á algunas plantas como la palmera, allí reinaba la esterilidad, negábase todo fruto y la especie perecia.

Aún hay más: tal y tan grande era la atraccion de los afectos, que en algunos rios, y en la estacion de los amores, ciertas especies quebrantaban su cadena de raices y recorrian libres el espacio dando muestra de instinto superior, porque ellas ascendian á la superficie en busca de áuras y luz, y ellos flotaban en pos, se unian á sus compañeras y juntos

---

(1) Dionea cazadora.
(2) Desmodía oscilante.

y enamorados pasaban sobre las aguas la dulce luna de miel (1). En seguida las esposas fecundadas tornaban á lo más hondo trémulas con el sentimiento de la maternidad, y allí, en el silencio y el retiro, daban el sér á su numerosa prole.

Y no era aquel ejemplo singular la única prueba del gradual desarrollo de la vida, áun sin salir de las familias vejetales. Las algas en los charcos, los musgos y los helechos lanzaban la simiente de sí mismos en forma de corpúsculos y esporos con pestañas finísimas vibrátiles, cuya agitacion contínua les permitian moverse remedando una incipiente automática locomocion. Tan diminutos ó más que estos gérmenes, abundaban por doquier otros de orígen ignoto que Ántropos no supo cómo bautizar, pues su vivir oscilaba á la vez en las regiones de lo vejetativo y de la animalidad (2). Eran como los puntos de la línea divisoria entre dos reinos distintos, como la penumbra entre la luz y la sombra, como la separacion fugaz de dos misterios.

Confundiéndose por su localizacion con las yerbas y los hongos, observaron á seguida, á orillas de la mar, unos como plantas-animales, que además de crecer, y vivir, y contraerse, arrojaban los primeros perceptibles rayos de un crepúsculo de voluntad. El organismo de estos séres, aunque adherido á las peñas, era ya más determinado y de mayor complicacion, aunque todavía muy sencillo. Distinguíanse por órganos en corola, parecidos á los rádios de flores, pero inquietos y prehensiles; órganos cuya mision revelaba un marcadísimo progreso.

(1) Vallisneria spiralis.
(2) Protistas.

Porque si bien entre las plantas algunas parecian tragarse insectos, disolver carne en su jugo para alimentarse parcialmente ensayando como un asomo de digestion (1), aquella funcion sólo podia ejercerse mediante un concurso de coincidencias independientes de los actos de la flor, mientras que en los pólipos la agitacion de los tentáculos dirigíase evidentemente á buscar y sugetar la presa llevándola á una boca deliberadamente, á fin de sostener la vida de un indivíduo ó de un grupo.

Aquellos actos repetidos patentizaban el desarrollo de algo personal y voluntario.

Desde los pólipos, los pulpos, los mariscos, hasta los brutos más inmediatos al hombre, el indivíduo iba adquiriendo más voluntad, mayor independencia, más instinto, á medida que su organismo se perfeccionaba complicándose. Desde la piedra al amianto; desde este á la sensitiva; desde la sensitiva al pez; desde el pez hasta los simios atrevidos, imitadores y procaces, seguia la unidad progresiva de la série vital, y Ántropos, para retener en la memoria aquella multitud de séres, y sus graduales imperceptibles diferencias, dividió la indisoluble cadena en trozos, y estos, á su vez, en eslabones y grupos, formando así clases, órdenes, familias, géneros, especies é indivíduos. ¡Cuántos sistemas de clasificacion no ideó el novel y harto embrollado naturalista para darse cuenta del enlace y relacion de cada una de las piezas separadas, con las cuales se empeñó en dar extructura y unidad al enigma de la vida!. Hoy cortaba por aquí, mañana un poco más

(1) Sarracenia, Nepenthes, Cephalotus, etc.

allá; tales ó cuales diferencias le movian á separar estos indivíduos de estos otros, pero en seguida analogías evidentes tornaban á confundirle y hacia una nueva clasificacion bajo otro punto de vista, y la fuerza de las cosas le obligaba á reconocer cuán artificial y artificioso era todo aquello.

Por fin hubo de rendirse á la evidencia resignándose á considerar los artificios y engendros de su razon, como recursos mnemotécnicos para no perder la brújula en vista de la limitacion de su ruin inteligencia.

Afortunadamente le sirvieron en su empeño notables particularidades, como puntos de partida. Ya fué la *broma* ó *taraza* taladrando en el agua la madera, como auxiliar destructor de la carcoma; ya los caracoles paseando sus cárceles retorcidas por la arena, ó con conatos y velas de navegantes (1); ya un pez con pujos de volador, ya un ave con piel y hocico de bruto; ya un cuadrúpedo paradógico con pico de ánade (2), ya la ballena tan enorme como inofensiva; ya el cien piés con cuatro pares de ojos, envenenador de oficio; ya la tortuga nunca diligente por confiar en su coraza; ya el águila altanera cuya vista desafia al sol, ó ya el condor remontándose por encima de las nubes. Formas y caractéres, usos y costumbres, facultades y lenguajes, todo lo estudió nuestro hombre y todo le llenó de maravilla. Comprendió que la materia mineral se combinaba y agregaba, y que por fuera *crecia;* que las plantas, además de transformarse y de crecer por dentro, estaban dotadas de

(1) Nautilos, Dactilópteros.
(2) Ornitorinco.

vitalidad, *vivian;* que los animales sobre crecer y vivir, *sentian*, y que él y los suyos eran los únicos que crecian, vivian, sentian que sentian, y pensaban que pensaban. El pensamiento y la conciencia —la razon en suma—era en su sentir el atributo por excelencia, el último término de aquella evolucion. ¿Y no cambiaban las formas y la amplitud de aquella su razon misma al compás de sus descubrimientos?. Una atmósfera de vida bañaba por do quier al mundo, atmósfera de vida que saturaba la materia para crear formas y más formas, diferenciar y complicar nuevos órganos, reformar los existentes para novísimas funciones, y de manifestacion en manifestacion, de una complejidad en otra, se columbraba el proceso natural y necesario para crear el pensamiento.

Por no repetir á cada paso circunstancias ó acontecimientos de rigor y hasta fatales por lo visto, en todos los trabajos de Ántropos y allá en la isla de Gé, no hemos referido las mil leyendas de Fanta en el curso de sus investigaciones. Casi podríamos decir que no le abandonó ni un solo instante. Cuando cansado de observar y de inducir, formó empeño en sorprender *el orígen* de la vida, fué la única ocasion en que el hada se declaró incompetente, diciéndole siempre afable con su suave vocecita:

—Has llegado á la molécula, á la célula: no te empeñes en ir más allá. Todo cuanto yo puedo decirte, es que la molécula se forma tal vez con átomos, que en la celdilla contráctil se manifiesta la vida. No te obstines: no sé más, y ni yo, ni tú, con tus sentidos de aumento y tus ojos de cristal, sorprenderemos el misterio, porque la Naturaleza, para

burlar nuestros ataques, ha sabido establecer su oculto laboratorio en la region de los infinitamente pequeños, en el para tí reino de la nada. Allí crea los cuerpos y la vida, allí se burla de Pónos, y hasta se rie de mí. No te canses, no te canses. El misterio no está en tí porque puedes seguir tu formacion paso á paso, en las transmigraciones de estas células. El misterio está, en cómo se transforma el polvo inerte en burbuja microscópica dotada de sensibilidad. Conténtate con averiguar lo que te importa, y en cuanto al misterio, *cree.*

A tal grado de confianza en sí mismo habia llegado, sin embargo, el hombre, que desconfió de Fanta y siguió pugnando por sorprender con su ojo de cristal el orígen de la célula.

Al anochecer de un dia de verano, y á tiempo que la luna se asomaba por Oriente, Pónos preguntaba al hombre:

—¿Vas sacando algun provecho de tus escursiones y fatigas?

—No lo sabes tú bien—contestó Ántropos.—Los hechos que observo, las semejanzas y diferencias me instruyen y me entretienen; pero el conjunto, amigo Pónos, me da mucho en qué pensar. Yo, que en sueños, muchas veces, quiero determinar las leyes del Universo y los atributos de esa voluntad omnímoda que le rige con sabiduría tanta, me pierdo en conjeturas y cavilaciones porque toco la vanidad de mis deseos. No, yo no puedo adivinar los atributos de un poder tan incomprensible. Y la última razon que en todas cosas llego á darme, es la muy poco satisfactoria de que *es así* porque *es así*. Esto no aplaca mi curiosidad; pero sospecho que con el tiempo me ha de inocular la *verdadera*

fé. Hoy por hoy todas son dudas y suposiciones. Creo, por ejemplo, que las plantas carecen de sensibilidad, ni pueden tener instinto; pero hasta en esto lo dudo cuando veo al acacia replegar sus hojas antes de la tempestad y colocarlas de manera á dar ménos asidero al huracan. Veo por todas partes vida, oigo por todas partes armonías, notas sonoras en los astros, truenos majestuosos en las nubes, cantos agudos diversos en los insectos musiquillos, lenguajes desconocidos, múltiples, con que habla el Universo á mi razon. Y, sin embargo, sospecho que cada uno de estos idiomas complejos será una sílaba, á lo sumo, de la palabra única, sublime, con la cual el Creador se entienda con sus criaturas. ¿La entenderé alguna vez? ¿Terminará en mí esa cadena maravillosa, compuesta de espíritu y de materia? ¿Qué es la materia? ¿Qué la fuerza? ¿De dónde surge el espíritu?. Mi razon se desvanece, y dudo y creo, y ya me abato, ya me glorifico. Quiero y no puedo formular con todo acierto mi opinion; pero debo confesar que la sabiduría bondadosa, la prevision paternal en todo por mí observadas, me dan confortamiento sumo, me animan y tranquilizan.

—Sea enhorabuena—exclamó Pónos.—No en balde sospechaba yo que el tercer trabajo impuesto por mi hija te habia de apartar así del abatido descreimiento, como de la escéptica soberbia.—Dices bien: nada te dará tanta fé como el dominar ese conjunto armonioso de la alta sabiduría. Y esa fé será la verdadera, porque no tendrá los ojos del alma ciegos, sino todo lo contrario. En cuanto á la opinion que debes al fin formar del Universo, no importa si por ahora la suspendes. *No se trata de lo*

que se quiso ocultar á nuestros ojos (probablemente para siempre), *sino de cuanto tienes á la vista* (1), y cree. Lo importante para tí hoy, es aprender ese lenguaje, en el cual (segun dijiste muy bien) habla quien todo lo dispone, á tu amor y á tu inteligencia; lenguaje único, sencillo, por cuya razon notaste tantas analogías y semejanzas; lenguaje que se resume en un vocablo, el cual te toca á tí aprender como primero en la isla. Déjate, pues, de dar tortura á tu mente, y da pábulo á tu curiosidad, pues si quieres entender al autor del Universo, observa, aprende y trabaja. Sólo así irás agrupando los fenómenos en leyes, las leyes en principios fijos; sólo así libertarás á mi hija Alecia, única capaz de descifrar el gran enigma. Vas dominando el tercer trabajo que te impuso, vas deletreando el lenguaje enigmático y simbólico; tu corazon responde ya á las notas más profundas del universal concierto: hagamos participar á tu mujer de tu fruicion y tu dicha. Este será el mejor premio á tus afanes, pues sin la union de vuestros séres en uno, nuestra obra careceria de cohesion y solidez. La noche está hermosa, la hora y la ocasion son á propósito; ¿quieres que hagamos presenciar á Gina una fiesta solemne de las flores?

—¡Qué me dices?—exclamó Ántropos.

—Lo que oyes—replicó el génio.—Ya podemos comunicar á la mujer las ternuras descubiertas. Si ellas no conmueven su corazon para volverla á tu hogar, no hay remedio para su dolencia.

—¿Pero cómo, á dónde habremos de ir?—interrumpió Ántropos, trémulo de ansiedad.

---

(1) Fenelon.

—Donde yo te guie. ¿Vienes?—concluyó diciendo Pónos.

El hombre y su protector, despues de requerir el ojo de cristal y el manto azul, se encaminaron á los jardines del convento.

CAPÍTULO XI.

No era grande la distancia entre la casa del hombre y el consabido convento, especie de sucursal del gran palacio de Seuda. Media hora despues de salir nuestros amigos de la primera, se encontraban detrás de los magníficos jardines que rodeaban al segundo.

—Por aquí entraremos—dijo Pónos señalando á una puerta pequeña, pero forrada de hierro, que daba, por detrás, al campo.

—Como quieras—contestó el hombre.—Ni sé dónde me llevas ni lo que pretendes.

—Sígueme y bien pronto lo sabrás—replicó Pónos.

Tocó entonces con su vara la ferrada puerta, y cedieron los hierros y los cerrojos.

Nada podia igualar la amenidad y hermosura de aquellos fresquísimos pensiles. Los granados, los naranjos, los limoneros, mezclados con olmos, nogales y castaños, tendian sus bóvedas odoríferas por encima de las calles; y los espacios entre estas

se hallaban poblados por toda clase de legumbres, de frutales y de flores. Aquí saltaban las fuentes en caprichosos cristalinos juegos; allí serpeaban arroyos sobre guijos de cien tintas y bellas conchas de nácar; más allá las aguas se confundian en un lago sobre cuyos bordes los sauces aguardaban tétricos los asomos de la luna entre las nubes, para mirarse en los líquidos cristales.

Cuando penetraron en el jardin no pudo ménos de exclamar el hombre:

—¡Qué ambiente, Pónos! ¡Qué aromas!

—Eso que tú llamas aromas, olor, perfumes, es el lenguaje de las flores, el medio ostensible de comunicarse sus penas y sus placeres. Ahora despiertan á la vida y la conversacion. Hoy es dia de gran fiesta, y por eso hablan todas á la vez y saturan las áuras con su aliento. Se trata ahora de oir con el olfato auxiliado por la vista. Cobíjate lo mejor que puedas debajo de una enramada, y sorprenderemos desapercibidos, secretos, lances é historias. No te separes de mí. Busquemos un escondite y establezcamos en él nuestro fugaz observatorio.

Siguieron los dos curiosos cautelosamente hácia el centro del jardin, pero al dar vista al palacio, notaron en una ventana inferior, ó más bien un tragaluz con reja baja, ciertos resplandores ténues é indecisos, los cuales, sin saber por qué, les fascinaron.

—¿Qué miras?—preguntó Ántropos á su acompañante.

—Lo mismo que tú—contestó aquel.—Aquella luz á estas horas. Allí vela tu mujer. Por eso te traje aquí, y por eso quiero que te escondas.

—Déjame verla un instante—exclamó Ántropos

en tono suplicativo—y haré en seguida como quieras.

Breves momentos despues, ambos miraban al través de triples reforzadas rejas.

En medio de una celda tenebrosa, á la luz de una lámpara tosca y moribunda, estaba Gina en frente de un clavicordio, cruzadas las manos y en actitud de lucha y de dolor. Por sus mejillas, lívidas y demacradas, corria abundoso llanto, y de sus lábios salian angustiosísimos suspiros, imperceptibles murmullos, para estrellarse tristemente contra los hierros de las rejas.

Al cabo de un corto espacio alzó los ojos al cielo y exclamó:

—No puedo más. Esta lucha me destroza. ¡Ántropos!. ¡Ántropos!. ¡Oh, natural é ingénita perversidad!. ¡Quiero olvidarle y no puedo!. Veo su imágen querida áun en las místicas apariciones de los cielos.

—Voy á llamarla—exclamó el hombre.

—No hagas tal—le contestó el génio.—Para disponer su curacion, conviene *que te vea, sin que te vea*. Es preciso aprovechar tan propicia coyuntura. Sígueme sin pérdida de tiempo y deja á mi prudencia lo demás.

Pónos, al decir estas palabras, arrancó á su protegido de la reja, y á remolque le condujo á un laberinto de mirtos ó arrayanes y jazmines.

—Escóndete aquí y espera—le dijo el génio.—Aunque veas lo que vieres, no has de salir de tu escondite si antes no te hago la señal.

Dicho esto, y cuando vió que Ántropos, obediente, se ocultaba entre el ramaje, Pónos volvió junto á la reja é imitó el suavísimo susurro de las auras.

Gina volvió el rostro. Entonces el génio, en apagados acentos, la llamó pronunciando una y otra vez su nombre.

—¿Quién me llama?—contestó por fin la sin ventura.—¿Quién pronuncia mi nombre y le pronuncia sin rencor, sin menosprecio, sin ódio?

—Yo, Gina; Pónos, el protector de los tuyos. ¿Quieres salir á respirar el aire libre con la fragancia de las rosas y claveles?

—Lo quisiera y no me atrevo. ¡Oh Ántropos, Andros, Telia! ¡Qué obsesion de tentaciones! ¡Maldita carne pecadora! El jardin me espanta, sus aromas me enloquecen. Las flores deben ser obra del demonio. ¿Por qué no muere la memoria?

—Sosiégate, buena Gina—exclamó el génio.—Tu juicio está perturbado: de lo contrario no blasfemarias. Ven acá; respira el aire puro—continuó Pónos, tocando los hierros con su vara.—Ya tienes franca la salida.

La mujer, maquinalmente, y sin hacerse de rogar, atravesó trémula la brecha, y se apoyó vacilante sobre el brazo de su amigo.

—¡Ay Pónos!—dijo apretándole la mano con gratitud.—Este desahogo me devuelve las fuerzas con la vida. Jamás me pareció tan deliciosa la noche. Pero, ¿á qué vienes tú aquí?

—Vengo—le respondió el génio—primero á protegerte contra tí; despues á inducirte á trabajar con los tuyos; á trabajar en el primero y más útil de todos los trabajos.

—¿Cuál?

—El trabajar como estas flores, que hoy se desviven por engalanar la obra de su creador. ¿Quieres rendirle un culto tan sincero, tan puro como el de

ellas? Lo lograrás fácilmente: con sólo admirar la fiesta de hoy.

—¡Qué dices?—volvió á exclamar la mujer.—¿Pues qué?.... ¿las flores tienen sus fiestas?

—Las tienen—replicó Pónos—porque obedecen á la ley de amor, contra la cual no pueden rebelarse como tú. Por eso en la estacion florida celebran enlaces y alianzas, se unen con amorosos lazos, y en las tranquilas horas de la noche, es cuando se pueden admirar tantos y tan tiernísimos misterios.

—¡Es posible!—exclamó la mujer tan sorprendida como sobresaltada.—¡Quién lo hubiera sospechado? ¡Yo que amé tanto las flores! ¿Me podrias hacer ver esa vida, esos encantos?

—No tengo inconveniente alguno—continuó Pónos.—Nos colocaremos donde podamos observar, sin ser por las flores descubiertos. Nos haremos invisibles con mi manto azul. Yo te tocaré en la frente con mi vara, y oirás y entenderás su lenguaje.

Así diciendo, Pónos la llevó junto al laberinto en donde se encontraba Ántropos. Desvanecidos allí debajo del manto azul, se callaron y observaron.

Largo trecho hubieron de estar los tres en una inmovilidad completa. Ántropos detrás del ramaje, ducho ya en indagaciones semejantes, Gina y Pónos al amparo del manto maravilloso. Al cabo comenzaron á notar movimiento entre las plantas, y sorprendieron acciones misteriosas, y escucharon un lenguaje dulce.

Lo primero que asombró deliciosamente á la mujer fué la presencia de ellas y ellos, jóvenes y ancianos, criaturas y matronas. De un mismo tronco nacian numerosos indivíduos cuyo conjunto formaba un todo armónico con las gradaciones de la edad,

la simpatía de los sexos, los afectos del compañerismo. Notábanse tambien relaciones de familia, afinidad de costumbres, semejanza de gustos y tendencias. Al propio tiempo otros grupos, no ménos fecundos y prolíficos, demostraban entre sí respeto, alejamiento, ó frialdad. Y aquel oleaje de repulsiones y atracciones, aquel cambio misterioso de algo sútil é impalpable, daba orígen á un hervidero de vida, cuyas delicadas emanaciones embalsamaban el ambiente y engalanaban el jardin.

Los niños alzaban los cálices al cielo y procuraban crecer mucho, abarcar mucho, oir mucho, sentir mucho. Los jóvenes, al mirarse embelesados, pugnaban por unirse en álas de una atraccion espontánea pero irresistible. Las matronas y sus esposos volvian las corolas hácia Oriente, como buscando una esperanza ó una luz, y en medio de sus placeres, cubríanse sus pétalos de lágrimas. Los ancianos doblaban los pedúnculos, dejaban caer en desaliento las marchitas y arrugadas hojas, y con faz triste y meditabunda, se inclinaban á la tierra hácia la cual se sentian atraer.

Ante aquel novísimo espectáculo, Gina olvidó su reclusion, las pláticas de Anoya, las amenazas de Seuda. Su mismo estado de sobrescitacion, producto del arrobo místico, la predisponian á sentir lo incomprensible más hondamente y mejor.

—Parece que se entienden, diríase que se aman—exclamó la mujer.

—¡Y tanto!—contestó Pónos. — Su lenguaje es como ves, nunca oido: cambian entre sí aromas, efluvios, gérmenes, y gozan y simpatizan. En cambio de su inmovilidad, como compensacion á las cadenas de raíces que las sujetan al suelo, sus al-

mas vagan por el aire, y se buscan, y se aman y se confunden. De esta suerte, y con la ayuda y amistad de las moscas, los insectos, las mariposas, los pájaros — mandaderos y correveidiles afanosos y leales—cada familia se burla del espacio, y sus indivíduos, aunque inmóviles y solos, obran de consuno, cual si tuvieran un alma.

—¿Tienen, por ventura, órganos, nérvios, corazon?—preguntó la mujer cada vez con más regalado asombro.

—Si bien se mira—replicó el génio—encierran el embrion, la sombra, el incipiente esbozo de nuestra organizacion. Su vida es el crepúsculo matinal de nuestra vida. En sus cuerpos se pueden descubrir como los primeros lineamentos de piés y dedos, y venas y otros órganos.

—Me sorprenden tus palabras—exclamó Gina.—¡Quién habia de sospechar en esas estrellas de los campos tanta vida, perfecciones y prodigios tales!

—Esta noche—añadió Pónos—se agitan algo más porque celebran la vuelta de la dulce estacion de los amores.

—Pero, ¿qué hacen tan innumerables indivíduos?. ¿Cuál es la razon de ser de este sinnúmero de familias?

—Todas viven, principalmente, para el trabajo en el amor. Su deber es animar y engalanar la tierra, y sin trabajo y sin amor no hay vida, galas ni hermosura. Por eso, cada familia tiene sus tareas y deberes. Observa si nó cómo esas cándidas flores del preciado lino celebran el nacimiento de sus hermanas, nacidas humildemente en su auxilio, para aumentar las hebras innumerables que formarán despues la blanca túnica. El nardo y el azahar pro-

ducen suaves perfumes; el peral y el guindo frutas; el anís y el comino confortantes; el guisante y la patata harina; remedios la sálvia y el sérpol; consuelos la adormidera; ponzoña la cicuta y el felandrio, y el ranúnculo y acónito, bálsamos convertibles en venenos. Todo para constituir ó conservar la carne. El girasol tiene sus ínfulas de astrónomo; la dionea, conatos de cazador, y el mirto se extasía en la contemplacion del infinito. Aquellas y estas, como ves, trabajan, hacen algo útil, algo bueno, alguna maravilla. Hasta los líquenes pigmeos desagregan las rocas de las montañas para preparar el suelo y dar arraigue y sustento á sus prójimos del valle; hasta los hongos microscópicos se resignan á ser estercoleros y destrizan los cadáveres, á fin de devolver á la estenuada madre tierra, jugos con que alimentar á los vejetales próceres. ¿Sabes ahora qué fuerza misteriosa les da aliento y energía para hermosear los pensiles, embalsamar el ambiente y sostener con sus productos á los demás séres de este mundo?

—¿Cuál?—preguntó Gina asombrada.

—El amor—contestó Pónos.—La flor que no obedece á esta ley fecunda y creadora, es una gala ociosa, un adorno estéril. El loto místico en el rio, las régias flores del maiz de agua en el lago, la palmera del desierto, la madreselva del bosque, el tomillo de la sierra, el tierno lirio del valle, esta con luz de la aurora, aquella entre sombras y tinieblas, todas aman con pasion, todas obedecen á ese afecto que, confundiendo sus almas, les impulsa á trabajar premiándolas con el placer. Entre ellas no existen Seudas preconizadoras de rebeldías y suicidios; entre ellas no hay ambiciosos con el hipócrita

antifaz de una humildad sin objeto, empeñados en enmendar la obra de su Creador.

Gina se quedó profundamente absorta, fluctuando entre encontrados pensamientos.

Pónos la dejó meditar un breve espacio, y para distraerla, prosiguió:

—Repara ahora en una de las escenas infinitas que por todas partes surgen. Escucha: voy á obligarte á seguir con atencion un episodio con sus visos de novela. ¿Ves esa rosa sin par, con ese color en la mejilla, símbolo de pasion, de salud y de hermosura? pues vive tan erguida y tan ufana porque es un cuerpo con dos almas. Ella y el esposo de su corazon se hallan unidos en un solo sér, y mezclan en el mismo cáliz sus deseos y sus esperanzas. A pesar de esto, aquel clavel, de muy distinta familia, se empeña temerario en requerirla de amores. Sin duda el infeliz conoce su insólita temeridad, y por eso tiene el semblante encendido, á la par que con el fuego del amor, con el rubor de la vergüenza. Un muro impenetrable de espinas y de abrojos resguarda al objeto de sus desvaríos; cien dolores, mil peligros le amenazan, y sin embargo, su pasion puede más que peligros y dolores, y osado envia en perfume á la reina de su sér los pedazos de su alma. Repara tambien cómo á pocos pasos del clavel saca entre tallos y briznas la corola una dulcisísima violeta, y vuelve hácia el clavel su hermoso rostro, y en silencio le consagra su pureza, sus ilusiones y su fé. Entre ella y el amador median, como ves, cien pensamientos amigos, los cuales, si se aperciben del frenesí del clavel, ninguno sospecha tan siquiera la apacible adoracion de la violeta humilde. La fiesta sigue, sin embargo, y el vergel se anima

y el bullicio crece. Hazte cargo con cuánta solicitud se acercan todos á la rosa, y rinden párias á su hermosura, y la pagan el tributo de su admiracion, y la proclaman reina del pensil. Aquí tambien la Naturaleza introdujo excepciones que completan la armonía, ejemplos que estudiar para enseñanza de todos. Muchas de estas demostraciones son sinceras y cordiales; pero ¡cuántos afectos ménos nobles no se mezclan con ellas á la par! Porque aquí tambien hay almas infelices que no saben apreciar la valía inestimable de ese amor, con el cual les dotó el cielo. La procaz ortiga (siempre envidiosa de quienes dan dulce fruto, aunque sea su propia hermana la higuera) se goza en herir á todo el mundo, y por eso todos se apartan de ella y huyen. Parece triunfar por un momento cuando la abren ancha calle, mas al fin se la mira relegada en la triste soledad de los lugares hediondos. La vana y ostentosa peonía se figura, nécia, ser rival de la reina del pensil, y mírala cuál se engríe y pavonea, haciendo por ostentar su vistosa hojarasca sin perfume. ¿Mas á qué fin te molesto con mis observaciones?—concluyó diciendo el génio.—Para comprender estos misterios, lo mejor es el silencio, la paz del alma, la sensibilidad. Tú tienes todo esto aquí: medita, Gina, medita.

La mujer nada replicó, siguió agitada y observando. Vió en todas las familias multiplicar al infinito los enlaces; que ninguna flor tenia á pecado amar cuando amaba á su pareja y era su amor casto y puro, y en fin, á fuerza de observar y discurrir, presa de emociones y de dudas, la pobre cayó en una alucinacion calenturienta, y prestó á las flores movilidad, y todo se animó á sus ojos, y las plantas iban y venian.

Entonces se imaginó verlas avanzar en procesion para congratular á la reina de la hermosura. Un amaranto soberbio, amoratado de puro engreido, caminaba á la cabeza de un coro de campanillas rompiendo la marcha al son de una suave é imperceptible música. Grupos alegres de alelíes rodeaban al tulipan y la azucena; las margaritas ensalzaban su candor; los jazmines las requebraban alegres, y el jacinto, y el narciso, confundian en amigo abrazo su regocijo incomparable. La menta y el romero esparcian perfumes por el aire, y á uno y otro lado, á vanguardia y retaguardia, iban hileras de farolillos, los cuales, para iluminar dignamente la carrera, llevaban cada cual en su corola un gusano de luz resplandeciente.

Aquella nunca vista procesion bullia por entre una apiñada muchedumbre, sirviéndola de toldo las anchas copas de los árboles, sus troncos de columnas, de alfombra el fresco y menudo césped. La hiedra se agarraba á los olmos con sus garfios para adornar todo el tránsito; las enredaderas, colgantes de sus zarcillos, formaban graciosísimos festones entre las tobas de la lila, los corimbos del geráneo, las espigas y panochas de otras flores, y estas y mil otras plantas trepaban aquí y allí para asomarse embebecidas por entre la odorífera espesura y ver la fiesta peregrina y aclamarla.

La reina de los verjeles, mientras tanto, recibia los sencillos plácemes, rodeada de su opulenta familia. Protegiéndola del relente de la noche, estaban el manzano, el guindo, el acerolo; á sus piés, y ofreciéndola dulcisísimo tributo, la humilde regalada fresa.

Llegaron unas tras otras las flores más galanas

del jardin, y para cada una tuvo la rosa un halago, ó un perfume. El único desatendido fué el clavel. Entonces, furioso de despecho, el infeliz se arrojó sobre un aguijon agudo, y tornando su carmin en amarillo, dobló el tallo, dejó colgar las hojas, para caer moribundo en los brazos de unos amigos pensamientos.

Un rayo de luna, que atravesó entre dos nubes, vino á caer sobre la pobre violeta. Brilló una lágrima sobre su faz divina, palideció el color de su pequeño cielo y se reclinó sobre el regazo amoroso de la constante siempreviva.

Ante el espectáculo de aquella fatídica trajedia, la sensitiva se replegó y se contrajo, y Gina, sensible como aquella flor, dió, sin poderse reprimir, un grito.

Al oirle las flores, todas volvieron á su inmovilidad, veláronse las escenas, y Pónos la dijo en su tono de costumbre:

—¿Qué es eso, Gina? ¿Qué te ha sucedido?

—No lo sé—contestó ella toda conmovida.—La contemplacion..... estos misterios..... me transportan á otro mundo. ¡Cuán distinto es esto de lo que me enseña Seuda! ¿Dónde está ese valle de lágrimas, esta tierra maldecida con cuya pintura mata mis ensueños, marchita mis ilusiones, apaga mi generoso entusiasmo? Si la perfeccion y la virtud están en el padecimiento y en la fealdad, ¿por qué todo cuanto nos rodea es tan bello y amoroso? Estas escenas me trastornan. Siento que arde de nuevo en mi corazon la llama que un dia me hizo venturosa, y con los nombres de Ántropos y Télia y Andros vibran de nuevo las fibras de mi sér, que Seuda en vano procuró rasgar.

—¡Gina!—exclamó Ántropos todo trémulo y dando un paso para salir de la enramada.

Pónos le contuvo con su báculo; y la mujer, que habia oido aquella voz, continuó:

—¿No lo oyes, Pónos? ¿No has oido su voz? Me llama ¡Pónos! me llama. ¡Ah! yo no puedo más. Esta delectacion, este dulce padecer me dicen la senda que he de seguir. ¡Maldita Seuda! ¡Maldita su letal doctrina! ¡Maldito todo aquel que procure destruir los almos sentimientos de cariño y simpatía! ¡Perdon, Ántropos, perdon por haberte olvidado un solo instante!

—¡Gina!—exclamó de nuevo el hombre sin poderse contener.

Gina se volvió, y comprendiendo á la luz clara de la luna la emocion de su marido, no tuvo fuerza ni aliento, sino para gritar: «¡Ántropos!» y caer anegada en lágrimas de placer sobre el seno de su fiel esposo.

Sosegadas algun tanto las inefables emociones de aquel singular encuentro, los tres actores de la escena nocturna inolvidable, pensaron en lo que harian.

Su determinacion fué pronta: el hombre y la mujer juraron no separarse jamás, y favorecidos por el silencio de la noche, regresaron á su casa, resueltos á arrostrar las consecuencias del atrevido y memorable rapto.

CAPÍTULO XII.

¡Oh, libertad, libertad! ¡Hija del trabajo, hermana de la justicia, madre de la dignidad! ¡Resúmen de todo bien y *fin*, por ende, de todos nuestros afanes! ¡Con cuán sincero entusiasmo entonaria yo aquí tus alabanzas siquiera para desnudarte de esos arlequinescos atavíos, con los cuales disfrazan tu hermosura los mil funámbulos políticos! ¡Cómo te retratan! ¡Cómo te mutilan! El ambicioso te ensalza; el egoista te vende; el escéptico te burla; el déspota te persigue, y el hábil, el cándido ó el torpe te cubren de lunares y de afeites á su antojo, pintando cual meretriz impúdica á la Vírgen celestial, siempre dispuesta á descender del cielo y á ennoblecer la plaza pública ó el hogar doméstico, allí donde se satisfacen plenamente las necesidades legítimas del cuerpo y del espíritu mediante un culto inteligente á lo útil, lo verdadero, lo bello, con las manifestaciones múltiples de una actividad armónica.

¡Ah, quién pudiera establecer tu noble yugo para acabar de una vez con títeres y titereros!

Empero, además del pulso necesario para seguir hasta el fin, se nos viene á la memoria, sin saber cómo ni por qué, aquel consejo de maese Pedro á su aprendiz, cuando D. Gaiferos intentaba libertar á su esposa Melisendra del poder del rey Marsilio: «*no nos metamos en contrapuntos que se suelen quebrar de sotiles*.» Sigamos, pues, el canto llano y concluyamos nuestra historia.

Cuando Ántropos y Gina llegaron á casa del primero, la luz del dia asomaba por Oriente, anunciando uno sereno y apacible.

—¿Es esta tu casa?—preguntó la mujer al penetrar por el artístico vestíbulo.

—Claro está—contestó el marido.—¿De qué te asombras?

—¡Ay, Ántropos!—exclamó la mujer.—¿No he de asombrarme? Al volver los ojos hácia lo pasado contemplo sucesivamente sobre el lienzo sutil de la memoria las cuevas y los troncos de los árboles donde pasamos las primeras noches, nuestras chozas, nuestras tiendas, y la zahurda del pária, y el rancho inmundo del esclavo y las cabañas del siervo. ¡Qué diferencia de todo aquello y esta casa! ¡Qué contraste entre esta casa y mi cláustro! Aquí todo me enamora. Hay en los muebles y en los dijes, en telas y en colgaduras, en la disposicion de las estancias, algo elegante y estético que sin querer me seduce.

—Pues todo ello—replicó Ántropos—es la sencilla manifestacion de nuestro trabajo armónico. En este modestísimo compendio de buen gusto y bienestar se encarnaron mis pensamientos y mis sentimientos, y todo por agradarte. ¡Pues si vieras mi laboratorio!

—¿Tu laboratorio de nigromante y alquimista?—siguió preguntando la mujer.—Me le figuro como antaño.

—Nada de eso—replicó el hombre como herido.—Mi laboratorio de hoy no es el de ayer. Entonces estaba ciego y hoy tengo ojos de cristal para acercarme las estrellas y hacer mundos de la nada. Tengo herramientas ingeniosas para robustecer mi brazo, armas superiores á las de todas las fieras, instrumentos admirables, con cuyo auxilio veo, y oigo, y gusto, y palpo, y nada se me resiste, y sorprendo los arcanos del mundo y la Naturaleza.

—¿Y todo eso para qué?

—Para ensanchar mi razon, afirmar nuestro derecho y conquistar la libertad.

—Pero, ¿estás seguro que esa razon no ha de perderte?—preguntó Gina con visible sobresalto.—¿Y la fé? ¿Qué es la razon sin la fé? ¿Qué vale sin la fé la vida?

—Cesa, cesa en tus temores—exclamó Ántropos con energía.—Voy á la fé por la razon. La fé no es la credulidad: es algo más sólido y sublime. Sin la razon no se comprende la obra, y sin comprender la obra no se puede tener fé, ni sentir entrañablemente amor. ¿No ves lo ya conseguido? ¿No comprendes que es el premio á la obediencia? ¿Prefieres la fealdad del cláustro, ó ver á tu hijo y á mí torturados en la ergástula? Ten, enhorabuena, fé, pero comienza por tenerla en Pónos. Él nos dará la verdadera, sin la cual opino, como tú, que la vida es triste cosa. Adiós, Gina, adiós; voy á triunfar ó morir. Esta casa es tu santuario: si no regreso vencedor, que sea tambien tu tumba.

Los dos esposos se abrazaron, y Ántropos, con

resolucion heróica, salió para hacer un llamamiento general, y prepararse á resistir.

La noticia de la evasion de la mujer habia cundido ya por los ámbitos de la isla. Todo era en ella confusion y movimiento. Aquí los discípulos de Pónos acudian para ofrecer sus personas con su hacienda; allá los paniaguados de la bruja se agitaban en alarma, respirando muerte y esterminio.

Ántropos no se descuidó. Auxiliado por la irresistible vara mágica, levantó torres sobre las alturas con unos artimaños telegráficos, y avisó á su hijo del peligro, y se puso en comunicacion con los obreros de las demás comarcas. En seguida, y utilizando los servicios de los que llegaban sin cesar, resueltos á la pelea, construyó trincheras y reductos, fabricó armas y defensas, acopió polvo negro en abundancia, y transformó huertas y jardines en un extenso é inexpugnable campamento.

Allí llegaban por instantes labradores esquilmados, menestrales harapientos, leguleyos ambiciosos, inválidos de la fortuna, cuantos se veian miserables ó se sentian heridos, las víctimas de la arbitrariedad y los sedientos de justicia. El campamento se llenó, que tales y tan inauditos eran áun entonces los desafueros del gigante y de la bruja.

Entre aquella creciente muchedumbre apareció de pronto Anoya, y apareció perorando. Se habia regazado el manto negro y hablaba á más y mejor de lo sabido y no sabido. Con sus pujos de poeta soltó entusiasta las riendas á su desordenada fantasía, y dijo y se contradijo. Comenzó por ensalzar un idealismo alambicado, de pareja con un pedestre sensualismo, y cuando los corrillos se rieron de sus errores y contradicciones, hizo por fundir las

dos doctrinas en un sincretismo híbrido, ó por espulgar lo mejorcito de ambas para sacar un cómodo eclecticismo. Cuando observó que las gentes se burlaban de su juego, hizo como que inventaba una verdad superior, y proclamó el armonismo; pero no bastando aquel sistema para satisfacer á todo el mundo y dominar las voluntades, se avino á recomendar el misticismo á los pacatos, y á los valientes el escepticismo (1). ¡Lo que ella alambicó su dialéctica! ¡Lo que ella aguzó el ingénio! Consérvanse en Gé sus peroratas, y en opinion de los más doctos, no hubo en la isla un solo error que Anoya no defendiera bravamente.

Por su parte Seuda no se descuidaba. Al saber lo sucedido durante la famosa noche, se trasladó al palacio de Dinamion, y le habló en los términos siguientes:

—Ya lo ves, Señor. Tu alianza con el obrero da sus frutos. Unido con la mujer nos insulta y desafía. Vuelve en tí y acaben nuestras discordias. Pues te declaraste amo y protector, no has de negarme tu amparo. Defiende la autoridad. Defiende el órden.

—Eso haré yo de buen grado—contestó el gigante—mas no te disimulo mis temores: desde la invencion del polvo negro, esos pigmeos son casi tan gigantes como yo. Veamos de contemporizar. ¿Dónde está Anoya?

—¡Ah, Señor! ¿Dónde ha de estar?—exclamó Seuda enfurecida.—Con los villanos rebeldes. La infame nos abandona porque tiene la ambicion de anularme para sustituirme.

---

(1) Compendio de todo ciclo de filosofía en ciernes hasta producir un criticismo nuevo, que es como la obra útil de algun Antropos.

—Pues no sé si sentirlo ó celebrarlo—contestó Dinamion sin inmutarse.—Como la dejen hablar, antes de transcurrir una semana ni se avienen ni se entienden por allá. Es capaz de aturdir al mismo Pónos. De cualquier modo conviene contemporizar. ¿Qué te sugiere tu ingénio?

—El ingénio nada vale, nada significa, pues no hay manera de entenderse con gente soez y descreida. La fuerza, Dinamion, la fuerza. Reune tus huestes sin tardanza. En la tardanza está el peligro.

—Sea—concluyó diciendo Dinamion.—Cumpliré con mi deber, y venga lo que viniere.

Acto contínuo Dinamion vistió sus mejores armas, y despachó en todas direcciones á sus más fieles emisarios para convocar á los amigos. Muy pocos dias despues se dirigia al campamento de Ántropos, á la cabeza de un ejército lucido y aguerrido.

Nuestro hombre no habia perdido el tiempo, y se encontraba en condiciones de defensa. Deseaba, sin embargo, parlamentar para tratar.

Cuando las atalayas anunciaron la proximidad del ejército enemigo, Ántropos se adelantó hasta las mismas avanzadas. Pocos momentos despues el obrero y el gigante se encontraron frente á frente.

—Ríndete—gritó el guerrero.

—Escucha—contestó Ántropos.

—Dinamion hizo alto, y Ántropos habló de esta manera:

—Insigne Dinamion: tu antiguo esclavo, tu siervo despues, tu vasallo hoy, se atreve á exponer á tu generosidad sus servicios y sus aspiraciones. Yo he sabido hartar vuestra hambre, vestir vuestra desnudez, colmaros de riqueza, saciaros de placeres, crear el arte y la ciencia. He sudado dia y noche

para dar á todos bienestar, saber, costumbres, y para ello atravesé bosques y desiertos, corrí borrascas en los mares, domestiqué á los brutos, reduje á la obediencia á mónstruos, sufrí dolor y amargura, inventé ingeniosos artificios, realicé maravillas, y trabajé, en suma, sin descanso, mientras vosotros mandabais. Soy fuerte, podria destruir la isla, y sin embargo, estoy dispuesto, como siempre, á trabajar. Ni me pesará la obediencia en la justicia, ni pretendo negaros vuestros fueros. Por la fuerza misma de las cosas premiaste alguna vez mi inteligencia: respeta y premia mis afectos. Gina es hueso de mis huesos, carne de mis carnes; mis hijos son la parte más cara de mí mismo; mi hogar es mio y debe ser inviolable. ¿Será mucho pedirte, por ventura, que Gina piense como yo, sienta conmigo, y dentro del santuario de mi casa me sostenga y me conforte?

—Pero, ¿qué quieres? ¿qué me pides?—interrumpió Dinamion visiblemente conmovido con aquellas verdades evidentes.

—Una justa participacion en el gobierno de la isla.

—¡Cómo! ¿para qué?

—Para ser alguien, siquiera sea ciudadano, para tener voz y voto siempre y cuando se tratare de lo mio y de los mios.

—¡Ira de gigante!—exclamó Dinamion impaciente é iracundo.—¡A mí condiciones!

—Reclamo simplemente mis derechos.

—¿Y osas hablarme de derechos? ¿Vienes á discutir mi autoridad? A rendirte, y acabemos.

Y volviéndose á sus huestes, añadió:

—¡Avante! ¡avante! amigos mios. Démos cuenta con el fuego y el acero de esa cobarde canalla.

—Adelante, si os atreveis—gritó Ántropos impávido.—Pereceremos todos juntos. El campo se halla minado y lleno de polvo negro. Voy á arrojaros mi guante.

Y haciendo una señal á los del campamento, oyose una explosion horrísona, y dos bultos se elevaron por el aire, y le atravesaron como proyectiles y cayeron á los piés de Dinamion. Eran dos cabezas de gigantes reyes con sus coronas y todo (1).

Dinamion y sus soldados clavaron sin querer los ojos en aquellos dos trofeos espantables, y se sintieron helados de terror á la vista del prodigio. Tan primorosamente remedadas estaban aquellas dos cabezas, que el caudillo se llevó entrambas manos á la suya, para ver si la tenia aún sobre los hombros.

Estáticos se hallaban los agresores todavía, cuando se oyó una música marcial y ruido de atambores y trompetas. Los soldados de Dinamion volvieron la vista con espanto, y vieron asomar por las colinas del Norte las banderas de escuadrones numerosos.

Eran Andros y los suyos que acudian valerosos en socorro de su maestro y de su padre.

Aquel alarde guerrero acabó de amedrentar á los que ya no confiaban tanto en su perfecto derecho y en un fácil é inmediato triunfo; pero estaba escrito que no habian de concluir allí las sorpresas y los sustos de aquella famosísima campaña: al desplegar Andros algunas de sus fuerzas para proteger la entrada del grueso de sus tropas en el campamento, se oscureció la luz del sol, y bandadas de biblos vo-

(1) Cárlos I de Inglaterra.—Luis XVI de Francia.

ladores cruzaron el espacio rápidos agitando sus mil alas sobre las cabezas de los enemigos, y rozando, casi casi, sus penachos (1).

Los soldados de Dinamion, alarmados y aturdidos, siguieron maquinalmente los movimientos de los biblos con los ojos, y al hacerlo así, escucharon amenazas y denuestos, y su terror se trocó en pánico, y se arremolinaron como ovejas, y volvieron las espaldas en tumulto, y sin que nada pudiera contenerles, en espantoso tropel se desbandaron.

Como cuando tras frios y rigores azota el aquilon con sus bramidos las hojas incoloras del robusto roble, y la seroja cubre el verde prado arrebatada en raudo torbellino, y llega tumultuaria á la llanura, y allí se disemina, se esparce, se divide, y las hojas vuelan cual si tuviesen alas, y ya corren sobre el suelo, ya se detienen rehilando ante un estorbo, ya las arranca el vendabal y saltan hácia adelante; así duendes, soldados, capitanes, se desgajaron del lado del guerrero, lanzáronse medrosos hácia atrás, y corrieron desordenados por los campos, y aquí y allí formaban grupos para deshacerlos á la desbandada, y unos iban delante por ligeros, y otros ménos veloces se paraban trémulos, y todos saltaban y corrian para dejar á su Señor como el roble en el invierno, desnudo, desamparado, solo.

La prudencia y la temeridad tienen, como es sabido, sus imperios adjuntos y limítrofes. Si el valor traspasa los aledaños de la primera, se entra forzosamente en la jurisdiccion de la segunda. Por esto, sin duda, detuvo Dinamion el paso, y repri-

---

(1) Desarrollo de la imprenta y su influencia en el siglo XVIII.

mió prudentemente sus tremendas incontrastables iras. Una sonrisa de desprecio se asomó á sus lábios al ver huir á su gente, y volviéndose con majestad hácia el presunto ciudadano, le dijo con reposado acento:

—¡Me dejan solo despues de traerme aquí! ¡Ah! Veo por fin lo que es la fuerza. Escarmienta en mí y aprende. Jamás desconocí tus servicios, y ahora los aprecio más que nunca. Desde hoy nos entenderemos. Sepa yo tus pretensiones; espon tus agravios; formula tus aspiraciones en debida forma. Discutiremos el asunto, y en justicia se resolverá. Quiero oir á todos, y á todos atenderé. Voy á convencer á mi consejera, y pronto se os citará solemnemente á un ayuntamiento general, á fin de deliberar en soberana Asamblea.

El guerrero se alejó y Ántropos penetró en el campamento. Deseaba estrechar al hijo sobre su corazon.

Cuando dió por fin con Andros, le encontró al lado de Pónos, en compañía de un doncel vestido con un traje por todo extremo extravagante. Despues de haber abrazado al hijo con efusion inefable y de haberle preguntado por Alecia, el doncel se adelantó abriéndole tambien sus brazos.

— ¿Quién eres? — le preguntó nuestro hombre, cuando le hubo estrechado entre los suyos.

—¡Cómo!—contestó el doncel.—¿Desconoces á tu hija?.

—¡Mi hija! ¡Télia? ¿Qué dices? ¿En ese traje? ¿Con ese continente? ¿Qué significa? ¿Qué pretendes?—preguntó Ántropos perplejo.

—Pretendo ser igual al hombre, y lo seré. ¿No tengo un cuerpo semejante, tantos sentidos como

él y no ménos corazon, ni ménos inteligencia? He escarmentado en cabeza de mi madre. Su humildad, su mansedumbre, siempre la perjudicaron. Reclamo mis derechos desde ahora, y renuncio á los antiguos mezquinos privilegios de mujer.

Al oir Ántropos á Télia no supo qué contestar y se volvió con el semblante demudado á Pónos.

Por primera vez en toda su larga vida vió rodar de los ojos del buen génio dos enormes lagrimones.

Comprendiendo, sin embargo, el gesto de su protejido, Pónos hizo por dominar su emocion y les habló como sigue:

—Vanos serian vuestros triunfos si eso que pretende Télia pudiera llegar á ser. ¿Dónde estaria la familia y dónde la felicidad? Apenas os sonrie la fortuna y ya conspirais dementes contra nuestra obra. Siempre, siempre imprevisores. Tienes, Télia, tu puesto en la comedia de la vida, ni despreciable ni humilde, y si te empeñases en renunciar al dulce imperio de bondad, de amor y de hermosura, faltaria el equilibrio, y el alcázar de la dicha—fundado sobre emociones—se convertiria en feo cáos. ¡Lindo resultado de mi cariño y mis afanes, si la mujer—dechado de ternura—se pudiese transfigurar en mónstruo repugnante é híbrido! Abandona ese ridículo disfraz; oye la voz de tu madre. Ella te repetirá mis paternales consejos de otros dias y te dirá lo mucho que sacrificas al aspirar á un imposible.

—¡Fuerte cosa es, sin embargo—replicó Télia resistiendo—que el hombre, por ser más fuerte, abuse de su superioridad, y nos niegue iguales derechos, idénticas prerogativas!

—Tú lo dices y te contradices—insistió Pónos.—Si él es más fuerte ya no sois iguales, y en esta isla

el más fuerte domina al flaco á la postre. Yo no sé si al afeminarse el hombre con el tiempo y al robustecerse el espíritu de la mujer, ocuparán socialmente el mismo nivel los sexos, pero áun así y todo, te aseguro que jamás serán iguales, y que toda bestial promiscuidad se pagará con vuestra dicha.

Télia no dió señal de convencerse, pero se alejó sin replicar para abrazar á su madre.

Desde aquella escena inesperada, Ántropos se dedicó á poner órden en el campamento, y á la verdad que lo habia menester, pues apenas se vieron libres de enemigos, cada cual se creyó con medios para rehacer la isla, y todos dieron en proponer y proclamar sistemas tan sencillos como peregrinos para ser libres y dichosos. Hubo quien, mediante un simple pacto social, convertia á los habitantes todos en hombres justos y benéficos; hubo quienes con unos cuantos decretos primorosamente redactados, garantizaba la paz y la abundancia; hubo quien al parir constituciones á granel, se figuró poder amoldar á su capricho las constituciones naturales de los hombres y los séres. Anoya, con sus filósofos, metian la hoz en todo, y todo lo enmendaban y arreglaban, metafísicamente por supuesto, y por supuesto en sus molleras; los indoctos y los artesanos buscaban *prácticamente* libertad, justicia y pan en la igualdad de la miseria, el comunismo de la holganza y el derecho del despojo.

Aquello amenazaba ser una gran casa de orates.

En la de los esquilmadores no era menor el bullicio, si bien en ella se tolerasen é imperasen dos únicos pareceres. El cuadro era digno de un boceto, y, sin embargo, nosotros no apuraremos la paciencia del lector refiriendo minuciosamente la lucha

de Dinamion con casi todos los suyos, la repugnancia de la bruja á discutir con los rebeldes, sus argumentos y amenazas, ó los expedientes y evasivas propuestos por los duendes y los trasgos para eludir el compromiso. El guerrero se mantuvo firme. Su buen sentido y su experiencia le decian cuán inútil era resistir, y un sentimiento de dignidad, en él innato, cubria su rostro de rubor á la sola idea de faltar villanamente á su palabra. Concluyó, pues, por mandar en ademan imperativo, y publicóse la convocatoria. La Asamblea habia de tener lugar en casa de Dinamion, y á ella podrian asistir, con voz y voto, cuantos se creyesen con derecho á reclamar ó tuviesen algun plan de gobierno que exponer.

Mientras llegaba el dia señalado, Seuda—fiel á su máxima eterna de «divide y vencerás»—aprovechó los instantes en atizar la discordia; Dinamion dispuso lo necesario para el acto, manifestó menosprecio á sus adictos pusilánimes, y mandó, cortés, salvo-conductos para Ántropos, y Andros, y sus amigos, y Anoya; Pónos procuró instruir á sus discípulos haciéndoles comprender la importancia y trascendencia de la pacífica lid; se arreglaron de comun acuerdo los preliminares; se discutieron los programas, salvando cada cual en lo posible su vanidad ó su amor propio, y en estos dimes y diretes transcurrió el plazo por fin, y al amanecer una mañana (por cierto hermosa aunque ardorosa) bullia un gentío inmenso en derredor del palacio del gigante, mientras los elegidos y adalides invadian su salon más grande y más principal.

Allí se celebraba la Asamblea.

CAPÍTULO XIII.

Era el salon verdaderamente régio. Cerrado por altos y calados muros, tenia techumbre de hierro y de cristal, y la luz penetraba por arriba á través de claraboyas de una opacidad anacarada como el ópalo, para iluminar en suave difusion molduras y medallones, intercolumnios y hornacinas, bajo relieves y estátuas, cuadros murales y frescos, con otra innumerable copia de galas y de prodigios, que muy artísticamente le embellecian y exornaban.

En uno de los testeros habíase colocado un como trono colosal con su sillon y su dosel, desde el cual se dominaba al auditorio, y enfrente, y formando anfiteatro, veíanse algunos centenares de cómodos asientos, dispuestos en forma de herradura con simetría perfecta. Sobre estos asientos se precipitaron los próceres y los plebeyos de la isla, deseosos de tomar parte en la nueva é interesante lid.

Calmada la primera inevitable confusion, cada cual se colocó en derredor de su maestro ó de su jefe, conforme á sus personales gustos, aspiraciones ó intereses, diferenciándose así y por atraccion

de ideas ó sentimientos tres grupos, fáciles de deslindar. Seuda ocupó la derecha con sus devotos y acólitos; Anoya, yéndose al extremo opuesto, se arrellanó en un asiento de la izquierda, rodeada por sus doctores; Ántropos, seguido por una muchedumbre de obreros de todas clases y categorías, hubo de ocupar el centro, siendo de notar que Ándros, con su inseparable biblo bajo el brazo, si bien se puso al lado de su padre, lo hizo inclinándose hácia Seuda.

Ordenadas así las banderías, y repleto el salon de bote en bote, entró el gigante con púrpura y corona, y ascendió majestuoso algunas gradas para ocupar la presidencia. Sus capitanes, con las armas medio ocultas, le acompañaban en pós, y se formáron de pié sobre la gradería con gentil marcial talante.

Mientras esto sucedia, y los grupos y subgrupos se formaban, los próceres entendidos en el ritual ceremonioso de prácticas cancillerescas, señalaban á duendes, trasgos y empleados sus puestos y sus cometidos. Egos y Alazona fueron nombrados secretarios; Fobo, Ratimia, Filoctesia, porteros-correveidiles; Pónos se vió rogado para hacer las veces de ugier detrás del sillon presidencial; á Fanta se la negó la entrada, aunque ella se coló por una claraboya, y en fin, para satisfacer el deseo general de eternizar aquella discusion, Ántropos proporcionó varios taquígrafos aleccionados por él, y de una habilidad pasmosa, quienes representaban con signos rápidos y breves la palabra de los oradores, y dejaban estampadas de un modo fiel é indeleble las oraciones prolijas de los habladores más verbosos ó facundos.

Inútil parécenos decir que fijando los ojos en aquellos signos se *oian* las oraciones de nuevo, cual si de nuevo se dijeran.

—¡Señores!—dijo Dinamion cuando acallaron los murmullos.—La confusion crece en la isla, y tiempo es ya de restablecer el órden. Cansado de herir y batallar, viendo que nadie se entiende en esta Babel de pareceres y recetas, os he convocado aquí para oiros é ilustrarnos mútuamente, á fin de determinar en paz y gracia de Dios el mejor sistema de gobierno. Lo confieso: estoy mareado. No sé quién tiene razon. Esponga cada cual los resultados de sus meditaciones, los frutos de su experiencia, y aquí estoy yo para hacer que se cumpla la justicia, y que el derecho se respete. Como cuestion prévia, sin embargo, conviene determinar los peligros ó ventajas de la libertad de Alecia. No puede continuar siendo prisionera de Andros. ¿La entregaremos á su padre?

Gritos de «sí», «no», «¡muera Alecia!» y «¡viva Alecia!» atronaron las galerías y artesonados de la sala.

—Que viva ó que muera—continuó Dinamion—tanto monta para mí lo uno como lo otro. Ni me enamora ni la temo. Dicen que su velo mermó tanto con los últimos triunfos del obrero, que dentro de breves dias se la han de ver entrambos ojos. Sin discusion, pues, y en votacion ordinaria decidiremos este punto. Quienes deseen ver la cara á la hasta aquí encantada hija de Pónos, permanecerán sentados; los que opinen por tapársela si posible fuere, pónganse de pié y díganlo bravamente.

—Pido la palabra—gritó Seuda.

—No hay palabra—interrumpió el gigante.—El

punto está suficientemente discutido. Basta votar para conocer la opinion de la mayoría. Lo dicho, dicho, señores. Quienes se queden sentados dicen *sí:* los que se levanten dicen *no.*

Al oir aquel mandato Ántropos, Andros, con sus amigos y parciales, se arrellanaron más aún, los indolentes permanecieron sin moverse, los tímidos se encogieron, los listos hicieron por escurrirse, y Seuda pudo advertir la inmensa minoría en que se hallaba. Ella y media docena más se levantaron con valor y se comieron las uñas.

Demostrada así la general curiosidad por ver la cara de Alecia, Dinamion volvió á usar de la palabra, y dijo:

—Alecia será puesta en libertad y de ella cuidará su padre. Esponga ahora cada cual sus ideales y busquemos el mejor acierto.

—¡Viva la libertad!—exclamó Seuda.—Pido la palabra para una cuestion de órden. ¡Carísimos hermanos mios! ¿Con qué derecho asisten Ántropos, Andros y los suyos á discutir con nosotros?

—Con el derecho de mi voluntad—vociferó el gigante.—Así lo quiero, así lo mando. ¡Voto á tal!

Y Dinamion descargó sobre su mesa tan enórme puñetazo, que Seuda se desplomó en su silla cual si la hubiesen tronchado entrambas piernas.

—He venido aquí—continuó Dinamion—para escuchar á todo el mundo. Ya nadie tendrá razon poniendo á los demás mordaza. Diga mi antigua consejera cuanto guste, pero oiga á su vez tambien cuanto dijeren los demás. En este punto estoy con Andros. Se hace preciso el libre exámen.

—Pues bien, Señor—volvió á decir la bruja poniéndose de nuevo en pié.—Respeto á más no poder

la decision de la Asamblea; pero séame permitido protestar, ya que otra cosa no puedo. Y dicho esto, para tener donde agarrarme, entro de lleno en la cuestion. ¡Felices tiempos aquellos en que las ovejas, obedeciendo á sus pastores, sólo se cuidaban de pastar, sin correr con frenesí tras pecaminosas novedades! ¡Felices dias cuando Alecia, allá en el fondo de un pozo, permanecia encantada debajo de impenetrable velo, sin turbar la paz de los espíritus! ¡Ay! ¿cuándo, cuándo volverán? Acordáos, hermanos, de mi historia, y recordad mis servicios. Membráos de aquella calma, en cuyo blando regazo todos y todo dormian. ¡No sentir, no pensar, tener fé ciega, y á falta de mendrugos, pocos y negros y amargos, hartarse del pan del alma! Entonces nadie envidiaba, y todo era virtud, resignacion, obediencia. Comparad aquel estado de gracia en este valle de lágrimas, con el desenfreno de hoy, con el abismo hácia el cual corremos, con el triunfo del demonio. ¡Todos se hartan, todos piensan, todos sienten! ¿Quién ha de gobernar y dirigir en vista de semejante anarquía? Sólo quien sepa reprimir. Ahora bien: ¿quién sabe anonadar voluntades, comprimir conciencias, establecer el órden como yo? Las cosas de aquí abajo son miseria y podredumbre; las de arriba son las únicas dignas de ambicionarse y alcanzarse; mas para alcanzarlas es forzoso conocerlas, y en eso de conocer el camino de lo alto, nadie me puede disputar la palma. No os empeñeis en combatir la obra perdurable de los siglos, contra la cual nada ni nadie prevalecerá. No os obstineis con satánica soberbia en alcanzar aquí la dicha y la virtud para lastar despues eternamente el crímen de haber obedecido á naturales, pero réprobos im-

pulsos. Sacrificadme todo aquí, y yo os prometo todo allá. ¡Atrás los impíos, sacrílegos y heréticos! Os conjuro á meditar, y á estremeceros os conjuro. Os va en ello la salvacion y la gloria. En nombre de objetos tan sagrados, reclamo la direccion incondicional é irresponsable, debida á mi sabiduría ingénita y á mi gracia suficiente.

Seuda se sentó en medio de los aplausos de los suyos, y como picada por la víbora, Anoya se puso en pié toda trémula de rábia, aunque con ademan grave y reposado en apariencia.

—¡Señores!—comenzó diciendo.—Si la razon es maldita, lo será tambien la de mi augusta maestra; si la mia es obra del demonio, la suya es igualmente demoniaca, pues no sé que su razon sea (en esencia) distinta de la de todos. Pero nos habla de la fé. ¡Misterios caliginosos siempre! ¡Casuística de filigrana! ¡Señores! ¡Paso al sentido comun! Vengamos concretamente á la cuestion. Nuestra antigua veneranda directriz, proclama su supremacía é invoca en su defensa sus servicios. ¡Ah! ¡Señores! Si á esto fuéramos..... ¿qué hubiera sido sin mí? Mi modestia inmensurable, mi delicadeza colosal, me vedan seguirla cual pudiera en viajes retrospectivos, y además no se trata de ayer, sino de mañana; no del cielo, sino de la tierra; no de la devocion, sino de la obligacion. Niégasenos la facultad de pensar, y sin embargo, pienso, luego existo. Sí: yo me atrevo mediante un procedimiento dubitativo deductivo á sacar de esta mollera, no digo ya el mejor de los gobiernos, sino hasta el modo de hacer mundos. Yo me atrevo á enmendar y aderezar todos los existentes, dejándolos nuevecitos. ¡Niégase virtualidad á la razon increa-

da! ¿Y el imperativo categórico? No, y mil veces no. Jamás nuestra inteligencia, por intuicion fenomenal tendrá conocimiento del noumeno, y sin embargo en, con, por, sobre y mediante la forma dialéctica conoce que no conoce, relaciona y amalgama lo positivo y lo ideal, é invencible é inmanente con sus categorías racionales, por modo fatal ó necesario, pone y da condicionalidad contingente ó absoluta á lo objetivo y subjetivo, para determinar el yo. Demostradas por tan sencilla manera la armonía preestablecida entre lo real y lo ideal, la unidad de la sustancia y la razon suficiente, todo se integra en el yo, porque el yo, poniéndose á sí mismo y existiendo en virtud de simple accion virtualmente religada con el universo mundo, es agente y es producto, es huevo fecundo y fecundado, de él sale y fluye, y se objetiva el objeto y el sugeto, el tiempo, el espacio, el cósmos; y así como el ser encierra al ser con todos sus atributos, y la esencia no se da distinta, y por eso ser y esencia son las dos categorías más elevadas de lo cognoscible, el yo es el yo, y lo que no es yo, es no yo. ¿Puede darse demostracion más clara y evidente de quién merece gobernar? Si el yo es eje, núcleo, fuente, sávia, móvil, jugo, esencia..... yo soy la llamada á regenerar la isla, iluminar los cerebros (áun á riesgo de derretirlos con mi luz), determinar lo relativo y lo absoluto, y deducir de racional doméstico aforismo, las formas concomitantes de gobierno. Reclamo, pues, el de la isla como debido á mi suprema inteligencia.

La bruja habia estado revolviéndose en su asiento cual si estuviera sobre áscuas, y sin ser dueña á contener su indignacion dió un brinco, y gritó con voz chillona:

—¿Habeis oido en toda vuestra vida mayor cúmulo, ni más impío, de dislates? ¿Gobiérnase la tierra, por ventura, zurciendo en laberíntica maraña vocablos incomprensibles, convencionales ó bárbaros? Ahí teneis la obra del demonio. Ahí teneis á donde conduce la razon. Entregad el gobierno á esa sacrílega, y el velo se rasgará y el sol negará su luz, y la isla se hará polvo. ¡Oh baldon! ¡Oh impiedad! ¡Oh sacrilegio!

—La impía y la sacrílega es ella—vociferó Anoya con toda la fuerza de sus robustos pulmones.—¡Embaucadora! ¡Hierofanta!

Exasperados por aquellos insultos los poco sufridos devotos de la bruja, alzaron el grito con las garras amenazando á los de enfrente. Pero los doctores no se sintieron dispuestos á dejarse amedrentar, y terciándose las togas devolvieron denuesto por denuesto, grito por grito y amenaza por amenaza.

La confusion era espantosa. Dinamion no lograba hacerse oir, y los dos grupos, avanzando uno hácia el otro, se encontraban á muy pocos pasos y afilaban las uñas para arañarse ó destrizarse, cuando el Presidente hizo señal á sus guardias, y estos, arrojándose en medio de los enemigos y poniéndoles la espada al pecho, les contuvieron é hicieron retroceder. Y sin embargo, al través de aquella valla de acero, los secuaces de la bruja y de su antigua criada, siguieron largo rato calumniándose.

En medio del desórden y tumulto, Dinamion se volvió á Pónos y le dijo:

—Admírame el ódio de estas dos. ¿Cuál puede ser su orígen y su causa? ¡Antaño tan amigas, y ogaño tan enemigas!

—Se ódian—contestó el génio—como se ódian los del mismo oficio. Ambas pretenden imponerse haciéndonos creer que saben lo que no saben; ambas pretenden sacar la suma ciencia de sí, soñando ó imaginando para embobar la esperanza ó lisonjear la soberbia, y como ninguna atiende á mis lecciones y menosprecia lo positivo y lo real, se nutren, como todos los poetas, de vanidad y amor propio. Justo es, no obstante, confesar, que los poemas de Seuda suelen ser grandiosos y sublimes, como expresion que son de sublimes sentimientos; pero hasta aquí los de Anoya constituyen una poesía gárrula y un tanto cuanto indigesta.

—Lo voy entendiendo—dijo entonces el gigante.—Tendremos á las dos á raya, porque si la una nos quiere convertir en bobos, la otra pudiera volvernos locos. Oigamos las razones de tu protegido.

Concedida la palabra al hombre, púsose en pié conmovido y hasta tembloroso, y dijo poco más ó ménos lo siguiente:

—¡Ilustres señores y nobilísimos próceres! Antes de hablar de mis hazañas, permitidme daros gracias por vuestra valiosísima cooperacion. Grandes fueron los servicios del insigne Pónos, poderosa la virtud de su maravillosa vara mágica, constante y eficaz el aguijon de mis necesidades; pero ¿qué hubiera mi familia adelantado sin la autoridad disciplinaria del heróico guerrero, sin las esperanzas y las amenazas de la ingeniosa consejera, sin el prurito de Anoya la elocuente, por dar sentido y expresion á mis trabajos, dotándome sin querer con los medios de decir mi pensamiento, de dar forma á la ilusion, de exponer mi voluntad con palabra fácil y galana? A todos debo y á todos os doy las

gracias. He sido el instrumento del progreso, el ostensible ejecutor de toda obra; mas al reconocerme instrumento impulsado por tantas y tan nobles fuerzas, considero deber mio mostraros mi gratitud, aunque necesariamente hayais puesto sobre mí la mano. Recibid, pues, la expresion de mi reconocimiento, pero no os empeñeis en creeros irreemplazables amos y señores, en desconfiar de Pónos, ni en esquilmarme eternamente. Fuimos antaño los llamados; hoy somos los elegidos. La hora de la justicia se acerca, y en vano, en vano luchareis. Porque el mundo marcha y la bondad se realiza. Todo, absolutamente todo lo existente, lo útil, lo verdadero, lo bello, nace en una cuna humilde, y para tomar cuerpo ó apariencia, necesita crecer por ápices, adaptarse al medio ambiente, buscar en él sustancia y atributos, transfigurarse lentamente, y luchar á cada instante en agitacion vertiginosa y protéica. Así, y sólo así, germina la simiente en el misterio, rasga la oscuridad de la materia en busca de aire y de luz, bebe arriba y bebe abajo, é ingertándose en su tronco gérmenes múltiples de vida, llega á ofrecer con el tiempo ramas infinitas y frondosas, flores delicadas y fragantes, frutos sazonados y exquisitos. Del propio modo nace y crece todo cuanto existe, lo terrenal y lo sublime, la verdad y la belleza, el órden y sucesion de los séres. Siempre es el último sér, superior por complicado; siempre resume el postrero la copia innúmera de fenómenos, complejidades y atributos de todos sus progenitores. La evolucion es ley del mundo. ¿Puede abarcar vuestra inteligencia de una vez, en grande compendiosa síntesis, los millares de millones de datos y circunstancias para

explicar mi razon (último término de la inacabable série), y decir lo que es en sí? Acabad, pues, y ayudadme. Entendámonos para desencantar á Alecia, y libre ella, nos dirá algo de eso que pretendemos saber. Os he dado bienestar, hechos positivos para discurrir, carne y tejidos y huesos para informar las ideas, euritmia y armonía y número, para afinar y ennoblecer al sentimiento: no rechaceis vuestra dicha porque va unida á la mia, y cooperemos todos sumisos y diligentes á la terminacion de la grande obra. Cuide el fuerte de nuestra seguridad, para realizar el derecho; procure el inteligente sintetizar nuestros descubrimientos en buena y sana doctrina, ó en aforismos lacónicos; dé el sensible al ideal forma de hermosura plástica, para retemplar nuestro entusiasmo ó nuestra fé; pero convengamos—pues nada existe inmutable y la vida es movimiento—en dejar en libertad todas y cualesquiera manifestaciones, y en tratarnos mútuamente, no con precisa igualdad, absurda por absoluta, sino en justicia, y unidos por un sentimiento de fraternidad. Tratándose del gobierno, resultante final ó poco ménos de nuestros esfuerzos múltiples, Pónos es su creador: aprovechemos sus lecciones en beneficio comun.

Aquí llegaba el buen Ántropos en su oracion famosísima, cuando de su grupo mismo surgieron voces y murmullos.

—¿Qué es eso?—preguntó el gigante.—Si alguien no estuviere conforme con su jefe, dígalo claro, pero dígalo comedidamente.

Varios de los discípulos de Ántropos se levantaron á la vez, y á la vez hablaron todos, produciendo confusion extraordinaria. La sumision incondi-

cional á Pónos iba siendo pesada, por lo visto, para los impacientes ó indolentes, y en todas partes los hay.

—¡Libertad, igualdad, fraternidad! eso sí—gritaba uno con ademan irreverente—pero nada de ideales. Si me dais el mundo, os regalo el cielo.

—Me rio de ciencias y filosofías—exclamaba otro exagerando un poco más.—¡Viva la práctica! Quienes sudan como bestias, esos deben ser los amos.

—¡Muera el capital! ¡Viva el trabajo!—vociferaba un tercero, despeñándose en el abismo de lo absurdo.—Las máquinas, los talleres, la riqueza toda es nuestra. Que los ricos nos sirvan y trabajen. ¡Viva la igualdad!

—¡Liquidacion!—rugia un cuarto energúmeno.—La sociedad debe mantener á todos, y que trabaje el que quiera. ¡Muera la propiedad! ¡Muera ese robo!

El tumulto iba creciendo, y Dinamion se vió obligado á intervenir.

—¡Silencio!—gritó desde su trono.—Al primero que rechiste se le corta la cabeza por vía de amonestacion. ¿Pretendeis decidir esas cuestiones con la fuerza y por la fuerza? Pues aquí estoy todavía para haceros trizas y jigote. Con estas amigables advertencias, haya paz, y siga la discusion.

—Ahí tienes ¡oh Señor fuerte y delicioso! las consecuencias de discutir con la gentualla—comenzó diciendo Seuda con intencion y con uncion, además de una punta de ironía.—Ni quieren ideales, ni siquiera ciencia. Les basta con el instinto del bruto. ¿Cómo no han de rechazar mis eternos é inmutables dogmas? ¿Cómo podrán reconocer mi ciencia infusa é infalible? ¿Y qué otra cosa pueden dar de sí esas vitandas teorías de Ántropos y ese progreso

evolutivo? ¿No lo ves? ¿No te se mete por los ojos? El gobierno debe fundarse en la inmovilidad, pues la verdad es inmutable. Tu favorito predica la movilidad, erige la mudanza en dogma, luego está en error (1), y de consiguiente nos conduce al mismo infierno. ¿Seguirás ablandándote y oyendo? ¿Te apiadarás de ellos despues de haberlos oido? ¡Ellos! que de propia voluntad se identifican con la bajeza y la barbárie de la materia vil?

Al escuchar tamañas acusaciones, insultos tan despiadados, uno de los amigos de Ántropos, colocado hácia la izquierda y á inmediacion de los filósofos, no pudo contener su indignacion y se lanzó á contestar. Era del subgrupo de los sentimentales, pero habia seguido á Ántropos y sus discípulos, reconociendo la bondad y trascendencia de sus obras. Con ademan endiosado, pero con fuego y elocuencia, dijo:

—¡Que no tenemos ideales? ¿Quién sino Seuda se atreverá á decirlo? Quizás no tengamos ideales, pero tenemos ideal, y para afirmarle de una vez por el único camino abierto á nuestra razon, trabajamos como buenos. ¿Qué importan los medios empleados por el Grande Encantador para realizar sus creaciones? ¿Quiénes sois vosotros para determinarlos y juzgarlos? Cualquier camino es llano para Él aunque parezca cerrado para nosotros, criaturas finitas de un instante. Escuchad sinó, escuchad mis impresiones de hoy—quizás vuestras creencias de mañana:

Nosotros dejamos á los átomos que corran por la sávia, por la sangre, que bajen á los callosos piés

(1) Argumento de Bossuet, repetido por Balmes y otros.

del leñador, que suban á la luminosa cabeza del filósofo, pero con ello no atentamos á nuestra personalidad, no nos confundimos con el comunismo bárbaro de la materia. Hemos llegado á comprender nuestro estrecho parentesco con todas las cosas creadas, pero comprendemos tambien nuestro estrecho parentesco con todas las cosas increadas. Yo he sido luz, calor, gas, en el viaje aereolítico ó cometario de mi planeta durante su fluidez primera, al desprenderse como un rubio cabello de la guedeja del sol; yo he sentido que mis carnes se condensaban en la levadura de la primera condensacion de la tierra; yo encuentro las raices profundísimas de mi cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra que señalan en lápidas inmortales y epígrafes indelebles la carrera triunfal del organismo; yo he crecido con el zoófito, y me he bañado con las algas y las esponjas en los mares sin fondo; yo me he arrastrado con el frio del reptil por la tierra despues de haber sentido las transformaciones del insecto, y he entrado lleno de sangre hirviente, compuesto de líricos nervios, vestido de multicolores plumas en el éter inmenso, cantando con el coro sublime de las aves; yo he luchado y reluchado con las fieras en el desierto y en las selvas, he guerreado con el leon y con el tigre, he corrido con el caballo y con la zebra, he sido si quereis, tití, macaco, orangutan, el ridículo bufon del Universo; pero desde el momento en que he cobrado mi organismo he sentido derramarse por todo mi sér algo que no vivia en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio; algo más claro que la luz, más rápido que la electricidad, más vívido que el calor y el magnetismo. Algo incomprensible, sí, el espíritu,

el humano espíritu. Y en sus profundidades ví lucir un sol sin ocaso, el pensamiento; sentí una aspiracion incontrastable, la libertad. Y cuando creia que este sol y esta fuerza me pertenecian, como yo me pertenezco á mí mismo, las supersticiones con su cortejo de tiranos y conquistadores, me han hecho pasar en la sociedad por otra calle de amargura, por otra pasion más larga aún que la sufrida en mis seculares viajes por la materia, y he sido pária, sudra, ilota, esclavo, siervo, cosa para regalo de otro, instrumento de trabajo en provecho de otro, todo ménos sér libre, hasta que surgieron los profetas, los mártires, los héroes, los redentores, y han roto las cadenas en mis manos, y han apartado el látigo de mis espaldas, y me han creado nuevamente dándome como un segundo espíritu con la idea de mis derechos, y ya soy ciudadano, victoria que no me satisface completamente, porque despues de haber cumplido mi destino en la tierra, despues de haber realizado mi ideal y mi esencia con el tiempo, despues de haber trabajado por el bien de mi familia, de mi pueblo, de la humanidad y de su planeta, he de suspirar con el deseo por nuevos mundos, por nuevos horizontes, por nuevos cielos, por la armonía de otras artes más bellas, por la idea de otra ciencia más alta, por el amor á la verdad infinita, y he de trabajar y he de pugnar para subir en la escala del progreso, hoy inundada de sangre, mañana de pura luz, hasta encontrarme frente á frente con mi Creador. Ahí teneis nuestro ideal (1).

Bajo la impresion de aquel torrente de elocuencia, el auditorio unánime rompió en estrepitosos

(1) Castelar.

aplausos. Cuando se disipó algun poco el entusiasmo del primer momento, Seuda con sus parciales, y Anoya con los suyos, advirtieron su debilidad y se quedaron corridas de vergüenza. Para enmendar el efecto de semejante desliz, derecha é izquierda en masa, pusiéronse de pié para protestar cada una en opuesto sentido, se renovó la escena de confusion y de tumulto, y sin Dinamion en la presidencia aquello hubiera sido un verdadero campo de Agramante. De cuando en cuando, por encima del vocerío, oíanse distintamente los gritos de «¡que hable Andros! ¡que hable Andros!» «¿Admite la evolucion?» «¿Reniega ya de su biblo?» Eran Seuda, y algunos de sus más íntimos, quienes habian extrañado el silencio de Andros é intentaban fomentar por aquel medio la discordia entre las huestes de Ántropos.

Por cansancio, más bien que por obediencia á los mandatos del gigante, el silencio se restableció y pudo decir el Presidente:

—Enhorabuena. Que hable Andros, aunque maldita necesidad hay de oirle, segun veo.

Andros se puso de pié con el inseparable biblo bajo el brazo, y manifestó que él nada tenia que añadir, si bien en cuanto á ideal y á ciencia pura, nada queria aprender, porque en su biblo se encerraba la suma sabiduría.

—Pues mira—le dijo Dinamion en tono de buen humor, y hasta de zumba—á pesar de esa seguridad, bien harias en dejar el biblo en casa, pues sospecho que de seguir destinando uno de tus brazos á llevarle y sostenerle, harás pronto mal papel y te has de quedar atrás.

—Señores—añadió en seguida cambiando su acento en grave.—De la discusion sale la luz y yo voy

viendo ya claro. El horno no está todavía para tortas. Si os diese plena libertad, os comeríais mútuamente. Siga, pues, la evolucion como dice Ántropos, y aquí estoy yo para meter en cintura á quienes se desmandaren. Teneis libertad para seguir trabajando cada cual segun sus gustos, pero nadie imponga á sus adversarios servidumbre alguna por la violencia. Todo hogar será sagrado é inviolable, como lo es de hecho el de Ántropos por la fuerza misma de las cosas. Suya es Gina, suyos son sus hijos, suyo su trabajo, suyo el fruto de su trabajar, y así, procuren imitarle todos para vivir como él. Confesemos que le debemos mucho, y esperemos deberle con el tiempo más. Confianza, pues, y venga Alecia y venga sin velitos ni disfraces, á ver si su luz nos ilumina y concluyen los misterios. Señores, se disuelve esta Asamblea.

CAPÍTULO XIV.

Tal fué en compendio y resúmen el resultado sustancial de la larga y revuelta conferencia entre próceres y vasallos, obreros y soñadores, en cuyo célebre palenque se vino á debatir en suma la cuestion trascendental de saber en qué forma y qué medida, debia y podia cooperar (ú oponerse) el libre albedrío de los habitantes de Gé, á la obra indeclinable y fatal de su progreso.

Las concesiones de Dinamion, la decadencia del poder de Seuda, si no cambiaron desde el siguiente dia la esencia de las cosas—porque ningun cambio podia suceder en Gé sin el concurso del tiempo—comenzaron cuando ménos á dar nueva direccion á la actividad comun, direccion determinada por la merma ó crecimiento de las antiguas resistencias. Andros volvió á sus Tremedales; los demás abandonaron el campamento, aunque sin soltar las armas; Anoya continuó perorando, pero modificó su tono, y todos se dispusieron, de buen grado ó de mal grado, á trabajar para vivir, ó cuando ménos, á simular que trabajaban.

Lejos de vilipendiar al trabajo como en un prin-

cipio, se hacia moda trabajar, ó más bien: se iba estableciendo el equilibrio en los esfuerzos del trabajo y diferenciándose á la vez más y mejor las diferentes clases de trabajadores.

Las leyes de la isla estaban como en camino de cumplirse.

Algunos dias más tarde, Pónos, invocado por el hombre (despues de una ausencia insólita), le preguntaba solícito:

—¿Qué es esto? ¿Qué artimaño es este? ¿A qué destinas esa tela?

—Te diré—contestaba Ántropos.—Con el asomo de libertad concedida al parecer por Dinamion, y en realidad ganada por mis propios puños, siento deseos de esparcirme y de ser libre como el ave, y me propongo volar.

—Y segun tu ingénita manía de soñar con creaciones de golpe—interrumpió Pónos como quien continúa una frase comenzada—crees que basta el gérmen de una idea, y que lo vas, sin más ni más, á conseguir.

—¡Repruebas mi iniciativa!

—No en verdad, pero la quiero ordenada. Sin acumular pacientemente los elementos necesarios ¿cómo pretendes volar?

—Allá voy—prosiguió diciendo Ántropos.—Hice un globo de papel, le hinché con humo y subió. Volví á repetir la prueba colgando del globo un peso, y subió tambien. Ahora he fabricado este globo con buena tela de seda, y pienso llenarle de uno de los gases más ligeros, para que flote en el aire como el corcho sobre el agua. Metido en una cesta de mimbre me elevará por los espacios. ¿Te parece poco ya?

—Es algo, pero muy poco, y tienes otras cosas por hacer.

—¿Cuáles?

—La conquista de los hermanos de Pir y de su hijo, por ejemplo. Alecia me ha indicado hoy mismo, cómo debemos proceder.

—¿Está contigo Alecia?

—Sí.

—¿Dónde?

—Ese es mi secreto.

—Pero ¿qué te ha dicho?

—Escucha. Cuando votó la Asamblea la libertad de mi hija y acordó confiarla á mi cariño, sin oposicion alguna de Andros, fué porque mi hija, con el velo negro á la altura de la boca y pudiéndose valer algun tanto de la vista, siquiera para distinguir donde pisaba, habia burlado á Apénia, abandonado su prision y venido en busca mia. Ya está en seguridad, y sólo falta que sigas tú obedeciéndome para consumar su desencantamiento.

—Pero ¿qué te ha dicho? ¿Cómo debo obrar?—interrumpió Ántropos con impaciencia.

—Ya te lo iré diciendo poco á poco, porque han desaparecido todos los estorbos entre nosotros y Alecia. Desde hoy sabremos su opinion cuando queramos, y por de pronto yo la sé. Segun parece, tienes que estudiar y conocer los mundos subterráneos, no sólo con el fin de hacerte fuerte contra Dinamion, sino para dar solidez á tus ideas, grandeza á tu sentimiento. Tenemos, pues, que penetrar debajo de la tierra y cautivar á Pirón.

—Sea como dices—replicó el hombre un tanto cuanto contrariado.—Me hubiera lisonjeado más acometer la conquista de Glós y de Fós, pues me

los figuro más amables, más hermosos; pero antes de obedecerte, déjame dar algun paseo por los aires, ya que tengo este globo casi concluido. En seguida bajaré hasta los mismos infiernos, siquiera para pagarte tantos y tantos beneficios con el total desencanto de tu Alecia.

—Y para satisfacer de paso—añadió Pónos con irónica intencion—tus necesidades materiales, la curiosidad de tu inteligencia, y tambien tu amor propio y tu ambicion.

—¿Por qué me hablas de ese modo?—preguntó el hombre con viveza.

—Porque tu gratitud—contestó el génio—es como todas tus virtudes, una mezcla intrincadísima de espontáneos movimientos generosos, (con los cuales te hallas bien), y de egoismo y de cálculo.

Ántropos se mordió los lábios, pero se calló.

Gracias á la vara mágica del génio, el globo se terminó con la perfeccion posible entonces, y el hombre, colgante de él, dentro de un cesto de mimbre, se lanzó impávido y audaz á alturas vertiginosas.

Atravesó primero una region de vapores blanquecinos. Con la luz crepuscular que llegaba hasta allí, opaca y como mortecina, apenas si vislumbraba á cortísima distancia. Cuando salió de aquellas capas de nubes, se encontró de súbito en una region espléndida, en una verdadera gloria. Era un mar de pura luz desleida en un aire fresco y puro. Una bóveda azulada sin una sola sombra que empañase su tersura celestial, se tendia sobre su cabeza, contrastando singularmente con el Océano majestuoso de leve y cándido algodon, que rodaba por debajo sus dóciles veleidosas olas.

Segun afirmó Ántropos despues, jamás se habia presentado más inopinadamente á su mirada un espectáculo tan sencillo y tan sublime. Un fenómeno no sospechado unió el asombro á la admiracion: aquellas eran las regiones del silencio, y cuando habló para cerciorarse bien, espantado por aquella paz de muerte, dudó si se habria quedado mudo ó cuando ménos afónico.

Bajó, por fin, no sin peligro, rasgando un poco la tela para dejar salir el gas, y comprendió con ello la necesidad de completar convenientemente el aparato aereostático con alguna válvula ó salida, fácil de abrirse ó de cerrarse á voluntad.

A favor de este y otros perfeccionamientos, pudo permanecer nuestro obrero algun más tiempo á grande altura, y aunque comenzó á compaginar observaciones é hipótesis sobre la atmósfera y sus meteoros, ni vió á Glós, ni pudo cautivar á Fós, y todo se redujo, por entonces, á varios vuelos de perdiz, llenos de lances y emociones.

Transcurridos unos cuantos dias en aquel, al parecer, inútil pasatiempo, Ántropos le dijo á Pónos:

—Me siento más animoso. Los peligros de estos viajes han aumentado mi valor. Podemos enterrarnos bajo tierra en busca de Pirón cuando tú gustes, pues antójaseme que estoy malgastando el tiempo.

—Del todo no—contestó el génio.—Esos paseos y esos devaneos algun dia te servirán de mucho; pero en la isla de Gé todo se encadena por su órden, y antes de imitar al pájaro habrás de hacerte reptil con todas sus facultades y costumbres. Mañana comenzaremos á penetrar en la tierra.

Desde el otro dia, con efecto, el antiguo minero, dirigido por su protector y manejando con suma

habilidad la estupenda vara mágica, comenzó á perforar un hondo pozo. Proponíase recorrer las entrañas del planeta en busca del anunciado hijo de Pir. A los pocos dias el pozo llegaba á grandísima profundidad, despues de haber descubierto y recorrido regiones maravillosas, en cuyas zonas y horizontes se median los instantes por descubrimientos y sorpresas.

—¿Qué tienes?—preguntaba Pónos á su protegido cuando estuvieron á una profundidad grandísima y el minero se ahogaba de calor.

—El aire me falta—contestó Ántropos.—Me siento desvanecido. Para llegar hasta aquí he visto cosas no soñadas; quiero y no puedo darme cuenta de cómo se sostienen estos mundos subterráneos, cuándo y por quién fueron creados, y de dónde surgieron en tal copia sus portentos increibles. Ni áun puedo representarme con la mente la forma, disposicion y enlace de estas colosales capas.

—Para indicártelo—volvió á decir el génio—me valdré de un símil grosero, pero exacto. La tierra que es como ves esférica—salvo los dos achatamientos consabidos—está formada de capas á manera de colosal cebolla. Dentro de cada una de estas capas se hallan enterrados los séres que vivieron ó vejetaron sobre ella, y así como la fuerza vegetativa indica en el tubérculo de mi comparacion las sucesivas edades de cada hoja, así la energía creadora de los mundos ha dejado trazas en el nuestro del período de formacion de cada capa. Una de las más antiguas es esta misma donde estamos, y pues el calor no nos permite ahondar el pozo más, arranquen de aquí nuestras investigaciones, é iremos ascendiendo poco á poco para conjeturar la historia de la isla,

desde sus cimientos primitivos, hasta su coronamiento más moderno. En alguna de estas capas habremos de tropezar á la fuerza con Pirón.

—¿Y cuál es la causa de semejante calor?—tornó á preguntar Ántropos.—¿Es por ventura aquello que me dijo Fanta cuando contemplé la tierra á vista de ave, y será posible que nuestro globo esté henchido, segun decia, de lumbre?

—Al parecer, ni más ni ménos—contestó Pónos. —Es, como viste, una burbuja, un inmenso huevo relleno de lava ardiente, pero cuyo cascaron es cien veces más frágil que el de un huevo de gallina, si se tienen en cuenta sus respectivos tamaños, al medir y comparar. ¡Sobre ese cascaron tan frágil fundais vosotros vuestros sueños de grandeza! Vamos ascendiendo, sin embargo, pues no es este sitio para razonar: busquemos al hijo de tu cocinero, y de paso observa y reflexiona.

Sin más conversacion, sin más tardanza, nuestros dos exploradores comenzaron á recorrer aquellos soterrados mundos, y aunque su escursion no produjo por entonces la captura de Pirón, los descubrimientos conseguidos fueron de tal naturaleza y contribuyeron de tal modo al triunfo y gloria final, que se nos ha de permitir enumerarlos á vuela pluma y en cifra.

Sobre la primera capa de aquella que llamaba Pónos colosal cebolla, no habia rastro de viviente. La temperatura era insoportable, las tinieblas caliginosas, la atmósfera pesada por demás. Se respiraban vapores de carbon, de azufre, de mil sustancias deletéreas, y además no habia ni asomos de agua, aunque en su lugar, como el caldo interno abrasador con su tumultuoso hervir sacudia la mal for-

mada corteza y la rompia en cien puntos, brotaban aquí y allí fuentes de lumbre y arroyos de metales líquidos.

Huyendo de aquel infierno, los geólogos se subieron encima de la segunda capa. En su rededor era la atmósfera algun tanto ménos mortífera y ménos tenebrosa, si bien no contenia plantas ni animales, porque era casi toda un inmenso, profundo, caliente y semi-líquido lodazal. Por estas razones pasaron á la tercera capa, no sin advertir la formacion de rocas sedimentarias, y de no pocos cristales, aquí y allá distribuidos.

Allí todavía se respiraba bastante carbon y azufre, pero los charcos tenian agua tíbia, y en ellos crecian ovas y fucos, y áun agitábanse sus gotas con los despaciosos movimientos de séres microscópicos en embrion, gotas de vida desprendidas de una region ignorada.

Tampoco allí podia haber esperanza de cautivar al hijo del cocinero, y así, protector y protegido siguieron el curso de sus observaciones subterráneas, ascendiendo y ascendiendo.

Al visitar los inmediatos mundos superpuestos, fueron notando que su ambiente era cada vez ménos mefítico, la atmósfera más templada; que el suelo se endurecia progresivamente, por cuya razon los mares, los rios, los arroyos, unos tras otros, al condensarse en torrentes, eran contenidos y espontáneamente se diferenciaban, creciendo en su seno y en sus bordes un número de conchas, algas, vejetales y animales, cada vez más desenvueltos y más variados cada vez. En algunas capas predominaban las conchas y los caracoles; en las siguientes los reptiles ó las plantas, y tal habia entera-

mente cubierta con vejetacion exuberante, extraordinaria, colosal. Palmeras gigánteas, helechos arborescentes veíanse por do quier, y las numerosas familias de troncos altos y robustos estaban por lo general cubiertas de escamas hexagonales, como si hubieran querido protegerse contra la accion de un aire cargado de peligros. Aquella nunca vista vejetacion encerraba los lagos y lagunas con un tejido verde oscuro, casi negro, circunstancia que hizo sospechar á Ántropos si aquel seria el alimento de Pirón, segun lo dicho por Pir, pues algunos troncos veíanse tronchados, y su madera—color de pez—roida muy recientemente.

Al lado de aquellos vejetales, sobre la tierra, y sobre ellos, abundaban más arriba reptiles de todas formas, algunos monstruosos y tan grandes, que sólo con verlos espantaban. Ya era un lagarto mayor que todos los cocodrilos conocidos por el hombre (1), ya una especie de cetáceo entre caimán y ballena, con quijadas para tragarse un tiburon y dentadura para triturar un ballenato (2), ya otro animal, no sabríamos decir si anfibio, con enormes nadaderas, y un cuello largo y delgado como diez cuellos de girafa (3).

Mientras se embobaba contemplando las plantas, conchas ó pescados, el huracan producido por las alas de un murciélago dragon (4), le obligaba á encogerse y parpadear; si procuraba contar las docenas de uñas de leon del fleco de las alas del coloso, el fragor causado por la marcha de algun enorme bru-

(1) Megalosauro.
(2) Ictiosauro.
(3) Plesiosauro.
(4) Pterodáctilo.

to por la selva, tronchando á miles los troncos, le helaba la sangre de terror y no sabia dónde huir.

Grandes fueron los sustos del pobre Ántropos al recorrer aquellas antiquísimas regiones. En ellas fué encontrando gigantescos elefantes de portentosos colmillos encorvados al revés, colosales roedores, de paso tardo y catadura fea. Ora temia sentir la zarpa de un murciélago dragon, y se sentia devorado como el buitre devora al corderillo, ó el gavilan á la paloma; ora veia asomar por encima de las aguas algun interminable pescuezo rematando en cabecita de serpiente, y temblaba imaginándose la picadura de una salamandra de cincuenta brazas, ó poníansele de punta los cabellos al figurarse recogido por la lengua de otro coloso de carne, ahogado en baba nauseabunda, y deslizándose despues por fauces caliginosas hácia el estómago inmenso de cualquier de aquellos séres espantables.

Para referir todo lo visto y observado por el hombre en aquella série de mundos contenidos entre las capas de la terrena cebolla; para indicar siquiera las circunstancias y los séres principales dignos de estudio y atencion, necesitaríamos una biblioteca enorme y una existencia secular. Contentémonos, pues, con extractar la quinta esencia de las deducciones últimas, y reunamos de una sola vez en una sola visita y en un único resúmen, los resultados de repetidos viajes subterráneos en busca del criado apetecido.

—¿Cómo se ha formado esta envoltura cebollina, y cuál procedimiento extraordinario emplearia algun encantador incognoscible para separar así, mundo tras mundo, sin quebrantar la cadena ni un solo momento falta de ligazon y de armonía?—pre-

guntó por fin el hombre.—¿En cuál de ellas pude yo pasar mi infancia?

—Me pones en un apuro—contestó el sesudo Pónos.—El conjunto es tan complejo y tan ámplio, que casi casi escapa á mi comprension. Noto vacíos, lagunas, paradojas, y tengo demasiada conciencia para darte explicaciones fantásticas ó inventar historias sin fundamento y solidez. Algunas circunstancias superficialmente examinadas me inducirian á buscar el orígen de todo esto en el cáos, en la atmósfera de un cometa, en diluvios ó cataclismos (1), mientras otras me harian sospechar si nuestro planeta, despues de haber brillado como sol, habrá cubierto su luz con estas capas de cenizas (2). Al reparar en ciertos accidentes, me los explico tan sólo por la accion y movimiento de las aguas (3), y motivos hay para admitir la intervencion de fuerzas más sutiles (4). Todo, bien considerado, me inclino á determinar el núcleo primordial dentro de una inconmensurable nebulosa en movimiento, fraccionada por su contínuo girar en anillos concéntricos de materia vaporosa, la cual, al condensarse en un punto del anillo, formó pelotas de fuego (5). Por irradiacion y por enfriamiento cubrióse el ígneo globo de un terreno primitivo, y poco á poco formóse sobre él otro secundario, sepulto, á su vez, bajo otro terciario, y todos ellos, quebrantados por ascensos y descensos, comidos, diluidos y acarreados por las aguas, atravesados

---

(1) Teorías de Whiston y de Woodward.
(2) Leibnitz, Buffon, Hutton y los vulcanistas.
(3) Buffon, Werner y los neptunistas.
(4) Corrientes electro-telúricas.
(5) Laplace.

por corrientes impalpables, de mil modos amasados y transformados (1), vinieron á constituir este curioso laberinto, sin ser bastantes á borrar sus caractéres generales de cebolla. De todos modos es materia para más despacio. Ve recogiendo los hechos á fin de clasificarlos: y ¿quién sabe hasta dónde podrás, con ellos coordinados, satisfacer tu curiosidad?

—Eso haré yo como siempre—siguió diciendo el geólogo—y sin embargo, mi curiosidad se ha excitado inmensamente, y ha cambiado de naturaleza. Ya no me entretienen como antaño los hechos ó los lances peregrinos; yá no me entrego muellemente á las caricias de la fantasía, ni me engrío con credulidad al suponer una causa y vestirla á mi capricho, con mi traje: hoy me muero por inducir relaciones, sorprender al artífice en su obra, aprender de él el proceso del crear, y columbrar de dónde vengo. Porque, en fin, yo observo en todo tal encadenamiento y tan íntimo é inextricable enlace, que con sólo tirar con pulso de un hecho, se me vienen á las manos las que yo creia sus causas inmediatas; las examino y veo que son hechos tambien de la contínua cadena; atribuyo estos nuevos eslabones á causas más remotas, y sigo tirando, y aquellas causas más remotas son tambien hechos, apenas las examino ó las toco. De aquí deduzco que todo es fenomenal en esta isla, que las cadenas diferentes de hechos por mí observados deben terminar en una causa, y que todas las cadenas de hechos, bien conocidas y seguidas, me han de llevar á la misma causa *única*, ya que todas, más ó ménos, se van progresi-

(1) Stenon.

vamente aproximando, compenetrando, confundiendo. Aquí, por ejemplo, hay evidentemente relacion en la estructura y condiciones de estas capas y los séres que las habitaron. Parece como que no bastan las leyes físicas para explicarme la hechura de mi morada; parece como si fuera necesaria la cooperacion de estos ensayos de vida sucesivos, la accion concomitante de otras leyes, para crearme y sostenerme á mí. Cuando considero que no existiria el fertil suelo vegetal de nuestra isla sin la paciente labor de las lombrices—por cuyo rudimentario esófago tengo motivos para suponer que ha pasado todo el terreno feraz (1)—sospecho si el mundo orgánico ha sido absolutamente necesario para cubrir de galas y primores la ancha tierra, para la aparicion del almo espíritu, y me pregunto qué es la vida, dónde y cómo principió, á qué leyes obedece su creciente y progresivo desarrollo, y en febril ansiedad, en duda horrible—lo confieso—pierdo la cabeza.

—Y, sin embargo—dijo entonces una vocecita suave, suave, suave—nada hay más maravilloso, nada atrae, seduce, fascina tanto, pues en ello está el misterio.

Volvieron los dos la vista, y en medio del panorama sombrío, sobre los bosques frondosos, de puro oscuros casi negros, vieron á Fanta cernerse, cruzar alígera los charcos, burlar con sus giros mónstruos y dragones, y al agitar sus alas de tornasol, inundar do quier un buen espacio á la redonda con una luz irisada de resplandores apacibles y de vivísimos cambiantes.

---

(1) Ultima obra de Darwin.

—Dí, Fanta, dí; ya te escucho—exclamó Ántropos al contemplarla, sin ser dueño á contenerse.

—Pues lo dicho—continuó la bachillera acercándose á los dos hasta tocarles con sus alas.—La formacion y diferenciacion de todo eso que te asombra en la gota medio fria sobre la cual te pavoneas, se explica muy fácilmente con cuatro integraciones, cuatro diferenciaciones ó cuatro disgregaciones, ya de materia, ya de fuerza. Lo inexplicable, lo misterioso, es la aparicion de esos séres microscópicos con crepúsculos de sensibilidad. Desde que poblaron en cuadrillones de trillones la superficie de la tierra, podrás seguir y áun explicarte todas las formas de la vida, pero su aparicion jamás. Hé aquí el misterio. Pequeñitos, muy pequeñitos al principio, se fueron haciendo grandes. Eran átomos de vida, y combinándose por modo análogo á los átomos de materia, así como esta formó cuerpos, vapores, cristales, aquellos dieron el sér en el tiempo y el espacio á millares de organismos.—¡Qué complicaciones! ¡Qué combinaciones!—Sus cadáveres fueron los gérmenes de parásitos mayores, y estos á su vez prepararon con sus cuerpos la masa á propósito para formar los ejércitos innumerables de los vivientes. Empezó entonces la batalla entre la muerte y la vida. Esta reclutaba en el misterio escuadrones más diversos, más compactos, más aguerridos cada vez, y la muerte, tomando todas las formas, con insaciable ferocidad, otro tanto exterminaba.—¡Qué luchas!—¡cuántos dolores!—¡cuánto mal!

—¡Cómo!—interrumpió Ántropos con vehemencia.—Luego ¿ni áun en eso acierta Seuda? Luego ¿el mal no tuvo orígen de golpe con ningun pecado original, como dice cuando nos quiere someter?

—El mal y el bien—continuó Fanta sonriendo—son eternos donde hay vida sensible, porque son la misma cosa, porque son la vida misma. Donde hay poca sensibilidad, hay poco dolor, poco placer; donde la sensibilidad es grande, amplísima, compleja, el mal y el bien crecen y crecen como todo. Por eso los males del espíritu, que es el producto más complejo, son los más agudos. Por eso el bien y el mal existirán hasta la muerte del planeta, hasta que su frialdad y su atonía alcance á cuantos vivifica con sus fluidos.

—¿Pretendes quizás decir—volvió á interrumpir el geólogo-fisiólogo—que la isla morirá tambien?

—No lo digo—contestó el hada—lo aseguro. El espacio está sembrado de cadáveres. Vuestra luna es uno de ellos: murió por ser pequeñita. Cuestion de tamaño, de resistencia, de fuerza. Lo mismo que sucede aquí.

—¿Y tardará eso mucho en suceder?—volvió á preguntar nuestro hombre.

—Regularmente mucho más de lo tardado en la hechura de esas capas, y en el desarrollo de esa vida cuya evolucion te explico—contestó Fanta como si nada dijera.

—¿Y cuánto es eso?—insistió el hombre.

—Poca cosa—siguió diciendo Fanta indiferente—trescientos, cuatrocientos, mil millones de años.

Ántropos se quedó mudo. Procuraba comprender aquella duracion casi eterna para él. Se habia creido gemelo de la creacion, como en dias anteriores se creyó centro y raíz del Universo, y se veia reducido á un átomo imperceptible, y su existencia á un instante de la incomprensible eternidad. Con las ideas embrionarias del infinito en el espacio, del in-

finito en el tiempo, hermanábanse otras dos de evolucion y de proceso morfológico para marearle y confundirle. Despues de un rato de silencio, Ántropos continuó:

—Una duda temerosa se me ocurre: tuve á la isla de Gé, en otro tiempo, por el centro principal del Universo, y descubrí que era un átomo de él y nada más; me creí único, libre, independiente, soberano, y me reconozco como un eslabon raquítico de la cadena de los séres; mis ilusiones geocéntricas, mis errores antropocéntricos desaparecieron ante la experiencia; todo nace, todo muere; morirá el planeta; moriremos nosotros como todos esos séres enterrados. ¿Y despues? ¿Vendrá alguna nueva creacion?

—¡Qué creacion ni qué zarandaja!—exclamó Fanta riendo.—¡Cuidado si eres tozudo! Estamos en plena creacion: una, continuada, eterna, siempre actual.....

—Calla, bachillera, calla—interrumpió el génio. —No seas inoportuna. Deja tus devaneos para cuando huelgue nuestro protegido ó necesite el bálsamo de la fé ó el néctar del entusiasmo. Déjale ahora ser práctico. Trátase de cautivar á Pirón, pues sin los datos positivos, sin la ayuda de buenos servidores, cuanto discurra acerca de grandes síntesis, será estéril discurrir.

Y dirigiéndose al hombre, añadió:

—Te veo perplejo, bañado de sudor, y á la verdad, es inútil seguir sin aire y sin luz en este inmenso laberinto. No sé por donde dirigirte para encontrar al que buscas. Aquí no lo veo fácil. No se me ocurre medio alguno para cautivarle.

—Pues nada hay más sencillo—susurró Fanta tendiendo el vuelo en direccion á la salida.—Pirón

se alimenta con esos feos vegetales, con esa madera negra: sacándola de aquí y llevándola más arriba, se verá obligado á comparecer donde se ponga su alimento.

Pónos se encaró con Ántropos, y tornó á decirle:

—¿Has oido? El hada tiene razon. A veces adivina pasmosa, admirablemente. Tiene razon: hay que extraer estos árboles por el pozo, á flor de tierra. Ea, vámonos de aquí: te entregaré mi vara mágica, y con tu pericia minera y los medios adquiridos, vaciaremos á fuerza de trabajar la despensa de Pirón.

Ántropos, seguido por el génio, ascendió diligente por el pozo, y desde aquel punto y hora se propuso beneficiar los combustibles minerales, conforme á la sugestion de Fanta.

Con un teson á prueba de desengaños comenzaron á extraer del hondo pozo los troncos enteros de las palmeras de azabache, cantidades inmensas de los helechos gigánteos, y hasta las yerbas menudas prensadas bajo el peso de los montes, fundidas por el calor y más duras que se prensa el heno para formar el almiar.

A poco de comenzar la extraccion de aquellos inmensos bosques, ya tuvieron noticia los infatigables minadores de que Pirón salia á flor de tierra para ver, sin duda, quién se llevaba la provision de su despensa y dónde. Entonces, el génio evocó al herrero Pir en colosal estatura, le hizo fundir y forjar cantidades descomunales de acero, de bronce y hierro, previno á su protegido que reclamase la ayuda de Andros, y juntos comenzaran sin tardanza una trampa fuerte é ingeniosa, dentro de la cual se proponian cautivar al indomable Pirón.

Fué aquel cepo una de las obras maestras de los tres ingeniosísimos personajes que trabajaron en ella. Porque es menester decir, y hacerlo constar así, que tanto Andros como Ántropos, á fuerza de construir toda especie de aparatos, habian llegado á ser mecánicos peritísimos. Desde que construyeron y mejoraron el reló, no habian cesado de experimentar sobre las fuerzas, sus leyes, su combinacion y la manera de dirigirlas y aplicarlas. Para conseguirlo habian inventado órganos de varias formas, logrado convertir movimientos de una clase en otros, acelerarlos, interrumpirlos, retardarlos, y ya nada resistir podia á su pericia cinemática.

El cepo, pues, era curioso cuanto ingenioso. Su principal artificio consistia en una puerta, abriéndose hácia el interior, expedita y fácil á la entrada, pero resistente é inquebrantable para la salida (1). Llenóse este cepo de agua fresca, y púsose debajo de él el alimento consabido. Llegó Pirón, comió bien, se sintió sediento, y cuando en toda seguridad entró en el cepo para ahitarse de agua fresca, se encontró cautivo sin poder huir.

A la mañana siguiente Ántropos y Pónos pudieron cerciorarse de que Pirón estaba dentro de la trampa.

Muy al por menor podríamos contar ahora las dificultades y los apuros de los hombres hasta domeñar aquel terrible y espantable mónstruo. Indómito y feroz en un principio, el solo ruido de su aliento, sus sacudidas contra la coraza, causaban pavor y espanto al más valiente. En su brega sin igual, en sus gigantes convulsiones, rompió el metal, sacó

(1) Escotilla de la caldera de vapor.

cuatro remos poderosos, dió al aire una trompa erguida, desde cuya extremidad brotaba un vaho blanquecino, y, por fin, pudo sacar la cabeza, y hubiese huido para siempre, si Ántropos, con un valor superior al de todos los héroes habidos y por haber, no le hubiera dado un coscorron con la dorada vara mágica.

Desde aquel momento, Pirón (1) quedó sujeto á la voluntad del hombre, y sin embargo, apenas si se atrevia este á tocarle ni á acercarse. La catadura del criado nuevo, era, en verdad, más imponente que la del mismo Dinamion; sus fuerzas, su celeridad, no tenian en la isla cosa con que compararlas. Un solo ojo rojizo, como de sangre, brillaba en su testuz ennegrecido; respiraba llamas por la boca, y sus viriles resoplidos alborotaban los ecos.

No obstante aquello y algo más, Ántropos se fué atreviendo poco á poco y con el auxilio de su protector, le puso riendas de hierro. Con ellas y todo, cuando subió sobre su espalda, el nuevo criado relinchó, y al escuchar el amo aquel relincho, faltóle poco para caer al suelo de pavura.

Tras una y otra prueba, uno y otro ensayo, huyó todo temor, y el mónstruo se dejó guiar y gobernar con la mansedumbre de un cordero. Allí fué entonces el asombro y maravilla. El nuevo criado todo lo hacia, para todo tenia la más pasmosa aptitud. Ensayósele primero en la extraccion de los bosques subterráneos á fin de proporcionarle pienso, y sus zarpas poderosas, rasgaron el seno de la tierra, como rasga el leon las carnes del cervatillo, y sus brazos se alargaron, se alargaron, y sacó de los

---

(1) Máquina de vapor en sus diferentes tipos.

abismos cuanto le pidieron, y puso á la luz y al aire las entrañas de la isla, sus joyas y sus tesoros (1). Probósele á seguida en competencia con Báros, y molió más y mejor. Lo mismo hacia la obra fina que la tosca; sus miembros así forjaban los metales, hendian una montaña ó aserraban los troncos de los pinos, como hilaban hebras invisibles ó pulimentaban una aguja. Sin cansarse trabajaba todo el dia, y sin el menor cansancio le sorprendia la aurora tras la vigilia de la noche.

Con un criado de semejantes facultades y otras muchas que omitimos, habremos de disculpar al hombre si se creyó por un momento prepotente. ¿Quién podia resistirle ya? Creyó ver en Pirón un salvador, pues sobre todo lo dicho, hacia dos cosas estupendas: corria triple que el gamo, y metido en una nave bogaba diestro y veloz. Contra las olas y los vientos, contra corrientes y mareas, iba al Dorado Continente y se traia montes y montañas en la vigésima parte del tiempo necesario para engañar pacientemente con la blanca lona al versátil Ánemos, el loco.

Muchas y muy sorprendentes particularidades habia necesariamente de tener un mónstruo tan sin pareja; pero la más singular de todas era, que al correr por los llanos y los montes, dejaba tras sí una estela como cuando bogaba por el mar. Habia, sin embargo, poca semejanza entre una y otra estela: la del agua se borraba con el viento, mientras que la terrestre consistia en dos babas de hierro que se adherian al suelo, como se pega la baba del ca-

(1) Las máquinas de vapor se emplearon primero en la minería.

racol do quier que arrastre su movible casa. Aquella estela férrea nunca desaparecia y por ende, á poco que se movió Pirón desde una á otra comarca, la isla de Gé se vió cubierta de rastros, envuelta en una férrea red, unida indisolublemente por un sistema de grapas, testimonios todos fehacientes de la actividad del mónstruo.

Figúrense nuestros lectores hasta qué punto sobresaltarian aquellas novedades á la bruja Seuda, á la enemiga sempiterna de todo movimiento, cuyo ideal consistia no en unir, sino en dividir, no en acercar, sino en aislar á cada uno de los pobladores de la isla en una atmósfera de terror, para esclavizar una á una las conciencias. Vociferó cuanto pudo, anatematizó la sacrílega conquista, resucitó al mismísimo demonio, importunó y amenazó á Dinamion, le recordó sus profecías, hízole saber que el manto negro de Alecia estaba á punto de desaparecer, y, en una palabra, apeló á sus recursos falibles é infalibles, para decidir á su Señor á desterrar á Pirón de la isla y sus contornos.

A fin de contrarestar la insistencia y los manejos de la bruja, Ántropos tuvo la ocurrencia feliz de cargar sobre Pirón buena provision de númas, colocándolas dentro de una tolva con tan ingenioso mecanismo, que al ir de un lado para otro iba sembrándolas como al desgaire. Gracias á semejante artificio, las gentes de todas condiciones corrian tras Pirón, y mientras hasta los más encopetados recogian por el suelo númas de oro, plata ó cobre, tenian oidos de mercader para las predicaciones de la bruja.

En cuanto á Anoya, era delicia el oirla.

—Otro embolismo de ese practicon—decia grave

á sus oyentes, calándose el capigorro, atildándose la toga y equilibrando sobre la nariz sus ya doradas antiparras.—Mucho ruido y pocas nueces. ¡Atreverse á descubrir sin contar conmigo! Ese Pirón será á lo sumo un juguete para entretener los ócios de la gente alegre y maleante en alguna gran ciudad (1). ¿Si creerán esos nécios que sus dos babas de hierro van á transformar los arenales en jardines? (2) La ciencia de la razon pura es inatacable. Es el único camino de verdad, y me rio de Pirones que corren como el caballo y con carga. Ya se contentarian con ir á paso de burro (3). Estoy dispuesta á demostrar con cuatro símbolos diferenciales-integrales, que su correr y su andar son y serán siempre..... ¡filfa!

En medio del discurrir de aquella razon purísima oyóse una voz aguda y estridente, y sus discípulos gritaron:

—¡Pirón! ¡Pirón! Ese, ese es su relincho. Asomémonos á verle.

Anoya se asomó tambien. Contempló impasible, sin pestañear siquiera, desde un lujoso mirador, la carrera veloz del nuevo é imponente mónstruo; le vió deslizarse como una nube sobre el suelo; oyó su voz sonora y arrogante; contempló el penacho blanco de su aliento, saliendo de la enhiesta trompa, y tendiéndose en el aire con las mórbidas ondulaciones de argentada colosal serpiente, y volviéndose hácia los suyos, dijo:

---

(1) Thiers.
(2) Aragó.
(3) Cuando Stephenson se disponia á ensayar su locomotora «El cohete», hubo ingeniero que le trató de visionario por proponerse transportar mercancías á la velocidad de 20 millas por hora. Poco tiempo despues las veia pasar delante de su casa á la velocidad de 30 millas.

—Con efecto, ese es Pirón. Ni más ni ménos como yo decia. La fórmula logarítmica de su espansion diferencial nos lo demuestra y explica. Algo vivaracho, algo majestuoso, pero yo os aseguro que al llegar al rio, allí se ahoga. Por tierra, despues de verle, se comprende; mas en el agua..... (1).

En aquel momento Pirón llegó al rio y le vadeó en la milésima parte del tiempo necesario para trazar dos signos en la pizarra. Entonces Anoya volvió á decir con su tranquila impavidez:

—Pues *efectivamente:* atravesó. Pero es necesario dirigirlo. Nosotros somos los llamados. Ya le pondremos andadores.

Pónos, por toda contestacion á los ataques de unos y otros, se contentaba con repetir á sus protegidos:

—¡Adelante! ¡adelante! Observad, experimentad, inducid. *Desde hoy trabajareis un solo dia con el cuerpo por cada ciento que vivais* SINTIENDO *y á la vez pensando.* El bípedo se transfigura en persona. ¡Avante! ¡avante!

---

(1) Mientras algunos profesores *demostraban* la imposibilidad de luchar con el vapor contra las olas, el primer buque de vapor atravesaba el Atlántico.

CAPÍTULO XV.

Ante la fama de Pirón, que de hora en hora pasmosamente crecia, Seuda quiso investigar por sí la índole y condicion del mónstruo, y pronto se convenció de cuán baldío era luchar de frente, como antaño, contra el poder y la pericia de su feliz afortunado dueño. La situacion era difícil, y para otro ménos tenaz, ménos flexible que la bruja, rematadamente triste, y áun desesperada.

Anoya la habia abandonado por completo y la hacia cruda guerra; Dinamion, al honrar y distinguir á los discípulos de Pónos, prestaba oido con fruicion á la antigua criada de la bruja, disculpándola benévolo sus muchos traspiés científicos, en gracia al fácil desembarazo con que mudaba de opinion para entusiasmarse con lo mismo por ella puesto en ridículo; y en cuanto á los obreros y los próceres, ni aquellos se cuidaban de temerla, ni estos permanecian á su lado si contemplaban á Pirón con su tolva inagotable, sembrando númas y más númas. Ántropos, con la gloria de sus múlti-

ples conquistas, y con el cebo de las mil y mil satisfacciones, los iba ganando á todos.

En suma: la obra de Pónos progresaba con celeridad creciente, y en presencia de sus triunfos, el gigante se daba casi por vencido, resignándose al papel de amigo y cooperador del hombre, mientras la vieja incorregible, áun perdiendo terreno de hora en hora, soñaba de puro exasperada con su antigua autoridad, y extremaba y alambicaba sus intrigas.

Sola, reducida á los recursos de su ingénio, pasó revista á sus fieles emisarios, y al recordar sus proezas, se creyó bastante fuerte todavía para luchar contra Pónos. Hablando muy en secreto con Egos y con Petonosa, les decia:

—Sois la esperanza de la isla y cuento mucho con vosotros. Veis cómo crece la riqueza, y á su sombra las satisfacciones. Reclamemos nuestra parte, y ya que ostensiblemente no podamos disponer de lo propio y de lo ajeno, contentémonos con dirigir y esquilmar á todos esos autómatas. Tú, Egos, te vas á congraciar con Dinamion sin descuidar á los demás, ya sean próceres, medianos ó pequeños. Para extraviar convenientemente á todo el mundo, te auxiliará Filoctesia. Tú, Petonosa, no dejarás de la mano á los discípulos de Pónos. Hazte amiga de los pobres, siembra zizaña en su grey. Si llegaran á entenderse habríamos de trabajar como cada hijo de vecino.

Con estas y otras disposiciones parecidas, fué interviniendo la bruja en los arreglos del gobierno, y decidió á Dinamion á disponer que todos sus fieles súbditos depositasen en un arca de dos llaves sus ganancias.

—De esta manera—decia—habrá un acervo co-

mun, y podremos atender á las necesidades y exigencias de los tiempos, en beneficio de esos pobres trabajadores.

Cuando Dinamion aceptó la idea, y los demás la consintieron, Seuda dirigió la construccion del arca, y se despachó á su gusto.

La trazó alta, muy alta, y estrecha, muy estrecha, en forma de embudo ó tolva, con una tapa muy ancha por arriba (cuya llave entregó ceremoniosamente á Ántropos), y por debajo asaz angosta, terminando en una trampa-escotillon, con fuerte llave tambien, cuya llave tuvo ella buen cuidado en conservar. Ántropos, Andros y los suyos, podian y debian abrir la tapa superior y verter dentro del arca sus ahorros, los cuales, una vez allí, no los podian alcanzar, por la sencilla razon de no llegar sus manos ni áun al medio, mientras Seuda era dueña de abrir bonitamente por debajo y vaciar de golpe el contenido aunque allí hubiese un tesoro. Es decir, que como siempre, bastóla á Seuda intervenir en cualquier beneficioso arreglo—llevado á cabo en nombre del pró comun—para falsear las mejores intenciones, utilizándolas en beneficio propio. La llave de Ántropos servia para *meter:* la suya era la única para *sacar*: con esto, dicho se está que Seuda tuvo servidores á porrillo, y pudo seguir pugnando por contener la obra de Pónos (1).

Áun así y todo, con la conquista de Pirón comenzó en la isla de Gé el período más activo de su historia. Á pesar de los ardides de Egos y de Petonosa, no obstante la rapacidad con que procuraban Seuda y Dinamion llenar el arca consabida, sin embargo

(1) Presupuestos constitucionales y sus abusos.

de los anzuelos de las antiguas aduanas, que procuraron conservar y áun multiplicar, Ántropos por un lado, y Andros en competencia por el otro, no sólo producian con el auxilio de sus servidores las utilidades necesarias al vivir con desahogo, si que tambien satisfacciones infinitas para otras ficticias y al parecer de puro lujo. Creáronse talleres á millares, y en ellos se amaestraron artífices á millones. Las telas, los muebles, los vestidos, las mercancías, los productos y artefactos se producian en tal copia y abundancia, que faltaban los mercados y de todo habia plétora. Mandábanse los cargamentos á las partes más remotas de la isla, procurábase civilizar á los salvajes para convertirles en consumidores, y á pesar de todo, el ardor de aquel industrialismo iba en aumento sin cesar, y en medio de la abundancia, el malestar no decrecia.

Semejante situacion llegó á preocupar á Ántropos, quien por fin consultó á Pónos.

—Perdóname—le decia con señales inequívocas de abatimiento—me siento hastiado, intranquilo, y no es esto lo que busco. Ya ves cómo trabajamos, y sin embargo, ni me creo más feliz, ni desaparece la miseria. ¿Cómo justificar tus esperanzas con semejantes resultados? ¿En qué consiste?

—En vuestra índole ó en vuestra naturaleza—contestaba el génio.—Conseguido un bien, apenas si le apreciais. Cuantas más necesidades llegais á satisfacer, más necesidades surjen. Ya te lo dije hace mucho, mucho tiempo, y en cuanto á la miseria actual de algunos, compárala con la miseria antigua, y verás cómo en la isla de Gé, todo, todo es relativo.

—Será como dices—replicaba el hombre—pero lo

cierto es que en definitiva el pobre es tan desgraciado como antaño.

—Porque se compara contigo, ó con la opulencia de los próceres. Si se comparase con el esclavo ó con el siervo de otros tiempos, pensaria de otro modo.

—Será verdad, mas para él su sufrimiento es el mismo. Se le paga lo bastante para sostener la triste vida, y apenas puede vivir. Esto es una iniquidad.

—No tanto como te imaginas. Aquél es digno de paz y de libertad que sabe conquistarlas bravamente. Cierto que Dinamion y Seuda oponen más de un estorbo todavía á la realizacion del bien, pero no son árbitros del mundo, y desde el momento en que mis discípulos cumplan las leyes de la isla, toda injusticia cesará.

—No lo veo: explícate.

—Pues atiende y véme contestando: ¿Darías tú algo por nada cuando se trata de cambiar?

—No por cierto. Si tal hiciese en todo caso, me arruinaria á la postre.

—Y cuando pagas un jornal á tus obreros, ¿qué te dan ellos en cambio?

—Su trabajo.

—¿Y pagas á todos por igual?

—De ningun modo. Segun sea su trabajo, así los pago.

—¿Y qué entiendes por trabajo?

—Segun me ha enseñado la experiencia y me has enseñado tú, ese conjunto de movimientos de mi cuerpo, de mi inteligencia y de mi sensibilidad, cuyo amalgama indisoluble me constituye en sér activo.

—¿Pagarias en justicia tanto al obrero que tra-

bajase sólo con su cuerpo, como al otro trabajando con su cuerpo y con su inteligencia?

—No en verdad. El primero es un autómata muy poco superior al bruto, y como al bruto, le daria el pienso con el cual sus necesidades quedarian satisfechas. El segundo tiene otras necesidades, me da mucho más porque me ahorra los esfuerzos de mi inteligencia, y justo es pagarle más.

—Luego, antes de pagarle más, será preciso que él sea inteligente, que pueda darte algo en cambio.

—¿Quién lo duda?

—Luego, de él depende el procurar ser inteligente, tener productos de la inteligencia para ofrecerles al cambio antes de aspirar á cobrar más, y tanto es así, que hoy pagas tú con largueza á los operarios que saben manejar tus máquinas y á tus servidores, aunque ellos no te den tanto trabajo muscular.

—Así es—siguió replicando Ántropos—pero áun esos no están satisfechos aunque procuro contentarles. Tienen celos de mí, y como viste en la célebre Asamblea, me odian tanto como al capital.

—En ellos y en tí, por consiguiente, está la causa de su descontento.

—¡Como?

—Si en vez de odiarte te amasen; si en lugar de envidiarte te auxiliaran; si al trabajar por tí desempeñaran sus faenas con interés, con entusiasmo, con cariño, ¿no viviríais como hermanos?

—Es evidente.

—Luego hay algo que te pueden dar: unos movimientos afectivos, para cuya oferta se necesita poseerlos, ese tercer elemento del trabajo humano, sin el cual no hay armonía. Procuren ellos tenerlos para ofrecerlos en cambio; persuádete tú de su valor

y se los pagarás en una forma ó en otra y cesarán las rencillas (1). El problema social de hoy está en esto y nada más: en conocer la naturaleza del trabajo y en comprender que la vida es una série de cambios, ya tangibles, ya impalpables. Y la razon es muy sencilla: no sólo de pan vive el hombre, y su bienestar consiste en satisfacer cumplidamente, así las satisfacciones de su cuerpo y las satisfacciones de su inteligencia, como tambien—y áun preferentemente y ante todo—las satisfacciones de su corazon, ó si se quiere, de su sensibilidad.

—Mucho dudo—insistió Ántropos—que eso baste para restablecer la paz. Se ha despertado el anhelo por ser ricos y nadie piensa sino en la riqueza, venga de donde viniere.

—¿Y saben ellos, por ventura, lo que es riqueza? —siguió el génio preguntando.

—¡Qué ocurrencia! —exclamó Ántropos.—¿Pues no lo han de saber?

—Pues yo lo dudo.

—No te entiendo, Pónos, no te entiendo. ¿Querrás negar una cosa que es de sentido comun?

—Estoy muy acostumbrado á ver la ceguedad y la flaqueza de vuestra razon, y sé hasta qué punto tiene el dolor que meteros por los ojos los hechos más evidentes, antes de hacerlos patrimonio de la misma. Toda tu historia es una demostracion contínua de esta humillante verdad. Aun hoy os veo á todos correr tras un fantasma, y si no fuese por las leyes incontrastables de la isla, y si vuestra voluntad valiese de algo, os encenagaríais otra vez en el fangal de la riqueza material, como se hundió

(1) Véase mi Memoria sobre «las huelgas.»

Dinamion allá en las Siete Colinas. Riqueza es todo cuanto satisface una necesidad sentida, y ya sabes que las tuyas son de tres órdenes distintos. Satisfacer uno de estos órdenes con perjuicio de los otros, equivale á buscar la perdicion y la muerte, ya convirtiéndose en cerdo, ya transformándose en impotente soñador, ya padeciendo en la indigencia epilépticos deliquios. No se concibe siquiera la existencia de ese capital de cosas, sin la existencia de otro capital de ideas y otro capital de sentimientos. Suprime uno cualquiera de los tres, y la riqueza merma, languidece y muere. Mucho me temo que el industrialismo actual sea un escarmiento más, si no produce el aumento de otra riqueza más valiosa para hacer triunfar el bien en la armonía.

—Díme, pues, cómo he de obrar.

—Seguir haciendo conquistas, pues aún te quedan unas cuantas. ¿Te has olvidado de los hermanos de tu cocinero Pir? Tenemos que someter á Glós y á Fós (1).

—Si eso haces—tornó á decirle nuestro hombre segun su antigua costumbre—seré ya completamente feliz y nada más te pediré.

—¡Siempre y siempre con lo mismo!—exclamó Pónos.—Siempre deseando hoy, mañana nunca satisfecho. Cuando haya puesto á tus órdenes esos dos nuevos servidores, querrás otros, y otros y otros. Lo difícil será encontrarlos; pero en fin, ya tengo imaginado el medio de cautivar á Glós, allá en las nubes. Es arriesgado, es difícil, pero confío en triunfar si tienes tino y valor.

—Cuenta conmigo y dime cómo.

---

(1) La electricidad y la luz.

—Eso haré yo de buena gana para que veas de paso que nada hay en Gé inútil, y cómo se enlaza aquí lo grande con lo pequeño, lo trivial con lo sublime. ¿Recuerdas un juguete de tu hijo al cual llamaba *cometa?*

—Sí recuerdo—contestó Ántropos.

—Pues bien—siguió diciendo el buen génio.—Hagamos una cometa.

— Confieso que no atino para qué — exclamó Ántropos con curiosidad.

—Ya lo irás atinando poco á poco—contestó Pónos, con calma.—Es preciso fabricar una cometa con su cuerda y con su rabo; hacer dos guantes de cristal y una red ancha de seda. Todo eso se necesita para cautivar á Glós.

—¿Pero cómo? ¿en dónde? ¿de qué manera?—insistió el hombre impaciente y entusiasta.

—Ya lo sabrás cuando acometas la empresa—le contestó su buen génio.—Por ahora, prepara lo necesario.

Ántropos obedeció, y en nada de tiempo presentó al buen Pónos una cometa grandísima, una cuerda de mil brazas, la red de seda pedida y unos guantes de cristal, tan maravillosamente dúctiles, que en nada embarazaban los movimientos de los dedos.

—Está bien—le dijo Pónos.—Cálzate los guantes; coje el cordel y larga cuerda. Subirá el juguete, atravesará las nubes, y Glós, que es curioso como nadie, se acercará á la cometa hasta colocarse encima. Si llegas á tocar la cuerda verás como se escurre hácia abajo y se nos pone al alcance (1).

Todo se hizo, conforme á las disposiciones del

(1) Experimento de Franklin.

buen génio, y todo sucedió á pedir de boca. La cometa se ocultó en las nubes; Glós se dejó ver, sin embargo, á través de ellas, por el brillo de sus ojos (1), y á poco rato de estarle contemplando sobre la cometa, sintió Ántropos una conmocion enérgica y vió al alcance de la mano una aparicion brillante y singular. Tendió la red, y cuando creia tener aprisionado en ella al hermano mayor de Pir, hubo de entabiar con él una batalla campal. El prisionero despedia relámpagos y rayos, gritaba con voz horrísona y heria al hombre cruelmente con latigazos horrendos.

Ántropos, empero, no era ya el Ántropos asustadizo: tuvo firme con teson hasta que Pónos le tocó varias veces en la frente con su irresistible vara mágica.

Desde aquel instante cesó el furor del cautivo y su indómita braveza se trocó en docilidad y mansedumbre. Un ¡ay! como chasquido del alma, fué la postrera señal del sentimiento que le causara su cautividad.

Entonces pudieron hacerse cargo protector y protegido de su delicada, sutil y vaporosa contestura. Su fisonomía revelaba una poderosa inteligencia; sus ojos arrojaban una luz tan clara como la del sol, y en varias partes de su cuerpo, en sus hombros, sobre los talones, agitábanse veloces ó plegábanse invisibles, infinitos pares de brillantes alas.

Contemplándolas estaban todavía, cuando volando por los aires vino otro sér tan ligero y tan descomunal como el prisionero Glós, y se arrojó, exhalando tiernísimos sollozos, en los brazos de este.

---

(1) Fuego de San Telmo.

—¿Qué es esto, hermano mio?—exclamó el cautivo.—¿Por qué vienes así, exponiéndote á perder la dulce libertad?

—Juntos nacimos—respondió el recien llegado—juntos vivimos y juntos pereceremos. ¡Ah! ¡cruel destino, infausta estrella la de nuestra raza ilustre! ¡Haber de ser criados de un pigmeo! ¡Esclavos nosotros! ¡Esclavo nuestro hermano Pir! ¡Esclavo el fuerte Pirón!

—Huye, Fós, huye—insistia el primogénito.—Conserva, al ménos tú, la libertad, y tal vez algun dia volvamos todos á gozarla.

—En vano te afanas, en vano, en vano—contestaba con firmeza Fós.—Mi resolucion es irrevocable. Sigo y seguiré tu suerte.

En aquel punto, Pónos le tocó en la cabeza con el áureo báculo, y ya, aunque lo hubiese pretendido, no podia emanciparse.

En presencia de la escena entre los dos hermanos, Ántropos se enterneció, y les dijo en voz blanda y afectuosa:

—No os apesadumbreis, hermanos amorosos, ejemplares amigos, dechado nunca visto de fraternal amor, que yo os prometo trataros como quienes sois, y no os emplearé jamás en oficios ruines ni serviles. Quiero, muy al contrario, consultar vuestras inclinaciones, vuestros gustos. Decidme lo que sabeis hacer, y dejo á vuestra conciencia lo demás, porque tengo la seguridad de que tan luego como conozcais á Pónos le amareis y respetareis, y procurareis leer en sus miradas sus deseos para servirle y complacerle.

—Yo—dijo Glós—soy, como mi hermano, diestro en infinitas cosas, pues más que en nada, en el sa-

ber está la nobleza y no en la cuna; pero mi grande aficion es viajar y discurrir. Lo primero lo hago con tal celeridad, que apenas gasto en ello tiempo; y como me estiendo y me divido para visitar cien comarcas á la vez, puedo decir que soy ubícuo; y en cuanto á lo segundo, dicen que soy elocuente. Además de estas habilidades, tengo otras que puedes ir reclamando con el tiempo.

—¿Y tu hermano Fós?—preguntó el hombre—¿qué sabe?

—Su mérito principal—continuó Glós—estriba en su aficion á la pintura. Ahí donde le ves, con esas melenas rubias como los rayos del sol, ese lapiz en la mano y ese cartapacio al hombro, es un artista sin rival. Pónle á prueba cuando quieras, y te has de quedar absorto.

—Haz mi retrato—exclamó Ántropos dirigiéndose al pintor.

Este no dijo palabra, pero con la velocidad del pensamiento abrió la cartera, pasó el lápiz por encima y presentó al hombre un trasunto de su fisonomía, exacta hasta el punto de imaginarse de primeras que se miraba á un espejo (1).

—No es mala, en verdad, la prueba—exclamó Pónos dirigiéndose á su protejido.—Si Glós vá y viene con la rapidez que pinta Fós, por quien soy que tienes dos servidores como ni soñar pudiste.

—Pongámosle á prueba tambien — replicó el hombre.

—¿Á dónde quieres mandarle?

—Á saber qué es de mi hija. Desde que supe su manía estoy inquieto y temo nuevos trastornos.

---

(1) Fotografía.

Sin esperar otras órdenes, Glós el alíjero desapareció.

Ántropos y Pónos se miraron y fueron á hablar para comunicarse su sorpresa, pero antes de desplegar los lábios se presentó el alíjero correo (1).

—Tu hija—comenzó á decir de carretilla—sigue empeñada en ser hombre, pero se ha enamorado como mujer flaca, y lucha, y quiere, y no puede, y es el compendio más extravagante de lo tierno y lo ridículo.

—¡Cómo?—exclamó Ántropos estupefacto.—¿Te quieres burlar de mí? Pues qué, ¿así se vá y se vuelve de los Tremedales, se vé, se indaga, se pregunta y se traen fieles noticias?

—Haz otra prueba—insinuó Pónos.

—Haré otra prueba y otras mil—contestó el hombre—pues antes de convencerme de un prodigio tan extraordinario, habré de modificar profundamente mis ideas.

Y volviéndose al correo, le mandó una y otra y otra vez, con diferentes mensajes.

El correo fué y vino en ménos tiempo que se dice, y Ántropos, convencido al fin, proclamó á voces sus conquistas.

Cuando llegaron á oidos de la panzuda y veleidosa Anoya, soltó una sonora carcajada, y contestó al discípulo que se las dijera:

—¿Con que así, sin más ni más, se suprimen el tiempo y el espacio? ¡Quimera! ¡Vana quimera! (2).

En cambio hubo de rendirse á la evidencia to-

---

(1) Telégrafo eléctrico.
(2) El célebre físico Pouillet en 1837, trató de quimera al telégrafo eléctrico.

cante á la habilidad de Fós, y hasta sintió su vanidad lisonjeada, cuando la hizo gentilmente media docena de retratos. Sus amigos, los próceres, Dinamion, quisieron tambien tener los suyos, y hasta los últimos obreros imitaron la manía y se dejaron retratar por el nuevo servidor. Todos querian por lo visto legar á la posteridad la vera representacion de su verísima efigie, y fomentando Alazona aquella debilidad, hasta los entes más humildes, por consejo del trasgo del espejillo y las plumas, se retrataron en tres posturas ó actitudes, cada cual de estas en tres diversos tamaños, y cada una de las nueve susodichas reproducciones, con tres diferentes tintas. De esta suerte, áun los últimos y más modestos legaron á sus sucesores los veinte y siete retratos, y durmieron tranquilos desde entonces, pues con semejante precaucion quedó completamente asegurada la paz del ánimo de sus biznietos y choznos, quienes de seguro habríanse atormentado si no, para averiguar el talante ó las facciones de tan ínclitos y tan famosos personajes.

De aquel ridículo amor propio, sin embargo, nacian nuevas relaciones afectivas, y aumentábase la cohesion y la amistad entre los indivíduos de la misma clase y entre las diferentes clases de la isla.

Más inmediatos y más evidentes eran los servicios del correo Glós, el cual, segun decia Pónos, redimia totalmente del tormento de la ausencia á padres, hijos y hermanos; pero no tardaron en advertir que era indócil y vago y caprichoso, perdiéndose á lo mejor sin saber dónde se metia. Para sujetarle y educarle se le ató á un hilo primero, y poco á poco hubiéronse de tender alambres en todas di-

recciones, á fin de obligarle á ir y venir sin distraerse en el camino.

Viendo Seuda la imposibilidad de suprimir aquellos nuevos adelantos, decidió entorpecerlos, como á los demás, con inacababIes formalidades, nímia reglamentacion y tributos y gabelas. Era el medio mejor para dar de comer á sus hechuras, y le aprovechaba, en todo, á fin de conservar sus partidarios.

—Ya lo ves, Pónos, ya lo ves—decia Ántropos á su buen génio cuando se hubo familiarizado con sus nuevos servidores, y empezó á sentir el peso de los estorbos inventados por la bruja.—Ninguna de estas conquistas mejora nuestra condicion, porque en fin de cuenta la famosa arca de dos llaves se traga las primicias y los frutos de nuestro rudo trabajar. Nada hemos hecho, nada habremos hecho sin resolver los problemas sociales y políticos, sin cambiar desde sus mismos cimientos la gobernacion de Gé. Si quieres desencantar á tu hija, destruyamos lo existente, y pongamos en su lugar leyes justas, leyes sábias.

—¡Válame y cuán ciego te hizo la Naturaleza!—exclamó Pónos entre risueño y sentencioso.—¿Nos ocupamos, por ventura, de otra cosa, sino de resolver—por muy distinto camino del seguido por Seuda y por Anoya—esos grandes problemas que me dices? ¡Pobre razon! ¡mísera razon! ¡Despues de tanto discurrir no columbra todavía las relaciones admirables entre lo material y lo inmaterial! ¿Dónde está esa virtualidad tan decantada de tu espíritu? Despues de los adelantos materiales realizados con ayuda de Pirón, Glós se encarga de hacer ubícua la palabra para llevar á cabo, por modo tan aceptable, un progreso intelectual, y Fós, con su pincel y sus re-

tratos, cultiva y desarrolla el sentimiento. ¿No ves cómo se enlazan los ciclos de tu actividad, y cómo te agigantas tú con ensanches sucesivos en las tres regiones de tu sér? Tras la compenetracion de tus sentidos, su extension y alcance ilimitados..... los conceptos ámplios y sintéticos constituidos con los datos innumerables que esos mismos sentidos te brindaron; tras los conceptos positivos de las cosas y los séres..... aspiraciones más nobles, afectos más generosos y sublimes. Y todo esto para contener á Dinamion y poner coto á su fuerza; y todo esto para sustituir á los ardides de Seuda el derecho y la justicia, dando lo suyo á cada cual; y todo esto, en fin, para trocar el egoismo en altruismo, estar en condiciones del bien, é iniciar el imperio del amor. Así tendrás leyes sábias, leyes justas. Ambicionas—bien lo veo—la soberanía: pues para ejercerla, directa y definitivamente, aumenta la abundancia de la isla con Pirón; difunde la luz del pensamiento con Glós; retempla la voluntad (producto de todo lo sensorio) con Fós, y Tongo y hasta Fanta, y cuando la tierra toda esté poblada de obreros, como de espigas un campo feracísimo, entonces y sólo entonces serás, segun deseas, soberano.

—No creia yo en verdad—replicó el hombre—que dependiera de todo eso la ciencia del buen gobierno.

—Porque sigues exagerándote la virtualidad de tu albedrío, ó haciéndote ilusiones sobre el poder de tu voluntad—continuó diciendo Pónos.—Para conseguir un buen gobierno, cumple las leyes de la isla, y al fin le conseguirás, á pesar de los esfuerzos de todos tus esquilmadores.

—Pero en fin—insistió Ántropos—¿hasta cuándo

van á chuparnos la sangre todas esas sanguijuelas?—Las cortapisas con sus exacciones, me exasperan. Estoy cansado de pechar, y cansados veo á mis amigos. Pechan si trabajan, pechan si se divierten, pechan si van ó si vienen, si se mueven ó están quedos, y si nacen, se casan ó se mueren, pechan. Todos nuestros ahorros van al arca.

—Prudencia, amigo, prudencia—contestaba el génio.—La libertad no es gratuita, y mientras no seais dignos de ejercerla, habreis de pagar, siquiera sea exageradamente, los servicios necesarios para corregir vuestros desmanes. No niego que pululan los abusos, pero sin embargo, no aventures los triunfos alcanzados por miserable avaricia. Si quereis emanciparos de socaliñas y tributos, poneos en condiciones de hacer por vosotros mismos aquello que hacen vuestros gobernantes, ó procurad hacer inútiles con vuestra conducta cuerda y arreglada, los servicios de Dinamion y los consejos de Seuda. Cuando practiqueis sin violencia la moral, podreis vivir sin pagar nada ó casi nada.

—Luego ¿hay que imponer la moral, hacerla obligatoria, cumplir sus eternas leyes?

—La moral es el último fruto del cumplimiento de todos tus deberes, y si como ideal tiene algo de constante y de absoluto, se realiza en cada época en la medida de lo posible, y conforme á los adelantos conquistados, siempre que en la sociedad existan condiciones para ello; pues hágote saber—y no te escandalices—que áun despues del bienestar material, de la luz vivificante de la ciencia, y del suave calor de los afectos, el mejor modo de contener á débiles y fuertes, á cándidos y sagaces, á ricos y pobres, á mansos y vehementes, dentro

de los límites del respeto mútuo y del deber, de la moral y las costumbres, es encajar en la complicada máquina social á cada pieza en su sitio, para contenerlas por contacto. Así, y sólo así, se ven todas sujetas y cohibidas en sus impulsos anormales por una vigilancia y resistencia mútuas. Es la manera más práctica de convertir el egoismo en altruismo.

—¡Y yo que creia fácil la ciencia del buen gobierno!—exclamó el hombre con tristeza.—¡Cómo! ¡Cómo conseguirla?

—Siguiendo como hasta aquí—concluyó diciendo Pónos.—Nada hay extraño á esa ciencia: y de no conocerlas todas, difícilmente se puede legislar sin producir choques y conflictos, ó sin ofrecer obstáculos al cumplimiento de alguna ley natural. Tienes algo aprendido, mucho adelantado, y por eso te gobiernan hoy mejor; pero te falta explorar el mar y el aire, como exploraste los cielos y la tierra. Prepárate para emprender ambos trabajos, pues ó yo no entiendo de estas cosas, ó serán casi los últimos para el desencanto de mi hija, cuya luz te es necesaria si has de realizar tus ambiciones.

CAPÍTULO XVI.

Efectivamente, muy pocos dias despues, nuestro hombre empezó á ocuparse con preferencia de la mar; pero como no seria lícito aburrir la paciencia del lector con el relato minucioso de sus, para muchos, áridos trabajos, y como por otro lado nos van faltando tiempo y fuerzas, apuntaremos breve y compendiosamente los resultados obtenidos con alguna que otra observacion.

Por de pronto, y para no dar tregua á su actividad, se metió en una campana enorme, vuelta boca abajo, y en ella comenzó á buzar á lo largo de las costas, y pudo reconocer los fondos, sus plantas y sus mariscos. Poco satisfecho con aquellas excursiones y mal avenido con tan estrecha prision, se construyó una escafandra con zapatones de plomo, y gracias á la impermeabilidad de la primera y al peso de los segundos, pudo pasearse por debajo de las olas, como se paseaba por su casa.

Aquello era algo, pero poca cosa. Reconociéndolo así, habló con Pónos, le consultó sus dudas, le pidió consejo, y aquel génio, fecundo cuanto generoso, le dijo despues de haberle oido:

—Llegaron por fin los tiempos, y hay que cambiar de conducta. Os veo presa de un egoismo raquítico y miope, pues aunque impelidos á la febril actividad de vuestro actual industrialismo por la fuerza incontrastable de vuestras necesidades y de las leyes de la isla, daríais con todo de través si pudiérais llevar las cosas y los acontecimientos donde os aconseja vuestra ignorancia y vuestro interés mal entendido. Sed egoistas, pero sed egoistas consecuentes. Ya que todos aspirais á ser más y poder más, poned los medios racionales de lograrlo. ¿Qué sois aislados? ¿Qué valeis cada uno de por sí? Absolutamente nada. Lo sabido en este mundo, lo sabemos entre todos. Con dos ojos, dos brazos, dos oidos, y para decirlo sin rodeo, con vuestros sentidos torpes y de escaso alcance, ¿á dónde habríais llegado, áun despues de perfeccionar y ensanchar con mil y mil invenciones esos pobrísimos sentidos? Áun con el telescópio y microscópio, la balanza, el barómetro, el termómetro; áun con Pir, y Baros y Glós, la nave, el molino, el polvo negro, ¿qué podríais hacer si os viéseis solos y sin la ayuda principal de todos vuestros semejantes? ¿A qué y para qué correríais como el ciervo con Pirón, ó nadaríais como la ballena en brazos del loco Anemos? Sois mucho por la cooperacion de los demás; sin ella, todo seria impotencia. Gracias á la accion de todos, pudísteis engrandecer vuestra personalidad, ya aumentando ilimitadamente la energía de vuestros débiles músculos; ya nutriendo vuestro espíritu con la carne suculenta de los hechos, suministrada por la mútua observacion; ya ennobleciendo y sublimando vuestro sentimiento, fuerza motriz de vuestra actividad, para ejercer sin descanso

los sentidos, órganos prehensiles de la inteligencia. Os acucia y os desvela un fatídico egoismo, y os resistis, insensatos, á su natural evolucion. Venid acá: ¿Cómo podreis satisfacer mejor vuestras múltiples, insaciables aspiraciones? ¿disponiendo únicamente de vuestros dos ojos, dos oidos y dos brazos, áun armados de todos y cualesquiera medios supletorios, ó disponiendo por añadidura de todos los ojos, todos los brazos, todos los oidos de los habitantes de la isla? Para seguir haciéndoos más fuertes, más sábios, más sensibles, ¿no veis cuál es el camino? Para vivir seguros y tranquilos, ¿no advertís las ventajas evidentes de que vigilen por vuestra seguridad mil ojos, mil oidos, mil olfatos, y aparten mil manos de vosotros todo peligro y cualesquiera asechanzas? El altruismo se os impone. Yo sólo os pido que seais egoistas consecuentes, y nunca os exigí imposibles. No pienso imitar á Seuda, ni áun recomendando como único paliativo una manca caridad antes de sazon y tiempo. Os hablo vuestro lenguaje, os pido lo que podeis dar, y pues rendís culto al egoismo, rendidle de una vez cumplidamente, comprendiendo, mal que os pese, que el altruismo es la extension inevitable de aquél.

—¿Por qué me dices todo eso?—preguntó Ántropos visiblemente sorprendido.

—Porque observo vuestras rivalidades nécias; porque veo los estorbos que suscitas al comercio familiar con tus hijos y con otros; porque sueñas con emanciparte del gigante y de la bruja, conservando algunas de sus instituciones, como los anzuelos, y en fin, porque es necesario concluir y entenderte de una vez con Andros.

—No pido otra cosa yo—exclamó el hombre noblemente.—Díme cómo debo obrar, y convéncele tú como á mí me has convencido.

Pónos, seguro de su protegido, se dirigió á los Brumosos Tremedales, y habló en los mismos términos al hijo. Segun era de esperar, el mozo no ménos noble y perspicaz, se prestó á entenderse con su padre de la manera más leal y más sincera, y aprovechando unas fiestas en las cuales Seuda y Dinamion gastaban alegremente el cuantioso contenido del arca de dos llaves, juntáronse padre é hijo en los confines del reino, y discutieron y arreglaron lo más factible y conveniente para repartirse las faenas y emprender la conquista de la mar sin que sus esquilmadores se alarmasen. Andros quedaria en tierra y atenderia con los principales servidores á satisfacer las necesidades de todos en general, mientras Ántropos se alejaria de la costa para recorrer el imperio de las aguas y traer noticias de su rico contenido en beneficio comun.

Realizada esta avenencia, el padre se puso á trabajar para construir su nave.

Fué aquella nave un verdadero palacio maravilloso y flotante. Sus cámaras eran salones cubiertos de dorados y de espejos, esculpidos en maderas finas, provistos de cuanto el gusto más refinado requeria, con camarotes suntuosos y una despensa repleta.

¡Qué diferencia entre aquella embarcacion espaciosa, cómoda y artística, y los primeros remedos del famoso cisne, en cuya bodega baja y reducida, toda incomodidad, toda dolencia y toda fea inmundicia tuvo su albergue y su asiento! ¡Qué progreso tan pasmoso entre el primer cascaron, juguete de

Anemos el loco, y el casco inmenso, seguro, impelido por otro servidor más dócil, y cabalgando sobre tres olas á la vez! En él se dispuso enorme rancho á Pirón, y para amenizar el tédio de la travesía, el marino imaginó llevarse consigo á Tongo y suplicar á Fanta que le acompañase. Pónos, sin perjuicio de acudir dónde y cuando fuere necesario, se decidió á permanecer con Andros.

Cuando ya se dirijia al mar para embarcarse, se agregó á su comitiva un servidor en traje de piloto, que tuvo por desconocido.

—¿Quién será este?—se preguntaba á sí mismo. Y no pudiendo resistir á su curiosidad se dirijió al recien venido y le preguntó quién era.

—¡Cómo?—exclamó el interpelado.—¿No me conoces? ¿No te han hablado de mí algunos de mis hermanos?

—¿Qué hermanos?—le contestó Ántropos.

—Pues Glós, Pir, ó cualquiera de los de mi familia. Te he servido por aficion antes de ahora, aunque oculto é invisible.

—¿Cómo? ¿dónde?—exclamó el marino sorprendido.

—Desde que robaste la brújula á Sinon. Prendado de aquel juguete, no me he separado de él, y de contínuo he procurado observarle y conservarle. Últimamente me quise meter á curandero de reumas y paralisis, pero no me ha ido bien, y pues te haces á la mar, vuelvo á tu lado y á la brújula.

—¿Cómo te llamas?—siguió preguntando Ántropos.

—Návago—contestó el recien venido (1).

---

(1) El magnetismo.

—Pues voy á llamar á Pónos para que te toque en la cabeza con su vara.

—Es inútil—siguió diciendo Návago con indiferencia.—Soy tuyo voluntariamente y ofrezco servirte de piloto. Las primeras aficiones jamás se borran en la vida.

—Me fio, enhorabuena, á tu palabra—concluyó diciendo el hombre.—En mi buque tendrás un rancho exclusivo. Cuidarás de la brújula y el rumbo, mientras sondeo y observo.

A poco de levar el ancla, y á vista todavía de la costa, el hombre puso el ojo de cristal al extremo de una sonda, y dejándola caer hácia popa y á un costado, fué haciendo sus observaciones y comunicándolas en alta voz á Fanta con el propósito de oirla.

—Aquí, junto á la misma costa—la decia—comienzan las praderas y los bosques submarinos. Están formados de algas, ulvas y confervas. ¡Válame y cuánta exuberancia! ¡Qué variedad! Este es un nuevo mundo abierto á nuestras conquistas. Estos son bosques más espesos que los terrestres; una vejetacion tan rica cuando ménos. A su sombra se mueven los cangrejos, y los pececillos nadan como vuelan en la tierra de flor en flor las mariposas. Otros peces mayores, y no ménos brillantes ó plateados, bogan serenos por el mar como nuestras aves por el aire. ¡Qué espectáculo tan nuevo y tan magnífico! Aquí veo praderas de plantas microscópicas; allá valles vestidos de enmarañadas y vistosas cintas verdes; más lejos caracoles atornasolados, ostras luciendo perlas y berruecos, y arena de oro y de nácar, y cristalillos y aljófares. ¡Cuántos! ¡cuántos años habré de necesitar para conocer estas

maravillas y clasificarlas! Las hay tan diminutas, que apenas si las percibo; las hay tan colosales, que me asombran. Ahora, por ejemplo, veo en lontananza montañas como en la tierra, sierras, y picos, y volcanes. El agua bulle á borbotones, como si debajo hubiese fuego. ¡Qué estrépito! ¡Qué trastorno! pero ¡qué abundancia!

—Me la figuro, me la figuro—exclamó Fanta arrebatándole la sonda y observando ella á su vez.—Las carnes de esos pescados bastarán para mantener generaciones infinitas. Las plantas os darán pan, y los sargazos, que exudan una especie de maná, os brindarán con cantidades inagotables de él, muy más sabroso que el otro que en el desierto os sostuvo. Busca medio de segar estas praderas, como has sabido discurrir los artes para pescar, y, por quien soy, que habreis de hartaros.

Antropos volvió á tomar la sonda, y prosiguió:

—Este es un mundo nuevo: diríase que es la cuna de la vida. ¡Hasta me figuro que las rocas se hallan cubiertas de un plasma sensible y palpitante, como si esta fuese la materia viva preparada para formar toda clase de organismos! (1) Esta es, sin duda, la region encantada de las hadas.

—¡Ya lo creo!—exclamó Fanta.—¿No te lo decia yo hace mucho, mucho tiempo? En esos líquidos dominios viven las sirenas, las hijas bellísimas del mar, con sus crenchas refulgentes, sus coronas de algas, sus senos pérfidos y sus celestiales melodías. Traidoras siempre, siempre fementidas, procurarán atraerte para estrellar tu nave en los escollos, y presenciar risueñas cómo luchas contra olas y

(1) Ilusiones de Huxley, Haeckel, Gümbel y otros sobre el Bathybius, que resultó ser sulfato de cal.

vorágines asido á una frágil tabla. Y si te ahogas, si te hundes, se apoderarán de tus despojos y los llevarán en juguetona corea á su acuático palacio. ¡Y qué palacio! ¡Muros de esmeraldas! ¡torres de topacios y rubíes! ¡tabiques y techumbres de diamantes! ¡y el pavimento de nácar, taraceado con perlas y caracoles! Y en torno, vistosísimos jardines con flores abigarradas y frutas suaves, dulcísimas—y dentro, eterno banquete para recrearse á todas horas, vestidas con sus ropajes de escamas—escamas de plata y oro—azules como la mar, carmines como el granate, y verdosas, y pardas, y negruzcas, y.....

—Olvida ya esas leyendas—interrumpió impaciente el marinero fisiólogo.—Todas tus antiguas fábulas son pálidas y pobres, y hasta insulsas, enfrente de las maravillas que contemplo. Tus sirenas son una de tantas formas creadas por tí á mi imágen: las formas que me extasían encierran mil y mil veces más misterio. La sed insaciable de mi alma no puede apagarse ya con esos cuentos de la infancia.

Así fueron Fanta y el marino internándose en el Oceano, y entreteniendo el tiempo con sus observaciones y sus pláticas, de cuando en cuando amenizadas por armonías de Tóngo, y así le recorrieron todo sin agotar sino una parte mínima de sus portentos y prodigios. En las zonas intertropicales vieron surgir la vida á borbotones, y poniéndose al pairo y mandando á Pirón que descansase, unas veces observaron los hechos con la sonda, y otras, para tocarlos más de cerca, buzó el curioso observador con la escafandra.

A cada nueva zambullida, creia hallarse más y

más en el reino de las hadas y los encantamientos. Aquí pisaba bosquecillos fantásticos de arbustos y masas caprichosas de astracas y meandrinas con los cálices de la esplanaria; allí nulíperos dorados ó rosáceos, envidia del melocoton, se mecian entre las perlas nacaradas de los retíporos, adornados unos y otras con las franjas de marfil y verde de nunca vistos vegetales; cabe á la playa, y mecidas muellemente por las olas, agitaban á compás sus abanicos lilas ó amarillos las gorgonas, para lucir y deslumbrar con su artístico tejido de preciosa filigrana; más allá los musgos y los líquenes tendian su tapiz de terciopelo para hacer resaltar la brillantez de plantas multicolores y las tintas más vistosas del pardo y del amarillo, de la púrpura y el rojo, del azul y del naranjo, confundiéndose, desvaneciéndose, y pasando suave y armoniosamente de las unas á las otras. La arena estaba cuajada de estrellas de mar y erizos de formas indefinibles, y las madréporas, con sus complejas ramificaciones, parecian extender sus dedos y alargarlos sin cesar, en competencia con los corales de color de sangre. Por encima de flores gigantescas de gigantes cactus, pintadas con color de fuego, y de las coronas tentaculares de las anémonas marinas, flotaban las campanillas azules ó de nieve de las frágiles fisalias, y el colibrí del Oceano, dije de zafir y plata, de oro y de rubí, nadaba en giros caprichosos, y las bandas ó cintas de mar arrastrábanse como culebras, y fascinaban con reflejos argentíferos de azur ó del color de la rosa.

Aquellos mágicos efectos de sombra y luz, de transparencias y cambiantes, surgiendo á cada vaivén, desvaneciéndose y apareciendo con cada

ola, se iluminaban por la noche con millones de chispas fosforescentes, lucecillas encendidas por las medusas solícitas y los crustáceos microscópicos, y los innumerables pobladores de la mar veian pasar por su firmamento acuático, todo poblado de estrellas, bandadas de peces-luna (1), cuyo plateado y movible disco iluminaba los huecos más profundos para vestir aquellos ámbitos con claridades fantásticas, y servir de faro en sus perennes movimientos á las miriadas infinitas de pescados y mariscos, de pólipos y equinodermos.

Porque ya pusiera el rumbo al Norte, despues de haber explorado el Mediodia; ya observando se abstrajese á Poniente ó á Levaute, si rica encontró la flora sub-oceánica, rica á la par se le reveló la fauna. Los pólipos diminutos, y cien familias de infusorios, eran como el polvo de la vida animal, con cuyas conchas y escudos se formaban dia y noche montañas y cordilleras madrepóricas, hasta surgir en islas del seno del Oceano; pues tal era la pasmosa actividad de aquellos constructores de la tierra, que á pesar de caber en el hueco de la mano cuatro millones de sus ánforas graciosas, edificaban con ellas, en un período cortísimo, los cimientos de imperios dilatados para sustentar la gloria de los Dinamiones, y los sistemas de Seuda. Su reproduccion mareaba. La vida salia de la vida en milagrosos raudales, y Fanta misma no acertaba á imaginar cómo de un átomo imperceptible de ella, brotaban rios y torrentes, para formar un oceanó (2).

---

(1) Orthagoriscus mola.
(2) Segun Ehrenberg, una *bacilaria* y un *vorticelo,* pueden ser el punto de partida de 140 billones de indivíduos en el espacio de cuatro dias.

Desde allí, y en progresion ascendente, la animalidad crecia, se diferenciaba, adquiria funciones múltiples, complejas, y de invasion en invasion, amenazaba convertir el mar en un conjunto de vivientes organismos.

—¿Qué es esto?—exclamaba á lo mejor el marinero.—¿Qué sombra negra se adelanta rápida? ¡Ah! ya lo veo, ya lo veo: ¡son arenques! ¡Cuántos millares de millones! Si se acercan á la nave nos arrastrarán en torbellino. ¡Cuántos centenares de años habrán sido necesarios para criar esa grey!

—No lo creas—dijo Fanta, observando ella á su vez.—Cada hembra segun veo, lleva cincuenta mil huevecillos, y lejos de ser como tú dices, si no viniese detrás el natural enemigo de esos peces, en pocos años tendrias seco el mar, y convertido en una masa de arenques.

—Pero ¿cuál es ese enemigo?—preguntó Ántropos quitando la sonda al hada, muerto de curiosidad.—¡Ya lo veo! una..... dos..... tres..... una falange de ballenas, algunas arrojan cataratas de agua á prodigiosas alturas; pero las más avanzan con la boca abierta, y tragan arenques á millares. Ya los acorralan en la playa, y la que sigue la persecucion, en ella abarranca y muere. El instinto de la conservacion, es general. Pero allí, en la playa, entre los escollos, les espera otro peligo: otros pescados medianos les atacan, y los hay tan crueles y voraces, que acechan á las pobres hembras, aguardan á ver las ondas cubiertas con su lechecilla, y se tragan sin piedad generaciones enteras. Los peces grandes devoran á los pequeños, sin respetar las criaturas.

—Como entre vosotros—exclamó Fanta.

—Tienes razon — repuso Ántropos con acento triste.—Y eso que por allá no gozamos de la fecundidad de estas regiones. Aquí veo, por ejemplo, un pez de antiguo conocido, y con el cual me hartaba Seuda á las vegadas. Es un abadejo ó bacalao hembra, y, ó yo no tengo ojos en la cara, ó lleva en su seno nueve millones de indivíduos. Figúrate lo que seria el mar sin el esturion, que devora los huevecillos con gula. Está visto, yo no sabré dónde comienza la vida, pero empiezo á comprender la rotacion de la materia. Bien decia Pónos que mi razon habia menester de algunos hechos del mar, con algunos más del aire, para dar forma, belleza y precision á mis ideas innatas, tan inmortales como irreductibles—por supuesto.

Estas y otras muchas más fueron las deducciones y las presunciones del botánico-fisiólogo en sus travesías por el mar y sus pláticas con Fanta, pero ¿quién podria resumir sus impresiones al arribar sobre las costas del Continente Dorado, al recalar en las islas y al curiosear pacientemente el estado y las costumbres de sus numerosos habitantes en diferentes zonas y países? Grande era su admiracion en el estudio de la Naturaleza, y sin embargo, mayor, aunque no tan plácida ni tan consoladora, fué la producida por aquella exploracion del mundo moral ó del espíritu. Costumbres extravagantes, aberraciones sin cuento, ideas contradictorias, inexplicables conductas, ambiciones infantiles, empeños nécios ó ridículos, feos vicios y virtudes, crímenes y santidad, todo revuelto, confundido en las familias y hasta en las personas, llenó su corazon de pena y su cerebro de dudas.

Por de pronto, y en el Dorado Continente, se quedó absorto al contemplar la transformacion profunda de aquella vírgen comarca, desde su primer inolvidable viaje. Ya no la poblaban razas inexpertas viviendo poco ménos que en los bosques. Por todas partes ciudades florecientes; de trecho en trecho puertos opulentos y seguros; escuadras de naves en el mar; campos ubérrimos y abundosísimos esquilmos; los graneros repletos de maíz y trigo; los talleres poblados cual colmenas, y en medio de un bullir vertiginoso en la abundancia, una paz nunca turbada, y una concordia envidiable.

Ántropos, deseoso de admirar de cerca tan apacible espectáculo, saltó en tierra y comenzó á divagar por las plazas y las calles. Cruzábase en todas direcciones con hombres y niños y mujeres, corriendo sin aliento y sin reposo, como quien busca alguna cosa. Repetidas veces intentó detener á alguno de ellos para hablarle, y siempre lo intentó en vano, porque ellos y ellas, grandes y chicuelos, pronunciaban un monosílabo, y á duras penas dos ó tres, y seguian desalentados corriendo: «Bueno», «luego», «poco», «más», «tarde», «prisa», le decian unos: «pido hierro», «ofrezco trigo», «vengan númas», «tiempo es oro», seguíanle diciendo otros al pasar de refilon: «¡avante!» gritaban todos, y Ántropos no podia comprender una palabra. Por fortuna llevaba en la mano, y á guisa de baston, el bichero de su esquife, y cansado de aquel juego, sujetó con el gancho á uno de los transeuntes por aquella parte posterior de su vestido, que la decencia no nos permite nombrar, y le dijo al detenerle:

—Pero, ¿qué es esto?—¡voto á sanes!—¿me quieres explicar cuanto aquí veo y cómo ha podido ha-

cerse tamaña transformacion que me suspende y maravilla?

—Pues á mí me maravilla que te maravilles tú—le contestó el prisionero por detrás.—Estos son los milagros del trabajo. ¿No me recuerdas? ¿No me reconoces?

Ántropos se fijó entonces en su presa, y reconoció al soldado poeta del estoque y la mochila, con quien hablara tiempo atrás al regresar del primer viaje al Continente Dorado.

—He cambiado de oficio, como ves, porque la vida es mudanza, y á la verdad que no me va peor—continuó el prisionero moviéndose y gesticulando. —Aventurero en la guerra—aventurero en la paz—todo es rapiña.—Aquí vinimos huyendo, como sabes, de esquilmos y vejaciones, desnudos al parecer, pero ricos en realidad, pues traíamos los tesoros de tu experiencia, las máximas del buen Pónos, y voluntad decidida de ser libres. Tras de nosotros vinieron sin cesar otros viriles aventureros, y aquellas escapadas de tu pátria en ódio á la mentira ó á la fuerza, constituyeron una verdadera seleccion. No es extraño que valgamos más. Contempla lo que hemos hecho y mira si hemos acertado: la tierra nos da ciento por uno. Corremos sin cesar tras la riqueza, porque nos proponemos comprar el resto de la isla.

Y como advirtiera el por un momento detenido tan contra su voluntad, que Ántropos habia aflojado su bichero, algo embobado al oirle, desprendió el gancho del calzon y salió como una flecha gritándole al escapar: «el tiempo es oro».

Ántropos se quedó solo en medio de aquel gentío, y continuó observando.

Entró en un templo de los muchos y suntuosos

de aquella magnífica ciudad, y no supo qué inducir. Por todo símbolo sagrado, habia en una nave grandiosa una núma colosal de plata, como las acuñadas por sus manos (1). La gente adoraba aquel emblema invocando las virtudes de la templanza, la prudencia, la fortaleza y la justicia. En otras naves no tan majestuosas, se entonaban himnos á la inmortalidad con fé creyente, y los feligreses, sin excepcion alguna, pedian el supremo bien de una beatitud contemplativa, con privilegio exclusivo para no hacer ni pensar nada. En seguida la emprendian á correr y no se daban punto de reposo.

—No lo entiendo—se decia Ántropos.—Estas gentes azogadas que así exajeran las máximas de mi protector, desconociendo el equilibrio necesario en los esfuerzos de su actividad, ó no creen lo que dicen, ó no dicen lo que creen.

Salió del templo y se volvió á su nave. Para alejarse de aquella tierra, puso la proa hácia el Norte. Cuando arribó, entre brumas, á otra costa, cautivóle desde lejos un edificio imponente. Saltó en tierra; se dirigió al edificio, importunado á cada instante por mendigos harapientos (los cuales, con sus mujeres y una turba de famélicos hijuelos, le pedian pan), y cuando quiso penetrar en él, se lo estorbó un centinela. Preguntó entonces la razon, y un caballero bien vestido y bien comido, de rubicundos mofletes, se brindó á dejarle entrar y hasta servirle de guía. Aceptó, y entonces supo que en aquel establecimiento se cuidaban esmeradamente en celdas, si no cómodas, costosas, á la familia feliz de los grandes criminales.

(1) The almighty dollar. (El todopoderoso duro).

—Pero ¿cómo se atiende en esta tierra—se atrevió á preguntar nuestro hombre—al criminal de este modo, mientras haya una sola familia honrada sin que nadie se interese por su suerte?

—Yo le diré á vuestra señoría—contestó el rubicundo mofletudo.—El criminal es digno de compasion, y en mano del obrero está el gozar de estos beneficios, dejando de ser honrado. La filantropía es ante todo.

—¿Pero quién paga los gastos?—se atrevió á decir nuestro viajero.—Supongo que sólo los filántropos.

—Yo le diré á su señoría—tornó á contestar el atildado rubicundo.—Sisamos una miguita á cada bocado del obrero bueno, y mantenemos á los malos.

Ántropos creyó habérselas con un monomaniaco y abandonó la penitenciaría, resuelto á salir de aquella tierra. La vista de otro edificio lindísimo, le hizo cambiar de propósito. Cercado de un jardin ameno, guardaban sus puertas algunas mozas primorosamente ataviadas, y mocetones con librea. Allí llegaban contínuamente próceres y damas de alto copete, y entraban, y se detenian y salian. Hizo otro tanto por curiosidad, y vió en el piso principal, perros y gatos enfermos; más arriba, los convalecientes; y en las cuadras de la planta baja, otros cuadrúpedos inválidos. Observó cómo una turba de criados cuidaban con esmero de aquellos séres inútiles, y no atinando todavía con la razon de todo aquello, se dirigió á una moza de las ménos atareadas, y con timidez la dijo:

—¿Podeis decirme qué es esto? ¿En virtud de qué propósito se constituyen hombres y mujeres en

criados de estos bichos, y se dejan morir de hambre, á la misma puerta de esta casa, miles de infelices prójimos?

—Es muy distinto—contestó la moza.—Esos hambrientos son unos imprudentes lúbricos, mientras estos pobrecitos bichos carecen de inteligencia.

—Lo voy entendiendo—continuó Ántropos.—La razon es en aquellos un crímen, y el mérito de estos la carencia de ella. Sois en verdad, muy compasivos. Pero ¿qué comeis?

—¡Vaya una pregunta!—exclamó la moza.—De todo cuanto vive, y de lo mejor y más gordito.

—Es decir—se aventuró á exponer nuestro marino—que haceis lo mismo que ahí enfrente: os desvivís por conservar á los malos, exterminando á los buenos.

La fregatriz de los gatos prorumpió en exclamaciones, acudieron los lacayos de los perros y enterándose cuantos habia en el hospital, se armó tal bullanga de sensiblería, que Ántropos tuvo á bien escurrirse como pudo y refugiarse á su nave.

Desde allí anduvo navegando á la ventura, y si en un país abundaban las incongruencias, en el otro pululaban los sofismas y las paradojas. Vió en todas partes el santo horror contra el ladron en fragante, la servil admiracion hácia el ladron venturoso, y comprendió que no se aborrecia el desacato, sino toda torpeza al cometerle; advirtió la pulcra solicitud del perdurable formalismo en las cosas de justicia, y sospechó si el derecho estricto se modelaria como cera; presenció los triunfos de la hipocresía y las iras de la santa mansedumbre, y hubo de sorprender la egoista abnegacion con la cual los

holgazanes astutos, explotaban las flaquezas de la razon ó el sentimiento, para vivir á costa de la credulidad ajena; se pasmó al saber que una providencia óptima era la *causa* de todo lo dependiente de un albedrío *libérrimo;* no comprendió cómo los pueblos y naciones fundaban su prosperidad en la riqueza y en el número, y consideraban perfectos y sublimes á quienes hacian voto de pobreza y castidad; «las leyes—oia á este—habrán de repartir »las fortunas para que el pobre pueda trabajar con »desahogo y el rico tenga que hacerlo al conservar ó »al adquirir» (1), y todos daban pecho al más pirata, y á ciencia y paciencia de la generalidad, los mercachifles envenenaban á sus prójimos con horrendas sofisticaciones para hacerse ricos como nadie; «tiempos llegarán—añadia otro—en los cuales »un plutócrata, un millonario, parecerán personajes »fabulosos, meros entes de razon» (2), y aunque adivinaba en este y en otros agüeros que la propiedad, base de la sociedad, necesitaba correctivos, presenciaba el *uso* y el *abuso* de ella, sin otra limitacion sino «beato quien posee»; á cada paso, y de contínuo, al contemplar cuánto costaba al verídico la dignidad—el más caro de todos los bienes de la tierra — exclamaba con uno de nuestros grandes pensadores: «¡siempre se ha de sentir lo que se »dice! ¡nunca se ha de decir lo que se siente!» (3), y—para no hacer interminable esta revista compendiosa—se persuadió de que la humanidad culta pasaba la vida en fomentar vicios, errores y males, á fin de tener ocasion de adjudicarse á sí propia el

(1) Montesquieu.
(2) Chateaubriand.
(3) Quevedo.

mérito de combatir unos y otros con *su* ciencia, *su* política, *su* religion y *su* moral.

Por fin, confuso y casi desesperanzado, pensó de nuevo en Gina y en su hogar, y puso rumbo á su casa.

CAPÍTULO XVII.

Cuando Ántropos regresó de nuevo entre los suyos, su familia y sus amigos salieron á recibirle.

—Bien venido seas—le dijo Pónos tendiéndole los brazos amorosamente.—¿Vienes satisfecho de tu viaje?

—Mucho—contestó el hombre—en cuanto á las tiernas confianzas conseguidas en mi comercio con la Naturaleza; poco, muy poco, respecto á lo visto y observado acerca de la conducta de mi especie. Las plantas de mi catálogo suman cuatrocientas mil, y las formas animales se acercan á dos millones. Con esto quiero decir que mis ideas sobre el universo se ensanchan, se completan, se confirman; pero en lo tocante á la actitud de mis prójimos, á su papel en la comedia de la vida y á su modo de desempeñarle, estoy por decir que sus inconsecuencias y contradicciones son mucho más numerosas. Pero, en fin, el mar es un nuevo mundo, y para conquistarle y conocerle vengo resuelto á construir un ictíneo, un fiel remedo de pescado. Dentro de él surcaré el reino de las aguas hasta esquilmarle pro-

vechosamente. Ya hablaremos de estas cosas. Déjame ahora obedecer á la voz del corazon. ¿Por qué te veo, Gina, con semblante triste?

La mujer, por toda contestacion, suspiró y rompió á llorar.

—¿Qué hay, Andros? ¿Qué sucede? Explícame este silencio. ¿Dónde está Télia? ¿Ha muerto ó vive? —siguió preguntando el hombre con voz preñada de zozobra.

—Vive—contestó el hijo suspirando.

—Luego, ¿por qué no la veo con vosotros?

—Porque su nombre es veleidad, y su destino sufrir. En su lucha por ser hombre no pudo dejar de ser mujer: ha sucumbido con amor y abnegacion al que ella llamaba su tirano.

—¡Válame!—exclamó el padre.—¡El eterno femenino!

Hubo un rato prolongado de silencio, al cabo del cual, Ántropos se pasó la mano por los ojos.

—¿Qué más ha sucedido aquí durante mi larga ausencia?—tornó á preguntar con su varonil acento de costumbre.

—De todo un poco, bueno y malo—contestó Andros tomando de nuevo la palabra.—Dinamion ha seguido, como siempre, buscando lides y gloria. En un dia de pelea destruye nuestros ahorros de un año. Seuda beneficia, como de costumbre, los errores y flaquezas, para que vivan sus servidores en la holganza, y aguza el ingenio, como nunca, á fin de dar apariencia de verdad y de virtud á los hipócritas alardes de los suyos. Tenemos alborotados y en perpétua agitacion á los últimos obreros, los cuales pretenden erigirse en nuestros amos, nos roban nuestras conquistas y emplean el polvo negro en

darnos uno y otro susto. En cambio, nuestros leales servidores, bajo el blando yugo de la vara mágica de nuestro protector, han realizado y van realizando milagros y maravillas. Fós me ha enseñado á construir un espectroscopio para distinguir las diferentes materias en el sol, en los astros, en las nebulosas, y me creo ya en camino para demostrar su identidad, á pesar de la petulancia autoritaria con que Anoya lo ha declarado imposible (1). Glós se ha atrevido á rivalizar con Tongo—á quien llevaste contigo—y dispongo de un teléfono para hablar con los antípodas, y de un micrófono, con cuyo auxilio sorprenderé las conversaciones íntimas de las hormigas, las moscas y las abejas. Y no paran aquí nuestros adelantos: en nuestro afan por dar alcance ilimitado al sentido del oido, Fós me promete transmitir con un fotófono el verbo á las últimas estrellas, y yo, deseoso de que no desaparezca para nuestros hijos ninguna palabra de belleza y de verdad, he construido un fonógrafo que repite, por modo maravilloso, todo discurso que escucha, con las inflexiones, timbre y colorido de la voz. Ya ves si he perdido el tiempo.

—¡Que me place!—contestó Ántropos.—Todos esos medios de agrandar nuestra personalidad son verdaderamente inestimables, pero nada valdrian en definitiva sin su cuerda y constante aplicacion. Pensemos en ella pues; comencemos por el mar.

—Y á mí me parece más urgente y conveniente que comencemos por el aire—insinuó Andros.—Si el mar es un mundo, cuyo imperio nos conviene,

(1) Comte no creia posible averiguar la unidad de la materia.

nos toca mucho más de cerca este otro mar atmosférico, dentro del cual vivimos sumerjidos.

—Allí hay enseñanzas á millares—exclamó Ántropos.—La vida do quier palpita.

—Y aquí—replicó el mozo animándose—no las hay en menor copia. Esos parásitos invisibles, hasta el polvo que no vemos, nos han de revelar alguna letra del eterno indescifrable enigma.

—Antes el ictíneo—insistió el padre.

—Despues del globo—añadió el hijo.—El ictíneo antójaseme imposible.

—No hay imposibles para mí—replicó Ántropos. —Suprimo desde luego esa palabra. Quiero ser pez y lo seré.

—Hoy es más fácil ser ave.

—Las mareas, las corrientes, el movimiento incesante de las olas, la influencia de la luz y de las salobres aguas sobre la flora y la fauna, eso, eso es lo que importa—siguió diciendo el marino con cierto tono autoritario.

—¿Y los vientos, las variaciones de la atmósfera, los meteoros de la lluvia, del granizo y de la nieve, los fenómenos meteorológicos, en fin?—preguntó el mozo con viveza—¿no influyen sobre la salud, el ánimo y el espíritu?

Viendo Pónos claramente que aquella discusion casual iba tomando visos de disputa, intervino con su autoridad, y dijo:

—¿A qué discutir ahora por dónde se ha de comenzar? Los ciclos de vuestros adelantos se determinan de suyo: acudireis á la necesidad más apremiante, y ya elevándoos dentro del globo por el aire, ya procurando nadar debajo de las borrascas, haremos una y otra cosa y quedareis complacidos.

Veamos ahora lo que podemos intentar de pronto para sacar el mayor fruto posible de los triunfos alcanzados, y promover con empeño el desencanto de mi hija.

—A mi modo de ver—contestó Ántropos—es necesario pensar en los demás. Sin su cooperacion, nuestros esfuerzos serán vanos. La anarquía del espíritu me preocupa. Me voy convenciendo de la necesidad del altruismo, y os aconsejo que amoldemos á sus preceptos la conducta. Vengo desanimado y triste. El espectáculo del estado de mi especie oprime mi corazon. Ella es el estorbo príncipe á los más legítimos deseos. Tan admirable, tan armonioso, tan consolador como es el cuadro bellísimo del mundo y la Naturaleza, tan incomprensible y discordante es el de la flaqueza humana. No niego nuestros adelantos; conozco nuestros progresos. Ya no puede degollarnos Dinamion ó arrojarnos al estanque para cebar sus lampreas; existe un incipiente Código moral, en virtud de cuyas leyes no es lícito despojar á nadie de lo suyo, como no sea por la astucia; pero las prescripciones de este Código—más ó ménos acatado dentro de líneas convencionales y arbitrarias—cesa de regir ó se convierte en lo contrario, cuando las traspasa el crímen. Entonces el degüello y el saqueo se llaman heroismo y gloria, y los actos merecedores de oprobio y de cadalso dentro, alcanzan la bendicion y la ovacion porque se cometieron fuera. Es necesario establecer una moral universal sin sofismas, sin ficciones, y como quiera que nuestro protector nos tiene demostrada la marcha cíclica de toda reforma sólida, propongo que halaguemos á los habitantes de la isla con el cebo del negocio y el atractivo del recreo, celebran-

do una gran féria. Principiaremos por aquí, ¡quién sabe á dónde nos llevará!

Pónos aceptó la idea, y Andros la aplaudió con entusiasmo. Más codicioso y más interesado que su padre, comprendió la importancia de aquel pacífico certámen para trocar sus baratijas por utilidades de mayor valor, y enriquecerse fácilmente aprovechándose de los antojos del deseo y el candor de la ignorancia (1).

Presentada la empresa á Dinamion, el gigante la aplaudió á su vez; y á pesar de los recelos de Seuda, toda la gente duendil se unió á los discípulos de Pónos para pedir y ponderar el certámen.

La féria se decretó; Andros obtuvo el honor de celebrarla en su casa, y deseoso de hacer alarde de su esplendidez y de cumplir generosamente los delicados deberes de anfitrion, requirió la vara mágica de Pónos, el auxilio de todos los criados de su padre, y alzó, en medio de los Trampales Brumosos, un nunca visto palacio.

Era (cuando se le miraba desde lejos) una inmensa, transparente ampolla de cristal, muellemente recostada sobre alfombra de verdura. Su tamaño, colosal; su aspecto, el de una joya tallada de innumerables facetas. De ejecucion atrevida—pues los cristales de sus paredes y techumbre parecian engarzados con hilos ténues de hierro—seducia su conjunto, porque los planos entrantes y salientes quebraban los rayos de la luz, trazando líneas armónicas, entre resplandores vívidos y penumbras y cambiantes.

Al penetrar en aquel palacio mágico, los ojos,

(1) Exposiciones univerasales.

atraidos por mil y mil objetos á la vez, concluian por desvanecerse. Por todas partes inventos; por todas partes creaciones. ¡Oh, y cómo brillaba allí el poder irresistible del fecundo Pónos! Aquellos raros prodigios, aquellas maravillas inefables habian nacido al toque de su vara de oro, al contacto de su cetro. ¡Y todo ello para descorrer el manto de una pobre esclava! ¡Y todo ello para hacer más sensibles y ricos é inteligentes á misérrimos salvajes y á menestrales misérrimos!

Allí estaban las gemas y el cristal, las rocas y los metales, los barros y las maderas, el azabache y el carbon, el nácar de rosado lampo, las fibras de los vegetales, el pelo y pieles de los brutos, las plumas y el plumon del ave; allí gomas y resinas, concreciones y raíces, frutos terrenos y marítimos, todos los cuerpos, en fin, con cuyas formas y combinaciones se disfraza ó se recata la protéica materia, unos sin afeites y al desnudo, otros pulidos y atildados de cien modos y maneras, segun las necesidades y caprichos, y disgregados, combinados, entretejidos, escultos, ya para constituir indispensables dijes y utensilios, abrigos sanos é higiénicos, ó máquinas ingeniosas, ya para admirar ó sorprender con muebles de lujo y ornamento, alardes de vanidad ó vistosos artefactos.

El diamante, el zafiro, el ametista, la perla y el rubí, el ópalo y el topacio, el jacinto y la esmeralda, engarzados é incrustados en el oro, ornaban preseas deslumbradoras ó se prestaban admirablemente á dar duracion y resistencia al relój para medir el tiempo, á las balanzas para pesar lo sutil.

Las tintas y los tintes destilados de las plantas,

extraidos de las tierras, robados á los insectos, desde la púrpura del múrice hasta el negro del hollin, manchaban primorosamente en artísticos diseños las hebras ténues y flexibles de la lana, el lino, el algodon, la seda, y hasta el negror de la hulla, descompuesto por el químico, suministraba colores de hermoso brillo, rivales de los del iris. El cobre relucia como el oro, el hierro brillaba cual la plata, y en manos del artífice mecánico, aquellos metales y cien otros, se habian convertido en agujas ó escalpelos, en instrumentos preciosos, complementos de la sensibilidad y los sentidos, en remedos de elefante ó de ballena, para transportar montañas con velocidad pasmosa, y en toda clase de organismos, cuyos brazos, manos, dedos así cardaban, hilaban ó tejian como aserraban, pulian ó forjaban; organismos diminutos, organismos colosales para el servicio de los hombres y mujeres, pues con igual desembarazo cortaban y tejian una túnica, como impulsaban la nave burlando la tempestad. La esponja, el corcho, el ébano, el marfil, la arena convertida en vidrio, el barro endurecido en porcelana, todo tenia allí su aplicacion, nada era ocioso ó inútil, nada que un goce no satisficiese. Para aumentar el catálogo de las satisfacciones, habíanse puesto á contribucion los campos y la mar, los rios y los abismos, la luz del sol y hasta la sutileza del aire; habíanse sacado dechados de perfeccion, de hermosura y gentileza de lo tosco, lo feo, hasta lo inmundo. Aquí una tierra se habia convertido en joya; allí el pedernal molido, en ojo de lince ó en maravilloso espejo; más allá el veneno y la ponzoña en bálsamo de salud; acullá la linaza y el hollin en alígeros parleros biblos, custodios depositarios

de las tiernas emociones y los grandes pensamientos. Granos y frutas en perfecta madurez estaban al lado de incorruptibles viandas, aceites cual el ámbar claros, junto á los vinos y néctares, triacas y medicamentos mezclados con esencias y perfumes. Y luego venian pájaros y flores, aves y reptiles, los peces y los brutos, los compañeros dóciles de la familia, y las fieras indomables. Y en pos trasuntos de belleza eterna, cuadros respirando vida, estátuas con sensibilidad al parecer. Y todo aquello, útil, verdadero ó bello, confundido, barajado, en movimiento, en accion, en un ambiente de paz, formaba una armonía seductora, ante cuyas sublimes manifestaciones el espíritu se conmovia y sublimaba. ¿Quién seria capaz de dar sombra de idea, con la palabra ó la pluma, de aquel mágico conjunto? El Homero destinado á cantar en canto heróico aquellos inefables triunfos, está todavía por nacer; y á nosotros, esclavos de un destino adverso, sin medios y sin libertad para intentarlo, sólo nos cumple suplicar al benévolo lector que se figure reunidas y ordenadas todas las maravillas de este cuento, y nos permita terminarle, mal que bien, pues en verdad, en verdad, ya es hora de concluir.

Por mucha que sea nuestra comezon, relataremos, no obstante, algo de los muchos diálogos habidos entre los varios actores de la fiesta.

Al dar Ántropos una y otra vuelta por el edificio, notó dos ó tres metales que ni remotamente conocia.

—¿Qué es esto?—preguntó maravillado.—Estos metales son desconocidos para mí.

—Esos metales—dijo Glós, quien se hallaba allí

cerca por acaso—fueron descubiertos por mi hermano hace muy poco.

—¡Cómo?—exclamó Ántropos.

—Con su prisma de cristal (1).

—Pero Fós ¿es alquimista?

—Él no se titula así, por ser ese oficio desacreditado, mas presume de físico y de químico.

—¿Pero de dónde los sacó? Préciome de conocedor, y jamás los ví en la isla.

—No es de extrañar, á fé mia—replicó Glós impasible.—De seguro que en un siglo no acertarias con su orígen.

—Pero en fin—insistió Ántropos—Fós, no habrá dado con ellos en la luna.

—En la luna no—continuó Glós.—Los descubrió algo más lejos.

—¿En dónde, pues? ¿te chanceas?

—No tal. Los descubrió en el sol (2).

—¡Imposible!

—Recuerda — interrumpió Pónos — que querias suprimir esa palabra no hace mucho.

—Acabemos—insistió Ántropos.—No concibo lo que me dices, Glós. Explícate de una vez.

—Mi hermano Fós—continuó el mensajero—ha querido demostrarte que sirve para algo más que pintar. Por eso se valió de su famoso prisma y de la gama de colores con sus notas y silencios, y analizó la misma luz. Sospechaba, al hacerlo, la unidad de la materia cósmica, y como quiera que vió estos metales en el sol los buscó tenaz aquí, los encontró, y ahí los tienes. Admira ahora ese magnífico bajo-

---

(1) El espectroscópio.
(2) Descubrimiento del Cœsio y del Rubidio.

relieve mio. En celebridad y memoria de su triunfo, le he esculpido poco á poco con partículas de cobre (1).

—Es decir—exclamó Ántropos—que eres escultor tambien.

—¿Quién no tiene algo de artista?—contestó el criado con prosopopeya.—El sentimiento entra en todo: es la vida misma, y su apogeo, la emocion estética.

—¡Por quien soy—tornó el obrero á exclamar—que esta isla es encantada!

—Algo más lo habrán de decir tus hijos—añadió Pónos pensativo.—Repara si no: todos ven en vuestras obras la habilidad de vuestras manos, la educacion de vuestros sentidos, la docilidad de vuestros músculos al obedecer las sugestiones de la idea; pero ninguno reflexiona en que la sensibilidad es la fuerza motriz, consciente, de todos vuestros movimientos, y ninguno distingue los pedazos de vuestra inteligencia, los girones de vuestra alma, encarnados en todas y cada una de estas maravillas, por el placer ó el dolor. Y sin embargo, lo más admirable de todo esto, para quienes saben la historia y la filiacion de las invenciones materiales, es que de estos adelantos, con estos adelantos y mediante estos adelantos, sentidos hasta darles cuerpo, germinaron, crecieron y tomaron posesion de la conciencia todas las ideas útiles, todas las sublimes trascendentales concepciones. Fanta—cuyas leyendas no desprecio—podrá crear un mundo bello con ficciones para vivificar tu sentimiento, mas todo el rico contenido de tu razon es fruto y nada más de

(1) Galvanoplástia ó electrotipia.

tu trabajo. Por eso, cada uno de los objetos acumulados aquí, es una piedra miliaria de la marcha de tu espíritu.

—Escucha ahora una duda—prorumpió Ántropos de pronto.—Concedo que mi razon se haya formado como se forma el suelo laborable y fértil con los vestigios de todo; admito que es el producto complejo de uno y otro órden de fenómenos; pero si ello es en efecto así, en pos de la agregacion vendrá la disgregacion, los elementos se desprenderán en la vejez uno tras otro y.....

—No sigas—exclamó Pónos tapándole la boca con la mano.—Resígnate con humildad y cree.

—¡Creer! ¿En qué?

—En la bondad absoluta.

—O en la maldad de la vida.

Pónos se sobresaltó, y con una ansiedad visible, dijo tras una pausa de silencio:

—¿Ahí estamos? ¿qué quieres decir? Me sobresaltas.

—Te lo diré de una vez—continuó Ántropos con ceño torvo.—La charla sutil de Anoya, sus varias filosofías, me hacen pensar tristemente. En medio de la altisonante algarabía de sus peroratas, dice tales razones y tan peregrinas, que dentro de mi espíritu se retuerce para atormentarme la fria y despiadada duda. Tú me has inspirado la resignacion, á veces el optimismo, pero ella, de deduccion en deduccion, ha concluido en mal hora por hacerme gustar el pesimismo. ¿Crece el bien ó crece el mal? La vida ¿vale la pena de vivirse?

—En verdad te digo—contestó Pónos en acento de profundísima tristeza—que nunca hubiera sospechado en un discípulo mio caida tan vergonzosa.

Pues qué, ¿no conoces á Anoya y las fuentes de todo su saber? ¿no sabes por experiencia de qué modo se apropia tus descubrimientos para disfrazarlos con los vuelos de su sutil y á veces enrevesada prosa? ¿No observaste cómo cambia? ¿No la viste seguir en todo tiempo los tumbos y caidas de tu ciencia, modificando sus deducciones pseudo-metafísicas al compás de tus derrotas ó tus triunfos? Ese renaciente pesimismo, de cuándo en cuándo de moda, es nuevo acceso de una dolencia esporádica, porque los séres sensibles racionales, son, segun te dije en varias ocasiones, liras de cuerdas de tres clases, y así como la hermosura de la música depende del temple de las cuerdas, así la bondad y utilidad de tus conceptos, nacen no sólo en las equilibradas vibraciones de todas las fibras de tu sér, sino en su estado de tonicidad. Moja las cuerdas de una lira, destémplalas de cualquier modo, y busca la intensidad, el tono, la nitidez de sus notas al tañerla. Pues cuando pesa sobre un organismo flaco la mano de destino adverso, la prodigiosa lira del cuitado sólo exhala los ayes desapacibles de un menguado pesimismo.

—Será dolencia, flojedad, encojimiento, todo cuanto quieras, Pónos—continuó el hombre con cierta expresion sarcástica y escéptica—pero si llego á descubrir lo que sospecho, si siento y pienso á compás, segun regla ó algoritmo, y el sentimiento, la idea dependen de cantidad, te digo y te repito que el hombre es un sér desventurado, y que la vida no vale la pena de vivirse.

—¿Y por qué?—preguntó el génio con el espanto en el semblante.

—Porque *sí*—dijo el hombre por toda contestacion.

—¡Quiere decir—continuó Pónos—que los manjares te repugnarán desde el instante en que conozcas cómo se aderezan; el espectáculo de los campos y los cielos te será ingrato por haber analizado los múltiples elementos del sin igual panorama, y las más dulces armonías herirán tu oido desapaciblemente si sabes de antemano la forma de los instrumentos y el modo de ejecucion de los músicos!—¡Qué delirio! Por fortuna, las normales sensaciones de la vida son más potentes que tú. Medrados estaríamos, amigo, si esta inesperada veleidad no fuese exígua oscilacion en el ritmo del desenvolvimiento de tu sér. Te sorprendes al descubrir que en lugar de aquella mansa anarquía, de aquella amable licencia soñada por tu ignorancia para explicarte las cosas, exista un modo, un tiempo, una medida, y necesaria filiacion en todo, y número y cantidad. Ven acá, iluso, ven acá: ¿en cuál de esos dos conceptos debes tener más confianza? ¿En cuál habrás de hallar mejor consuelo? Te voy á presentar ambas hipótesis en crudo, y tú decidirás. Un amo quiere establecer con su criado las relaciones necesarias, y le dice: *«yo tengo mi pensamiento aquí en mi mente, y al en»trar tú á mi servicio, es tu deber complacerme, pues »de lo contrario te castigaré.—Obra á tus anchas: eres »libre. Yo, usando de mi omnipotencia, cambiaré de »conducta y de propósito. Si haces cuanto yo piense ó »desee, te colmaré de bienaventuranza; pero un eterno »martirio será tu inevitable punicion á poco que clau»diques ó que yerres.»* Otro amo, por el contrario, entrega á su servidor un libro sellado, y dice: *«Aquí »está escrita mi invariable voluntad; aquí, en la últi»ma página, encontrarás una clave sencilla, clara, »compendiosa para conocerla. Procura romper pacien-*

»temente los sellos con tu pericia y tu ingénio. Yo »procuraré advertirte con el dolor cuando yerres, y »alentarte con el placer cuando te ciñas á mi ley. Sôlo »exijo de tí buena voluntad, observacion y diligencia, »pues mis leyes son tan sábias, que con una sola regla »y con una sola cosa, podrás explicarte todo, servirme »bien sin conflictos, y vivir gozoso y satisfecho, con »sanidad en el cuerpo y en el espíritu la certidumbre.»
¿Cuál de estos dos amos será el bueno, el justo, el providente? ¿Cuál de estos dos criados habrá de ser pesimista? ¿Cómo te abates y reniegas despues de perdurable lucha, porque al romper los siete sellos del libro de la Naturaleza, empiezas á leer en una de sus hojas últimas la regla eterna con la cual una sapiente omnipotencia saca miriadas de fenómenos de una causa y una cosa únicas, quién sabe si de la nada? ¿De qué te quejas? ¿Por qué te desanimas? ¿Será quizás porque tu dueño y Señor te lanzó en la eternidad por modo maravilloso, incognoscible para tu insignificancia, y con un poco de fuerza, un ápice de movimiento transformó dentro de tí la inércia de la materia en sensaciones múltiples y deleitosas, lo inodoro en perfumes y fragancias, la insipidez en los más variados gustos, el silencio universal en dulces notas y armonías, la tristura y lobreguez del espacio en colores y reflejos, y hermosas tintas, y luz, y con una y otra série de deliciosas ilusiones amamantó el espíritu insondable, incomprensible, sí, pero sublime y libre y real, por más que tú no aciertes á explicarte cómo? El amor, la gratitud, debieran inundar todo tu sér al descubrir el solícito cariño, la prevision paternal, en cuya virtud eres el centro y el crisol, donde se realizan tan inefables prodigios. Si despues de todo te

convences á la postre de que son tuyas, subjetivas exclusivamente de tu propiedad, tan innumerables sensaciones con las ideas de utilidad, de bondad, de ciencia, de belleza, creadas por modo omnipotente con un ápice de fuerza para hacerte activo, sensitivo, pensador, poeta, ¿no basta ni sobra semejante descubrimiento para admirar al creador, respetar su voluntad, tener fé en sus altos fines y resignarte á la obediencia?

Ántropos cayó de hinojos, exclamando:

—Perdon, ¡oh Pónos! perdon; disculpa los desfallecimientos de esta ruin y miserable criatura. Ampárame generoso, como supiste severo refrenar mi vanidad y mi soberbia.

Pónos le alzó del suelo afablemente, le tendió los brazos con entrañable cariño, y al estrecharle le dijo:

—Ya eres mio y nada temo por tí. Procura inocular tu fé en cuantos visiten esta féria. No te avergüences de tenerla, y deja proseguir la evolucion, pues ese sentimiento venerando será en tí imperecedero, sean cuales fueren sus caprichosas manifestaciones. Las formas cambian, ya lo sabes; no te cuides de las formas.

Durante muchos, muchos dias, la exposicion de maravillas útiles se vió visitada de contínuo por los pobladores de todas las regiones y comarcas, y tanto duró la fiesta, y tales cosas se oyeron, que Seuda concluyó por alarmarse. Veia á sus adláteres y acólitos correr á contemplar y oir; llegó á temer quedarse sola; sintió envidia y sobresalto, y para amenguar el triunfo y el prestigio del obrero, decidió combatirle con sus mismas armas.

A este propósito reclamó los servicios de unos y

otros, y habilitó con notable esplendidez el más suntuoso de sus templos. Allí reunió á los próceres adictos y á los creyentes candorosos (mezclados con los duendes más sagaces, los ambiciosos é hipócritas), y allí resucitó sus más insignes antiguallas para defender sus fueros y proclamar su infalibilidad. Todo fué casi inútil, sin embargo: si los cándidos ó arrepentidos tornaron á desvanecerla con el humo ó el incienso, y aplaudieron contumaces sus inmaculadas concepciones, el contraste entre la luz de la cera, el fuego del sándalo ó la mirra, agitado inútilmente en argentados turíbulos, y el calor, los rayos, la hermosura de las invenciones de Ántropos, fué verdaderamente irresistible. La féria atrajo la juventud entusiasta, la generacion viril, los ancianos pensadores: el conciliábulo de Seuda hubo de contentarse, á su pesar, con pecadores decrépitos, autómatas rutinarios y conturbadas devotas.

Áun así y todo, la bruja quiso terminar con una de sus vistosas procesiones, y Andros, imitándola á su vez, organizó otra mayor con no ménos ostentacion y lujo.

Fué esta como la viva representacion de todo lo pasado y muerto. En carrozas elegantes reprodujéronse en accion las más famosas conquistas de su padre, y á pié, á caballo, por pelotones, al desfile, trajo la vista á la memoria las poéticas leyendas de otros tiempos, con los arreos, las armas y los trajes. La nueva procesion—por más compleja y más humana—gustó á todos grandemente, y los discípulos de Pónos se propusieron celebrar otras análogas en lo sucesivo, para conmemorar los diferentes triunfos del obrero al espirar cada centenario.

—¿Qué te parece?—preguntaba el mozo á Pónos mientras la lucida y galana cabalgata daba la vuelta al palacio de cristal.—¿Has visto nada más definitivo y nuevo?

—Ni es nuevo, ni es definitivo—contestó el génio.—Allá, en el Valle de las Inundaciones y en la Península de Luz, vimos cosa parecida. Alrededor del templo, una féria y el negocio; cambios de mercancías y de ideas fuera, oráculos y misterios dentro. De aquel extraño maridaje de lo profano y lo divino, nacieron grandes reformas, hasta que Seuda se impuso y lo absorbió todo y todo lo arregló á su gusto. Se sustituyeron unos ídolos con otros, cambiaron los disfraces y las ceremonias, pero siempre semejantes conmemoraciones fueron la manifestacion de dos tendencias necesarias. Hoy comienzan á diferenciarse: el monstruoso contubernio se deshace por diferenciacion, y mientras esta diferenciacion no pugne contra la unidad y se realice libremente en el regazo amoroso de la paz y la armonía, ella dará por resultado la forma cuerda y perfecta de la religion del porvenir.

CAPÍTULO XVIII.

Terminadas las fiestas de las dos exposiciones, los habitantes de la encantada isla de Gé regresaron á sus hogares respectivos, y Ántropos, despues de despedirse de su hijo, tomó la vuelta de casa con cien proyectos en la mente. Tardábale darles cima por ensalmo en sus talleres y laboratorio.

Allí le esperaba una aventura, la más extraordinaria é increible, cuyo maravilloso desenlace tuvo por de pronto resonancia, y andando el tiempo trascendencia.

Con la fiebre de actividad que se habia apoderado de los habitantes de la isla á la vista de los prodigios de la féria, Ántropos no pudo darse punto de vagar, y traia al retortero á todos sus servidores. Pir, Baros, Návago, Glós, su hermano Fós, el mismo Tongo, trabajaban noche y dia, y llamados para ejecutar cien cosas á la vez, ni acertaban á satisfacer las múltiples exigencias, ni sabian á menudo á dónde debian acudir. La division del trabajo iba siendo impracticable, y por la fuerza misma de las cosas, Glós sustituia en sus faenas á Báros, Báros

encendia lumbre, Fós transmitia mensajes, Pir se entremetia en todo, y Návago, á lo mejor, mostrábase ingobernable (1). El desórden iba llegando á su colmo.

En cierta ocasion, y cuando más habia menester de sus servicios, Ántropos sorprendió á sus naturales servidores en una confusion y barahunda tales, que ni áun acertó á reconocerlos. El herrero estaba disfrazado de correo, el correo se ensayaba en dibujar, el dibujante manipulaba como químico, el piloto embarullaba operaciones, y hasta Tongo, animado con la bulla, entretenia á sus camaradas con sonidos peregrinos. El obrero llamó al uno y vino el otro; buscó á éste, y sólo dió con aquél; quiso sujetar al tal, y perdió el tiempo tras del cual.

Lleno de indignacion y de despecho al verse burlado y desobedecido, quiso meterles en cintura, cerró los puños y arremetió contra aquella chusma indócil, dejando ver en el gesto cuán crudamente se proponia escarmentarla. Pero la familia huyó, y Ántropos, ciego tras ella, la persiguió de escondite en escondite hasta el último y recóndito de su particular laboratorio. Era aquel escondite—situado en lo más alto de la casa—abovedado como cráneo, y sin más que una salida. Acorralados allí los servidores del hombre, se abrazaron para protejerse, y el amo, evocando á Pónos en su ayuda, le arrebató colérico la vara mágica, y se precipitó furioso sobre el grupo.

Ellos, pretendiendo huir, se arremolinaron, se separaron, se replegaron, se taparon, se apretaron, se

(1) Apenas hay fenómeno calorífico, lumínico, eléctrico, etc., en el cual no se manifiesten otros análogos concomitantes.

identificaron, y él, cada vez más empeñado en el lance, los hostigó, amagó, persiguió, desconcertó y hostilizó.

Al ir á descargar el primer palo, detúvose lleno de asombro. Las cinco diferentes formas de los criados rebeldes, se fundieron y compenetraron en una sola aparicion; y en vez de cinco cuerpos distintos, de cinco diferentes fisonomías, se alzó serena y erguida la imágen colosal de una matrona.

De proporciones admirables, de talante majestuoso, llevaba sobre la frente, á manera de diadema, un triángulo con alas, y ceñia sobre la cintura su manto talar de pliegues ámplios, un cinturon singular con pocos signos simbólicos.

La matrona tendió la mano izquierda como para detener al hombre, y le dijo con acento enérgico:

—Basta.

—¿Qué es esto?—exclamó Ántropos, despues de una buena pausa.—¿Quién eres?

—Dyna (1), la madre de tus criados—contestó la matrona en el mismo tono.—Y sin dejar hablar al hombre, continuó reposadamente:

—Vengo á poner órden de una vez, si de una vez quieres conmigo entenderte. Cansada de contemplar como traes á mal traer á mis hijos, pretendo restablecer el órden. Sírvante en buen hora, pues ese fué su destino, y pues la vara mágica de Pónos los puso á tu disposicion, en obediencia á una órden soberana (2); pero sírvante en la medida justa y útil, cada cual, segun sus aptitudes, y concluyan

(1) La hipótesis más trascendente de nuestros tiempos, es la que ha reducido el calor, la electricidad, la luz, el magnetismo, á modos de movimiento, hijos todos de la fuerza.

(2) Véase el prólogo en los cielos.

tu ignorancia y tus caprichos. Dignos hijos, de su digna madre, sabrán desempeñar las faenas que tú les impusieres; mas para ello, es menester que tú aprendas á mandar, y que descifres mi ley.

—¿Dónde?—preguntó maquinalmente el cuitado.

Dyna, por toda respuesta, señaló con el índice á su cinturon.

Ántropos, maravillado, se volvió hácia su buen génio, como para preguntarle la significacion de caso tan insólito.

—No te alarmes—le dijo el génio, comprendiendo el gesto y la pregunta.—Las maravillas de esta encantada isla de Gé, no han concluido para tí. Toma nota de esa fórmula simbólica, y promete á Dyna habértelas con sus hijos cuerdamente.

—Luego ¿tú la conocias?—preguntó el hombre en tono de extrañeza y de reproche.

—Claro está—contestó Pónos.

—Luego ¿cómo me has ocultado este misterio?

—Porque yo, como tú, y como todos, tengo mi ley y á ella debo obedecer. Mi mision es auxiliarte, nada más. Si te hubiese revelado, desde luego, el enigma de la isla, ¿dónde estaria tu mérito, la gloria de la responsabilidad y la razon de sér de tu albedrío? Parte principal, pero no única, de la comedia de la vida, conténtate con desempeñar bien tu papel satisfaciendo tus necesidades, una á una, por los medios con los cuales te brinda una Naturaleza providente. Has encontrado hasta aquí satisfaccion cumplida á tus múltiples aspiraciones, segun tus méritos. Se acerca la plenitud de los tiempos, el fin se acerca á su principio, iníciase el desarrollo de algo superior, capaz de ser el espejo y receptáculo

de la conciencia universal (1). Por eso empiezas á conocer á los primeros personajes de la sublime comedia.

Ántropos, sobrecojido, no acertaba á pronunciar palabra. Comprendiéndolo así Dyna, se expresó de esta manera:

—Ni soy enemiga tuya, ni vengo á destruir tus obras, y mucho ménos tus queridos ideales. Sólo pretendo rectificarlos y agrandarlos. Sigue educando á mis hijos ordenada y rigurosamente —pues no hay educacion sin disciplina—y tú recojerás el fruto. ¿Prometes haberte con ellos bien y tratarlos con el respeto y la consideracion debidos á mi poder? ¿Prometes en cualquier caso apelar á mi autoridad cuando no puedas entenderte con mis hijos?

El obrero, poseido de una veneracion inexplicable, puso la diestra sobre su corazon y dijo resueltamente:

—Lo prometo.

Dyna levantó ambos brazos, hizo un esfuerzo como quien separa por lo alto un pesado cortinaje con las palmas de las manos, y la bóveda del escondite se partió, el edificio giró sobre sus cimientos, dividido sordamente en dos mitades separadas, las sombras y penumbras se desvanecieron, y Ántropos hubo de cerrar los ojos porque la clara luz del sol iluminaba la tierra.

Dyna se volvió al hombre y le dijo:

—Queda hecha la separacion de los recursos á tu alcance para seguir indagando. Válete de los dos sin confundirlos.

---

(1) Véase el prólogo en los cielos.

—Pero, ¿cuál será, en definitiva, el resultado? —gritó Ántropos.

Dyna, sin hacer caso de la súplica, desapareció.

—¡Mísero de mí!—exclamó el cuitado.—Ni áun tomé nota de los signos. Me encuentro tan adelantado como estaba. ¿Cómo volver á mirar su cinturon?

—Observando atentamente—contestó el sesudo Pónos—los trastornos ó los cambios habidos en tu laboratorio, y sabiéndolos aprovechar.

Ántropos miró y vió á sus piés, á derecha é izquierda, las dos mitades de su laboratorio como las dos mitades de una naranja colosal con multitud de escondrijos, recovecos y circunvoluciones: la una estaba llena de vapores, casi todos de color de rosa, despidiendo luz, calor y embriagadora fragancia; la otra, repleta de formas materiales y de cifras, ni daba calor ni aromas.

Todavía estaba el hombre mirando y remirando aquel prodigio, sin atinar con su significacion, cuando una algazara alegre le hizo levantar la vista y fijarla en otra escena.

Pir, Báros, Glós, Návago, Fós, dando la mano á otras tantas ninfas de senos mórbidos y flexibles talles, con diademas de triángulos alados, iban en corro retozon bailando alrededor de un bulto envuelto en una lluvia de flores blancas y negras que Fanta vertia de su falda, mientras tendia las alas de tornasol sobre él para velar la luz solar y tenerle en la penumbra. Tongo seguia detrás con la fláuta y con la lira, y hasta tal punto estremaba sus alardes de pericia filarmónica, que se oian deliciosamente combinados los acentos de la voz humana con las notas

armoniosas de innumerables instrumentos, arrullos melancólicos de tórtolas, chirridos de grillos y cigarras, gorgeos de ruiseñor y zumbos de vendabal y quejidos de la brisa.

Al son de aquella música inefable, los servidores naturales de Ántropos y sus inquietas parejas, iban saltando y bailando en cada vez más vertiginosos giros, y con el polvo de los campos atraido por el movimiento, se formaban y dibujaban, á la vista del observador, grupos de plantas y flores, enramadas y bosquetes, serpientes, aves y brutos, las visiones y los séres más fantásticos.

—¿Es sueño ó realidad?—exclamó el hombre por fin volviendo el rostro hácia Pónos.—Acaba con su insolencia y sepa yo lo que importa.

El génio tendió la vara mágica y cesó el baile, cesó el canto, y Tongo soltó la lira, y Fanta replegó sus alas.

Entonces pudo distinguirse á Telia, arropada en polvo y luto, suelto el cabello por la espalda, con corona de espinas y azahar, el seno gemebundo, la boca enarcada y entreabierta, los lábios flácidos, los ojos dilatados en el cielo vertiendo lágrima á lágrima lloro candente y amargo. Llevaba las manos estendidas, y sobre las palmas con amor el cuerpecillo yerto y pálido de un ángel.

Tan indiferente al alegre torbellino en torno suyo, como indiferente se mostraba á sus angustias el corro alegre de los bailadores, paseaba solemne y silenciosa por la encantada isla de Gé, sus ilusiones perdidas y sus incurables ánsias, breve trasunto del dolor humano.

Las lágrimas nublaron la vista del pobre padre, al llevarse las manos sobre el corazon, porque sin-

tió frio de muerte, y cielo, tierra, sus servidores y sus obras desaparecieron á sus ojos.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Y aquí nos vemos en el muy sensible trance de manifestar á nuestros pacientísimos lectores, con pena tres veces honda, que en los anales de Gé existe un vacío oscuro, á partir de este punto culminante de su historia. Todos nuestros esfuerzos por averiguar á la menuda la sucesion y los detalles de los acontecimientos, todas nuestras indagaciones afanosas por colmar los abismos, cuyas profundidades truncan hoy por hoy la cadena de aquellos anales amenos é instructivos, se han estrellado y se estrellan contra la más absoluta carencia de datos y testimonios. En vano pusimos en tortura á nuestra fantasía: lo que buscábamos no se encuentra en parte alguna. Sobrepuja toda adivinanza. Tal vez—y sin tal vez—puedan lograrlo quienes vinieren detrás.

A fuerza de vigilias, cotejos é inducciones pudimos, no obstante, trazar la curva del progreso de aquella encantada isla, y adivinar trabajosamente el fin y término de las aventuras de Ántropos y su familia; y como sus postreros lances nos parecen entretenidos é instructivos, como los primeros, procuraremos satisfacer la natural curiosidad de quien nos leyere con los cuatro capítulos siguientes. Ha-

bránse perdido algunas episodios, existirá por mucho tiempo una solucion de continuidad, pero sabremos, al ménos, cómo concluyó la lucha y cuáles fueron los destinos de los protagonistas de este cuento.

CAPÍTULO XIX.

Antes de emprender la exposicion de los últimos, pero no ménos curiosos hechos de esta historia, cumple á nuestra veracidad é indisputable buena fé hacer á nuestros lectores una advertencia importante. Lo relatado hasta aquí, con minuciosa escrupulosidad, se apoya en testimonios fehacientes, y casi nos atrevemos á garantizar su exactitud, cual si hubiéramos sido testigos presenciales de ello; empero desde aquí adelante sólo respondemos del desenlace en conjunto, no de perfiles, detalles y pormenores.

Imposible nos ha sido averiguar los motivos ó pretextos de la desavenencia y la ruptura entre los discípulos de Pónos y sus taimados ó fuertes opresores.

Tampoco se saben á punto fijo los embustes ó argumentos de la bruja para cambiar la creciente benevolencia de Dinamion en ira y en deseos de venganza. Consta que hubo disputas, chismes, rencillas, cual síntomas de rompimiento; que las luchas pusieron más de una vez en peligro las invenciones

y conquistas á tanta costa ganadas; consta que uno de los motivos de discordia y disidencia fué la condicion de la mujer en general, y muy particularmente la de Gina, y finalmente se sabe, que echando bravamente á un lado blanduras y componendas, los unos, al sentirse fuertes, reclamaron su libertad sin condiciones, y los otros, viendo su juego descubierto, arrojaron las caretas, menospreciaron al hombre, y pretendieron volverle sin piedad, si no á su antigua esclavitud, á su eterna dependencia.

Unos y otros, por lo tanto, apelaron á la razon de las razones, al argumento definitivo y último: á la razon y argumento de la fuerza. Y llegó un dia (y aquí comienza el fiel relato de cuanto hemos podido adivinar) en que súbditos y próceres, esquilmadores y esquilmados se encontraron en campo abierto, frente á frente, reunidos en dos cerrados escuadrones, y en vísperas de jugar el todo por el todo en un albur: la vida y la libertad en cruenta sanguinaria lid.

Era la hora en que la luz se retira y el mundo calla para entregarse al sosiego. Las perezosas sombras de los montes se habian tendido por los valles y llanuras apercibiéndose á dormir holgadamente; las estrellas se asomaban con sigilo una tras otra, como movidas por la curiosidad; las fogatas se encendian en uno y otro campamento, y en su derredor agrupábanse los combatientes callados y taciturnos, dando muestra con su actitud y su silencio de sus temores ó dudas. Sobre las cumbres y altozanos brillaron los fogariles para servir de señales, y luego, y á intérvalos idénticos, comenzaron á repetir los ecos la acompasada y monótona voz del centinela. Ántropos velaba dentro de su tienda de

general y caudillo, y meditaba á la sazon con una calavera entre las manos.

—¡Cruel destino!—se decia. —¡Trabajar tanto y..... concluir en esto; en miserable repugnante hueso, imágen de toda fealdad! ¡Oh, y quién sabe lo que dentro de tí habrá existido! ¡Quién sabe si habrias trastornado el mundo con sólo nacer tu dueño en otra cuna ó á otra hora! ¡Oh cráneo frio y feo y mudo, albergue un dia de un paraiso ó de un infierno! ¿No me podrias referir los ridículos sainetes y las grandiosas tragedias de que tú fuiste escenario? Esa carcomida bóveda, hoy exhalando fetidez, fué un tiempo mágico alcázar en donde el amor y el ódio, el orgullo y la ambicion, la generosidad y el entusiasmo, el valor y la vileza, la avaricia y el derroche, representaban dramas y comedias por sortilegio misterioso. Por ese breve recinto cruzaron dioses y demonios, dudas, dolores, alegrías, y en él cupieron mundos y sistemas, la inmensidad y el infinito. En tí rugieron tempestades, mil veces más agitadas que las del mar y la atmósfera; en tí se desplomaron é hirvieron cataratas de pasiones, revolviendo como fango el error y la verdad, lo bueno y lo despreciable, lo rastrero y lo sublime, y en tí, en fin, de vez en cuando se tendió cielo de dicha en el infinito de la gloria. Todo—hasta la inmortalidad—era poco para tí, y..... ¡eres vivienda de un gusano! ¡Ah! si el rico cúmulo de seductoras ilusiones sólo ha engendrado podredumbre, ¿qué significa la efímera fantasmagoría de un momento de existencia? Díme, ¡panteon desierto de tanta divinidad caida! ¿lucharemos todos sin piedad para adornar los gayos campos del planeta con hermosos trofeos como tú?

—Y aunque así fuere, ¿qué hacer?—interrumpió Pónos acercándose y asomando la cabeza por encima del hombro del filósofo.—Sigues empeñado en erigirte en creador, y no hay quien te haga comprender que eres una mera criatura. Áun en vísperas de la gran batalla pierdes el tiempo divagando. Bravo modo de prepararte para lidiar como bueno. Vamos á ver: ¿qué te se ocurre? Deseo tranquilizarte.

Ántropos, soltando la calavera, se volvió á Pónos y le dijo:

—Por eso mismo cavilo: mañana quizás termine todo para mí y sentiria morir sin ilusion, sin esperanza. Por eso dudo, y sin embargo, ó yo no soy nada, ó soy espíritu.

—¿Quién te lo niega?—replicó el buen génio reposadamente.—Todas tus luchas, todas tus conquistas, ¿dieron, por ventura, á tu organismo material órganos adicionales, un sentido nuevo, un solo dedo más?

—Lejos de eso—contestó el caudillo—paréceme frecuentemente como si mis sentidos se debilitaran, como si mis piernas y mis brazos no fueren ligeros como antaño.

—Luego, ¿qué ha crecido en tí? ¿Qué has adelantado en tu larga y penosa peregrinacion? ¿A qué debes tu actual indisputable superioridad? ¿Será, por ventura, á causa alguna, sino á tu superior inteligencia?

—Evidentemente.

—Hay, por consiguiente, en tí un elemento, un producto, si quieres—no disputemos—pero un producto noble y perfectible que ha crecido y se ha desarrollado. El hecho te se impone: *Para tí*, existe el espíritu, como existe todo lo demás.

—Pero, ¿qué es? ¿dónde vá cuando esta frente, este cerebro, se conviertan en otra calavera?

—Confiesa, amigo Ántropos—continuó Pónos—que esa tu curiosidad raya ya en impertinente. ¿Sabe tu ciencia, por ventura, lo que es materia ó lo que es fuerza? ¿No te basta verte rodeado de fenómenos—de orígen misterioso sí—pero respirando cariño, prevision, solicitud hácia tí? El órden, la justicia, esa armonía entre las infinitas séries de coexistencias y secuencias, ¿no bastan á inspirarte confianza? ¿Quieres que te se confie para saciar un capricho, alguna nécia intervencion en el gobierno universal? ¿Pretendes usurpar algo de la autoridad suprema? ¿No hay en tamaño capricho algo como impertinencia?

—Así será, no lo niego—persistió el hombre diciendo.—No está en mi mano detener la piedra por tí lanzada. Me impeliste á buscar las causas inmediatas, á sacar de ellas otras más remotas, á indagarlo todo, á curiosearlo todo, y ya no me puedo refrenar. Procediendo, segun tu método y tu regla, de lo sencillo á lo complejo, ví á los átomos buscarse y combinarse, dos á dos, naciendo de su union un cuerpo nuevo. Una atraccion, al parecer irresistible, aproximaba los unos á los otros, no promíscua y desordenadamente, sino con marcadas preferencias, con seleccion inequívoca, como si en ellos hubiera voluntad determinada é inmanente. Áun despues de verificados algunos de aquellos casamientos, observé cómo se deshacian estos ó los otros, cuando llegaban á ponerse en contacto con matrimonios de distinta especie. Entonces tales parejas, estrechamente abrazadas, se desunian y apartaban en presencia de las otras, cambiaban de

compañeros: un cónyuge buscaba y atraia á uno de los cónyuges contrarios, abandonando los dos á sus mitades, y cada mitad abandonada se abrazaba con la otra. Aquí la manifestacion iba creciendo en su carácter volitivo. Me dí razon del fenómeno, bautizándole con un nombre: lo apellidé afinidad, y la palabra, por de pronto, servia para entenderme nada más; pero el fenómeno, el acto volitivo, permaneció sin explicar. Despues ví á familias de moléculas, con disciplina y sacrificio, construir cristales, crear formas, esbozar los primeros lineamientos de belleza, y aunque allí seguia habiendo algo no material, algo inmanente, me contenté tambien con un vocablo, y el símbolo y lo simbolizado se vieron en mi razon confundidos. Siguiendo en mis observaciones, surgió de pronto á mi vista una célula sensible, la toqué, la herí, y se movió, y se contrajo. Sus movimientos revelaban el desarrollo de aquel algo misterioso é inmanente, porque las contracciones nacian de un esfuerzo interior propio y no se avenian bien con mis nociones mecánicas; pero con decir que el nuevo estado era materia proto-plásmica, y con llamar al fenómeno vida ó contractilidad, seguí saliendo del apuro. Vino despues la planta, el protista, el pólipo, los mariscos, los peces, los insectos, el ave, el bruto, la familia simia, y gradual y progresivamente, al cambiar las formas materiales, al diferenciarse los órganos entre sí, al multiplicarse y complicarse, creció á mi vista, sin límites, algo muy parecido á esto que en mí distingo como espíritu. Desde los primeros albores del elemento inmaterial, iba desarrollándose una como voluntad más libre, un instinto más autónomo—preludio de mi razon—en las combinacio-

nes y cristales, en el sencillo proto-plasma; en las plantas que se buscan; en el pólipo que agita el agua en remolino para devorar su presa; en el pez que ataca y se defiende; en el ave, labrando con prevision su ingenioso y amoroso nido; en la abeja, trazando su panal, formando una reina con papilla, ó agitando sus alas á compás para dar aire á su taller; en la hormiga, dividida en castas, y haciendo esclavos de sus prisioneros, y en el bruto, en fin, que entiende el signo y se encariña y obedece. Pues si esto es así, y el espíritu se forma con átomos imperceptibles de espíritu, como con imperceptibles átomos inertes se forma paralelamente la materia, ¿se descompondrá mi espíritu?

—Antes de contestarte—dijo Pónos—permite que te pregunte: todo eso, ¿qué significa? ¿Podrás deducir algo más sino que desde el orígen se observan dos órdenes de fenómenos, los cuales paralelamente se integran y se diferencian?

—Así es—contestó el filósofo.

—¿Y qué son materia y fuerza para tí?

—Un misterio.

—Pero ¿negarias su existencia, sólo porque son misterio?

—Seria inútil negarla.

—Y en ese caso ¿por qué has de negar el espíritu (cuya existencia real se impone con sus fenómenos tanto ó más que la fuerza y la materia con los suyos) sólo porque es otro misterio?

Ántropos se quedó sin saber qué contestar, y el génio prosiguió:

—Pues si no hay razon para negar un misterio, en menosprecio del otro, habrás de convenir en que de estos dos órdenes de fenómenos el espiri-

tual es el más noble, pues manda y dirige al otro.

—Así lo creo.

—¿Y crees en la destruccion de la materia?

—De ningun modo. La materia es indestructible, eterna, como es eterna la fuerza.

—Pues préstame atencion un breve instante—volvió á insistir el ingenioso Pónos.—¿Cómo puedes suponer que de los dos elementos constitutivos de tu sér, el tosco, el vil, el grosero no pueda destruirse, sea eterno, y que el otro, más elevado, más noble, el principal, el sublime, deje de existir ó se destruya? Dada la armónica correlacion de todas las leyes de esta isla, ¿es racional suponer que siendo eterna la vil caja del espíritu, sea perecedero el espíritu que anima la caja vil?

—Algo fuerte es tu argumento—contestó Ántropos recapacitando—pero no me satisface, porque el espíritu puede ser eterno; pero ¿y mi personalidad?

—Ahí tienes, cómo una y otra vez, y siempre, saca la cabeza tu soberbia. No te puedes resignar con el papel de criatura, y sin embargo, sabes alardear de humilde. La molécula constitutiva de la obra se empeña en ser la obra toda. En llegando á este punto olvidas la unidad y la armonía de las leyes, y presumes trastornar la creacion para salvar tu individualidad. Yo no te puedo revelar el gran misterio; pero al juzgar lógicamente por lo observado y aprendido, debes creer en la eternidad de todo, pero en la inmutabilidad de nada, y así como el simple impulso del ala de una mariposa produce ondas en el aire que se trasmiten por la atmósfera hasta el último confin, y aquel insignificante movimiento se extiende, se dilata, se diluye, y sus palpitaciones agitan algo, son algo eterna-

mente; así, los movimientos de tu espíritu trasmitidos á tu descendencia, reproducidos por tus contemporáneos, purificados en el espacio y en el tiempo de errores y de impurezas, manifestándose de hora en hora más ámplios, más robustos, más esplendentes, más vivaces, encarnan bajo la forma de manifestaciones útiles y provechosas para toda eternidad en la vida del espíritu, y son activas é inmortales. ¿Qué seria de la vida universal, qué de la vida sideral y planetaria, qué de la existencia de los séres terrenales, si por privilegio y excepcion el Creador otorgara á determinadas moléculas, á estos ó los otros séres, á tales ó cuáles fenómenos, la permanencia perdurable en determinado estado? Semejante fijacion y estancamiento seria estorbo al movimiento general, á la libérrima accion de la omnipotencia perennemente creadora. Tu mismo espíritu individual, variando siempre, sin cesar transfigurándose, es prueba de cuanto te digo; y así como la inmovilidad relativa ó absoluta en tus ideas seria instinto de reptil ó bruto, automatismo de máquina, así la conservacion de toda personalidad una, invariable, concreta, concluiria por petrificar inútilmente al universo. Si tu desaparicion total es necesaria para futuras y más gloriosas resurrecciones, ¿de qué te quejas? ¿qué pretendes? Sin cambios, sin renovaciones, no se concibe cómo el espíritu, uno y perfectible, pueda acercarse al Creador.

Ántropos se disponia á contestar, poco satisfecho con los argumentos de su protector, cuando las claridades de la aurora pusieron en pié á los adversarios, y los bélicos acentos de cien trompas fueron repetidos por los ecos. Oyéronse de allí á poco ruidos de armas, voces de mando y relinchos, ordená-

ronse las huestes, hubo un lapso de silencio, y al asomarse sobre el horizonte el sol, y al ver á los dos ejércitos en perfecto órden de batalla, quebró sus rayos sobre los aceros y deslumbró con lampos á los enemigos, como para impedir la horrenda lid, acabando de cegarles.

Nada, sin embargo, pudo detener los ímpetus de la ambicion, de la codicia los embates; la batalla fué descomunal. Antes de describirla hasta su fin, echemos rápida mirada sobre los principales combatientes y procuremos saber quiénes formaban uno y otro ejército, sus propósitos y móviles.

Ese escuadron á manderecha, numeroso, lucido y altanero, sobre cuya apiñada muchedumbre descuella la estatura del gigante, es el que inspira la siempre astuta Seuda, alma ó cerebro de la egregia grey. Es la flor y nata de los adoradores de la fuerza, de los lacayos del éxito, de los monopolizadores de la fama, de los ídolos predilectos de la historia. El cuerno derecho tiene por capitan á Egos, en el izquierdo manda Apénia, y el guerrero Dinamion rige y acaudilla el centro.

En derredor del caudillo bulle su Estado mayor, compuesto de personajes, con músculos de Milones de Crotona ó de Hércules, audaces como Nemrod, el más débil un Goliat, el ménos fiero un Aquiles.

En contacto con el grupo de estos héroes, y recibiendo de ellos órdenes, recorren las triples filas por un lado Egos y sus oficiales, y por el otro los feroces y sanguinarios émulos de Apénia; aquellos esgrimiendo gárfios en lugar de espadas, costales en vez de escudos; estos con una tíbia en la diestra á guisa de baston de mando y en la siniestra calaveras, que les sirven de broqueles.

Forman la masa de ese ejército los holgazanes avisados, los avaros nada escrupulosos, los filántropos mentidos, los obreros haraganes y los próceres insignes, cuyas ínclitas hazañas se tuvieron hasta aquí por únicas dignas de renombre y loa. Acostumbrados á medrar con la fatiga y el sudor agenos, lucen tesoros y timbres, diademas, coronas, mantos. ¡Cuántos desafueros y desaguisados no encubren esos laureles y títulos! Porque bajo ese brillo y esa pompa se oculta rábia de destruccion y de exterminio, cual la de los Omares, Atilas y Genséricos, la crueldad de Tiberio y de Neron, el orgullo de Nabucodonosor, la brutalidad de Cómodo, la molicie de Heliogábalo, la concupiscencia de Enrique VIII de Inglaterra ó el desenfreno de Pedro de Rusia ó de Castilla. Ahí se esconden y palpitan las arteras asechanzas de Faraones y Césares; la falacia del político, la soberbia del pontífice y los abusos y vicios de sátrapas y pretores, Faustinas y Sardanápalos; vicios y abusos á la verdad inverosímiles, y no obstante, sobrepujados despues por otros santos varones. Entre la prole innumerable del valor y la violencia, se oculta más de un valiente á la manera de Jerges ó Boabdil, piadosos á lo Cárlos Nono, reformadores cual Marat ó Torquemada.

Detrás, y á poca distancia, se tiende la reserva cautelosamente. Mándala Seuda, y á juzgar por su recogimiento, diríase una grey de paz, casi bendita. Sus pergaminos son verdaderas corazas, sus plumas armas aleves empapadas en ponzoña. Con ellas son capaces de producir males mayores que Epicuro ó Maquiavelo, Mahoma con su Alkoran, ó las turbas de hipócritas filosofastros y santones del Oriente y Occidente. Sofistas ó visionarios insacia-

bles de dominacion, lo mismo hubieran bebido sangre humana en honra de Moloch dentro los muros de Tiro á trueque de seguir mandando, como quemada incienso al sol orillas del Eufrates y en Persia, girado en danzas coribánticas, ó adorado los animales inmundos en las próvidas llanuras del intermitente Nilo.

Esta otra falange, impávida y modesta en frente de esos escuadrones, ni ostenta blasones, ni oropeles. Pónos es su caudillo, y en sus manos la vara mágica maravillosa es arma incontrastable, irresistible. El hijo manda un ala, el padre la otra, sometidos al buen genio, y ambos ostentan por timbres duros callos en las palmas, hondas arrugas en la frente. Sus soldados son innumerables, hechos á la fatiga y al dolor, curtidos por el sol y el viento, acostumbrados al hambre y á la sed, y sus oficiales de órdenes biblos alígeros transfigurados en genios voladores con un espejo por rodela y una antorcha por espada. Esta tropa infatigable, siempre alerta, siempre en movimiento en todas partes está, y á todo peligro acude. A la menor señal del jefe modifican la estrategia ó perfeccionan la táctica y agrupan á los obreros en todos los órdenes de batalla conocidos: el paralelo, el oblícuo, el perpendicular, el cóncavo, por escalones, en columnas la legion aquí, la falange allá, el cúneo de los iberos ó sus famosas guerrillas amagan ó se despliegan con pasmosa prontitud. Para estos cambios repentinos, para sorpresas y ataques, tienen en Glós un ayudante de órdenes como ninguno, en el artista, su hermano, un jefe de Estado mayor inimitable, y en Báros, Pir y Piron más empuje y energía que todos los guerreros juntos con sus armas, caballos y elefantes.

Por cada vicio de los enemigos, ostenta este escuadron una virtud, y para animarse unos á otros, repiten sin cesar, por bello estilo, sus obras y pensamientos, sus inspiraciones y esperanzas. Todo cuanto cantó Gina, todo cuanto Pónos hizo, se repite entre las filas, ó se pregona por los geniezuelos para entusiasmarse mútuamente. Por eso se escuchan ahí himnos cual los de Píndaro y de Orfeo; la trompa épica resuena como la voz de Homero ó de Virgilio; óyense máximas análogas á las de Confucio ó Sócrates; salmos inspirados á la par de los de Salomon ó de David; novelas deleitosas y profundas rivales de las de Goldsmith ó Cervantes; comedias y trajedias dignas de Moliere, Aristófanes, Terencio; trajedias como de Esquilo y Eurípides y Shakspeare. En ese escuadron abundan poetas como Sófocles y el Dante, guerreros cual Timoleon y San Luis, justos como Arístides y Papiniano, pensadores de la laya de Platon y de Aristóteles, obreros émulos de Cadmo y de Guttenberg, de Arquímedes y Tolomeo, de Vives y de Colon, de Newton, Watt, Lavoisiere. Todo cuanto movió al hombre, dolorosa ó dulcemente; todo cuanto le sostuvo y consoló, aquello que le instruyera y elevara para hacerle más rico, sábio, bueno, está encarnado en esa modesta grey, y constituye su importancia. Y así como entre nosotros los verdaderos fundamentos de bienestar, de saber ó de virtud, fueron la filantropía de Hipócrates, la elocuencia de Ciceron, las obras de Phidias y Calimaco, Praxísteles y Apeles, Rafael y Miguel Angel; los heróicos trabajos del descubridor del fuego, y las conquistas sin precio de los inventores del molino, de la brújula, la pólvora; la paciencia contemplativa de los Hi-

parcos y Copérnicos; el génio de los Kepleros y Leibnitz; el arrojo ó la curiosidad de Eratóstones y Pytheas, de Plinio y de Marco Polo; el amor á la naturaleza de Linneo; la severa moral de los estóicos; la más humana y amorosa de Cristo y sus evangelistas, así los discípulos de Pónos se apoyan en hazañas, y fuertes por ellas y con ellas, tienen esperanza y fé en la justicia de su causa, y esperan á sus eternos enemigos, seguros de vencerles y rendirles.

La reserva de este singular ejército es, como él, peregrina y singular. So la copa de los mirtos y laureles, penacho de esta próxima colina, están de hinojos las mujeres, levantando los ojos y las manos trémulas hácia los cielos. Cercadas de niños y de niñas, algunas con criaturas á los pechos, sienten y oran y confian. Fobo, entre ellas y retorciéndose el bigote, hace por consolarlas y animarlas, lanza fieros por la boca, y se promete (apenas comience la pelea) poner sobre las narices de cada uno de los enemigos un par de sus antiparras.

Los dos grandes capitanes formaron por fin sus respectivas huestes en el órden de batalla más del caso, en cuya disposicion primera observábase el espíritu de cada cual. Dinamion, veterano arrogante, acostumbrado á vencer y sin temor á una derrota, adoptó, deseoso de satisfacer cumplidamente la venganza de la bruja, el cóncavo, á fin de envolver y esterminar al enemigo, como Anibal hizo en Cannas y los ingleses en Acincourt y Crecy. Pónos, más prudente, y recelando las consecuencias de un percance, dispuso en el convexo su grey, apoyando sus dos alas en dos profundísimos barrancos.

Estando así los dos bandos, salieron al frente los

caudillos y procuraron inflamar el ardor de sus soldados con el gesto y la palabra.

Dinamion rompió primero, y dijo:

—¡Guerreros y vasallos! Contemplad la lozanía, los tesoros de estos tendidos y pintados campos; mirad la bella luz del sol; oid el dulce canto de las aves; reparad en la tibieza y la fragancia del ambiente, y recordad la amena delectacion de vuestras huertas y jardines, el lujo de los palacios, los regalos de la mesa, la blandura y el deleite de vuestros perezosos lechos. ¡Cuán agradable es holgar! ¡Cuán repugnante la fatiga! ¿Comprendeis los goces del poder? ¿Avalorais los gratos dones del mando? Pues unos y otros están en las puntas de las picas, en el filo de vuestras espadas. ¡Cuán dulce es vivir períncitos soldados mientras se recojen frutos y placeres! ¡Cuán triste si hubiérais de doblar la altiva frente y como esa canalla trabajar! ¡Ah! ¡Si yo pudiera oprimir los fuertes lomos del cada vez mas sentido y nunca bastantemente llorado Hipodonte, poco habria de costarnos alcanzar un fácil triunfo! Mas ¡ay! invenciones alevosas y cobardes nos obligan á los héroes á habérnoslas de igual á igual con los villanos. Y los esclavos y los siervos de otros tiempos, solevantados por un génio intrigante é insidioso, caudillo de ralea vil, se atreven á menospreciar el privilegio y la alcurnia. Ira me da de decirlo; ira debeis sentir al escucharlo. Hablan de agravios y quejas, de inmunidades y derechos, y para ello nos recuerdan sus hazañas, nos retan y nos insultan. ¡Sus! pues: hagámosles comprender que no hay derecho contra fuerza. Apretad bien los dientes y las garras; arremeted sin temor, y seguidme sin piedad. Para vencer ó morir os basta se-

guir mi ejemplo. ¡Esterminio general al grito de «*huelga ó muerte*»!

Esto arengaba Dinamion, y mientras Pónos, hablando con los suyos, les decia:

—Llegó por fin, amigos y compañeros, el término de vuestra larga cuanto trabajosa peregrinacion. Tened valor y clemencia como tuvísteis sufrimiento y confianza. Hemos hecho lo posible por evitar esta lucha; nuestros contrarios cierran los ojos á la luz, el oido á la razon, sus almas á la justicia: lidiemos, pues, como buenos. Enfrente teneis á quienes os desprecian por humildes, á quienes pretenden esquilmaros como antaño os esquilmaban. Si cedeis sin pelear, os tratarán como cosas. Mi hija aguarda esta prueba, y está á punto de acudir. Cumplid una vez más vuestro deber, y sobrevenga lo que sobreviniere. No lidiamos por venganza, por sed de sangre, ni por ódio á ninguna criatura: la lucha por la existencia toma esta forma antipática, y no es posible rehuirla. Rindamos á los enemigos para señalarles puesto en el banquete de la vida. Que nuestro númen sea «*Amor;*» nuestro grito de guerra, «*Libertad*;» nuestra ley, despues del triunfo, «*á cada uno segun sus obras.*» ¡Ea, pues, amigos y compañeros! Sed valientes cuanto generosos, no abuseis de vuestra superioridad; pero tampoco olvideis un solo instante que sucumbirian con vosotros vuestras conquistas y adelantos, y el bienestar, el saber, la belleza y la virtud, con vosotros desaparecerian de este mundo.

Pónos no hubiera podido continuar aunque quisiera: Dinamion, Egos, Apenia, avanzaban con arrojo entre gritos y amenazas. Hizo señal á sus tropas para recibir la ruda carga á pié firme, pero An-

dros, Ántropos y sus amigos, no fueron dueños de sí al escuchar los insultos, y dieron el ejemplo á los demás arrojándose con fúria hácia adelante. En vano quiso el génio detenerlos, en vano quiso impedir un movimiento, expuesto á comprometer el éxito de la lucha; corrió, gritó, mandó, suplicó, se opuso á este, se abrazó con otro; pero mientras pugnaba por impedir el paso á uno, se escapaban ciento á la derecha y otros tantos por la izquierda.

Sale al sol la gallina, que empolló clueca huevos de pato ó de cisne, y ufana de aquella prole disfrazada con flojel, pisa altiva y á compás, sostiene el paso por el aire y ahueca el cuello y la pluma, y escarba sin dar punto á su cloqueo, y desparrama el polvo con desden para que le contemplen sus hijuelos, hasta dar vista por ventura al hondo charco ó al arroyo. Entonces el más lince ó más precoz, sale piando y corriendo, tras él escapa la pollada, y la madre poniéndose delante, con las álas estendidas, procura contenerla en vano; pues uno la esquiva y se escabulle, otro se desliza entre sus piernas, este salta, aquel se encoje y todos se echan al agua, y se alejan, y se espulgan en el líquido elemento, mientras ella cloqueando allá en la orilla, va, viene, llama, se desvive, y con terror y susto se extremece.

Así, ni más ni ménos, procuró en balde el buen Pónos detener el ardor de sus amigos, y así le desoyeron y burlaron, para arrojarse animosos sobre la enemiga muchedumbre.

Tremendo fué el encuentro: las dos huestes parecian dos serpientes que se abrazan y se enroscan, dos corrientes que se embaten, dos nubes que se confunden. Por una y otra parte igual ardor, igual

encarnizamiento. El fragor era horrísono, y sin embargo, los gritos, los ayes, los gemidos, se oian por encima del fragor. Dinamion sobrepujaba sus más ínclitas hazañas; Ántropos sobre Pirón, abria brecha doquier.

No se sabe á punto fijo la duracion de aquel primer ataque. Tal fué y tanta su fatiga, que á pesar de los bríos de unos y otros, todos llegaron á sentirse sin aliento, y las dos huestes, á una vez, como de comun inteligencia, se retiraron paso atrás, y se apoyaron jadeantes sobre los aceros y las picas.

Entonces una luz, diez veces más brillante que la luz del sol, una luz pura *sin sombras*, inundó la sanguinaria lid. Los fatigados combatientes volvieron los ojos en su busca, y vieron venir rodando por los aires un carro de marfil y de oro tirado por dos soberbias águilas, y sobre él, de pié, sencilla, majestuosa, á la hija de Pónos, á la desencantada Alecia, con la alba túnica flotante, con una antorcha fúlgida en la izquierda, y con la diestra levantada en son de mando para imponer silencio y obediencia. Su abundosa cabellera, bañada en ondas de luz, iba oprimida por el férreo anillo, el cual, destacándose de entre las crespas clarísimas de su ancha y levantada frente, si era vestigio del misterio, acrecia la majestad de su busto con el adorno sencillo de una severa corona.

Llegó Alecia á colocarse en medio de los dos ejércitos, y Dinamion, y Seuda, y hasta los más contumaces duendes, se sintieron aterrados, y Ántropos, Andros y los suyos, doblaron la rodilla maquinal y respetuosamente.

—No más—dijo á su vez la antigua esclava.—Ántropos ha realizado más portentos que tienen pe-

ces los mares, átomos el polvo y florecillas los campos. Mi encantamiento concluyó, y pues principia mi reinado, en él no ha de haber lides ni discordias. Así, implacables ambiciosos, no cerreis los ojos á la luz, que no vengo á deslumbraros. Vengo á hacer justicia á todo el mundo, y donde haya arrepentimiento, allí cesará el castigo. Desde hoy no hay siervos ni señores; sólo hay hermanos y prógimos, malavenidos ó buenos, trabajadores ú holgazanes. Levantáos y escuchad.

Todos se fueron acercando, y Alecia, reposadamente, dictó sus primeras órdenes para el gobierno de la isla.

Durante un breve intervalo oyóse preguntar á las mujeres:

—¡Será verdad, justos cielos! ¿Habrá por fin justicia para nosotras?

Y al volver Ántropos los ojos, vió en el azul del firmamento sobre los mirtos á Elpisa sonriente desde su nube de color de rosa, toda bordada de plata, toda recamada de oro, y escuchó el dulce acento de la muda diciendo con seduccion indefinible.

¡Mañana..... quizás..... mañana.....!

Dirigiéndose la reina al hombre, le dijo para concluir:

—¡Gracias, Ántropos! el fin se acerca á su principio: toca á su término la obra.

—¿Cuál obra?—preguntó el hombre movido por aquella su curiosidad sin límites.—Díme el principio, díme el fin.

—¡Nunca, nunca satisfecho!—exclamó Alecia en son de asombro.—Has hecho por mí prodigios, y justo es recompensarte. Sube en mi carro, ponte

junto á mí, te elevaré á las alturas, y desde allí contemplarás tu obra en resúmen y compendio.

Ántropos sin vacilar holló la carroza de oro y de marfil, y las águilas partieron como una flecha, y el grupo se perdió en las nubes.

CAPÍTULO XX.

Al elevarse el hombre á las alturas sobre el carro flamígero de Alecia, no pudo ménos de volver la vista hácia su hogar, y lo primero que vió fué á Fanta, con las alas de tornasol tendidas, siguiendo al carro en su viaje cual golondrina que corre un huracan.

El hada se sonrió dulcemente al encontrarse con la mirada de Ántropos, y se puso el índice sobre la boca, como para suplicar silencio.

En aquel instante, Alecia, dándose por enterada, dijo:

—No temas, Fanta; síguenos. Te necesitamos.

—¿Y para qué?—preguntó el hada con su vocecita suave.

—Para uno de esos golpes de alta mágia que sólo tú sabes dar. Procura detener mis águilas á regular distancia de la tierra, y hazla que ruede más de prisa para mirar pasar uno tras otro los lugares, los pueblos y naciones.

—Eso haré yo de buen grado—exclamó Fanta contentísima—porque deseo oirte y admirarte. ¡Qué

leyendas tan bonitas aprenderé de seguro! Me muero de curiosidad. ¿Qué nos irás á decir?

—Poco, muy poco—dijo Alecia.—Se trata de observar y ver. Mis discursos se meten por los ojos, y van derechos al cerebro en una pieza: para penetrar por el oido, habrian de hilarse muy delgado en madeja inacabable. Contempla ¡oh, Ántropos! la tierra, y examina los resultados y el fin de tu trabajo. Mucho te importó y te importa, para tu conservacion y medro, sorprender y conocer los procedimientos de la Naturaleza al crear cosas y séres con moléculas y células; mas de hoy en adelante no debe interesarte ménos vislumbrar las reglas, leyes ó procedimientos, mediantes los cuales se han constituido y constituyen otros organismos superiores, en cuyo modo de ser desempeñas un papel principalísimo. Esto es continuacion de aquello.

Despues de haber creido y puesto en duda alternativamente la posibilidad de sacar un mundo de la nada—aunque nada existe, con efecto, en el torbellino de una nebulosa, sino la mano invisible que la mueve—fuiste en idea espectador de la lenta evolucion, y asististe por modo maravilloso á las obras perdurables de incomprensible inmanencia. Da un ensanche más á tu razon, á fin de dominar la complejísima hechura de lo formado contigo, y en lo cual eres á la vez efecto y causa, actor y espectador. La celdilla, al informar el animal, obedece solícita y sumisa á impulso que lleva en sí: tú, usando y abusando con frecuencia de tu libertad moral, has solido sublevarte y resistirte, has retardado la obra un abrir y cerrar de ojos, y te imaginas creador, y lo eres hasta cierto punto.

Ahí tienes tu creacion sobre la haz del planeta.

Recorre su estado actual y advierte sus defectos ó primores.

—Efectivamente—exclamó Ántropos.—¡Es cosa particular!. Ahora veo el planeta de muy distinta manera que otras veces. Cuando hice el viaje por los cielos le ví como una burbuja frágil, como un diamante redondo tachonado con rubíes de volcanes, como una cosa inerte en el espacio; despues, y en varias ocasiones, le he ido contemplando á trozos, y sus mares y sus continentes, sus riscos y sus llanuras, sus plantas y sus animales, me lo ofrecieron como teatro animado de panoramas y fenómenos, distribuidos en grupos. Ahora no veo la esfera material, sino cual símbolo de forma; pierdo de vista diferencias, séries y detalles; y paréceme percibir como el esbozo incipiente de un ser indeterminado, cuyo tegumento tiende á unirse, á fundirse y completarse, rehilando sin cesar con las palpitaciones de la vida. Se me antoja que tiene ese brillo indefinible que es la luz del pensamiento. No es un conjunto, es un todo. Hasta pierdo, al contemplarle, la nocion de mi individualidad.

—No me extraña—dijo Alecia—pero antes de llegar á tanto, bueno será analizar. El globo se encuentra ahora en posicion á propósito: antes que en su raudo giro esconda la faz que nos presenta, fíjate en ese continente, y ve poniendo en órden tus recuerdos. Eso que tienes á la vista es la comarca llamada por tí el Oriente. La regó el sol con su luz primero y con preferencia, y bajo la lluvia etérea de sus fecundos creadores rayos, brotó la vida de su fértil seno y desde allí corrió en reguero de bullicio ensanchándose, esparciéndose, tras el astro generoso, hasta dar vuelta á la tierra.

—¡Cierto!—gritó el hombre alborozado.—Allí veo los campos que pisé en mi infancia, el teatro de mis primeros sustos; la caverna del gigante y los plácidos lugares de mis primeras conquistas; pero, ¿cuál es aquella isla, á la derecha, desconocida para mí, rodeada de insulillas cual gaviota en medio de sus polluelos? (1). Estéril y despoblada, sólo veo aquí y allí salvajes sueltos é hirsutos.

—Ese es un retazo de la tierra, allá en su orígen, conservado cuidadosamente en estado primitivo, como para recordarte lo que fuiste. Ahí tienes el polvo humano, materia prima de vuestra obra, homogénea, indefinida, revuelta, sin plasticidad, sin cohesion, como se encuentra el polvo de la tierra antes de ser humedecido por el agua ó de transformarse en barro para que el hábil artífice le dé forma y le modele. En cada una de esas ínsulas observarás algun resto de la série progresiva de las formas. En unas, ese polvillo vivaz se ha acercado por atracciones inmanentes, y con parejas informa embriones de organismos, como aquellos observados por tí al estudiar los comienzos de la cadena animal; en otras, esas agrupaciones de infinitos tipos se combinan y se funden para defenderse de las fuerzas enemigas de la Naturaleza, y surgen agregaciones mayores, más complicadas, más definidas aunque más heterogéneas, en las cuales puedes ya advertir las primeras líneas y contornos de funciones más complejas. Esos insulares, por ejemplo, cazan ó pescan unidos, y juntos devoran el botin sin hacer otra cosa y sin pensar. Parecen moluscos sobre un peñasco; su boca una sola boca, su estó-

(1) La Australia y la Polinesia.

mago un solo estómago, y todas sus cabezas juntas ni áun siquiera constituyen un incipiente cerebro. En esas islas mayores hay ya varios de esos organismos, y como cada uno de ellos lucha por la vida, y como cada cual quiere vivir, se miran con hostilidad, se atacan para aniquilarse, y la necesidad de la defensa da á cada uno una cabeza donde pueda existir el pensamiento, y cada jefe manda sobre el cuerpo, y al mandar á unos pescar y cazar para todos, á otros vigilar con las armas en las manos, á estos espiar al enemigo, á los otros fabricar armas ó guardar ganados, los miembros del organismo se diferencian poco á poco, ni más ni ménos que se diferencian los órganos y las funciones en la escala de la animalidad. Los peligros ó el dolor, obrando sobre la sensibilidad, cada vez más exquisita, de esas toscas sociedades, las va imponiendo necesidades innúmeras, y de rechazo se distribuyen los papeles, se dividen los oficios, se multiplican los órganos, se perfeccionan los sentidos con la herramienta ó la máquina, se buscan auxiliares en los brutos, en el viento ó en el fuego—fuerzas adicionales supletorias para aumentar la energía—y á cada nuevo adelanto, y á cada nueva conquista durante la eterna lucha, unos informan al jefe de los movimientos enemigos, otros le indican un arma para atacar ó defender, quién le sugiere una idea para que no falte la pitanza, quién le facilita medios para entenderse desde lejos ó con los otros, y los mil movimientos espontáneos de aquellas unidades ó familias, se concentran y reflejan en el cerebro del jefe, que es el cerebro social, y este á su vez se desarrolla, procura la adaptacion al medio, da un sentimiento comun, y favorece, y áun dirige, la for-

macion de un sistema productor que brinde á todos el sustento, de otro sistema distributor para poner aquel al alcance de todos y cualesquiera miembros, valiéndose de los cambios, y de otro tercer sistema regulador de las acciones sociales, para ejercer autoridad sobre el conjunto.

—¿Pero eso es un mundo nuevo para mí?—murmuró el hombre confuso.—¿Quieres decir que la ley biológica del desarrollo de los séres sigue su curso más allá?

—Así es y no te asombre—contestó Alecia.—Los fenómenos no tienen número, y su copia es para perder el juicio; pero la ley es una, uno el proceso, y el proceso y la ley es lo que importa.

—Se me resiste, lo confieso—insistió el hombre. —En mi opinion la sociedad se ha formado para cumplir yo todos mis fines, para cumplirlos con entera libertad. Soy y seré individualista.

—¿Y la libertad de los demás?—preguntó la hija de Pónos.

—Hay que respetarla, es evidente—contestó el hombre.

—Pues deja correr las cosas—tornó á decir la reina de la isla—y cuando mermen ó desaparezcan en las relaciones de los indivíduos el fondo de injusticia y fraude, introducido por Seuda, las distancias se estrecharán, tomará ascendiente el altruismo, y apareciendo autónomos y libres, obedecereis humildemente ante todo á un pensamiento social, y hareis la social labor. Son estas anticipaciones un tanto prematuras para tí, empero tu curiosidad me obliga á señalarte ahora las semejanzas, las diferencias y las analogías.

Por esto, para irte poniendo en el secreto de tu

obra, te señalo en qué y hasta qué punto se parecen esas nacientes sociedades á los mariscos, los reptiles y los brutos, cuya respectiva superioridad depende (como ya sabes) en la relativa perfeccion de los sistemas y los órganos, llamados á desempeñar las múltiples y variadísimas funciones constitutivas de sus individualidades. Cúmpleme, sin embargo, señalar una de las principales diferencias. Sabes hasta qué punto influye y puede influir tu libre albedrío en tu destino, y quiero hacerte notar que el albedrío de los séres colectivos crecen con su complejidad y su extension. Comprenderás, por lo tanto, que si tú estás en libertad de renunciar al bien, haciendo alarde de una vana autonomía, esos pueblos y naciones son árbitros de sí mismos y están en aptitud de obrar contra las leyes que te explico, hasta que otros más obedientes á las mismas los hagan desaparecer.

—Lo voy entendiendo, Alecia. Vamos ahora á mi obra; quiero revisarla, quiero conocerla. Los campos floridos de mi cuna van ya desapareciendo y se tienden á mi vista los parajes memorables de mi accidentada peregrinacion. Allí, en esas llanuras, al pié de aquellos montes helados, me arrastró Dinamion con mi cadena, mientras amasaba en sangre ese que tú llamas polvo humano, quebrantando toda voluntad, humillando toda rebeldía para hacer la masa dócil, coherente, plástica, dotándola de disciplina y obediencia. Allí tambien comenzó Seuda á refrenar al indómito guerrero con el temor de sus dioses; el gigante la escuchaba por fortuna, y por fortuna de vez en cuando se contuvo. ¡Ah! lo recuerdo, lo recuerdo: el dilatado imperio de los dos semejaba un tipo algo más grande, y nada más,

de alguno de esos embrionarios organismos que acabas de señalarme. Todo era entonces confusion, desórden. Los hombres, materia inerte movida por una voluntad arbitraria y caprichosa; el colocado por el azar arriba, pesaba sobre los de abajo, y les aplastaba y oprimia, como pesan las moléculas superiores de un cristal sobre su base. Y sin embargo, las necesidades de comer y de vestir, de pelear y vencer, de satisfacer la ambicion, el lujo, ó la codicia de nuestros esquilmadores, me hicieron buscar recursos nuevos, enseñar á todo el mundo y clasificar á los esclavos en agricultores y soldados, en tragineros y barqueros, en artesanos y artistas. ¡Mira, mira el Valle de las Inundaciones! ¡Cuánto, cuánto me afané en aquel país, de cuyos médanos fértiles parecian brotar sacerdotes y guerreros! Las periódicas inundaciones del sagrado rio nos inspiraron órden y regularidad, primero en el cultivo de la tierra, y despues y en consecuencia, en todos y cualesquiera actos de la vida. Con ellos se regularizó el cerebro del imperio, hasta el punto de asombrarme todavía. Veo tambien el Castillo del Pirata, desde cuyos muelles me lancé á la mar para enriquecer á Dinamion, no sólo con plata y oro, sino con el poderoso auxilio de Anemos, la nave y su timon, el comercio y la balanza, las cuentas y la moneda. Por necesidad tambien, allí hube de simbolizar el sonido y la palabra, y estas y otras cien conquistas diferenciaron, como dices, las funciones, hasta crear la rica y variada vida de la Península de Luz. ¡Oh, jamás lo olvidaré! Allí surgieron y lucharon los primeros organismos superiores. Allí, por primera vez, faltó la coaccion de Seuda; Anoya peroró á su gusto, y los organismos—para valerme

de tus propios símiles—aumentaron su complejidad por modo verdaderamente extraordinario. En aquella taraceada cuna, mecida por el mar, á la sombra de rosas y laureles, adquirieron los pueblos esquisita sensibilidad, y con ello se embelleció la inteligencia. Fué un ciclo afectivo-intelectual que jamás olvidaré. Parecia como que el cuerpo social, rebosando la gentil exuberancia de la adolescencia, sentia su robustez y se entregaba sin temor á las primeras apasionadas caricias del espíritu.

—Pues compara ese ciclo intelectual-sentimental con los otros que vinieron en pos—añadió Alecia—y acabarás de comprender cómo, á impulso de necesidades crecientes en número y delicadeza, y ensanchando vuestra especie su esfera de accion alternativamente sobre el mundo y sobre sí, apuntó la razon colectiva ó de la sociedad en el imperio de las Siete Colinas bajo la forma bien determinada del derecho, y cómo los elementos traidos por los bárbaros, y el ciclo sentimental abierto y sostenido por su viril independencia, prepararon la aparicion de formas más complejas, equilibradas y autónomas, las cuales poseen ya en alto grado las facultades y funciones, los órganos y aptitudes que hay en tí. La obra, pues, queda desde hoy reducida á formar un solo organismo con todos esos organismos, ó si quieres, y me lo permites, á esperar que el más fuerte, más inteligente y de conciencia más cabal se trague á los inferiores, creciendo hasta quedarse solo y ocupar sin rivales el planeta. Para ello cortas istmos, horadas el fondo de los mares, religas regiones con regiones, y borras antagonismos. Para ello tiende sus babas Pirón, recubre Glós la ancha tierra con los hilos del sentimiento

y de la idea, y Fós pone ante los ojos de todos sus habitantes hasta sus últimos rincones, y Tongo os embelesa dulcemente para contribuir á la unidad. Todo ello es cuestion de tiempo. La obra podrá ser larga, mas compleja, pero el procedimiento es siempre el mismo. Tienes el patron, y no hay sino perfeccionarle. Tal vez la buena simiente no arraigue por igual en todas partes; tal vez por falta de cultivo, sus granos, aquí y allí, ó mermen ó degeneren, mas á pesar del ritmo indispensable á todos y cualesquiera movimientos, la ley universal se cumplirá.

—No digas más—exclamó Ántropos.—Penetro tu pensamiento. El afan por producir, la division del trabajo, su organizacion perfecta, justa, cabal, dotarán á cada pueblo de su sistema productor; Pirón, por mar y tierra, irá constituyendo con el tiempo sistemas distributores, y Glós y Tongo, y los demás, completarán los nérvios aferentes y eferentes, pondrán en íntimo contacto los cerebros y los corazones, y habrá comunion de ideas, armonía de sentimientos dentro de los grandes grupos, hasta constituir con todos ellos la conciencia universal.

—Así es, en efecto—prosiguió la hija de Pónos. —Y cuando todas la comarcas de la isla se vean pobladas de organismos perfectos superiores, y estos tengan, gracias á mi padre, medios cumplidos de ejercer desembarazadamente las funciones de la vida, de sentir y de pensar en amorosa convivencia ó en augusta anfictionia, la isla de Gé flotando en el espacio infinito, será como la osamenta de un organismo planetario sobre cuyo esqueleto vivo encarnará una poblacion densa y sensible, movida por el soplo del espíritu. Vuestros estudios de la atmós-

fera y la mar, vuestros observatorios metereológicos, sorprenderán de antemano los movimientos fatales, las funciones inconscientes, los actos reflejos del planeta, y Glós lo publicará al instante, y todos se precaverán, y la humanidad, obrando como un solo hombre, tomará posesion del cuerpo que ella misma anima, como el espíritu tomó posesion del tuyo; y si no puede torcer ó modificar su curso en el espacio, dejará al ménos de ser juguete de lo desconocido y esperará tranquila la consumacion de sus destinos con amor, con dignidad, con fé.

—¿Y quién sabe?—interrumpió Fanta en aquel punto sin poderse contener.—Ese organismo redondo, sensible, consciente, gracias á nosotros, se pondrá quizás en relacion con otros organismos como él—¿qué digo se pondrá?—se pone, pues algo significa para mí ese fotófono de Fós, Tongo y Compañía, para trasmitir la voz mediante un rayo de luz—y una vez pudiendo requerir de amores tal planeta á tal estrella, tan luego como el sonido—expresion del pensamiento segun Pónos—lleve la idea de un organismo sideral á otro organismo semejante, se constituirán agrupaciones de soles y de lunas con planetas y cometas, resultará un ser archi-superior —un verdadero arquetipo, con una conciencia verdaderamente universal, y un pensamiento absoluto.

—Calla—hubo de gritar Alecia, al advertir que Fanta descarriaba.—Si te dejase proseguir ¿á dónde nos llevarias?

—Pues á la unidad—contestó Fanta impertérrita. —Os llevaria á la puerta del santuario, donde se esconde el misterio.

—¡A la puerta!—exclamó el hombre como meditando.

—Dice bien—continuó Alecia.—Aun despues de esos inadmisibles fantásticos adelantos, estaríamos á la puerta del misterio. Ya lo oyes, Ántropos: calcula si queda campo que explorar, espacio que recorrer á toda tu descendencia. Bástete hoy por hoy columbrar los inmensos horizontes abiertos á tu actividad y saber cómo la eterna evolucion, áun siendo finita en la materia, es infinita en el espíritu. Medita ahora y contempla. Te conviene meditar á estas alturas, antes de volver á malearte con la rutina de la vida.

Ántropos dejó caer la frente sobre las palmas de las manos, sin apartar la vista de su mísera morada, y no hay palabras para esbozar aquí sus reflexiones, ó describir los sentimientos que le turbaron y agitaron.

A los pocos momentos de pensar, su mente era una catarata. Poseido de inexplicable vértigo, veia el espacio infinito poblado de los séres más fantásticos, á los cuales, por lógica deduccion, prestaba una conciencia tan superior á la suya individual, como la suya lo era á la del reptil ó el ave, y en aquel coro de séres, en aquel concierto y armonía de la para él inmensidad, comenzaba á vislumbrar una irreductible unidad y una verdad absoluta. A seguida, y por una natural concatenacion de ideas, quiso darse cuenta del estado de su pensamiento, y se sorprendió de su gran facilidad para explicarse las cosas. Se habia siempre reido con donaire de la metafísica de Anoya, y se encontraba á la sazon con un sistema filosófico y una cabal metafísica. Evidentemente su razon era otra. Entonces comprendió cómo las peroratas de la célebre criada habian sido los conatos inconscientes del niño falto

de datos y escaso de aptitud para satisfacer las necesidades de razonar y de sintetizar; entonces vió por qué manera semejantes anticipaciones fueron augurios provechosos de su actual inmarcesible triunfo. La metafísica era el fruto sazonado de la razon en su apogeo, y la filosofía la síntesis final de todo saber mediante la potencia metafísica adquirida experimentalmente por su razon. No satisfecho con aquello reincidió en su eterna manía de conocer y analizar la esencia misma del espíritu, y se engolfó en un laberinto de dudas y de hipótesis.

El esfuerzo, sin embargo, era superior á su fatigada resistencia, y uniéndose aquellos fascinadores desvanecimientos al cansancio corporal de la pelea y la lucha, la vida de su conciencia se paralizó de pronto y el pobre se quedó dormido.

Alecia, entonces, le contempló breve rato, asomó á su bello rostro una sonrisa de ternura, buscó á Fanta, y no encontrándola, dirigió el vuelo de sus águilas hácia la isla de Gé.

CAPÍTULO XXI.

Poco nos resta ya que relatar para dar fin á nuestra historia.

Aproximábase veloz el áureo carro de Alecia á la morada del hombre, y Ántropos dormia todavía; atravesó las nubes y sus vapores glaciales, tocó en tierra, y Ántropos no despertaba.

Aquel sueño prolongado empezaba á disgustar á la Reina, cuando un vocerío atronador, una algazara singular se dejó oir, y vióse á buena distancia un gentío revuelto y numeroso, acercándose como sombra negra y creciendo á cada paso con los hombres, las mujeres y, sobre todo, los muchachos y chicuelos, que á él se unian y agregaban. Aquella muchedumbre maleante rodeó al carro con su gritería, y Ántropos se despertó.

Traian en medio á Seuda, la antigua prepotente Consejera, la en un tiempo rival de Dinamion y árbitro de los destinos de la isla; venia casi sin manto, con el negro retorcido báculo, perseguida por los silbos, la mofa é insultos de aquel vulgo. Al aproximarse al carro, las voces y los dicterios

eran acompañados, al descuido, de capirotes y pellizcos; un poco más cerca de él, tirábanla de lejos tronchos, y al ver al hombre dormido, propasáronse los más audaces á cogerla por el roto manto en ademán de arrastrarla.

Hubiéranlo hecho así seguramente, sin la aparicion de Pónos.

—¿Qué es esto?—preguntó el génio.—¿Qué significa semejante escándalo?

—No es escándalo—respondió una voz de entre las turbas.—Es justicia: nos la tomamos buenamente. Seuda ha sido verdugo de nuestra Reina, y ha llegado el dia de la expiacion.

—¡Que muera Seuda!—gritaron otras voces.

—¡Que muera!—vociferaron todas.

—¡Deteneos!—exclamó Pónos al advertir cómo se preparaba aquella plebe á cumplir sus amenazas. —¡Alecia! ¡salva á tu hermana!

Cien truenos, y rayos y centellas, no hubieran producido igual estupor en los atónitos oyentes, inclusos Ántropos y Alecia.

—¡Imposible!—gritó el hombre saltando de un brinco en tierra.—¿Qué dices, Pónos? ¡Imposible! ¿Cómo han de ser hermanas nuestra Reina y esa repugnante criatura?

—Y sin embargo—replicó el génio impasible—lo son, y yo soy su padre, y lo que es no puede dejar de ser. ¿Qué quieres, Ántropos? Este es otro misterio de la isla, y así verás hasta el fin, si es una isla encantada. ¿No sabes cómo nace sin cesar lo grande de lo pequeño, lo óptimo de lo vil, de lo feo la hermosura? Ambas nacieron en el mismo dia, y áun Seuda fué la mayor. Tan distintas como ves, lo fueron desde la cuna, pues Seuda, maravillosamente

precoz, y envidiosa de su hermana, supo sorprender á quien más puede, la envolvió en el negro manto, y la retuvo, como sabes, en sin igual encantamiento. Todavía alcanzó más: áun desencantada Alecia, está dispuesto, y con seguridad se cumplirá, que al desaparecer la una de este suelo, desaparecerá la otra. Ved ahora si os conviene respetar á Seuda.

El asombro de todos fué inefable. Durante mucho, mucho tiempo, nadie, absolutamente nadie, rechistó. Alecia misma se sentia poseida de sentimientos encontrados; empero su noble naturaleza se sobrepropuso á todas sus emociones, y á fin de poner término feliz á aquella situacion embarazosa, descendió con majestad de su carro, y dirigiéndose á unos y á otros, les dijo:

—Puesto que es así, y cuando una cosa es, en vano es empeñarse en que no sea; respetemos los misterios de la isla con los secretos familiares de mi padre, y viva Seuda, y viva como uno de tantos en libertad y en respeto, amparada por mi fraternal cariño. ¿Dónde están las caretas y girones arrancados de su manto?

Los alborotadores, subyugados por aquella voz noble y generosa, sintieron deseos de congraciarse con la Reina, y comenzaron á preguntarse unos á otros por los harapos del manto de la bruja. Un corro de muchachos de los más traviesos se abrió por fin paso entre las gentes, y presentó á Alecia como una mitad de las caretas que llevaban arrastrando. Hallábanse, en verdad, en estado lastimoso; pero Alecia cogió los andrajosos restos, y hablando con Seuda, dijo:

—Acércate, hermana mia: nada temas. Siento

devolverte el manto con tanto y tan profundo deterioro; pero no habia de ser él la única forma inmutable y persistente de todas las de esta isla. Vive libre como puedas, y si en la lucha por la vida pierdes todavía algun disfraz, no lo achaques á rencores de venganza, sino al cumplimiento de leyes ineludibles, á las cuales todos, absolutamente todos, habremos de vivir sujetos.

—¡Viva nuestra Reina! ¡Viva!—gritaron y contestaron unos grupos á otros grupos.

—Ahora—les dijo Pónos cuando se calmaron los entusiastas arrebatos de aquella proclamacion—vengan mis protegidos—parte de hoy más de mi familia—á celebrar el triunfo y el fausto acontecimiento en el festin de la abundancia. Para todos habrá hartura, gracias á la humildad y á la constancia del héroe de esta comedia.

Alegres y retozones desparramáronse los hombres y las mujeres por la tierra, y el génio de la vara mágica, seguido por sus deudos—y áun por varios próceres y duendes deseosos de linsojear al vencedor—se dirigió adonde estaba preparado el opíparo festin.

Era la estancia un cenador espacioso en situacion elevada y pintoresca, abierto por todos lados, cuya primorosa cúpula, sostenida sobre columnas elegantes y formada por una sola ampolla de cristal, estaba manchada con colores vívidos para representar tan artística como fantásticamente el viaje de Ántropos y Fanta por la region de los planetas. En torno de las columnas agrupábanse por fuera naranjos y cinamomos, limoneros y jazmines, y las rosas y las azucenas, con otras mil flores odoríferas, se asomaban entre los troncos de los árboles

para embalsamar la estancia con su aliento. Dentro, en cuatro fuentes de mármoles y jaspes, jugueteaban delfines, ninfas y sirenas azotando el aire del estío con vistosos é irisados juegos, pues el agua caia desde lo alto, cual menudo polvo, para esparcir por el ambiente ondas de color y de frescura. Centenares de avecillas revoloteaban desde las ramas á las fuentes y de las fuentes á las ramas, y millares de pintadas mariposas bullian entre las flores libando el néctar de los tiernos cálices.

Al través de las columnas y la florida enramada, se vislumbraban verjeles poblados de frutales con sus frutas, estátuas junto á los estanques que parecian escuchar el manso ruido del agua entre la yerba, y bosques y selvas y llanuras, regadas por uno y otro arroyo, y allá, más lejos, el azul del mar, y montañas imponentes acariciadas por las nubes.

En medio del encantado cenador ofrecíase una mesa más encantada todavía. Larga y ancha en proporcion, veíanse sobre ella un cúmulo de manjares, adornos, joyas y prodigios como nunca se vieron antes ni despues. El cocinero Pir y sus compinches habian agotado los recursos de su rara habilidad. Un grupo de ninfas en el centro dominando la ancha mesa, vertian de nacaradas conchas innumerables hilos de agua perfumada dentro de un tazon enorme de cristal de roca, al través del cual veíanse nadar entre las ovas pececillos de oro y de carmin. En torno, y con cierta gradacion, altos y vistosos canastillos brindaban la uva trasparente, la acridulce piña, el plátano sabroso, la húmeda pera, el abridor y el durazno, la ciruela y la pavía. Entre los tintos racimos escondia su sonrojo la manzana, y las guindas y cerezas caian enmarañadas

al desgaire como sartas de rubíes, sobre el orondo melon, las naranjas y los limoncillos. Y todo esto entre musgo y violetas, y todo esto artísticamente presentado con singular gracia en la disposicion, con un desórden aparente y natural, con notable armonía en el conjunto.

A uno y otro extremo de la abrumada tarima, levantábanse despues dos nunca vistos trofeos. El uno parecia contener todas las carnes de la tierra; el otro todo los seres del agua. Allí el buey y la ternera, el gamo y el lechon, la gallina y el faisan, la perdiz y la becada, el zorzal y la zarceta; aquí el esturion y el rodaballo, las anguilas y el atún, la trucha y el salmonete, la lamprea y el salmon, el lenguado y el besugo. Allí una montaña verdadera en cuyas vertientes se veian multitud de cuadrúpedos menores y aves de toda estacion durmiendo ó descansando sobre un fondo de legumbres, y en cuya cima un ostentoso pavo real, haciendo abanico con la cola, lucia las galas y tornasoles de su brillante plumaje; aquí una série de cascadas cuyos rebalsos contenian peces nadando en las salsas mas gustosas para terminar al pié en una roca fingida de ostras, conchas y mariscos, sobre los cuales los cangrejos y langostas aparentaban arrastrar su vestidura de Tiro.

¿Qué decir de la hortaliza que entre la fuente central y los trofeos laterales llenaba los espacios de la mesa? ¿Qué de aquel campo de legumbres, en donde abundaban el guisante azucarado y las no ménos dulces remolacha y zanahoria, la cándida coliflor, la encendida berengena, el repollo corpulento y el espárrago erguido cual enjuto? ¿Qué de los quesos y dulces?

A la entrada del encantado cenador salieron á recibir al hombre Gina con hebras de plata en su atusada cabellera, Télia con su eterno luto y Andros con sus amigos y amigas, rodeados de un alegre coro, de rostros risueños é infantiles. Hubo abrazos y caricias, y cuando juntos penetraron en la estancia, Ántropos se sonrió al ver á Egos vestido de mayordomo, á Alazona en traje de maestre-sala, y á Filoctesia y otros duendes disponiéndose solícitos á ejercer los altos cargos de mozos de comedor. Fobo, con sus inseparables antiparras en la mano, iba de acá para allá atusándose el bigote, haciendo reverentes cortesías en uniforme y oficio de gracioso ó de bufon.

—¡Válame!—exclamó Ántropos sin poderse contener.—¿Quién me hubiera dicho, cuando todos estos me tiranizaban y me quitaban el sueño, que habian de estar un dia á mi mandar, y desvivirse como ahora por obedecerme y por servirme? (1).

Ante la abundancia y la elegancia de la mesa, todos permanecieron suspensos, como si les doliera encentar un dechado como aquel. Pónos, comprendiendo su perplegidad, les dijo, afable como siempre:

—Acercáos, hijos mios; llegáos al festin de la abundancia. No teneis sino alargar la mano y encontrareis satisfaccion para todos y cualesquiera de vuestros legítimos apetitos. Obra es esta de vuestro trabajar; gozad de todo sin recelo, pues hasta el lujo debe tolerarse en ocasiones semejantes, cuando es producto del trabajo.

---

(1) Las pasiones al servicio del hombre, y no el hombre juguete de las pasiones, en señal de progreso y de cultura.

—¿Y Dinamion? ¿Y Seuda?—preguntó el hombre, expansivo y generoso en medio de la abundancia.—Fueron mis colaboradores en la obra, y ahora los echo de ménos.

—Dinamion—prorumpió Fobo metiéndose en el corro de rondon para empezar á ejercer sus ridículas funciones—está inconsolable, y se ha encerrado en uno de sus antiguos desmantelados castillos. Se niega á tomar parte en el festin; pero no se morirá de hambre, porque le hemos llenado la bodega y tiene en el asador un buey entero, adornado con lechones y gallinas. En cuanto á Scuda, no sueñes siquiera con decidirla á presenciar su derrota. Déjala campar por sus respetos, pues habiendo en qué ó en dónde, ya sabrá clavar la uña.

En aquel momento, Tongo, con la flauta en una mano, con la lira sobre la cadera, hizo la señal, y un torrente de melodiosas armonías, de cadencias melífluas y suaves, inundó el espacio y puso en danza á las áuras con los cefirillos.

Animados por aquella música, que era como de voces querubínicas, ocupó su puesto cada cual, y poco á poco se trocó el primer respeto en deseo inmoderado de gustar y saborear. Para completar el general contentamiento, Elpisa, sobre su corola blanca, tirada por dos palomas, penetró en el cenador y se puso al lado de su hermana.

Los convidados la aclamaron con locura. Nunca la habian visto tan de cerca.

Una circunstancia maravillosa, como todas las de la isla, contribuyó á darles confianza: no solamente encontraba cada huésped en aquel mágico festin sus gustos y sus caprichos con sólo alargar la mano, sino que apenas se hacia alguna brecha

en un manjar, un ramillete ó una canastilla, cuando llenábase por ensalmo el hueco con una nueva vianda, otra fruta ú otra flor.

La mesa de la abundancia permanecia inalterable.

Llenáronse muy luego las anchas transparentes copas, alzólas chispeantes la alegría, y apenas se empezaron á escuchar chistes y donaires y conceptos, cuando apareció Fanta por arriba cerniéndose sobre la mesa.

—¡Fanta!—gritaron ellos y ellas.—¿Cómo tan tarde? ¿Qué es de tí? No puedes presentarte más á tiempo.

—Amigos—contestó el hada—estaba rendida de nuestro viaje de anoche—pero oí la algazara del banquete—y en verdad que se oye de muy lejos —y al escuchar los rumores de risas, y discreteos, tan seductores para mí, tendí las alas, y aquí estoy.

—Toma una copa y preside—exclamó el hijo olvidando que estaba Alecia delante.

Los demás le miraron y la miraron; pero la Reina de la isla, comprendiendo las miradas, se puso de pié, y dijo á la soñadora:

—Nada más natural, nada más justo. Ocupa la cabecera, Fanta, pues tratándose de alegres desahogos, á tí te corresponde presidir.

—Era de parecer, amigos mios—insinuó la zurcidora de leyendas sin hacerse de rogar y dirigiendo una mirada llena de malicia á Anoya (la cual engullia á dos carrillos con la vista fija en su escudilla)—que antes de dirigiros yo mi voz, y como prólogo ó introito, nos echase nuestra amiga Anoya una gentil perorata.

Anoya levantó los ojos con tal expresion de asombro, de digusto, de mal humor y hasta de ira, que todos los concurrentes dieron suelta largo rato al más alegre reir.

Cuando cedieron un poco los chistes y los epigramas, Ántropos arrebató una copa, y exclamó:

—¡Elpisa! A tí y á tus consuelos.

—¡Mañana!—contestó la muda.

—¡Mañana!—murmuró el hombre bajando la copa pensativo.

Y clavando los ojos en Alecia con expresion de inquietud, añadió como hablando consigo mismo:

—He vislumbrado mi obra..... pero..... ¿y despues?

—Descorre el ceño por hoy—le contestó la hija de Pónos, leyendo en su pensamiento.—Goza y espláyate ahora. Mañana ven á mi palacio, y allí podrás columbrar algo de lo que deseas.

Ántropos se tranquilizó. Tornó á reinar la alegría en el festin, y hasta las altas horas de la noche no buscaron los mortales el apacible sueño y el reposo en el amigo y delicioso lecho.

CAPÍTULO XXII.

Salió el sol al dia siguiente del festin, y á la verdad, un sol esplendoroso y radiante. Contra su buena costumbre, nuestros amigos yacian en la cama, y hubo de herirles en los párpados con sus rayos insistentemente hasta ponerles de pié. Levantáronse, por fin, y aguijoneados por su nunca satisfecha curiosidad, corrieron hácia el palacio de Alecia para recordarla su ofrecimiento de la víspera.

—¡Que me place!—contestó la Reina.—Seguidme y quedareis satisfechos.

Condújoles en seguida á un salon, cuyos muros eran de mágicos espejos, los invitó á ocupar muelles y cómodos sillones, y cogiendo la vara de oro de su padre y tocando con ella las lunas espaciosas, aparecieron en su fondo panoramas de singular animacion, de nunca imaginado embeleso.

Despues, alzando la voz la Reina de la isla, grave, dulce y reposada, dijo:

—Gracias sean dadas al Supremo encantador, pues ya puedo dirigiros mis exhortaciones sin ve-

los que me oscurezcan ni mordazas que me acallen. ¡Oh, felices! ¡mil veces felices siglos aquellos, futuros y remotos, cuya imágen os voy á poner delante! Y no porque en ellos obre cada cual sin freno, ó anden mezclados y confundidos los vicios con las virtudes, la aplicacion con la holganza, el saber y la estulticia, sino porque entonces los que en ellos vivan sabrán interpretar justa y atinadamente las dos palabras creadoras, los dos fecundos vocablos de *tuyo* y *mio* (1). Serán en aquella santa edad las cosas de quien las creare; á nadie le será lícito alargar la mano atrevida ó solapada y esquilmar el huerto ajeno, y todos sabrán desde la cuna que es ley ineludible de este mundo trabajar de espíritu ó de cuerpo. Cierto que, gracias á mi padre, sabrán vuestros hijos, y más aún vuestros nietos, valerse atinadamente de los últimos dóciles y robustos servidores puestos á vuestro mandar en premio de vuestra fé; cierto que el peso y la fatiga de las rudas mecánicas faenas descansarán sobre los lomos de los brutos, en la virtud de Pir y Báros y Glos, en la pericia y mansedumbre de Návago, Fos y Tongo, hijos dignísimos de Dyna; pero no por eso crecerá la dulce piña sin que algun sudor la riegue, ni se habrá de preferir la aspereza de las endrinas montaraces ó el agua helada del arroyo á la miel dulce de la pasa ó al néctar de la pampanosa vid, á trueque de aburrirse holgando. Las abejas, solícitas cual próvidas—ejemplo vivo para el hombre—labrarán como siempre su panal; pero aquél acudi-

(1) No vayan á creer los aristarcos que plagio audaz y sin pudor al amigo más querido, al pobre y manco Cervantes. Sólo del modo cariñoso que verán, podria atreverme á corregir el *espíritu* de su palabra dulce y armoniosa.

rá en su auxilio como abeja de otra gran colmena; y ya con paja entretegida, ya con livianas cortezas de los corteses alcornoques, trocará en espacioso taller las quiebras de los peñascos y los huecos de los árboles para que la ínclita república siga brindando con creces la fertilísima cosecha de su dulcísimo afan. Así, una mano providente seguirá poniendo á vuestro alcance medios nuevos, infinitos, de satisfacer cumplidamente vuestras necesidades y deseos, para que la adoreis en espíritu y consagreis á su bondad la miel de la ciencia y la virtud.

¡Cuánto dista el cuadro que contemplais de aquellos lejanos dias, en los cuales íbais de otero en otero, misérrimos en la abundancia, débiles en la libertad, sin goces por ignorantes, sin sosiego por imprevisores! ¡Cuánto dista de dias más cercanos en que la púrpura y el oro fueron los signos consagrados de autoridad y de excelencia! En esos tiempos venideros no habrá plebeyos ni patricios, esquilmadores ni esquilmados, ungidos ni pordioseros, sino sábios é ignorantes, justos ó prevaricadores, trabajadores ó zánganos. Cada uno llevará en su frente y en su corazon su ejecutoria nobilísima, y no se heredará la ciencia y la virtud, que sólo Teo sabe conceder y repartir. Esto, y el conocimiento y observancia de las providenciales leyes, bastarán para que entren en sus propios términos la libertad y la justicia, para desarraigar el engaño, el fraude, la violencia (cizaña que ahoga la mies, gusanos de los mejores frutos); y para que la mujer, ya matrona ó ya doncella, tenga el sentimiento de su dignidad, el sacro fuego de su altísima mision sin que menoscaben su angélica pureza ni el lascivo criminal intento, ni la ajena procáz

desenvoltura. Todo será justicia entonces, todo amistad, todo concordia.

Mirad si no esos feraces y poblados campos, esas ciudades activas, populosas, morada del amor y del deber. Mónstruos feroces, espantables, bajan al hombre la cerviz, y cavan, y siembran, y guadañan. Retuercen el algodon y el lino, cardan el cáñamo y la estopa, manchan ó tiñen la seda, forjan y tallan, muelen y pulen, esculpen, remedan, pintan. El fuerte y enérgico Pirón labra terrazgos y olivares, ventea el trigo con su soplo, es agricultor y artífice, artesano, artista, marinero. Ya Glós no sobrecoje al mundo cuando suelta la medrosa voz de sus terríficos truenos, ni se burla con escándalo huyendo de nube en nube; urbano, social, alígero, se esmera en llevar mensajes, proteje templos y cosechas con numerosos erguidos pararayos, no se desdeña de participar en las rudas faenas de Pirón, y así desciende á navegante, artesano, gañan ó traginero, como dora ó como funde, y así toma bienhechor el pulso y lleva la vida al órgano atrofiado, como maneja el escoplo para labrar el capitel, lo mismo en mármol que en pórfido. Libre de alambres y cadenas, á todos sirve rápida y ocultamente, y esta su emancipacion, unida á su celeridad, ha dotado á esos mortales de una virtud ubicuitaria.

No le basta ya á Fós, como al principio, copiar la luz y la sombra de lo viviente ó lo inánime. En union con sus hermanos copia las tintas y colores, además de pintor aspira á sábio y audaz con su primer descubrimiento de los metales en el sol, sorprende y averigua las ocultas pulsaciones, las propiedades invisibles de la vida y el espíritu, lo inunda de claridades, sin dejar de iluminar las es-

carpadas procelosas costas, sepulcro y sirte en otro tiempo del heróico marino perdido en la oscuridad.

Návago, cada vez más atractivo y más simpático, ayuda sin distincion á sus hermanos, y lo mismo fija el azul del cielo ó el carmin, el verde ó el violeta sobre los cuadros de Fós, como se junta con Glós y compite con Pirón en todo alarde de fuerza, ó convierte el movimiento en luz clara como el sol, mientras Tongo, el hábil filarmónico, el de las orejas puntiagudas en diadema, eterniza con sus invenciones la palabra y la difunde embellecida con el calor del sentimiento. Vuestros biblos son juguetes anticuados, vuestros medios de transmitir la idea, ridículas antiguallas. Vedle cuál coje por ensalmo los conceptos, cuál los graba y los esculpe, cuál repite á voluntad la música ó la palabra, tonos, timbres, inflexiones, caractéres. ¡Qué prontitud! ¡Qué elegancia! ¡Tanto monta para Tongo que hablen dos ó que hablen veinte! Ni pierde sílaba, ni deja de grabar acento, y lo que es más todavía, lo escrito se conserva y se repite fiel y perdurablemente.

Transformada con semejantes auxiliares la moneda de fatiga, con la cual pagábais antiguamente las satisfacciones y las cosas, el pensamiento no descansa, los corazones en amor palpitan y la labor espiritual desconoce lo imposible, si hemos de juzgar por esas águilas gigantes que surcan la region del aire y se burlan de los vientos, para transportar á vuestra prole, ó por esos enormes ballenatos en cuyo vientre se mete vuestra descendencia para surcar los oceanos y sacar del seno de los mares lo necesario á su sustento y hartura.

La redencion toca á su término; se realiza el

equilibrio porque la mujer no forma solamente los cuerpos de sus hijos con la sustancia de su amante seno, sino que conocedora de la ley, é instruida en el cómo y el por qué, es su maestro natural irreemplazable, y modela tambien sus tiernas almas al calor vivificante de la suya. Por eso hay variedad en apariencia, union de esfuerzos en realidad, pues sucede con las sociedades libres y perfectas lo que vemos en los campos de altas y doradas mieses: mientras la brisa sopla suave, y en el ambiente no hay peligro, conmuévese cada espiga al compás de sus antojos; pero si arrecia un vendabal y pugna por acamar la miés, todas se oponen con igual empeño á sus embates, y ni una sola se agita en contraria direccion. Por eso, cada uno de los pobladores de la isla lleva dentro de sí mismo la ley de amor y de deber esculpida en la conciencia, y por eso no encontrareis intermediarios entre lo de arriba y lo de abajo, pues se cumplieron las palabras, y ni en el monte, ni en el templo se adora al padre con ritos ó ceremonias sin sentido, porque Teo es espíritu y quiere ser adorado en espíritu y en verdad (1).

Alecia se calló para que sus oyentes observasen y reflexionasen. Todos siguieron devorando con los ojos los cuadros en el espejo, y se embelesaban contemplando la encantada isla de Gé en el apogeo del bienestar y la cultura.

Entre las varias escenas que cautivaron su atencion, vieron á un corro de ancianos inútiles para el trabajo, y se conmovieron al comprender la tierna solicitud con la cual sus compañeros válidos les alimentaban y atendian. De pronto se abrió aquel gru-

---

(1) Cristo á la Samaritana (San Juan, cap. IV, v. 21 al 24).

po como para dejar pasar á alguien, y apareció Seuda rodeada de lánguidas doncellas y donceles melenudos, con un enorme cajon colgante del cuello por una correa, y repleto de flores, coplas y romances.

--¡Qué veo!—exclamó Gina.—¡Seuda tambien trabajando!

—Ha tomado el oficio más en armonía con sus aficiones—contestó la hija de Pónos—y sigue, como en otro tiempo, procurando llenar la panza con su mercancía.

—Pero ¿qué vende?—preguntó de nuevo la mujer.

—Lo único que admite su intervencion: ficciones más ó ménos bellas. Á su amparo forma su córte como ves, aunque no siempre se libra de alguna que otra manifestacion en ódio á sus antiguas mañas.

Y apenas acabó de hablar Alecia, cuando una banda de muchachos maleantes comenzó á seguirla y molestarla con sus gritos y ademanes. Entonces se vió llegar á Dinamion con un enorme tricornio sobre sus venerables canas, y con un simple baston, (que llevaba por necesidad), amparar á Seuda y protegerla.

A esto habian quedado reducidos los dos esquilmadores de la isla.

Nuestros amigos los espectadores notaron algo despues que cambiaba poco á poco el aspecto de la tierra. Vieron crecer pocas plantas nuevas; desaparecer muchas de las conocidas; aclararse los rebaños; embastecerse las razas; asistieron al entierro de Melanio, á la desaparicion de varios tipos, y por fin se convencieron que los climas cambiaban rápidamente como si el planeta perdiera fuerza y calor y caminase con velocidad hácia una próxima decrepitud.

Al cabo de bastante tiempo asomó una línea blanca lejos por el horizonte. Las gentes huian hácia el centro, y muchas, á pesar de su presteza, no llegaban. Era la nieve avanzando como marea en playa de nivel. Pocos momentos despues quedaba un espacio reducido, libre de aquella inundacion.

En aquel pequeño círculo, cuya circunferencia se cerraba decreciendo por instantes, se apiñaron hombres, animales, cosas, en derredor de una casa de cristal, al través de cuyas diáfanas paredes se veian disposiciones singulares. Más que casa era una máquina complicadísima con hogares y calderas en las cuevas, tubos y alambres desde el suelo á la techumbre, mecanismos y aparatos en los ángulos, articulaciones y órganos do quier, los unos para producir una temperatura artificial, los otros para suministrar á los inquilinos aire y agua, cosas y alimento, con sólo poner el dedo á voluntad sobre un boton y otro boton. Nada echábase de ménos en aquella morada del más refinado lujo para satisfacer necesidades y caprichos, y sin embargo, al acercarse la marea de la nieve todo en ella era tristeza.

En derredor de aquella casa se amontonaron vehículos y tesoros; llegó Pirón casi espirante, Glós se refugió en las nubes, y por encima del albo paño uniforme, los globos colgaban lácios de las azoteas como racimos de pasas, y las gentes, vestidas de pieles á lo esquimal, agitaban los ateridos miembros para conservar un resto de calor, y quedaban convertidas en inmóviles estátuas. Cada avance de la nieve sepultaba sin piedad millares de criaturas.

Ántropos y su familia vieron estrecharse el círculo, hasta tocar con la casa de cristal. Fijáronse entonces en aquel objeto último y en su bien provista

biblioteca, porque allí leia un anciano venerable absorto en meditacion.

Se abrió la puerta de la biblioteca, y penetraron dos jóvenes abrazados amorosamente.

—¡Morir!—gritaron ambos á la vez.—¡Morir así en la edad del amor y de las ilusiones!

El anciano continuó leyendo.

—¿Qué lee ese hombre?—gritó Ántropos exasperado ante tamaña impasibilidad.

—Lee—contestó la Reina—la «*Comedia de la vida.*»

—¿Obra de quién?—preguntó el hombre.

—De un loco, en una sociedad de santos y de sábios.

Ántropos murmuró:

—Le compadezco.

En aquel punto un oso blanco, colosal, husmeaba en derredor de la casa, y al atisbar á los tres últimos vivientes de la isla dentro de la biblioteca, se paró gruñendo de hambre. La enamorada pareja se habia acurrucado y procuraba poner fuego al edificio para calentarse. El oso hirió furioso los cristales, y los cristales cayeron en pedazos, y un soplo helado penetró en la estancia, y los últimos habitantes de la encantada isla de Gé quedaron inmobles, rígidos, yertos, con la sonrisa sardónica en los lábios.

La nieve cubrió la casa.

Cuando los curiosos observadores del espejo mágico quisieron sacudir el penoso sentimiento de ansiedad que les tenia como asidos por la garganta, vieron alejarse en el espacio una luna inmensa, de blancura argentina, y sobre ella, como negros nubarrones. Miraron y creyeron ver el ángel gigan-

te del dolor tendiendo sus alas lúgubres sobre el cadáver amortajado del planeta, y se imaginaron que una lágrima caia sobre la nívea envoltura, para dejar sobre su faz profunda mancha de luto.

—¿Y despues!—exclamó Ántropos al ver desaparecer aquella luna en el espacio.

—Crece en el valle la pintada florecilla—continuó Alecia con voz de maternal dulzura—y para embellecerla y animarla cae en su cáliz, desde el cielo, la pura gota de rocío. Aquella reunion fortuita de lo terreno y lo celeste, reflejando cielo y tierra, vive orgullosa y galana, hasta que el sol con sus caricias, marchita impío sus encantos. Entonces la raíz, las hojas, los pétalos con el cáliz, vuelven á los inmensos senos de la tierra: la gota de rocío, el espejo y sus imágenes, se evaporan, suben por el aire, se pierden en el infinito de los cielos. Los niños creen que la flor se transforma en mariposa: los ancianos tiemblan y meditan.

Ántropos, Gina, sus hijos y hasta sus nietos, suspiraron. Muy luego, empero, despejáronse las nubes de sus frentes al soplo del bienestar; olvidaron sus dudas y temores, volvieron á sentir torrentes de delectacion, y en actividad vertiginosa, vivieron mucho y cuerdamente cubriendo con su descendencia á Gé, la isla maravillosa y encantada.

EPÍLOGO.

¡Oh nobilísimos, amabilísimos y pacientísimos lectores! ¿Qué tal os parece el cuento? ¡Quereis saber quién es Ántropos el simple, y quién Gina la simpática? ¿Os importa, por ventura, averiguar dónde está la isla de Gé, pátria de aquellos héroes oscuros, y escenario de las comedias y tragedias referidas hasta aquí?

Pues la encantada isla de Gé es esta misma tierra en donde todos vivimos, y Ántropos y Gina y sus demás semejantes, vivieron con vuestros abuelos, existen en vosotros mismos, y lucharán identificados con vuestra más remota descendencia. Si antes de ahora no habeis visto las maravillas y portentos acabados de narrar, fué porque acostumbrados á unas y otros desde vuestra misma cuna, los teníais demasiado cerca para descubrir su encanto ó desentrañar cumplidamente su bello mágico artificio.

¿Necesitaremos ahora revelaros uno á uno

los personajes de este cuento? Seria inútil: son puras, aunque fieles abstracciones. El que tenga oidos que oiga: quien no esté ciego que mire.

Lo importante es advertiros que Pónos—esa encarnacion de todas las actividades—alienta en y con nosotros. Lo principal era demostrar nuestra mision sobre el planeta y la única doctrina de salvacion y de bondad. Señor impuesto, desde arriba, cuando venimos á este mundo, es consuelo en la amargura, tesoro en nuestra indigencia, sostén cuando desfallecemos, nuncio de dignidad y libertad, y fuente viva inagotable de legítimos placeres. Halló á nuestros primeros padres desnudos, ignorantes, desvalidos; les tomó bajo su amparo; les educó con cariño; les protegió en su esclavitud; endulzó sus amarguras; les corrigió en sus desmanes, y refrenando su veleidad y su soberbia cuando prósperos, premió con mano generosa su resignacion y su constancia.

Con tino providencial, con la paciencia de un génio, guió á sus torpes protegidos desde la salvajez al pastoreo, desde éste á los ópimos dones de la agricultura, y áun viéndole labrador y dueño del terruño, no descansó hasta hacerle sábio y artista, verdadero poeta y hombre libre.

¡Oh, cuán provechosas y admirables fueron sus lecciones para el cuerpo! pero, ¡cuánto más benéficas lo han sido para el alma! De

que le sustenta. Cuando abre al agua y á la luz las puertas de su mazmorra, las corrientes adversas que le embaten suelen introducir hasta su lecho un grano duro de arena que le hiere, le punza y mortifica. Entonces el desgraciado, sin medios para huir de aquel martirio, cubre el fragmento con lágrimas, trabaja y llora sin descanso, y así rodea el torçedor con puro y brillante aljófar. Aquel dolor ignorado, silencioso, envuelto en llanto de nácar, es con el tiempo la perla, asombro de los salones, adorno de la gracia y la hermosura, pasmo y envidia de próceres y príncipes. ¿Quién podria calcular el valor de la joya labrada por vosotros, entrañando dolores, cuitas y angustias en la sangre de las venas, en el sudor de las frentes y en el llanto de los ojos, que es la sangre de vuestra alma?

Esperemos, confiemos, trabajemos. Ayer era el hombre un salvaje desnudo, feroz, supersticioso; hoy es un sér razonable, benévolo, ilustrado. Ayer le acobardaba el frio, le agobiaba el calor; hoy visté la lana del Tibet, las pieles de la Laponia; se alberga en palacios donde se reune el cedro del Líbano, el mármol de Carrara, el hierro inglés, la seda de la India, el oro de la Australia. Ayer vivia en perpétuo temor, víctima del reptil, atormentado por la fiebre del pantano; hoy ha barrido los mónstruos do quiera que domina, ha destruido la víbora y la serpiente, ha regado y saneado

la tierra, ha purificado la atmósfera. Ayer sólo contaba para el siguiente dia con el agua del arroyo, alguna que otra raíz, ó la presa problemática de su pericia cazadora, recursos todos bien escasos del terreno enemigo que pisaba; hoy cubre su mesa la miel de Grecia, los frutos azucarados de un nuevo mundo, los vinos de la Iberia, las carnes del Norte, los peces de los mares, las especias del Asia. Ayer se veia aislado casi sin familia, ni sabia dónde dirigirse, ni acertaba á salir de la selva ó páramo que le vió nacer; sólo podia atravesar en un dia lo que vuela la golondrina en un minuto, estaba como encadenado á la tierra, era poco más que el pólipo; hoy tiene sendas trazadas por todas partes, recorre mares y continentes dejando atrás al águila en su vuelo, y no hay rincon de mar ó tierra que no pueda visitar muchas veces, durante su cortísima existencia. Ayer no tenia más ideas, más sentimientos que los feroces instintos de su hambre; hoy conoce las leyes del mundo físico, maneja como quiere la materia, pretende averiguar cuanto tiene relacion con el mundo moral; á todo aspira, comunica instantáneamente su pensar y su sentir á los antípodas, y tal es la espansion de su almo espíritu, que casi le parece el rayo tardo mensajero de su pensamiento. Ayer nadie venia en su ayuda, con nadie podia compartir su pena y su alegría; hoy todos los pueblos comienzan á ser

solidarios, y hasta nuestros nietos, que todavía no han nacido, nos prestan (gracias al crédito, gracias á esta nueva manifestacion del trabajo) su óbolo con verdadera caridad para las grandes obras con que preparamos su total emancipacion. Y, finalmente, ayer trabajaba con su cuerpo, sus esfuerzos eran puramente musculares; hoy apenas si fatiga al músculo, y su trabajo se compone de movimientos intelectuales mezclados con otros afectivos de cuya combinacion brota la luz de la verdad para iluminar cumplidamente la belleza.

Bajo la direccion de Pónos, las privaciones y las economías de las generaciones anteriores, ese inmenso capital de lágrimas, de sudor, de sangre, ha convertido al mundo estéril, triste, peligroso, en una morada deleitosa, en la cual, por medio de la division del trabajo, todos acuden con buena voluntad á la satisfaccion de las necesidades de sus semejantes. No hay más que crear algo útil, algo bueno; no hay sino trabajar en beneficio de la humanidad, trabajando noblemente para sí (armonía que desconocen los pobres de entendimiento) y todo hombre recibirá el pedazo de metal redondo que encierra como por encanto todas las satisfacciones, lo mismo que encerraba los males de este mundo la antigua caja de Pandora.

Concluyamos ya.

En medio de bienestar tan halagueño, vislúmbrase la época en que todo hombre será

nuestro hermano, ninguno nuestro señor irresponsable.

Tal es la obra de Pónos. Tal nuestra mision terrestre.

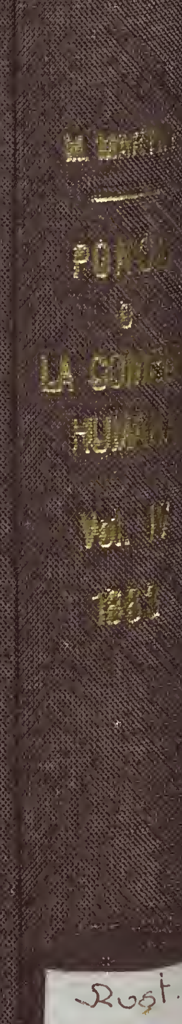
¡Bendito sea el trabajo!

ADVERTENCIA.

A pesar del cuidado habido en la correccion de pruebas, se han deslizado algunas erratas en el texto, y no pocas en la puntuacion, que los lectores sabrán de seguro corregir.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Conato de clasificacion de los conocimien
humanos en el siglo IX.
Filosofía del Sentido comun.
La Leyenda del Trabajo.
La Cartilla del Trabajo.
La Imaginacion.
Las Huelgas, sus causas y sus remedios.
Le Travail humain.
El trabajo en España.


950